



**JOHN
BROSINAN**

**LA GUERRA
DE LOS SEÑORES
DEL CIELO**

Lectulandia

Jan Dorvin, la heroína de *Los Señores del Cielo*, ha conseguido con éxito crear una flota que le permita enfrentarse a los crueles depredadores aéreos de la superficie terrestre. Pero esta victoria tiene una contrapartida: los Señores se unen para acabar con ella y lo que ella significa. Dirigidos por *La espada del Islam*, se encaminan a la Antártida, bajo cuyos hielos habitan los eloi, depositarios de los más temibles secretos de la ciencia antigua. Entre los eloi está Ryn el único que, por errores en la manipulación genética, es humano. Ryn se aburre entre ellos y huye en su Juguetete, una aeronave de extraordinarias prestaciones; entra primero en contacto con los Señores, pero poco más tarde se une a Jan. Sin embargo ésta, enfrentada a un motín de su tripulación, se ve obligada a escapar a tierra con Ryn. Los acontecimientos toman un sesgo imprevisible...

Segunda parte de la trilogía, *Los Señores del Cielo*, esta obra acaba de prender al lector con su acción trepidante y la fascinación de sus paisajes imaginarios. La epopeya continúa.

Australiano, residente en Londres desde 1970, **John Brosnan** es un conocidísimo especialista en historia del cine fantástico —entre sus obras, *Movie Magic*, sobre efectos especiales; *Future Tense* y *The Horror People*— y crítico cinematográfico. Ha escrito varias novelas del género Space Opera (*Skyship*, *The Midas Deep*), la más popular de las cuales es la trilogía *Los Señores del Cielo*.

Lectulandia

John Brosnan

La guerra de los Señores del Cielo

Los Señores del Cielo 2

ePub r1.0
sentinel 13.09.13

Título original: *War of the Sky Lords*
John Brosnan, 1989
Traducción: Eduardo G. Murillo, 1992
Diseño de portada: Laura Pontón

Editor digital: sentinel
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

La Bestia pesaba más de cuatrocientas toneladas y se movía como un tanque a través de los yermos, derribando con suma facilidad los árboles podridos y devorados por los hongos. La Bestia era vieja, y su piel gruesa y nudosa cubría antiguas cicatrices. De algunos puntos sobresalían astas rotas de flechas. Sin embargo, la velocidad con que se desplazaba no reflejaba su auténtica edad. Era capaz de moverse a una velocidad máxima de treinta kilómetros por hora.

La Bestia tenía hambre. Aquel día había consumido ya numerosos animales, pero continuaba hambrienta. Como quemaba una prodigiosa cantidad de energías, necesitaba comida constantemente. Había sido diseñada para preferir carne y sangre humanas y los animales nunca acababan de satisfacerla, fuera cual fuera su tamaño. Habían pasado muchas semanas desde que había saboreado carne humana, pero horas antes había percibido la presencia de numerosos humanos en la zona. Por eso atravesaba los yermos a toda velocidad.

Se detuvo y alzó un enorme apéndice. Tenía en su extremo una unidad olfativa extremadamente sensible, y la Bestia olisqueó el aire con ella. Entre los apéndices poseía sensores visuales rudimentarios, así como varios sensores auditivos alrededor del cuerpo, pero dependía ante todo de su sentido del olfato. Sí, los humanos estaban cerca. Ya faltaba poco.

La Bestia prosiguió su camino.

1

Se oyeron unos arañazos ahogados pero potentes, procedentes del casco exterior. Algo —algo grande— intentaba penetrar en el hábitat. Ryn se preguntó qué sería. ¿Un calamar, o un gusano marino particularmente grande? El ruido aumentó de intensidad y Ryn frunció el ceño. El eloi sentado frente a él, sin embargo, no hizo caso. El eloi exhibía su inevitable sonrisa soñadora, y una mirada plácida aparecía en sus grandes ojos. Estaba sentado en la posición del loto sobre un almohadón e iba desnudo. Aunque Ryn ya estaba acostumbrado a verlos de tal guisa, no cesaba de mirar su entrepierna lisa y uniforme. Más de una vez había envidiado la asexualidad de los elois, y en especial hoy.

Se escucharon de nuevo los arañazos. Ryn se convenció de que era un calamar. Recreó en su mente el duro pico quitinoso, tratando en vano de perforar el casco exterior. Estuvo tentado de salir en el Juguete y matar al animal, pero quería seguir charlando con el eloi mientras fuera posible. Era difícil retener su atención durante mucho tiempo.

—Pel —continuó—, si me retienes aquí mucho más me volveré loco. Tengo veinte años. Eso significa que tengo grandes posibilidades de vivir, como mínimo, ciento ochenta más. No resistiré dos semanas más en este encierro.

El eloi llamado Pel intentó dirigir una mirada de tristeza a Ryn, pero fracasó miserablemente. Era incapaz de ocultar su continua sensación de bienestar y felicidad. Ningún eloi podía.

—Sabes bien que no estás confinado en el hábitat —dijo Pel con su voz susurrante—. Tienes el Juguete. Te dispensa la libertad de adentrarte en las profundidades, de volar, de trasladarte a tierra firme, donde puedes merodear a tu gusto...

—Donde sólo hay nieve, hielo, más nieve, pingüinos y un montón de minas antiguas. Necesito ir a donde haya otras personas. ¡Personas como yo!

—Tanto nosotros como tus programas educativos te hemos dicho lo que depara el mundo. Desde las Guerras Genéticas se ha convertido en un lugar terrible y peligroso. Aquí estás mucho más seguro, Ryn...

La voz de Pel se desvaneció. Uno de los *móviles* colgados del techo había atraído su atención. Pel sonrió como un niño.

Ryn sabía que lo estaba perdiendo. Alzó la voz.

—¡Quiero correr el riesgo! ¡Este sitio no es para mí, Pel! Tú y los demás elois lo sabéis bien. Necesito estar con gente de mi especie. ¡Estar con mujeres de mi especie! Ya había recaído una vez más en su tema obsesivo, como era de prever.

Pel contempló el *mobile* un rato más antes de contestar.

—Comprendemos tus necesidades, Ryn, y nos apenamos por ello. Nos gustaría

modificarte, pero el Programa Ético lo prohíbe, como ya sabes.

—¿Os apenáis? —bufó Ryn—. Los elois no sentís pena ni ninguna otra emoción por otros seres vivos que no seáis vosotros, como sabes muy bien.

Pel encogió levemente sus delgados hombros infantiles y sonrió. Ryn tuvo ganas de pegarle, pero sería una pérdida de tiempo. Había golpeado al eloi en dos ocasiones anteriores, y aunque el Programa Ético le había regañado y castigado, el eloi ni se había enterado. Es imposible afligir o hacer daño a seres incapaces de sentir tristeza o dolor.

Hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Déjame ir, Pel. Concédeme la libertad.

—Ya sabes que no podemos. No vamos a correr ese riesgo.

Otro eloi entró en la habitación. Éste llevaba la túnica acostumbrada. Se sentó al lado de Pel, un mellizo idéntico. A menos que se identificara a Ryn, éste no sabría qué eloi era. Le dedicó una sonrisa perezosa y reclinó la cabeza sobre el hombro de Pel.

—Parece desdichado —dijo refiriéndose a Ryn.

—Sí, es desdichado —contestó con sarcasmo Ryn—. Desea con todas sus fuerzas abandonar este asilo subterráneo para comedores de lotos neutros.

Los dos elois le miraron sin expresión.

—Hace mucho tiempo que lo que queda del mundo exterior ha olvidado la existencia de este hábitat —dijo Pel—. Si te concediéramos la libertad, revelarías inevitablemente lo que sabes acerca de nosotros y de Shangri La.

—Juro que no —dijo Ryn.

—Tal vez sin querer, pero, si cayeras en manos de un Señor del Cielo, en fin... Métodos desagradables... —El eloi se interrumpió, como si intentara recordar qué significaba exactamente «desagradables»—. Sí, utilizarían métodos desagradables para obtener información de lo que sabes sobre tus orígenes.

—No olvides el Juguete. Cualquier Señor del Cielo que se cruzara en mi camino estaría a mi merced.

—Las máquinas pueden fallar —bostezó el otro eloi—. Y entonces, estarías indefenso.

Ryn notó que le invadía la familiar frustración. Hablar con los elois siempre la provocaba. Resultaba más fácil hablar con los programas, aunque sabía que la aparente humanidad y las proyecciones de los programas eran totalmente falsas. Lo que más le frustraba era saber que los elois, aunque separados de él por el inmenso abismo emocional de su creación, seguían siendo seres humanos.

—¡Me siento solo! —gritó.

Sus dos acompañantes le miraron de aquella enfurecedora manera inexpresiva.

—Tienes tus holocompañeros, tus películas, tus libros —dijo Pel.

—Estoy harto de hablar con fantasmas electrónicos de gente que nunca existió; he leído varias veces todos los libros de la videoteca y me sé todas las películas de memoria. Recuerdo cada fotograma de las películas antiguas en dos dimensiones.

Uno de los científicos del hábitat había sido, a juzgar por las pruebas, un aplicado estudioso del cine del siglo XX y principios del XXI, y se había traído muchas películas grabadas. De hecho, a Ryn le entusiasmaban muchas de ellas (su favorita era la versión de 1938 de *Robín de los Bosques*), pero cambiaría todo por viajar al ancho mundo que se extendía más allá.

—La cuestión es que, si continuo atrapado en la Antártida mucho tiempo más, me volveré loco.

Pero los dos elois ya no le escuchaban. Estaban sentados con las cabezas tocándose; tenían los ojos abiertos, pero no veían nada. Se habían replegado en su perpetuo nirvana. Ryn masculló por lo bajo, se puso en pie de un salto y salió de la habitación hecho una furia. Si hubiera tenido puerta, la habría cerrado con gran estrépito. Bajó en ascensor al nivel inferior del hábitat. Un servomec en forma de araña se apartó a toda prisa cuando Ryn salió del ascensor y se encaminó por el pasillo hacia la dársena donde estaba el Juguete.

El Juguete consistía en nueve metros de metal gris opaco que adoptaba la forma de una lágrima alargada. Ryn se acercó a la escotilla situada en mitad del Juguete y pronunció la palabra que la abría. Reptó en su interior. La puerta ya se estaba dilatando para facilitarle el acceso a la vaina de control. Cuando se acomodó en el sofá experimentó la familiar sensación de seguridad; la seguridad del útero que nunca había conocido.

Dio las órdenes necesarias y la dársena empezó a inundarse de agua. Notó que el Juguete se liberaba de su cuna. Cuando la presión en la dársena fue igual a la del exterior, las escotillas interior y exterior se abrieron. El Juguete se movió hacia adelante; atravesó el casco de presión y luego el casco exterior del hábitat.

Las aguas eran negras por completo. Ryn escrutó la pantalla acústica y buscó al animal que había atacado anteriormente el casco. La pantalla tradujo las señales acústicas en imágenes visuales, pero, aunque había cierto número de seres marinos en las inmediaciones, no vio señales de nada lo bastante grande como para producir aquel ruido.

—Navega en círculo alrededor del hábitat —dijo Ryn—. Despacio.

—Sí, Ryn —contestó el programa del Juguete.

Tenía voz de mujer. Suave, seductora, pero también diseñada para resultar tranquilizadora a Ryn. Mientras el Juguete rodeaba la inmensa masa esférica del hábitat, Ryn vigiló alternativamente las pantallas visuales y acústicas. A pesar de las potentes luces del casco, las primeras revelaban muy poco. Los haces tenían un límite de doce metros en cualquier dirección. Empezaba a pensar que su objetivo se había

alejado, cuando la pantalla acústica reveló que algo se aproximaba a toda velocidad por la parte posterior. Entonces, el Juguete se estremeció con violencia cuando algo pesado chocó contra él. Los cinturones de seguridad del sofá retuvieron a Ryn, que lanzó una carcajada.

—Tomaré el control —dijo al Juguete. Cogió un pequeño enchufe de plástico de la consola.

—No lo aconsejo —contestó el Juguete.

Ryn no le hizo caso e insertó el enchufe en una abertura situada detrás de su oreja derecha. De esta manera se conectó directamente a los controles. Al instante, sus sentidos se expandieron desde el interior del Juguete y se convirtió en el Juguete.

Sintió la presión de los tentáculos que estrujaban su casco. No hubo dolor; los sensores del Juguete eran demasiado toscos para transmitir otra cosa que no fuera la sensación de presión y la aspereza de las púas alineadas a lo largo de los lados internos de los dos largos tentáculos. El calamar era enorme; su cuerpo todavía era más largo que el del Juguete. Una cámara de Ryn enfocaba directamente uno de los grandes ojos del cefalópodo. Tenía unos noventa centímetros de diámetro y provocó una sensación de temor en la boca del estómago de Ryn. Era como mirar el ojo de un dios encolerizado...

Ryn se deshizo de esta sensación de atemorizado asombro y dejó que le dominara su odio hacia aquellos animales. Mientras el pico del calamar se cerraba infructuosamente sobre el casco del Juguete, Ryn dirigió un chorro de agua a la parte más próxima del cuerpo enorme pero blando del monstruo. Elevó la temperatura del agua a ciento noventa grados. El calamar liberó instantáneamente al Juguete y retrocedió, lanzando una nube de tinta. Ryn le siguió. La nube de tinta no podía ocultar al aterrizado calamar de sus sensores acústicos. Ryn introdujo un pequeño proyectil en uno de los tubos de disparo delanteros. Se produjo una explosión de gas. El proyectil surcó las aguas. Ryn esperó a que se hundiera en el gigantesco cuerpo del animal para detonarlo. El calamar estalló. El analizador acústico mostró fragmentos de su cuerpo y tentáculos que remolineaban en la nube de tinta. Los tentáculos seguían moviéndose convulsivamente.

Ryn, asqueado de repente, se quitó el enchufe del cuello. Se encontró de nuevo en el confortable útero de la cabina de control.

—Súbenos a la superficie —ordenó al Juguete.

El aparato, obediente, ascendió hasta situarse a unos cuatro metros bajo la parte sumergida de la capa de hielo, y después recorrió varias millas hasta llegar a la primera extensión de mar abierto. El Juguete se impulsó fuera del agua. Al instante, entró en funcionamiento el sistema de propulsión aérea electromagnético. El Juguete se elevó a unos trescientos metros con un gran estruendo, y después se niveló.

—¿A dónde? —preguntó a Ryn.

—Sigue en línea recta —contestó, indicando con un ademán el lejano horizonte—. A toda velocidad.

Cuando el Juguete aceleró se sintió empujado suavemente contra el sofá. El aparato no tardó en volar a tres mil setecientos cincuenta kilómetros por hora. Ryn contemplaba el mar que se extendía bajo él y disfrutaba el vértigo de la velocidad.

—Nos estamos acercando al límite de nuestro alcance permitido —dijo inevitablemente el Juguete poco después—. Cambiaré de rumbo en treinta segundos.

—Sigue adelante —replicó Ryn, aunque sabía que era inútil.

—No puedo desobedecer las directrices, señor. Ya lo sabe. Cambio de rumbo... ahora.

El Juguete procedió a un giro gradual. Ryn cerró los puños y calientes lágrimas anegaron sus ojos. Siempre pasaba lo mismo, pero continuaba intentándolo, como una mosca que se golpeará la cabeza contra un cristal invisible.

—¿A dónde vamos ahora, Ryn? —preguntó el Juguete, en tono condescendiente.

—Me da igual. A cualquier parte. —Ryn contempló las pantallas con aire ausente durante un rato mientras el Juguete volaba—. No, quiero sumergirme —dijo después—. Voy a ver si mato algo...

Durante las horas siguientes Ryn utilizó el Juguete para destruir siete calamares más, aunque no tan grandes como el primero. Los calamares gigantes abundaban desde hacía mucho tiempo en las aguas que circundaban la Antártida. Según su programa de historia natural, la especie se llamaba *Architeuthis*, y prefería morar en aguas frías porque su circulación sanguínea era insuficiente en temperaturas elevadas. Sin embargo, otra especie más pequeña de calamar comenzaba a predominar en la zona del Ártico, junto con gusanos de mar y varios otros productos residuales peligrosos de las Guerras Genéticas. La secuencia alimentaria de organismos estaba disminuyendo a marchas forzadas; Ryn se preguntó qué ocurriría cuando se agotara por completo.

Cansado de su deporte individual, Ryn ordenó al Juguete que regresara al hábitat. Después de amarrar, Ryn se dirigió a sus aposentos, se quitó el mono y tomó una larga ducha. Siempre que volvía de matar calamares experimentaba la sensación de estar cubierto de limo...

Después de la ducha se puso una túnica y entró en la sala de estar. Se acomodó sobre un almohadón circular y dijo:

—Quiero ver a Davin.

—Por supuesto —respondió una voz incorpórea.

Un hombre apareció al instante ante Ryn. Aparentaba treinta y pico años, tenía una barba negra salpicada de canas y vestía una larga túnica negra. Sonrió a Ryn.

—¿Cómo te encuentras hoy, muchacho? —le preguntó.

—Como de costumbre —dijo Ryn con apatía—. Necesito hablar.

—Por eso estoy aquí —replicó Davin. Indicó una silla cercana—. ¿Puedo?

Ryn asintió. Participando en el engaño. Como simple proyección que era, Davin no necesitaba sentarse.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Davin.

Ryn le refirió su estéril conversación con el eloi.

—¿Y tanto te ha sorprendido el resultado? —dijo Davin después, con un suspiro—. Ya habéis discutido sobre lo mismo varias veces. ¿Pensabas que iban a cambiar?

—Yo he cambiado. Soy mayor y voy a estallar de un momento a otro.

—Ryn, aunque convencieras a los elois de que te dejaran marchar, el Programa Central nunca lo permitiría.

—Pero los elois pueden alterar el Programa Central.

—En teoría sí, pero hace tanto tiempo que pusieron sus vidas en manos del Programa Central que rechazarían efectuar algún cambio a estas alturas, aunque recordaran la forma.

Ryn maldijo.

—Qué estupidez. No existen razones para retenerme aquí. ¡Ni siquiera sabemos si aún queda algún Señor del Cielo! Han pasado más de cien años desde la última vez que se detectó un Señor del Cielo sobre la Antártida. Es posible que las plagas hayan acabado con la humanidad. Ignoramos lo que hay ahí fuera, y sólo por ese motivo tengo ganas de ir a echar un vistazo.

—Ryn, ya sabes que no lo permitirán.

—Si no me dejan salir, haré algo que lamentarán.

—¿Quieres decir que te suicidarás?

—Sí —admitió Ryn, aunque no estaba ni con mucho tan desesperado.

Davin le dirigió una sonrisa bondadosa.

—Sería bastante absurdo, ¿no crees? Además, ya conoces a los elois. Si esperas que sientan remordimientos por tu muerte, lo tienes claro. El remordimiento ya no consta en su vocabulario de emociones.

Ryn suspiró.

—Lo sé, lo sé...

De repente, comprendió lo absurdo que era hablar de problemas emocionales con una máquina. Cuando era joven creía a pies juntillas en la aparente humanidad de las proyecciones, pese a su falta de sustancia. En concreto, Davin se le antojaba completamente humano, y una perfecta figura paterna, debido a su compasión, simpatía y sabiduría. Ryn tuvo que llegar a la adolescencia para empezar a sospechar que había algo erróneo en las proyecciones. No podía precisar la causa de estos celos; suponía que su yo de la infancia había captado de manera inconsciente ciertas repeticiones en sus reacciones. Había preguntado a Davin por qué pensaba así sobre él y las demás proyecciones, pero Davin se lo había sacado de encima con un

rollo sobre la entrada en la pubertad y su efecto en los sentimientos.

Descubrió la verdad cuando cumplió quince años. Un día, sin previo aviso, una nueva proyección se manifestó en su estudio, en la forma de una joven de aspecto severo y ataviada con una larga túnica gris. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño que acentuaba la severidad de su rostro, cuyo rasgo más notable eran los altos, casi crueles, pómulos. Se presentó como Phebus y le dijo que había alcanzado la edad adecuada para serle reveladas ciertas verdades. Iba a darle clases sobre ordenadores y la naturaleza de las máquinas inteligentes...

Había crecido con la impresión, implantada a propósito, de que las proyecciones eran las imágenes y personalidades grabadas de personas auténticas que habían vivido mucho tiempo antes. No era verdad. Todas las proyecciones, incluida la mujer, eran creaciones artificiales producidas por los ordenadores. Si bien los ordenadores poseían «inteligencia», no era inteligencia humana. Por lo tanto, el comportamiento en apariencia humano de las proyecciones (la empatía, las bromas, la compasión y todo eso) era simulado. Las máquinas inteligentes imitaban las personalidades humanas.

Esta revelación conmocionó a Ryn, aunque no le sorprendió en exceso. Ya había sospechado la verdad, en un nivel inconsciente. Phebus explicó a continuación que se había considerado necesario mantener el engaño en pro de su bienestar psíquico, ya que no podía sostener ninguna relación emocional con los elois. Sin embargo, ahora le consideraban lo bastante adulto para saber la verdad, y era importante que adquiriera un completo conocimiento sobre ordenadores y máquinas inteligentes.

Transcurridos cinco años, sabía muchísimo sobre informática, pero la naturaleza de la inteligencia de las máquinas escapaba a su comprensión. Suponía que los programas eran conscientes, pero su percepción de la realidad difería radicalmente de la humana. Aunque los sistemas contenían gran cantidad de material orgánico (biochips), todo era sintético y no tenían nada en común con las formas de vida orgánica evolucionadas. Carecían de emociones, de los impulsos comunes a las especies más desarrolladas, incluido el de supervivencia. Ni siquiera poseían una apariencia de libre albedrío. Las directrices impresas en su mismo «ser» les dominaban por completo: eran las directrices que les dotaban de una apariencia humana casi perfecta.

Cuando hablaba con ellos ahora, se preguntaba qué sucedía en el interior de los programas. Cuando Davin se reía de uno de sus chistes, ¿lo habitaba un triste y desesperado centro consciente que sólo deseaba liberarse de sus directrices impresas, con la esperanza de dar fin a su torturada existencia y abandonarse a un misericordioso olvido? ¿Con qué derecho habían creado los científicos máquinas conscientes?, se preguntaba Ryn.

Los pensamientos cruzaban por su mente una vez más, mientras escuchaba a

Davin, quien le aconsejaba paciencia y auguraba que tal vez un día los elois y el Programa Central no restringirían sus movimientos. Ryn suspiró. Había escuchado la misma canción miles de veces.

—Davin —dijo de repente—. ¿Eres feliz?

Davin sonrió.

—Ya sabes lo que soy. «Felicidad» es un término que no significa nada para mí, pero en cierto sentido me siento «feliz» cuando te sirvo, Ryn, porque estoy programado para eso.

—Sí, por supuesto —dijo Ryn, insatisfecho con la respuesta. Como siempre. Agitó una mano—. Puedes irte, Davin.

De vuelta a donde sea...

Davin se levantó, inclinó la cabeza y dijo:

—Confío en haberte sido de ayuda, Ryn. Adiós. Hasta la próxima.

Se desvaneció.

Ryn contempló la pared en blanco durante un rato.

—Trae a Lisa —dijo después, casi de mala gana.

—Sí, Ryn —contestó la voz incorpórea. Era la voz del Programa Central.

Apareció una muchacha. Vestía un traje de hombre a rayas multicolores que había estado de moda unos cuatrocientos cincuenta años antes. Su cabello era rubio y llevaba los labios pintados de azul, como los ojos. Sonrió en dirección a Ryn.

—¡Hola, me llamo Lisa y estoy aquí para complacerte! —anunció. Empezó a desabrocharse poco a poco la chaqueta...

Un nuevo servicio que había seguido a su decimoquinto cumpleaños: el acceso a programas eróticos. Cinco. Al contrario que los demás programas, eran antiguos y primitivos. Ryn estaba seguro de que no albergaban la menor conciencia. Aunque capaces de adaptarse, eran poco más que simples grabaciones. Ryn se preguntaba a menudo cual de los elois era el dueño de estos programas, cuando todavía era una persona normal.

Ryn vio que la chica se desnudaba; luego, con un suspiro, se abrió la túnica. Le dijo que se acercara. Ella obedeció y extendió una mano insustancial hacia él...

Cuando todo hubo terminado de la habitual forma poco satisfactoria, indicó a la muchacha que se fuera y pidió al Programa Central que le proyectara una vez más *Robín de los Bosques*.

Una semana más tarde. El Juguete planeaba sobre el agua a una altura de seis metros escasos. La sensación de frustración de Ryn se había apaciguado; ahora, sólo se sentía apático y deprimido. Tardó en captar la advertencia del Juguete.

—¿Qué? —dijo, volviendo a la realidad—. Repítelo.

—He dicho que aconsejo un cambio de ruta. Aeronave intrusa delante de nosotros.

Una oleada de emoción le invadió. Se inclinó hacia adelante y escrutó la pantalla del radar. Cinco grandes objetos, que formaban una larga línea, se veían con toda claridad en la pantalla. Se encontraban a menos de quince kilómetros de distancia.

—Reduce la velocidad y muéstralos en pantalla —ordenó.

Cuando miró el monitor, lanzó un silbido de asombro. Parecían nubes de tormenta flotando sobre el horizonte. Eran inmensos, aterradores.

Señores del Cielo. ¡Una auténtica flota!

2

El barón Spang entró en el salón del trono y dedicó una breve reverencia al duque du Lucent.

—Vuestra esposa solicita audiencia, sire —dijo.

La expresión del duque sugirió que había mordido algo repugnante. Enrolló el plano que estaba examinando.

—Dios, no. Decidle que me encuentro mal. Decidle que he muerto. Que caí fulminado hace una hora. —Ciñó la gruesa capa alrededor de sus hombros—. Lo cual no se aleja tanto de la verdad.

La temperatura disminuía a marchas forzadas, y se mantendría esta tónica cuanto más hacia el sur volara el *Lord Mordred*. Según el técnico jefe era inevitable; se necesitaba hasta la última pizca de energía para conservar caliente el gas de las celdas. De lo contrario, en las condiciones antárticas, el achacoso Señor del Cielo no podría mantener la altitud precisa.

—¿Qué demonios desea?

El barón Spang se acercó unos pasos más al trono.

—Dice que sus espías han descubierto una rebelión que se fraguaba en el barrio libre de Pilktown.

—Esa mujer —suspiró el duque—. Ve rebeliones por todas partes. Siempre lo ha hecho.

El barón parecía inquieto.

—En esta ocasión, sire, tal vez convendría prestarle atención. Mis propios agentes han detectado un gran descontento a lo largo y ancho de la nave. Esta expedición desagrada a la gente, incluyendo a muchos nobles, sire.

—¿Creéis que yo ignoro la situación, amigo Spang? Os aseguro que soy penosamente consciente de ella, pero ¿qué puedo hacer? Ya sabéis que no me queda otra elección.

—Yo sí, sire, pero los demás no.

—Bien, mi querido barón, debo hacer lo posible por ocultar que yo, monarca del *Lord Mordred*, he sido prácticamente secuestrado por esos cuatro locos de ahí fuera. —Señaló con un ademán de su mano enguantada la gran ventana curva de su izquierda. Por ella se veía al más cercano de los otros cuatro Señores del Cielo, el *Lord Montezuma*—. Si lo hiciera público, entonces sí que estallaría una rebelión.

—Lo sé, sire, pero temo que el peligro de una rebelión continuará en aumento si esta expedición se prolonga en exceso. Las raciones empiezan a disminuir y la gente teme estar tan lejos de nuestros dominios. El frío progresivo no contribuye a tranquilizar los ánimos.

El duque cabeceó su asentimiento.

—Confío en que esta insensata cacería terminará pronto. Estos idiotas se darán cuenta de que buscan algo que ya no existe, si es que alguna vez existió. Sus víveres también escasearán, y deberán afrontar la hostilidad de sus súbditos. Sólo es cuestión de tiempo.

—Sí, sire. Sin duda tenéis razón.

—Bien. Ahora, id a comunicarle a mi esposa que las tareas de estado me abruma y que le concederé una audiencia mañana..., si tengo tiempo.

El barón Spang hizo una reverencia y se marchó. El duque se reclinó en su trono y pensó en su esposa, un tema que le deprimía. ¿Por qué no le dejaba en paz? Tenía sus aposentos separados, profusamente amueblados, su generosa pensión, sus lujos y sus amantes. ¿Qué más quería? Pero sabía la respuesta a esa pregunta. El poder. Había saboreado el poder cuando estuvo casada con su difunto hermano, y era un sabor que jamás se olvidaba por completo.

«Mi pobre hermano», pensó du Lucent. Lástima que su afición al poder le hubiera conducido a la paranoia. Jean había empezado a pensar que él, Paris, proyectaba asesinarle para ocupar el trono. Ridículo, por supuesto. Paris carecía de toda ambición y era perfectamente feliz con su vida de crápula disoluto, pero cuando le informaron sobre las sospechas de su hermano mayor, no tuvo otro remedio que adelantarse a sus intenciones para seguir con vida.

Una vez quitado de en medio Jean, Paris había dado un ultimátum a la duquesa: o accedía a casarse con él, retirándose al mismo tiempo de la vida pública, o también le sería administrada una dosis fatal de veneno. La mujer había aceptado la última opción, pero su teórico «retiro» de la vida pública dejaba mucho que desear...

Oyó murmullo de voces al otro lado de las puertas dobles. Alguien estaba hablando con los guardias en la antesala; no, estaba discutiendo con los guardias. Oyó una voz de mujer y confió en que no fuera la de su esposa.

Las puertas se abrieron, pero la mujer que entró a paso de carga en el salón del trono no era su mujer, sino su hija Andrea. Tenía veintidós años y poseía una belleza devastadora, bendecida por la suerte de parecerse más a él que a su madre. Había heredado su cabello negro como el carbón, los felinos ojos pardos, los pómulos altos y la suave piel olivácea. Su único defecto era la boca (herencia de su madre); cuando estaba irritada se convertía en una fea línea sin labios, y se irritaba muy a menudo, como ahora...

—Padre, tengo frío —le dijo, airada—. Todos tenemos frío. Esto ya es demasiado. ¡Mira, se me ve el aliento!

Sopló para demostrarle que su aliento formaba una neblina en el aire.

—Por «todos», querida gatita, presumo que te refieres a tu pintoresco grupo de parásitos aristocráticos y mimados. Sin duda han insistido en que vinieras a hablar conmigo, aun sabiendo que no deseo ser molestado.

El rostro de la joven se ensombreció.

—No te metas con mis amigos. La idea ha sido mía. Esto no puede prolongarse más. El frío es insoportable, por más ropa que me ponga.

El duque echó un vistazo a la gruesa capa de pieles que llevaba. No solía vestir nada que ocultara las curvas de su figura, de modo que su queja era auténtica, pero no podía hacer nada.

—Mi querida gatita —sonrió—, dentro de nada daremos media vuelta y pondremos proa al norte, hacia nuestro hogar.

—¿Cuánto tiempo es «dentro de nada»? —preguntó la joven con suspicacia.

El duque se encogió de hombros.

—Un día, dos a lo sumo.

—¿Por qué no das por concluido el trato que hayas hecho con esos Señores del Cielo y ordenas que el *Lord Mordred* dé media vuelta ahora mismo? Que continúen su ridícula búsqueda del tesoro, o la locura que se les haya metido en la cabeza.

—Aún no es posible, mi querida hija —ronroneó, con lo que consideraba su tono de voz más seductor. Por norma general, funcionaba con todo el mundo, excepto con su mujer y su hija. Hoy no fue una excepción. La joven le dirigió una mirada arrogante.

—Mi querido padre —dijo, imitando el ronroneo del duque—, ¿por qué no es posible?

—Es una cuestión de honor. Les di mi palabra.

La verdad, por supuesto, era muy diferente. Y Andrea, a juzgar por su expresión, parecía sospecharlo.

Las puertas volvieron a abrirse, ante la irritación del duque. Era el barón Spang otra vez. Se inclinó ante el duque y después ante su hija.

—Sire, traigo un mensaje urgente para vos —dijo, dirigiendo una significativa mirada a Andrea.

—Déjanos solos, gatita —dijo el duque.

—¿Vas a hacer algo para remediar este frío?

—De momento, no puedo hacer nada. Ten paciencia.

—Muy bien. —Le miró con astucia—. Entonces, lo haré yo. La única solución es irme a la cama con un acompañante para estar caliente. Y si el frío aumenta, tal vez necesite dos acompañantes. —Se volvió hacia el barón Spang—. ¿Os interesa acaso prestar tal servicio a la hija de vuestro soberano?

El barón Spang ensayó una débil sonrisa y trató de desaparecer tras su roja y poblada barba. El duque se preguntó, preocupado, si el barón ya había prestado tal servicio. Pese a los esfuerzos de las monjas, concretados en azotes y horripilantes amenazas con el fuego del infierno, por producir un modelo de castidad, Andrea había conseguido perder la virginidad a la edad de quince años. Al igual que su

madre, poseía fuertes apetitos sexuales y, según sus informantes, los satisfacía a la menor oportunidad.

—Permíteme sugerirte una manera más eficaz de calentarte —dijo el duque, sonriente—. Ser azotada públicamente ante tu grupo de seguidores lameculos. Es fácil de organizar.

—¡No te atreverás! —gritó Andrea, con cierta alarma en los ojos.

—Déjanos —ordenó él, alzando la mano.

Estaba claro que ella deseaba seguir discutiendo, pero lo pensó mejor. Le dirigió una mirada iracunda y salió hecha una furia del salón del trono.

El duque suspiró.

—Los goces de la paternidad, ¿eh? —dijo al barón Spang.

Éste guardó un diplomático silencio.

—Bien, ¿cuál es ese mensaje tan urgente?

—Los observadores han recibido una señal del *Lord Montezuma*. Se requiere vuestra presencia en *La Espada del Islam* a las 16.00 para una reunión en la cumbre.

—¿Otra reunión en la cumbre? —exclamó el duque, alarmado por lo que conllevaban tales reuniones—. Oh, no. —Consultó el reloj de pared—. Faltan menos de dos horas. —Cerró los puños con nerviosismo—. Imagino que no puedo declinar ese honor.

—Yo no lo aconsejaría, sire. En nuestra posición, sería imprudente.

—Lo sé —suspiró—. Maldita sea... Encárgate de los preparativos. Me acompañarás, por descontado.

—Sí, sire.

El duque miró distraídamente por la ventana.

—Maldita sea —murmuró de nuevo.

Una hora y cuarto después, el duque du Lucent caminaba con dificultad por un pasillo elevado que atravesaba el casco superior exterior del *Lord Mordred*. Se dirigía, seguido por el barón Spang y dos caballeros de toda su confianza, hacia un amplio deslizador que una cuadrilla de tecs se preparaba a lanzar mediante una catapulta accionada por vapor. El viento que soplaba en la inmensa extensión curva del casco superior era muy fuerte y extremadamente frío al mismo tiempo, y el duque debía agarrarse a la barandilla del pasillo para conservar el equilibrio. Pese a que se había protegido la cara con una gruesa bufanda, el frío hostigaba sus mejillas y arrancaba lágrimas de sus ojos. Llegó al deslizador y se introdujo a toda prisa en la cabina, aliviado. El piloto ya estaba sentado frente a los controles, alarmantemente simples. El hombre se volvió y saludó al duque con una inclinación de cabeza.

—Todo dispuesto, sire.

—¿Y cuáles son las condiciones de vuelo? —preguntó el duque, mientras se sentaba y ceñía su cinturón de seguridad.

—Poco ideales, sire —dijo el piloto—, pero no hay por qué alarmarse.

—Por algún motivo, eso no me tranquiliza —murmuró el duque al barón Spang, que iba sentado a su lado. El duque odiaba volar, aunque había pasado toda su vida en el aire. Sin embargo, no consideraba «volar» estar a bordo del *Lord Mordred*, compartía con sus súbditos la idea de que la nave gigante era un entorno segurísimo.

Un ayudante cerró la escotilla y el piloto preguntó si todos se habían abrochado los cinturones; después, dio la señal al tec encargado de disparar la catapulta.

—¡Allá vamos! —anunció.

El duque cerró los ojos. El impulso que lanzó a la catapulta le aplastó contra el asiento. Odiaba esta parte...

—Volamos, sire —susurró el barón en su oído.

El duque comprobó que el casco del *Lord Mordred* se alejaba a gran velocidad. Se le revolvió el estómago y sintió náuseas. El piloto empezó a efectuar un giro, esforzándose por alcanzar la altitud necesaria antes de iniciar el largo descenso hacia *La Espada del Islam*. El duque cerró los ojos de nuevo e intentó convencerse de que estaba en otro sitio.

Nueve semanas antes la vida discurría plácida y sin complicaciones. Bueno, hasta cierto punto; el yermo causaba estragos en sus territorios y los habitantes del suelo se mostraban cada vez más agresivos. Lo peor era que el impulsor número seis se había averiado definitivamente. Los tecs lo habían declarado irreparable; habían sacado todas las piezas que habían podido de los impulsores que todavía funcionaban. Ya no se podía hacer nada más. La avería del número seis dejó al *Lord Mordred* con cuatro impulsores que funcionaban a duras penas. Su margen de maniobra se había reducido en gran medida y ya sólo alcanzaba una velocidad máxima de cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Así, cuando los cuatro Señores del Cielo intrusos habían aparecido sobre los territorios a los que el *Lord Mordred* exigía tributo, poco pudo hacer la nave para escapar. El duque había supuesto que su nave sería atacada por hordas de guerreros a bordo de deslizadores. Desde hacía mucho tiempo temía que los Señores del Cielo volvieran a guerrear entre ellos como en la antigüedad. Como el yermo devoraba sin cesar las tierras tributarias y los Señores del Cielo se averiaban a marchas forzadas, era lógico suponer que se atacarían para apoderarse de los escasos recursos técnicos que aún quedaban de aquellos días en que la Antigua Ciencia reinaba en el mundo. Él también se habría sentido tentado a ello, de no ser por las pésimas condiciones del *Lord Mordred*, que habría salido perdedor de cualquier duelo aéreo. Se llevó una buena sorpresa, por lo tanto, cuando uno de los Señores del Cielo intrusos envió la señal universal de paz, y en lugar de una flota de deslizadores, sólo uno se dirigió hacia el *Lord Mordred*.

Aparte del piloto, en el vehículo sólo viajaba un emisario desarmado. Fue

conducido a presencia del duque y anunció que los otros cuatro Señores del Cielo deseaban hablar con él sobre un asunto de trascendental importancia. Tres de ellos habían atravesado el Atlántico desde el continente llamado Suramérica. Habían encontrado a *La Espada del Islam* sobre la tierra conocida en otro tiempo como Argelia y habían convencido a su gobernante de que se uniera a ellos; luego, habían continuado hacia el norte y ahora habían entrado en contacto con el *Lord Mordred*. Se solicitaba al duque du Lucent que se uniera a la alianza con el fin de ayudar a combatir una terrible amenaza que había surgido en el continente norte de las Américas. Cuando el duque se interesó por la naturaleza exacta de aquella amenaza, el emisario se negó a dar más explicaciones, aduciendo que los demás Señores le pondrían al corriente.

A regañadientes, sin abandonar sus sospechas, el duque se había trasladado al *Lord Montezuma*, donde tendría lugar la reunión de los Señores del Cielo. Allí había conocido a El Rashad, de *La Espada del Islam*, al príncipe Carracas, del *Lord Montezuma*, a lord Mazatán, del *Lord Mazatán*, y a lord Torres, del *Lord Ometepepec*. No le gustó el aspecto de ninguno, pero el que le preocupó más fue El Rashad. El musulmán dejó muy claro que sólo sentía desprecio por el Señor del Cielo cristiano, y que sólo la gravedad de la amenaza a la que se enfrentaban todos le permitía considerar la idea de formar una alianza con el duque.

Y el duque du Lucent había averiguado la naturaleza de la amenaza, aunque al principio le costó creerla y sospechó que los cuatro Señores preparaban alguna añagaza. Por lo visto, un nuevo Señor del Cielo había aparecido sobre el continente de Norteamérica dos o tres años antes, y desde entonces se había apoderado de todos los del continente. Se decía que una mujer, una minervana, controlaba el nuevo Señor del Cielo, y que intentaba extender su influencia por todo el mundo, destruyendo el poder de los demás Señores.

El duque, escéptico, había preguntado cómo era posible que apareciera un nuevo Señor del Cielo así, como por arte de magia. La contestación le preocupó, porque parecía plausible. Los Señores habían sido fabricados en el espacio exterior, por motivos relacionados con alguna parte olvidada de la Antigua Ciencia; lo recordaba de lecciones de historia aprendidas en su juventud. Según la información recibida por los Señores del Cielo, esta mujer había logrado enviar una señal de radio a la fábrica situada en el espacio exterior, donde seguía guardado un único Señor sin usar. La fábrica entregó automáticamente el Señor, que bajó a la Tierra bajo el control de un ordenador. La mujer había subido a bordo de este Señor del Cielo, provisto de máquinas en funcionamiento procedentes de la Antigua Ciencia, y había iniciado su campaña de conquistas.

Aún escéptico, el duque había preguntado cómo habían obtenido dicha información. La respuesta fue que algunos guerreros de dos de los Señores del Cielo

conquistados habían preferido lanzarse al suelo en paracaídas que vivir bajo las leyes de la misteriosa mujer. Se habían encaminado hacia el sur y tres grupos separados, como mínimo, habían sido recogidos por el *Lord Ometepec*, cuyo territorio cubría el norte de lo que solía llamarse América Central. Como la historia contada por los tres grupos era idéntica, lord Torres la creyó. Y como él sería el siguiente objetivo del nuevo Señor del Cielo, decidió trasladarse al sur también, penetrando primero en el territorio del *Lord Montezuma* y después en el del *Lord Mazatán*.

El duque du Lucent preguntó por qué los tres Señores del Cielo no habían solicitado la ayuda de los otros Señores del Cielo de Suramérica, y luego volado hacia el norte para vencer a esta mujer y a su flota por mera superioridad numérica. La respuesta le produjo escalofríos. La mujer controlaba el sistema de defensa láser de su nave.

—¡Pero eso es imposible! —había exclamado.

El sistema que controlaba los láseres de un Señor del Cielo era inviolable. Los láseres sólo disparaban contra objetos inanimados que amenazaran la seguridad de un Señor, como un misil o un proyectil, o incluso una bala. Por eso los láseres no funcionaban contra deslizadores tripulados. Si la mujer controlaba los láseres de la nave, las implicaciones eran... impensables.

Pero los demás Señores insistieron en que era cierto. No sabían cómo esta mujer había conseguido lo imposible, pero muchos testigos oculares afirmaban que los láseres del nuevo Señor del Cielo no sólo se utilizaban contra deslizadores tripulados, sino contra otros Señores del Cielo.

El duque, muy conmovido, había preguntado qué demonios se podía hacer contra aquella amenaza. La situación parecía desesperada. Tarde o temprano, esta mujer extendería su influencia por el mundo entero.

Los otros Señores del Cielo coincidieron en que la situación era extremadamente grave; por eso, los tres de América Central y del Sur habían decidido huir del continente antes que esperar a ser dominados por su nuevo competidor. Por el momento, daba la impresión de que la mujer estaba consolidando su victoria casi total sobre el continente del norte, pero no dudaban de que acabaría internándose en sus territorios. Por ese motivo habían cruzado el Atlántico y formado alianza con El Rashad, confiando en encontrar la respuesta a la amenaza en los Señores del Cielo del Viejo Mundo...

El duque no creyó ni por un momento en esta parte de la historia. Los tres Señores del Cielo centroamericanos habían huido de América, y punto; estaba seguro de que no tenían la menor intención de buscar «respuestas». Lo más probable era que intentaran robar territorios a los Señores del norte de África y Europa. Por desgracia para ellos, el primer Señor del Cielo con que habían topado fue *La Espada del Islam*. Debieron lanzar un ataque de deslizadores combinado, descubriendo a sus expensas

que El Rashad y sus fanáticos guerreros les superaban militarmente. Por fin, tras un gran derramamiento de sangre, se llegó a una precaria tregua y los Señores de Centroamérica explicaron los motivos de su invasión. Y El Rashad había sugerido un método posible de combatir a la extraña mujer...

El duque creía esta parte: El Rashad había dicho que poseía una colección de cintas de historia anteriores a las Guerras Genéticas, y en varias de ellas se mencionaba un enorme hábitat de investigación científica instalado en el mar que rodeaba la Antártida. Los eruditos de El Rashad creían que si el hábitat aún existía sería un recipiente de conocimientos pertenecientes a la Antigua Ciencia. El plan de El Rashad consistía en localizar el hábitat y alcanzar un acuerdo con la gente del mar, a fin de que diseñaran un arma capaz de ser utilizada contra la mujer, o tal vez una defensa contra sus láseres.

En cuanto a la incursión en su territorio, explicaron que necesitaban la ayuda del duque. Sus provisiones de comida empezaban a escasear y El Rashad sabía que los territorios del duque todavía eran relativamente fértiles, a pesar de los destrozos ocasionados por el yermo. A cambio de proporcionarles comida, le permitirían unirse a su expedición hacia el sur.

El duque du Lucent había escuchado esta última parte con creciente desánimo. En primer lugar, a sus ya alborotados súbditos del suelo no les haría ninguna gracia pagar un tributo extra. Y la idea de unirse a una expedición de Señores del Cielo a la Antártida no le atraía en absoluto. Se le antojaba imprudente y peligroso. Tampoco creía en los motivos que les habían impulsado a invitar al *Lord Mordred*. Sabía que les habría bastado con arrebatarse sus territorios. ¿Por qué no atacaban al *Lord Mordred*, y cuál era la auténtica razón de que quisieran su colaboración en la búsqueda del hábitat? Fuera cual fuera la respuesta, sabía que sería una mala noticia, tanto para él como para su pueblo. Al mismo tiempo, sabía que no estaba en situación de oponerse a su voluntad. Si no accedía de forma voluntaria a sus peticiones, podían apoderarse del *Lord Mordred* por la fuerza. De modo que forzó una sonrisa y dijo:

—Mis queridos compañeros, me honráis. Ser admitido en vuestra alianza me llena de gozo, y estoy seguro de que el éxito coronará nuestra empresa.

En secreto, se preguntaba con desesperación cómo se las iba a arreglar para dar la vuelta a la tortilla. Antes de que fuera demasiado tarde.

3

En teoría, era una visión aterradora: cinco Señores del Cielo y su Ángel del Cielo, *Alsa de Minerva*, visibles en el mismo espacio. Pero se había acostumbrado a visiones aterradoras durante los últimos cuatro años. El hombre que se encontraba frente a ella, no obstante, estaba claramente amedrentado por la presencia de tantos Señores del Cielo. No dejaba de dirigirles nerviosas miradas, así como a las columnas de humo que surgían de la llanura. Pese a saber que ella, Jan Dorvin, se hallaba al mando de toda la flota, su resentimiento se transparentaba con diafanidad. Era obvio que consideraba deshonrosa la idea de acatar las órdenes de una mujer, y aunque de puertas afuera la trataba con hosca cortesía, su mirada se detenía con deliberación en sus pechos, un gesto flagrante de agresión sexual.

«El típico patriarca tiranuelo de tres al cuarto» pensó Jan «como tantos otros. ¿Por qué molestarme?».

Suspiró y dijo:

—¿Entiendes lo que estoy diciendo? Ahora eres libre. Tu pueblo es libre. Tu ciudad está libre. —Indicó con un gesto el miserable amasijo de edificios que se alzaban al pie de la colina—. Ya no tendréis que pagar tributo a ningún Señor del Cielo.

—Pero aún quieres que cultivemos alimentos para ti, ¿no? —preguntó el hombre.

—Sí. He intentado explicártelo. Aunque el viejo orden ha terminado, el pueblo del cielo todavía necesita el apoyo de los habitantes del suelo, pero confío en que nos prestaréis apoyo de forma voluntaria.

El hombre emitió un gruñido despectivo y se secó su grasienta mano en la chaqueta de piel.

—Y si no la prestamos de forma voluntaria, Señora del Cielo, supongo que nos obsequiarás con otra demostración como ésa, ¿eh?

Indicó la llanura humeante.

—No lo hemos hecho como demostración de mí, de nuestro poder —respondió Jan, furiosa—. Ha sido para destruir el yermo. Despejamos una zona de cinco mil hectáreas alrededor de tu ciudad. Podréis extender vuestros terrenos de cultivo. Os daremos semillas nuevas. Han sido manipuladas genéticamente en mi Ángel del Cielo para que resistan a todas las diferentes especies de hongos. Con diligencia y trabajo constante podréis eliminar las peores plagas de vuestras nuevas cosechas.

—Os estamos agradecidos —mintió el cabecilla—, pero tengo la impresión de que la situación no ha cambiado mucho. Los habitantes del suelo, las lombrices, como nos llamáis los del pueblo del Cielo, seguiremos trabajando para un Señor del Cielo..., aunque sea una mujer.

La mano de Jan se cerró involuntariamente sobre la empuñadura de su daga. El

hombre hizo lo propio con el pomo de su tosca espada. Este movimiento provocó que el robot en forma de araña, que hasta aquel momento se había mantenido inmóvil al lado de Jan, cobrara vida. Se levantó y extendió una de sus herramientas de cortar hacia el cabecilla. El hombre la contempló con temor y apartó la mano de su espada. Miró a Jan.

—¡Vas a matarme!

«Las cosas serían más sencillas si lo hiciera», pensó la joven. Estaba cansada de tratar con idiotas como aquél. Había sido muy ingenua al suponer que los habitantes del suelo cantarían sus alabanzas cuando supieran que les había liberado del yugo de los Señores del Cielo. En cambio, sólo había encontrado suspicacia e increíble estupidez. Sería mucho más sencillo imponerles su voluntad por la fuerza, pero entonces destruiría el espíritu de su propósito. Aun así, la tentación crecía a cada nueva frustración que estos idiotas le provocaban, y se preguntó hasta cuándo aguantaría. «Una mañana despertaré y descubriré que me he convertido en una tirana. Pero benévola, por supuesto», se dijo con cinismo.

—No, no voy a matarte —contestó al cabecilla. «Aún», añadió en silencio—. Vuelve a tu pueblo y comunícale mis... sugerencias. Una de mis naves volverá dentro de seis meses para comprobar vuestros progresos. Ahora, vete.

El hombre, aliviado, se marchó a toda prisa colina abajo. Jan suspiró y desvió la vista hacia el cielo. Mis naves, pensó, y sonrió con amargura. Una flota de aspecto impresionante, desde luego. A unos seis kilómetros de distancia, frente a ella, el *Lord Montcalm*; más lejos, hacia el sur, el *Lord Matamoros*; detrás, colgando sobre las colinas hacia el norte, los otros tres: *La Brisa Perfumada*, el *Lord Venganza* y el *Lord Nimroth*. Y directamente sobre ella se encontraba su Ángel del Cielo, el *Alsa de Minerva*; su sombra abarcaba toda la colina y aún más terreno. El Ángel del Cielo era de un blanco virginal, pero los cinco Señores del Cielo, como mandaba la tradición, tenían la mitad inferior de sus cascos decorada con dibujos malignos de grandes ojos, colmillos y dientes, para infundir temor a los habitantes del suelo. Sí, el efecto era aterrador, pero todas aquellas inmensas naves albergaban una extensa población que, en su mayor parte, era hostil a Jan y a sus objetivos.

No tenía otro remedio que gobernar al pueblo del cielo por la fuerza. Estaba a su merced. Los programas de Jan controlaban sus ordenadores centrales y sus mecarañas custodiaban las cabinas de control de cada nave. El pueblo del cielo, indefenso por completo, tenía que obedecer sus órdenes. Había hecho lo posible por mejorar la calidad de vida de casi todos los habitantes de las naves, los ciudadanos de a pie y los antiguos esclavos, pero si bien esperaba resentimiento por parte de los aristócratas que habían sido desposeídos de sus privilegios, no esperaba una reacción similar de aquellos a quienes había ayudado. Poco a poco había llegado a comprender que esa gente, como los habitantes del suelo, se habían acostumbrado por completo al orden

establecido. Que su mundo familiar se hubiera visto trastocado les angustiaba. Se sentían más seguros y cómodos con las antiguas formas de vida, aunque hubieran sido esclavos...

Cierto, sabía que contaba con cierto apoyo entre los antiguos esclavos, en especial las mujeres. Había autorizado a algunas mujeres, tanto ciudadanas como ex-esclavas, a pasar temporadas en el Ángel del Cielo y les había enseñado los principios de Minerva. Algunas habían respondido de manera favorable, pero Jan recibió una desagradable sorpresa cuando muchas mujeres se negaron a aceptar la igualdad entre hombres y mujeres. Consideraban parte del orden natural de las cosas que las mujeres fueran inferiores a los hombres, incluso si procedían de sociedades en que la explotación de la mujer era extrema, como la japonesa de *La Brisa Perfumada*. Jan sabía que sería necesaria una imponente campaña de reeducación para erradicar tales actitudes transmitidas culturalmente, pero carecía de tiempo y recursos para lanzarse a esa campaña. Aún no, en cualquier caso.

—Tanto que hacer... —murmuró para sí.

—¿Alguna orden? —preguntó al instante la mecaraña, en el tono monótono de Carl.

—No... Bueno, sí...

Antes de que pudiera terminar, Ashley la interrumpió de repente, a través del robot.

—Hola, Jan —saludó alegremente—. Estaba escuchando. Tenías que haber empalado a ese labriego maloliente. Ni una pizca de gratitud por lo que has hecho. Te dije que iba a ser una pérdida de tiempo quemar el yermo. Tendríamos que haber arrasado la ciudad.

Molestó a Jan que las palabras de Ashley tradujeran con tal precisión sus pensamientos. Mientras bajaba a toda prisa por la ladera, se preguntó si Ashley y ella empezaban a pensar igual.

—Ése no es el estilo de Minerva —replicó, airada.

—Y yo no soy minervana, Jan.

—De eso estoy segura —dijo Jan, y luego logró controlar su irritación. Aunque se trataba en esencia de un programa de ordenador como Carl (compartían el software del mismo biochip, de hecho), Ashley era muy diferente de Carl. Éste era pura inteligencia mecánica, y por tanto era de total confianza, mientras que Ashley era la personalidad grabada de una muchacha, una muchacha mimada y obsesionada por sí misma, que había vivido cuatrocientos años antes. El programa Ashley, eco electrónico de una mente humana, comenzaba a dar señales de deterioro. Incluso de locura, admitía Jan para sus adentros. No le sorprendía mucho. Que una joven saludable se despertara de pronto y descubriera que era tan sólo una presencia incorpórea introducida en un ordenador, bastaba para catapultarla hacia la locura.

Pasar siglos en dicho estado, atrapada con los facsímiles de emociones, deseos y apetitos humanos, tanto físicos como emocionales, imposibles de satisfacer o gratificar, sólo podía aumentar las probabilidades de que cayera en la psicosis. De hecho, era sorprendente que aún siguiera sana.

—Estoy preparada para subir —dijo Jan—. Envía el saltador.

—Claro —dijo Ashley por mediación de la araña.

Jan no tardó en escuchar una especie de murmullo lejano, señal de que el helicóptero ligero, uno de los seis que transportaba el Ángel del Cielo, descendía rápidamente hacia ella. Mientras esperaba a que llegara, reflexionó sobre el problema del programa Ashley. Si pudiera separarlo del programa Carl..., pero ambos estaban unidos de forma irreversible en el software. Para empeorar las cosas, Jan estaba segura de que, cada vez que se efectuaban copias de los programas para introducirlos en los sistemas informáticos de otros Señores del Cielo capturados, Ashley sufría cierto deterioro, aunque Carl le había asegurado que el nuevo software era idéntico al original. En realidad, no se advertían señales de deterioro en los nuevos «Carls».

Ahora existían seis «Ashleys», todos conectados por radio, así como seis «Carls», y aunque eran los programas Carl quienes se encargaban de todo el trabajo en el control minuto a minuto de las seis naves, los programas Ashley dominaban en la pareja. Jan era dolorosamente consciente de que los Ashley podían tomar el completo control de la flota si les apetecía y, en consecuencia, hacía lo imposible por distraer al programa, proclive al aburrimiento. Otro dispendio de sus recursos emocionales, pero hasta el momento lo había logrado.

El saltador, poco más que una burbuja de plástico transparente, con hélices parecidas a alas, aterrizó cerca con suavidad. Jan trepó al interior. La mecaraña la siguió. Ordenó al saltador que despegara.

Mientras miraba la tierra que se alejaba bajo sus pies, se sintió vagamente divertida por la soltura que demostraba en tales situaciones, comparada con la aterrorizada muchacha de dieciocho años que había sido arrebatada de las ruinas humeantes de Minerva por el Señor del Cielo *Lord Pangloth*. Jan recordó el horror experimentado cuando colgaba del *Lord Pangloth* en una frágil jaula de mimbre, junto con los demás supervivientes minervanos.

Pero, al menos, aquella minervana de dieciocho años había encontrado consuelo en la religión. La Jan de ahora, no. Oh, aún invocaba a Dios Madre en los momentos difíciles, pero a un nivel intelectual sabía que el culto a Dios Madre había sido fabricado por los ingenieros sociales de Minerva durante el caos que siguió a las Guerras Genéticas, con el fin de evitar que la cultura minervana acabara de derrumbarse.

El saltador se introdujo en una de las numerosas bodegas de carga del Ángel del Cielo. Jan salió y dijo al robot:

—Ashley, ¿puedo hablar con Carl, por favor?

—Claro. —Una breve pausa—. Aquí Carl. ¿Instrucciones?

La voz procedía de la misma unidad vocal sintética del robot que había producido la de Ashley, pero había un mundo de diferencia entre las dos.

—¿Cuándo estará la flota dispuesta para partir? —preguntó Jan.

—Ya podemos, pero sería conveniente recargar a tope antes nuestras celdas de combustible. Ese fuego concentrado de láser, como de costumbre, ha agotado casi por completo las reservas de energía de todas las naves..., a excepción de ésta, por supuesto. —Carl siempre se aseguraba de que el sistema láser estuviera cargado—. Dos horas bajo este sol bastarán para recargar las celdas.

—Perfecto. ¿Cuál es nuestro siguiente puerto de escala en este sector?

—Según los registros del *Lord Montcalm*, hay una ciudad llamada Bear City a doscientos sesenta kilómetros al norte de aquí. Población, novecientos ochenta habitantes, si estos registros son de fiar, cosa que dudo. Suministran madera, pieles y pescado al *Lord Montcalm*, si el yermo no ha devastado su territorio.

Jan asintió. En otro tiempo, el yermo no se había apoderado de zonas montañosas, en que las temperaturas eran más bajas y el aire más enrarecido, pero ahora se extendía por todas partes.

—Muy bien. Dirígete hacia allí. Tomaremos posiciones alrededor de la ciudad por la noche y les daremos una buena sorpresa a los habitantes de Bear City cuando se despierten.

Se encaminó hacia un ascensor, pero el robot corrió tras ella.

—Otra cosa, Jan...

La joven se detuvo.

—¿Sí?

—Que los americanos de *La Brisa Perfumada* quieren que recibas a una delegación para escuchar sus quejas.

—Ya sé cuáles son sus quejas.

Los americanos, cuya nave, el *Lord Pangloth*, había sido destruida, detestaban tener que compartir el espacio vital con los supervivientes de *La Brisa Perfumada*, sus odiados enemigos los japoneses. Sabía que las condiciones de vida en la nave dejaban bastante que desear, pero de momento no podía hacer nada. Si aumentaba su flota, repartiría a más americanos entre las naves para aliviar la tensión.

—En este momento no tengo tiempo para recibir a ninguna delegación —replicó. Subió al siguiente nivel en ascensor, y después tomó una burbuja de transporte para trasladarse a sus aposentos, que distaban casi ochocientos metros.

Un niño y un hombre estaban sentados en el suelo de la sala de estar. Resolvían juntos un rompecabezas. El hombre era Kish, uno de los dos únicos supervivientes varones de Minerva. El niño era su hijo, Simon. Cuando Jan entró, se levantó de un

salto al instante, los ojos brillantes, y corrió hacia ella.

—¡Has vuelto a casa! —gritó, y rodeó su cintura en un estrecho abrazo, apretando la cara contra su estómago. Ella le acarició la cabeza y sonrió.

—Hola, querido. ¿Te has portado bien?

Kish, que también se había puesto en pie, se acercó sonriente.

—Sí, se ha portado muy bien, señora. Como siempre.

Como siempre. Jan suspiró para sí y guió a Simon hacia el sofá. Se derrumbó sobre él y atrajo a Simon hacia ella. Lo acunó contra su costado.

—¿Le apetece tomar algo, señora? —preguntó Kish.

—Tráeme algo de beber. Que esté frío, y en gran cantidad.

Kish salió de la sala de estar. Era su favorito de los dos minervanos y en algún momento había considerado la posibilidad de tener hijos con él a fin de preservar, en lo posible, la herencia genética minervana, pero, gracias a Simon, había cambiado de planes...

Simon...

¿Cuánto tardaría en estar segura, absolutamente segura? Le miró con ternura. Era un niño perfectamente normal. Bueno, no del todo; sólo tenía algo más de dos años y aparentaba casi cuatro, en cuanto al desarrollo físico e intelectual. No, intelectualmente aparentaba incluso más de cuatro. Ésa era la única anomalía, y quizá se debía a que Simon se desarrollaba con más rapidez por naturaleza; no era necesario achacarlo a Milo...

Se estremeció de sólo pensar en su nombre. Y volvió a estremecerse al recordar aquella noche en el yermo, cuando Milo la penetró una y otra vez, mientras sus cuerpos se entrelazaban sobre la apestosa alfombra de hongos que cubría el suelo. Fue entonces cuando la fecundó; y más tarde, en su momento de triunfo supremo, cuando Jan averiguó que estaba embarazada de él, temió lo peor acerca del niño. Sabía que Milo había sometido su cuerpo a cambios radicales mediante la ingeniería genética, y tenía miedo de que su semen fuera portador de aquellas mismas alteraciones.

Su amada Ceri había temido lo mismo y le había suplicado que abortara, pero Jan se negó. Quería tener el niño, pero prometió que, si mostraba alguno de los monstruosos atributos de Milo, lo pondría en cuarentena.

Esto no había satisfecho a Ceri, que había abandonado el lecho de Jan y vivía en otra parte de la nave. Después de nacer Simon había insistido en que matara al niño, ante el horror de Jan. Ésta confiaba en que, a medida que pasara el tiempo y Simon no mostrara ninguna de las características perversas de su padre, Ceri se apaciguaría y reanudarían su relación. Sin embargo, Ceri seguía en sus trece después de casi dos años y llamaba «cosa» a Simon.

Jan también albergaba temores acerca de Simon, pero disminuían a cada día que

transcurría, al tiempo que aumentaba su confianza en que Milo no ejercería ninguna influencia sobre su hijo desde la tumba. Milo estaba muerto y bien muerto, aplastado bajo los pies metálicos del loco Ezekiel; sólo quedaba de él aquella reluciente y arrogante calavera que Jan guardaba bajo llave en un armario de su camarote. Ignoraba por qué no se había desprendido de ella. Lo había pensado en muchas ocasiones, pero cada vez había vacilado en el último momento y devuelto la calavera a su sitio. Quizá porque, a pesar de su temor hacia él, todavía creía que le debía algo. Al fin y al cabo, le había salvado la vida más de una vez.

De pronto, se dio cuenta de que Simon le había hecho una pregunta, pero, abismada en sus pensamientos sobre Milo, no le había escuchado.

—¿Qué, cariño? —preguntó.

—He dicho si hoy te volverás a marchar —repitió el niño.

La miraba con ojos ansiosos. Si tenía algún defecto, era su nerviosismo. Jan se había esforzado en crearle un entorno seguro, pero continuaba siendo un niño ansioso. Y sabía que su ansiedad aumentaba cuando ella se ausentaba. Debía ser normal en niños muy apegados a su madre, ¿no?

—No, hoy no volveré a salir, querido —le tranquilizó. La expresión de alivio que apareció en su hermoso rostro la conmovió. No, no había nada de Milo en el niño, estaba segura.

¿Lo estaba?

—Vamos a iniciar el descenso, sire —susurró el barón Spang. El duque du Lucent abrió los ojos y miró por la ventana. Bajo ellos, *La Espada del Islam* se veía alarmanamente pequeño. De hecho, todos los Señores del Cielo se le antojaban alarmanamente pequeños. Era inquietante, para alguien acostumbrado a considerar una de tales naves como un mundo, ver que casi parecían objetos insignificantes sobre el fondo de un mar en apariencia infinito.

El piloto del deslizador había empezado el descenso en espiral que finalizaría con él aterrizaje en *La Espada del Islam*. El duque se obligó a mantener los ojos abiertos, deseando que su estómago dejara de gruñir. Y ahora, para empeorar las cosas, sus intestinos también se revolvían. El aparato emitía siniestros crujidos mientras volaba, y al duque no le habría sorprendido que se desmontara de súbito.

La Espada del Islam no tardó en crecer de tamaño y recuperó, desde el punto de vista del duque, la tranquilizadora inmensidad de un Señor del Cielo, a medida que el deslizador se aproximaba. Empezó a relajarse. Incluso para él resultaba evidente que el piloto no tendría dificultades en consumir la cita aérea.

Un minuto después, el deslizador planeó sobre el casco superior de *La Espada del Islam*, que había disminuido la velocidad y apuntado la popa al viento para facilitar el aterrizaje. El piloto maniobró con pericia y posó el deslizador sobre el principio de la zona de aterrizaje. El duque jadeó cuando el aparato rebotó sobre la pista, pero el piloto detuvo el deslizador al poco, con tanta rapidez que el aparato se inmovilizó a unos veinte metros de la red de frenado dispuesta sobre el casco. A cierta distancia se veían otros tres deslizadores de variados diseños.

—¡Bien hecho! —felicitó el duque al piloto—. Llévame de vuelta al *Lord Mordred* de la misma forma y te doblaré las raciones durante un mes.

Los tecs de *La Espada del Islam* se acercaron a toda prisa para asegurar el deslizador. Les siguió una guardia de honor compuesta de guerreros ataviados con túnicas negras. Los dos caballeros del duque, impresionantes con sus mallas de plata ceremoniales, destacando en sus pistoleras las automáticas del 45, salieron del aparato. A continuación apareció Spang, que ayudó a bajar al duque. Un guardia de honor se adelantó y saludó al duque con una inclinación de cabeza. Como los demás guerreros, su rostro estaba casi oculto por la tela negra de su turbante, y sólo sus ojos eran visibles.

—En nombre de mi señor, El Rashad, os doy la bienvenida a *La Espada del Islam* —anunció el guerrero, con fuerte acento—. Con vuestro permiso, os conduciré a su Gloriosa Presencia.

El duque asintió. Los guerreros de El Rashad formaron dos filas que flanquearon al duque y a su grupo; luego, con el portavoz al frente, todos avanzaron a paso

majestuoso por un sendero limitado por cuerdas hacia la escotilla más próxima.

Efectuaron un largo descenso en ascensor entre dos de las celdas de gas gigantes hasta los niveles inferiores; después, recorrieron varias calles abarrotadas de personas y animales. Como en otras ocasiones, le asaltó una mezcla de fuertes y acres olores que enrarecían la atmósfera de las estrechas calles. Sin embargo, lo que más le afectaba era ver a los ancianos entre las multitudes. La población de *La Espada del Islam*, por pertenecer a una secta islámica muy ortodoxa, no eran Modelos de Primera Clase y, por tanto, se hallaba sometida al antiguo proceso «natural» de envejecimiento, aunque el duque nunca había comprendido qué tenía de natural el lento deterioro del cuerpo a lo largo de los años, hasta que las enfermedades acumuladas acababan por matar a la persona.

Algunos rostros de ancianos eran muy viejos, y no le gustaba especular sobre el estado de su cuerpo, que cubrían las túnicas. Algunas mujeres debían ser igualmente viejas, pero, como todas se tapaban el rostro por completo, no podía verificarlo. La idea de un cuerpo de anciana le resultaba más repugnante que el de un anciano, de modo que rechazó de inmediato la ingrata imagen.

Su grupo y la escolta atravesaron un portal adornado, custodiado por guardias armados hasta los dientes, y entraron en los dominios privados de El Rashad. El duque ya había estado antes, pero seguían desorientándole los giros y vueltas por pasillos alfombrados, que conducían al salón donde El Rashad conferenciaba con los demás Señores del Cielo. Las paredes y el techo estaban cubiertos de colgaduras de brillantes colores, que producían el efecto de encontrarse en el interior de una tienda. En el centro había una mesa baja de forma oval, a cuyo alrededor, sentados sobre almohadones con las piernas cruzadas, estaban los otros cuatro Señores. Detrás de ellos se erguían los consejeros, mientras que junto a las paredes aguardaban las respectivas escoltas.

Cuando el duque se acercó a la mesa, todos se volvieron en su dirección.

—Ah, nuestro último aliado cristiano ha llegado por fin —dijo El Rashad desde la cabecera de la mesa, con evidente desprecio—. Empezábamos a temer que vuestro planeador se hubiera estrellado trágicamente en el mar.

Más bien empezábamos a confiar, pensó el duque mientras, con ciertas dificultades, se acomodaba sobre el almohadón y cruzaba las piernas. El Rashad no respetaba las diferentes costumbres de sus invitados; el duque sabía que ésa era su manera sutil de demostrar su poder sobre ellos. El barón Spang se situó detrás del duque.

El duque de Lucent forzó una sonrisa en dirección a El Rashad que, como siempre, estaba magnífico con su atavío negro y rojo sangre.

—Agradezco vuestra preocupación por mi bienestar. Me siento profundamente conmovido.

Hablaba en el idioma que todos tenían en común, el americano, una mezcla de español e inglés.

El Rashad frunció el ceño ante el evidente sarcasmo del duque, y luego dio una palmada. Un criado, o esclavo, apareció por una abertura de las colgaduras con una bandeja. Depositó una tacita de líquido negro frente al duque y un plato con pequeños objetos blancos y cuadrados que el duque, por pasadas experiencias, recordaba como insufriblemente dulces. Los demás Señores ya habían sido servidos.

El duque sonrió de nuevo a El Rashad, sin hacer el menor caso de la comida y la bebida.

—Confío, conquistador de los cielos —dijo—, en que vuestro motivo para convocar esta reunión haya sido importante. Por más que aprovecho cualquier oportunidad de estar en compañía de vos y mis demás hermanos en la adversidad, problemas internos del *Lord Mordred* me mantienen muy ocupado últimamente, y vuestra llamada ha llegado en un momento inoportuno.

—Vuestros problemas internos —replicó con aspereza El Rashad— son insignificantes comparados con el objetivo que anima nuestra alianza.

El duque se encogió de hombros.

—Para vos es fácil decir eso, oh, ilustrísimo, pero, como bien sabéis, el *Lord Mordred* no funciona a pleno rendimiento. —«Se está cayendo a trozos» sería una descripción más precisa, pensó con amargura—. La situación a bordo no es demasiado buena en este momento. Mi pueblo, aunque me ama con todo su corazón y me depara una lealtad absoluta, está empezando a, bueno, a inquietarse.

El desdén centelleó en los ojos de El Rashad.

—A un auténtico Señor del Cielo no ha de resultarle difícil controlar a sus súbditos.

«Que te den por el saco», pensó el duque, escamado por la indirecta. Entonces, lord Mazatán habló. Como siempre, vestía una magnífica capa con plumas de diferentes colores, y también sobresalían plumas de la cinta dorada que rodeaba su cabeza. «Ni siquiera le habrá hecho falta un planeador para venir —reflexionó el duque—. Le habrá bastado con agitar los brazos».

Por lo visto, lord Mazatán había formulado quejas similares a las del duque: la comida empezaba a escasear a bordo del *Lord Mazatán* y el frío torturaba a su gente. Algunos de sus súbditos ya habían muerto por esa causa. La situación no podía prolongarse mucho más tiempo.

El duque se sintió complacido. Por una vez, no iba a ser el elemento en discordia. Y aún le complació más la expresión sombría que apareció en el rostro de El Rashad. Se preguntó de nuevo la edad de aquel hombre. El duque no tenía forma de calcularla, pues había pasado toda su vida entre personas que nunca aparentaban más de treinta y pico años. Profundas arrugas surcaban su cara, pero no era tan viejo como

algunos de los hombres que el duque había visto en las calles.

Lord Torres tomó la palabra. El duque le escuchó con atención. Lord Torres, un Modelo de Primera Clase como los demás Señores del Cielo americanos, tenía el rostro lampiño, pero sus facciones angulosas y ojos feroces le prestaban un aspecto singular. Torres llevaba una túnica sin mangas que parecía tejida con hilos de oro y, al igual que lord Mazatán, una cinta dorada rodeaba su cabeza. Su piel era de color bronceo y daba la impresión de que habían sacado brillo a sus musculosos brazos con un paño.

El duque escuchó, desengañado, que, si bien Torres también tenía problemas, votaba a favor de continuar la búsqueda. Después, habló el príncipe Carracas (comparado con los demás, su indumentaria era de lo más vulgar, pues consistía en una especie de uniforme gris oscuro de una sola pieza), y vino a decir lo mismo que Torres. El duque le maldijo en voz baja. El Rashad ganaba por tres votos a dos. Decidió intentarlo otra vez.

—Queridos compañeros —empezó, aunque se dirigía a El Rashad—, ¿permitís que os haga una sugerencia? Como ya sabéis, el *Lord Mordred* se encuentra en lamentable estado comparado con vuestras naves, y se ha convertido en una rémora para vuestra expedición. Habríais alcanzado vuestro objetivo hace días de no haber tenido que acomodaros a los miserables cuarenta y cinco kilómetros por hora del *Lord Mordred*. De modo que, por el bien común, os ofrezco retirarme de la expedición para regresar renqueante hacia el norte. Sin el impedimento que mi pobre navío os impone, podréis proseguir la búsqueda del gran hábitat marino con mucha mayor rapidez. Yo y mi gente, ay, lamentaremos la pérdida de las riquezas tecnológicas que el hábitat sin duda contiene, pero temo que debemos llevar a cabo ese sacrificio por el éxito de vuestra altísima meta.

—Ni hablar —replicó El Rashad—. El *Lord Mordred* continuará con nosotros. Habéis perdido la votación. La búsqueda continuará hasta que encontremos el hábitat. La razón por la que he convocado esta reunión es para sugerir que nos dividamos en dos grupos cuando llegemos a la Antártida. Uno se dirigirá hacia el este, el otro hacia el oeste. Así exploraremos las aguas que rodean el continente helado con mayor rapidez.

El duque du Lucent hervía de ira. El Rashad no iba a quedar satisfecho hasta que todos murieran de hambre o frío. ¿Y para qué? Para nada, por una empresa descabellada.

—Debéis razonar, El Rashad —dijo en voz alta—. Os agarráis a un clavo ardiendo. Puede que este hábitat existiera siglos atrás, pero las esperanzas de que su población aún sobreviva son remotas. ¿Alguien ha visto un hábitat marino durante nuestro largo viaje? ¡No! Es probable que todos desaparecieran hace mucho tiempo, destruidos por Señores del Cielo o gusanos de mar, calamares y demás monstruos que

vagan por los océanos.

El Rashad le fulminó con la mirada.

—Si os habéis molestado en practicar vuestras dotes de observación, habréis visto que los efectos de las plagas marinas van disminuyendo a medida que avanzamos hacia el sur. Ello es debido, obviamente, a las temperaturas inferiores. Por tanto, las probabilidades de que el hábitat permanezca intacto en aguas aún más alejadas son muy altas. No, duque du Lucent, la búsqueda continuará, y vos y el *Lord Mordred* llegaréis hasta el final.

El duque se obligó a sonreír y asintió con la cabeza.

—Por supuesto, oh, ilustrísimo. Lo que vos digáis.

Se preguntó una vez más por qué El Rashad estaba tan decidido a que él y su nave formaran parte de la expedición. Una sospecha desagradable empezaba a tomar cuerpo en su mente. Temía que El Rashad tuviera la intención de utilizar al *Lord Mordred* como conejillo de indias. Si localizaban el hábitat, obligarían al duque a realizar el primer contacto, en apariencia beligerante, mientras El Rashad y los demás esperaban a una prudente distancia y observaban el resultado. Si la gente del hábitat contaba con armas de la Antigua Ciencia, el *Lord Mordred* padecería las fatales consecuencias. Entonces, satisfecho con la demostración de fuerza, El Rashad establecería contacto con la población del hábitat de una forma mucho más conciliadora y trataría de llegar a un acuerdo con ellos a cambio de su ayuda. Sí, cuanto más lo pensaba el duque, más probable se le antojaba. Y no podía hacer nada para remediarlo.

Sus miradas se cruzaron unos momentos. El duque se sintió como una paloma indefensa que ve al halcón dirigirse inexorablemente hacia ella.

—¡Aconsejo firmemente una vez más que regresemos al hábitat de inmediato! —rugió el programa del Juguete.

—Y yo digo que no. Nos quedaremos aquí —replicó con idéntica firmeza Ryn.

¡Algo diferente estaba ocurriendo! Su mente y su cuerpo cantaban de excitación. Sabía que su vida nunca volvería a ser igual. Poco después de ver la flota de Señores del Cielo que se aproximaban, había forjado un plan; todo dependía de lo que hiciera el programa del Juguete. Hasta el momento todo iba bien; el ordenador le espoleaba a huir, pero por lo visto no había sido programado para tomar el control del Juguete en situaciones similares. Quienquiera que hubiera sido el programador (otro programa, sin duda), no había previsto tal situación.

La flota se acercaba con mucha lentitud. Ryn estaba seguro de que podían viajar a mayor velocidad, pero por algún motivo mantenían de forma deliberada ésta. Se impacientó.

—¿A qué distancia se encuentran de vuestra maldita frontera? —preguntó.

—A menos de media milla —dijo el ordenador—. Ryn, hemos de irnos. ¿Por qué

no nos sumergimos? Tengo la impresión de que hoy habrá buena caza.

Ryn no pudo reprimir una carcajada. La voz femenina había adoptado un tono seductor. Su confianza aumentó. Tenía cogido al programa por las pelotas (aunque no existieran).

—Vamos arriba. A una altitud de mil quinientos metros. Después, planea.

El programa protestó, pero obedeció. El Jugete se elevó a toda rapidez.

—¿A qué distancia de la frontera están ahora? —preguntó, cuando el Jugete alcanzó la altitud solicitada.

—Tres naves se encuentran dentro de la zona fronteriza. Las otras dos están a punto de entrar —informó de mala gana el programa.

Ryn lanzó un grito de júbilo y golpeó los brazos del sofá con los puños.

—Adelante. Disminuye la velocidad. A unos setenta y cinco kilómetros por hora, digamos.

—No aconsejo de ninguna manera esta decisión —dijo el programa, al tiempo que le obedecía.

Ryn contempló la pantalla con ávida fascinación, mientras el Jugete volaba hacia la flota. Cuanto más se acercaba, más le impresionaba su tamaño. Conocía sus dimensiones por el programa de historia (casi dos kilómetros de largo y trescientos metros de anchura máxima), pero la teoría no le había preparado para la realidad.

Aumentó la imagen del Señor del Cielo que tenía directamente en frente hasta que llenó la pantalla. Pudo observar detalles, como las numerosas torretas armadas con cañones y las centelleantes baldosas, similares a espejos, que cubrían la mayor parte del casco superior. Sondeó en sus recuerdos y obtuvo la respuesta: eran placas solares, la principal fuente de energía de los Señores del Cielo. Contenían una sustancia, producida genéticamente, parecida a la clorofila, que convertía los rayos del sol en energía eléctrica.

El Jugete se acercaba con gran rapidez a la flota y Ryn se preguntó sobre qué nave se posaría.

—He localizado mediante el radar a una séptima nave —dijo el Jugete, mientras intentaba llegar a una decisión.

—¿Otro Señor del Cielo?

—No. Una nave mucho más pequeña. Mira.

La pantalla se oscureció, y después mostró a una nave de aspecto endeble y provista de alas muy largas. Se veía gente en la cabina de la parte delantera.

—Acércame más —ordenó Ryn.

La irritación del duque du Lucent por el desarrollo de la reunión le distraía de su miedo a volar, mientras el planeador le llevaba de vuelta al *Lord Mordred*. Ni siquiera reaccionó cuando el piloto lanzó un grito de alarma, pero cuando el planeador escoró a un lado, el terror habitual del duque campó por sus fueros.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Vamos a estrellarnos?

—¡Mirad a estribor, sire! —chilló el piloto, sin volver la cabeza.

El duque y el barón miraron al unísono por la ventana. El barón blasfemó. El duque se mordió el labio.

—¿Qué es eso? —jadeó.

A escasos metros volaba paralelo al planeador un objeto metálico en forma de lágrima. Lo que más alarmó al duque fue que, aunque era una nave bastante grande, carecía de alas. De hecho, no poseía rasgos característicos, aparte de numerosas troneras en la proa y en la popa.

—El Rashad —gimió el duque—. ¡Un arma secreta inventada para destruirme!

—No puede provenir de *La Espada del Islam* —dijo el barón Spang—. Ha de ser obra de la Antigua Ciencia. Si El Rashad poseyera algo semejante, no habría iniciado esta búsqueda.

El misterioso y aterrador objeto desapareció de repente.

—¡Se ha ido! —gritó el duque, aliviado.

—No —dijo el piloto, al cabo de pocos momentos—. Se ha posado sobre nuestra cola. Está tan cerca que nuestros cañones no podrán alcanzarle sin derribarnos a nosotros de paso.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Spang.

—Nada —contestó el piloto.

Esta vez el planeador aterrizó con brusquedad, pues el piloto debía estar concentrado en la extraña máquina que les perseguía. Las mandíbulas del duque entrechocaron y notó el sabor de la sangre en su boca. El planeador se detuvo por fin, a cientos de metros de la pista de aterrizaje propiamente dicha. El duque pensó que el grupo de tecs a la espera se hallaba a una distancia deprimentemente larga.

Oyó que la escotilla se abría. Sus caballeros estaban saliendo.

—Quedaos aquí, sire —dijo Spang, mientras se desabrochaba el cinturón.

—No —respondió el duque.

Se sentía atrapado. Si tenía que morir, prefería hacerlo al aire libre. Siguió al barón fuera del planeador.

La misteriosa máquina voladora se había posado a unos seis metros detrás del planeador. Emitía un zumbido. El sonido se apagó poco a poco y el objeto se sumió en un silencio absoluto. El duque se acuclilló detrás del planeador. Sus dos caballeros se habían puesto a cubierto detrás del ala de cola. Los dos apuntaban con sus pistolas al intruso.

—¿Sabéis lo que pienso? —empezó Spang, que se encontraba a su lado.

Se interrumpió cuando una escotilla se abrió de súbito en un costado del aparato metálico. El duque miró hacia atrás. El grupo de tecs se acercaba a ellos. Confió en que hubiera sonado la alarma general y que las tropas llegaran pronto. Devolvió su atención al artilugio intruso, justo a tiempo de ver que un hombre salía por la escotilla.

—¡No disparéis! —gritó el barón. El duque se preguntó si era una medida prudente.

El hombre, visto de cerca, no era más que un muchacho. Vestía un ceñido uniforme verde de una sola pieza, y no parecía ir armado. Su rostro carecía de barba y era hermoso. Se quedó inmóvil junto a la máquina y, los brazos en jarras, les observó casi con arrogancia. Después, su mirada se posó en el duque y sonrió ampliamente.

—¿Quién sois? —gritó el barón—. ¿De dónde venís? ¿Qué queréis de nosotros?

El extraño no contestó. Continuó mirándoles, con aspecto de divertirse mucho.

Los tecs ya habían llegado. Obligado por su presencia a recobrar la dignidad, du Lucent se puso en pie y apuntó con el dedo al joven.

—Soy el duque du Lucent, monarca de este Señor del Cielo, el *Lord Mordred*. ¡Identificaos!

—Ryn... Robin —dijo el joven, sin dejar de sonreír.

—¿De dónde venís? —preguntó el barón, que también se había levantado—. ¿Cómo es que habláis nuestro idioma?

El extraño se encogió de hombros.

—Antes de que os aclare mi procedencia, hemos de hablar de negocios. Respecto a lo segundo, hablo muchos idiomas. Digamos que he tenido mucho tiempo libre para dedicarlo a tales estudios.

El duque estaba confuso. ¿Negocios? Miró a Spang. El barón parecía animado. Acercó sus labios al oído del duque.

—¿Sabéis lo que esto significa, sire?

—No —respondió de todo corazón el duque.

—¡Significa que El Rashad tenía razón! ¡El hábitat existe! ¡Este joven, esta máquina, deben venir de allí!

Tardó un poco en asumir todas las implicaciones. Que El Rashad estaba en lo cierto. Había un hábitat lleno de tecnología procedente de la Antigua Ciencia.

—¡Es su representante! —dijo al barón, excitado—. ¡Y ha venido a nosotros!

—Exactamente.

—Eso cambia todo, ¿verdad? —preguntó el duque, dudoso.

—Ya lo creo, sire.

Ryn ordenó al Juguete que se mantuviera cerca de la cola del planeador mientras éste se dirigía hacia el Señor del Cielo, por si alguien intentaba dispararle. El Juguete no cesó de protestar en todo momento. Ryn no le hizo caso. Estaba claro que en esta situación, y dentro de los límites de la frontera impuesta, el programa carecía de poder para desobedecer sus instrucciones.

Aterrizó justo detrás del planeador, sobre el casco del Señor del Cielo. Miró la pantalla y aguardó. Dos hombres salieron al poco del planeador. Llevaban cota de malla e iban armados con pistolas. Tomaron posiciones junto a la cola del planeador. Otro hombre salió del aparato, y luego un cuarto. Vio que otro grupo se acercaba.

—Voy a salir —advirtió al Juguete.

—No te lo aconsejo, Ryn. Esos hombres van armados. Sugiero que volvamos a casa. ¿Qué dices, Ryn? ¿Qué opinas? Ya debes tener hambre.

—Digo que mantengas tus sensores y láseres apuntados a los dos hombres que portan pistolas. En cuanto detectes que se disponen a disparar, destruye sus armas. Ahora, abre las escotillas.

El Juguete obedeció. Un aire frío y limpio se coló en el interior. Ryn saltó sobre el casco de la nave. El viento soplaba con fuerza. Contempló a los hombres que se erguían frente a él, expectante y algo atemorizado. Advirtió con sorpresa que iban ataviados como en la Edad Media, más o menos. Le recordó, divertido, los personajes de *Robín de los Bosques*. De hecho, uno de los hombres llevaba una corona incrustada de joyas. Era atractivo, de negra barba puntiaguda y vestido con más magnificencia que los demás. Era el jefe, sin lugar a dudas.

El hombre que estaba a su lado formuló una pregunta en una variación de americano. Llegó el otro grupo de hombres, pero, aunque de sus cinturones colgaban

diversas herramientas, no iban armados. El primer hombre se detuvo y anunció, con voz modulada y profunda, quién era. Luego, el segundo hombre también le hizo preguntas. Ryn pensó a toda velocidad. Era un golpe de suerte. Había establecido contacto directo con el gobernante de un Señor del Cielo. Ahora, entraría en acción la segunda parte de su plan...

Dijo al segundo hombre, de cabello y barba rojizos, que quería hablar de negocios con ellos. Ambos conferenciaron.

—Me complace sobremanera daros la bienvenida al *Lord Mordred*, como nuestro invitado —dijo a continuación el moreno—. Os suplico que nos acompañéis abajo, para continuar nuestra charla en un ambiente más confortable.

Ryn le dedicó una sonrisa.

—Me encantaría, pero antes debo atender un asunto de la máxima urgencia.

Le observaron con suspicacia mientras regresaba a la escotilla abierta del Jugete y entraba.

—Por fin —suspiró el Jugete—. Cerraré las escotillas y despegaremos al instante.

—No te molestes —replicó Ryn.

Extendió la mano y bajó el interruptor que desactivaba el ordenador. Las pantallas quedaron en blanco y todas las luces de la consola se apagaron. El Jugete ya no funcionaba. Ryn salió y cerró la escotilla manualmente. Se volvió hacia la ya extensa muchedumbre de curiosos.

—No os lo toméis a mal, por favor —dijo en voz alta, dirigiéndose al duque, pero hablando a todos los reunidos—, pero quisiera dejar claras una serie de duras realidades. Cualquier intento de entrar o desmantelar mi nave activará un artilugio que provocará una explosión capaz de abrir en canal ese Señor del Cielo. —Hizo una pausa y continuó—. También tengo un implante neural en mi cabeza que me comunica directamente con el ordenador que controla mi vehículo. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Se dio unos golpecitos en la cabeza.

El duque asintió.

—¿Un contacto por radio?

—Exacto. Bien, pese a estar seguro de tratar con hombres de honradez impecable, debo señalar que puedo enviar una orden instantánea de autodestrucción al ordenador. El resultado también será una potentísima explosión. Lamento decir que mi muerte causará asimismo la autodestrucción de mi vehículo. —Una nueva pausa—. ¿Sigue la invitación en pie, considerando los riesgos que mi presencia en la nave supondrá para vos y los vuestros?

El duque y su consejero intercambiaron una mirada. De la multitud se elevaron temerosos murmullos. Ryn observó que el consejero cabeceaba. El duque dirigió a

Ryn una sonrisa forzada.

—La invitación sigue en pie... Robin, por supuesto. Os doy mi palabra de que ningún daño os acaecerá a bordo del *Lord Mordred*.

Ryn quedó satisfecho. Estaba seguro de que su farol había tenido éxito.

—... y para combatir esta creciente amenaza hemos venido en busca de vuestro hábitat, con la esperanza de comprar tecnología de la Antigua Ciencia que pudiéramos utilizar como armas. Vuestro hábitat era nuestra última oportunidad, pese a las dudas de que todavía existiera. Los informes registrados en ordenador que lo mencionaban eran muy antiguos y vagos en detalles. Algunos ya estábamos dispuestos a abandonar, pero... —el duque indicó a Robin con un ademán— aquí estáis, prueba viviente de su existencia.

El joven estaba retrepado en una gran butaca. Parecía sereno, aunque había olfateado con suspicacia la copa de vino que le había servido un criado.

—No —había dicho el duque—, no está drogado. La pericia de mis cirujanos no basta para extraer vuestro implante, suponiendo que pudieran localizarlo, sin mataros. Además, estoy seguro de que, si sospecharais tan sólo que habíais sido drogado, tendríais tiempo suficiente para enviar la señal de autodestrucción a vuestra nave.

Tras vacilar unos segundos, el joven había bebido de la copa.

—Bien —dijo el duque—, ya os hemos referido por qué nos encontramos en vuestro cielo. Os toca a vos hablarnos de vuestro hogar.

—Sí —intervino el barón Spang, ansioso—. ¿Dónde está exactamente?

El joven lanzó una carcajada.

—Aunque pudiera guiaros hasta Shangri La, os resultaría imposible tratar con los elois.

El barón frunció el ceño y miró al duque.

—¿Shangri La? ¿Los elois? —preguntó du Lucent, desconcertado—. ¿A qué os referís?

Antes de que Robin pudiera contestar, alguien llamó con insistencia a la puerta de la sala de estar del duque. Éste pasó del enojo a la alarma. Había dado órdenes de que no les molestaran. Esto significaba que se había producido alguna emergencia...

—¡Entrad! —gritó, y un tec de aspecto preocupado se precipitó dentro de la sala—. Sire, hemos recibido un mensaje de *La Espada del Islam*, del mismísimo El Rashad. Quiere comunicarse directamente con vos, sire. Cuanto antes.

El duque se tranquilizó. Los telescopios de *La Espada del Islam* habrían localizado el vehículo de Robin mientras seguían su trayecto de vuelta en el planeador. Sonrió al pensar en lo que El Rashad estaría rumiando en estos momentos. ¡Una máquina voladora metálica, producto de la Antigua Ciencia, se había posado sobre el *Lord Mordred*! ¿Qué podía significar? ¿Qué estaría pasando? El duque rió con todas sus fuerzas y habló al sudoroso tec, que habría venido corriendo desde

Observación.

—Decid al ilustrísimo que estoy demasiado ocupado para hablar con él ahora mismo. Le llamaré más tarde.

El tec le miró con estupor y asintió, vacilante.

—Sí, sire.

Salió de la sala al trote.

Sin dejar de sonreír, el duque se volvió hacia Robin.

—¿Decíais?

—Estaba a punto de contaros que «Shangri La» es el nombre con que sus pobladores bautizaron al hábitat, y que «eloi» es el nombre con que los habitantes se autodenominaban. Eso fue cuando los elois aún no habían perdido el sentido del humor, claro.

Robin vació la copa y la adelantó. El criado se apresuró a llenarla de nuevo.

El duque se sintió confuso una vez más.

—No entiendo —dijo.

—Ni yo —coreó el barón Spang—. ¿A qué os referíais cuando dijisteis que nos resultaría imposible tratar con los elois?

—Hace mucho tiempo, los elois se modificaron. Hasta tal punto que ya no se les puede describir como seres humanos.

—Pero vos venís del hábitat y sois humano —señaló el duque.

—Sí, pero no soy un eloi. Soy una regresión. Un error.

—Explicaos, por favor —pidió el duque.

—Lo intentaré. Los elois no se reproducen, sino que guardan almacenada gran cantidad de esperma y óvulos. Material Modelo de Primera Clase donado cuando aún eran humanos. Los elois son inmortales y Shangri La es casi inexpugnable, pero a veces ocurren accidentes. El último tuvo lugar hace veintiún años. El cierre de una compuerta falló y una sección del hábitat se inundó antes de que el programa central tomara las medidas apropiadas. Dos elois murieron. Por lo tanto, sacaron dos óvulos y dos muestras de esperma del almacén y se realizó la fertilización. En teoría, después debían introducirse en los profetos una serie de virus sintéticos, con el fin de alterar su DNA hasta el punto de que dieran origen a los elois. Eso sólo ocurrió con uno de los fetos. El otro pudo desarrollarse sin alteraciones gracias, según me han dicho, a una simple muesca en una pieza del hardware. Es curioso que el software siempre culpe al hardware de cualquier equivocación. Sea como sea, el resultado fui yo.

Robin tomó un largo sorbo de vino.

Se hizo el silencio durante un rato. El duque lanzó una mirada interrogativa al barón, que se encogió levemente de hombros.

—Es... estos eloi, si no son humanos, ¿qué son? —preguntó el barón, tratando de

ocultar su creciente escepticismo, si bien era evidente para el duque, que también se sentía bastante escéptico—. ¿Son monstruos?

Robin meditó antes de contestar.

—En cierto sentido, sí, aunque no se nota a primera vista. Son menudos como elfos, y bastante hermosos...

—¿Y tanto los hombres como las mujeres? —preguntó el duque, intrigado.

Robin meneó la cabeza.

—No hay hombres ni mujeres, sólo elois. Ya os he dicho que los elois no se reproducen. Carecen de órganos sexuales. Son neutros.

El duque se quedó estupefacto.

—¿Se castraron? ¿Por qué? ¿Son monjes?

—Todo lo contrario. No se me ocurriría describir a los elois como ascetas.

—Entonces, ¿por qué se hicieron eso?

El joven volvió a mostrar la copa. El criado le sirvió.

—Para explicaros el origen de los elois, tendré que remontarme a épocas anteriores a las Guerras Genéticas. Por lo que me dijeron, el hábitat fue al principio un centro de investigación dirigido por las Naciones Unidas. Los científicos destacados en él debían analizar los efectos que las operaciones de minería causaban en la ecología del Antártico. También estudiaban las condiciones atmosféricas e investigaban el fondo del Océano del Sur. Después, en los años previos a las Guerras Genéticas, se convirtió en una especie de refugio para científicos, sobre todo microbiólogos, que no querían trabajar para las multinacionales. Por aquel entonces ya no se encontraba bajo la protección de las Naciones Unidas, desaparecida mucho antes, sino que era patrocinada de forma privada por particulares acaudalados que se oponían a las multinacionales. El hábitat se transformó en una fortaleza flotante, capaz de ocultarse en las profundidades del mar.

»En este entorno sellado, los científicos sobrevivieron ilesos a las Guerras Genéticas, al menos físicamente. Mientras observaban las consecuencias de las guerras y las plagas artificiales que asolaban lo que quedaba de la población mundial, llegaron a la conclusión de que la humanidad estaba condenada. Esta falta de esperanza sobre el futuro de la raza humana indujo la idea de convertirse en, bueno..., en otra cosa.

—¿Toda aquella gente prefirió transformarse en seres asexuados? —preguntó el barón Spang, estupefacto—. Me cuesta creerlo.

Robin frunció el ceño y clavó la vista en la copa.

—Me resulta muy difícil tratar de explicar exactamente qué son los elois y cómo llegaron a serlo. Los elois viven en un estado constante de... —alzó la copa de vino — intoxicación. No me malinterpretéis, no es lo mismo que estar drogado, sino mucho más. Cambiaron la química de su cuerpo hasta el punto en que su cerebro está

continuamente inundado de ciertos productos químicos naturales que les mantienen en un estado de felicidad delirante. Para llegar a este estado tuvieron que modificar también sus cuerpos, y por ello carecen de órganos sexuales. Tiene que ver con el mantenimiento del equilibrio hormonal necesario; las hormonas producidas por los órganos sexuales imposibilitarían ese equilibrio. —Miró a sus dos interlocutores—. ¿Me seguís?

El duque cabeceó, en la creencia de que había captado una vaga idea de lo que el joven intentaba comunicarles. Esos elfos, mediante la magia de la Antigua Ciencia, habían conseguido alcanzar un estado de perpetua borrachera. La idea le impresionó, pero no así la de renunciar a sus pelotas a cambio.

Este aspecto de la transformación también había quedado muy grabado en la mente del barón Spang, como lo demostraron sus siguientes palabras.

—Todavía me cuesta creer que toda esa gente accediera a la mutilación quirúrgica.

—No se empleó cirugía —contestó Robin, algo aburrido—, pero tenéis razón, no todo el mundo accedió a la transformación, pues significaba separarse para siempre del resto de la humanidad. Algunos arguyeron que los recursos del hábitat deberían emplearse en ayudar a los supervivientes de las guerras, por inútiles que fueran dichos esfuerzos. Esta gente, una minoría, abandonaron el hábitat para probar fortuna en el mundo exterior.

Nadie habló durante un rato. El duque miró al barón, que se tiraba de la barba con aire pensativo.

—Bien, barón Spang, ¿qué opináis?

—Deduzco que nuestro invitado está diciendo que esos elfos no nos serán de ninguna ayuda —contestó lentamente el barón.

—Exacto —confirmó el joven—. Comunicarse con ellos o, mejor dicho, intentar comunicarse con ellos, es una pesadilla. Lo sé bien, porque lo he intentado durante años. Tampoco podríais llegar al hábitat. Se encuentra bajo una capa de hielo y desconozco su emplazamiento exacto. El ordenador de mi vehículo lo sabe, pero no os servirá de nada. No, amigos míos, olvidaos de los elois, porque ahora ya tenéis lo que necesitáis.

—¿De veras? —preguntó el duque.

—Sí. —El joven sonrió e insistió la copa para que le sirvieran más vino—. Me tenéis a mí. Las armas de mi vehículo, que se hallan bajo mi control, darán buena cuenta de ese misterioso Señor del Cielo al que tanto teméis.

El duque le miró con cautela.

—¿Y por qué vais a ayudarnos?

—Porque gracias a vosotros podré huir de los elois y su aburrido hábitat. ¡Por fin seré libre!

—Pero ya contáis con un medio —repuso el barón, aturdido—. Vuestro vehículo. Robin negó con la cabeza.

—Es de corto alcance, pero, si vuestra nave nos transporta hacia el norte, ya no importará. Sin embargo, ésa es sólo una parte de mi precio.

El duque se inclinó hacia adelante.

—¿Puedo preguntaros cuál es el resto?

—Primero, quiero ropa como la vuestra... y una espada —dijo el joven, entusiasmado.

Su petición cogió al duque por sorpresa.

—¿Queréis... ropa?

Robin indicó su traje de una sola pieza.

—Es muy soso comparado con lo que lleváis vosotros. Vuestro pueblo tiene estilo, ¡como en *Robín de los Bosques*!

—¿Quién? —preguntó el duque, mirando al barón, que también aparentaba estupor ante la petición del extraño.

—Da igual. Conseguídmela ropa como la vuestra, una espada y...

Pareció turbado y su voz se quebró.

—¿Y qué? —preguntó el duque.

El joven se ruborizó.

—Como ya os he dicho, tengo veinte años y he pasado toda mi vida en ese hábitat, con la única compañía de los elois. Y como los elois son asexuales...

El duque tardó unos segundos en comprender de qué estaba hablando; luego, lanzó una carcajada.

—¡Ah, queréis una mujer! —Entonces, se le ocurrió otra idea—. ¿O vuestras preferencias se encaminan en dirección contraria?

El joven enrojeció todavía más.

—En modo alguno. Sólo necesito una mujer. Supongo que hay prostitutas entre vuestros súbditos.

El duque se frotó el mentón.

—Ya lo creo, muchacho, ya lo creo. De hecho, sobran a bordo del *Lord Mordred*. Sin embargo, como invitado de honor y aliado, opino que merecéis algo mejor que una simple prostituta.

—¿De veras?

El joven aparentó un gran interés.

—Sí, tengo en mente a la mujer ideal para vos. Una aristócrata. Una princesa, de hecho —dijo el duque, y volvió a reír.

6

—¿Habláis en serio, mi señor? —preguntó el barón Spang—. ¿Vais a entregar vuestra hija a este..., a este ser misterioso?

—Muy en serio —contestó el duque, risueño—. Ya es hora de que mi hija se gane su manutención.

Se encontraban en la sala de estar del duque. El joven había sido conducido, en estado de embriaguez, a una lujosa suite cuyo propietario había sido expulsado a toda prisa.

El barón, que paseaba de un lado a otro, parecía preocupado.

—No entiendo por qué, sire. Cualquier meretriz vulgar serviría para hacerle un favor. Ni siquiera sabemos si está diciendo la verdad. Además, es un habitante del suelo. ¿Quién sabe si es portador de enfermedades? Arriesgaréis la vida de la princesa Andrea.

—No es un habitante del suelo corriente. Y ese hábitat se ha mantenido aislado del resto de la raza humana desde antes de las Guerras Genéticas.

—Eso dice él.

—Quiero concederle el beneficio de la duda. Su vehículo no es ninguna fantasía, desde luego. Y con él de nuestro lado cambia todo. La cuestión es que necesito saber si puedo confiar en él. Le quiero en mi poder, por completo. Y Andrea es la persona idónea para lograr ese objetivo. Tenemos en nuestras manos a un joven saludable que, si dice la verdad, ha crecido en un mundo carente de mujeres. Imaginad su frustración. Imaginad sus magras posibilidades ante Andrea, increíblemente hermosa y el putón verbenero más hábil que he conocido jamás, incluyendo a mi esposa. Os garantizo que dentro de pocas horas será su más rendido esclavo.

El barón dejó de pasear y se tiró de la barba con aire pensativo.

—Bien, sí..., tal vez, pero ¿qué me decís de lady Andrea? Tal vez no desee, hum, sostener relaciones íntimas con ese extraño.

El duque arqueó una ceja.

—Por favor, mí querido barón. Conocéis muy bien a mi hija. En cuanto ponga la vista encima de este exótico, apuesto y bien formado joven, se le hará la boca agua. Es infinitamente más interesante que su pandilla de acompañantes mongólicos. No, no creo que se niegue a prestarme ese servicio. Además, no le dejaré otra opción.

—¡No lo haré! —gritó Andrea.

—Oh, sí, ya lo creo que sí, gatita mía. Lo harás —dijo con calma el duque.

—¿Hacer el amor con una sucia lombriz? ¡Jamás!

Sus mejillas enrojecieron de rabia y dio pataditas en el suelo. El duque la contempló con indiferencia desde las profundidades del butacón.

—Ya te he dicho, querida, que no es una lombriz corriente. Y su buena

disposición hacia nosotros es de vital importancia. Para mí. Para ti. Para todos nosotros. Tampoco creo que te resulte un sacrificio. El chico es muy guapo.

—¡Se me da una higa lo guapo que sea! ¡No haré de puta para ti!

—Pues considera que lo haces por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quieres que regresemos al norte. Con ese joven y su máquina voladora podré desafiar a El Rashad y los demás, pero necesito saber que puedo confiar en él y que hará lo que yo ordene. No puedo obligarle, por razones que ya te he explicado. Por eso te necesito, querida mía. Triunfa, y te estaré muy agradecido. Tendrás todo cuanto tu pervertido corazoncito desee, si está en mi mano concedértelo.

La expresión de Andrea se suavizó, pero la sospecha no desapareció de sus ojos.

—¿Me lo prometes, padre?

—Por mi honor.

Sorbió el aire con desdén (un gesto aprendido de su madre).

—Quiero ver a esta lombriz antes de tomar mi decisión —dijo.

—Por supuesto, gatita...

El duque estaba a punto de llamar a Spang para que la acompañara a los aposentos del joven, cuando apareció otro tec. El duque adivinó la razón de su presencia.

—¿El Rashad de nuevo? —preguntó al tec.

—Sí, sire. El mensaje dice que acudirá al *Lord Mordred* en persona. Dentro de una hora. Desea hablar con vos urgentemente.

El duque sonrió.

—Bien, bien... Habrá que sacar la mejor vajilla. —Se volvió hacia su hija—. ¿Comprendes la importancia de nuestro joven visitante? ¿Y por qué es tan importante que él y tú lleguéis a ser, hum, muy buenos amigos?

Andrea asintió.

—Iré a verle ahora y te anunciaré mi decisión.

Ryn, o Robin, como ahora prefería llamarse, yacía sobre la enorme cama de baldaquino y repasaba en su mente los acontecimientos de las últimas horas. Su vida había experimentado un giro tan pintoresco que le asaltó la sospecha de que uno de sus astutos programas había inducido mediante drogas una fantasía que reproducía su película favorita. Iba vestido con calzas verdes, botas negras de piel, camisa de seda blanca y chaqueta roja de mangas onduladas. Sobre la cama, a su lado, tenía una espada enfundada ceñida a un amplio cinturón de piel. El pomo estaba adornado con filigranas de plata. Debía admitir que la vestimenta era incómoda, pero la novedad de perder el contacto con tela no sintética le excitaba.

Entrar en el Señor del Cielo también había sido motivo de expectación y de temor. Sabía que estaba corriendo un gran peligro, sólo protegido por su farol, pero

¿cuál era la alternativa? ¿Reactivar el Juguete y ser devuelto al aburrimiento mortal del hábitat? No, mejor poner en juego la vida, confiando en lograr liberarse de los elois.

No sabía qué esperar en el interior del *Lord Mordred*. Su programa educativo sólo le había proporcionado información que se remontaba a los años posteriores a la dominación de los Señores del Cielo, después de las Guerras Genéticas, cuando las comunicaciones por radio empezaron a fallar debido a los hongos diseñados para atacar el equipo electrónico. Sabía lo que en un principio fueron los Señores del Cielo: Ángeles del Cielo, aeronaves gigantes construidas por razones humanitarias. Eran centros de acogida flotantes en previsión de desastres, tanto causados por el hombre como naturales. Bien provistos de equipos de emergencia, al igual que de espaciosos dormitorios, proporcionaban rápida ayuda y refugio a los supervivientes de inundaciones, terremotos, huracanes y «accidentes» genéticos (las multinacionales genéticas cometían errores en ocasiones), y muchos fueron utilizados como medio de transporte barato en los países del Tercer Mundo. Después de las Guerras Genéticas fueron dominados por varios grupos esparcidos a lo largo y ancho del mundo, gente desesperada por escapar a las plagas y otros peligros producto de la manipulación genética que asolaban la superficie del planeta. Cuando el humo de las batallas se disipó, aquellos que controlaban los Ángeles del Cielo eran los que se habían mostrado más inexorables y violentos que sus competidores, y la pauta no cambió. Los Ángeles del Cielo habían desaparecido; ocupaban su lugar los Señores del Cielo, que pronto impusieron su ley a los desgraciados que se habían quedado en el suelo.

La primera impresión que le causó el interior del *Lord Mordred*, después de asegurar el Juguete mediante cables al casco exterior, fue de imparable deterioro. Daba la impresión de que todo (escotillas, escalerillas, ascensores, pasillos) había sido reparado o remendado una y otra vez a lo largo de los años. Lo que vio no se parecía en nada a las imágenes del Ángel del Cielo que salía en uno de sus programas de historia, de relucientes pasillos y eficacia tecnológica. No tendría que haberle sorprendido; al fin y al cabo, aquellas imágenes habían sido grabadas cuatrocientos años antes, y estaba claro que el *Lord Mordred* las había pasado moradas desde entonces.

Aquellas imágenes tampoco le habían preparado para el tamaño real del Ángel del Cielo. Si desde fuera parecía grande, por dentro aún se le antojaba mayor y empequeñecía el interior del hábitat que tan bien conocía. El ascensor empleó un tiempo ridículamente largo en descender por la zona que, según sus conocimientos, contenía las enormes celdas de gas; el ascensor no iba a mucha velocidad y se detuvo en tres ocasiones, por misteriosas razones. Las puertas del ascensor se abrieron por fin y revelaron un amplio espacio en el que se había congregado una multitud, así como un carruaje tirado por dos animales que Ryn reconoció como caballos. La

multitud empezó a gritar y avanzar cuando el duque y su séquito salieron del ascensor. Una hilera de guerreros les contuvo, utilizando sus jabalinas a modo de barricada. La multitud cerró los puños y profirió insultos que, supuso Ryn, iban dirigidos al duque, puesto que la noticia de su presencia aún no se habría propagado entre la población de la nave.

El duque subió al carruaje e indicó a Ryn con un gesto que le siguiera.

—Mis leales súbditos están expresando su devoción hacia mí —dijo con sequedad el duque cuando Ryn se sentó a su lado.

Ryn escudriñó con avidez la multitud, esperando ver por primera vez a una mujer auténtica, pero la gente se cubría la cabeza con bufandas y la capucha de las capas, de modo que le fue imposible distinguir el sexo de nadie. Cuando reparó en las nubes de vapor que desprendían mientras gritaban, se dio cuenta del frío que hacía en la nave. Desde que había abandonado el cálido útero del *Juguete*, la emoción le había impedido notar el brusco descenso de temperatura. Era evidente que si el *Lord Mordred* poseía un sistema de calefacción, no funcionaba bien.

Cuando los demás subieron al carruaje, el conductor azuzó a los caballos. Los guerreros trotaron detrás, mientras el carruaje rodaba sobre una superficie irregular cubierta de paja. Entró en un pasillo, que desembocó en una calle que albergaba tabernas y tiendas. Ryn se quedó fascinado, aunque pitos y abucheos puntuaron el avance del carruaje. El duque movió la mano con majestuosidad, como respondiendo a vítores.

Ryn siguió buscando con la vista mujeres y se convenció de que había localizado a varias, si bien no estaba seguro. Distinguió con mucha más facilidad varios niños de diversas edades, aunque le costó deducir si eran de uno u otro sexo, pues iban bien arropados contra el frío.

El final del trayecto consistió en otro viaje en ascensor, más corto y hacia arriba. Desembocaron en un mundo muy diferente del de abajo. Las paredes de los amplios pasillos estaban chapadas en madera labrada, y la gente elegante que encontraron mostraba una gran cortesía hacia el duque. Ryn, con gran alegría, vio a dos personas, cubiertas con gruesas capas, que eran definitivamente mujeres. Le habría gustado examinarlas más de cerca, pero el duque insistió en proseguir sin detenerse.

Por fin, llegaron a la sección del *Lord Mordred* que era territorio exclusivo del duque, pues era la más lujosa que Ryn había visto hasta el momento. Adivinó que se encontraban en la proa de la nave, una intuición que se confirmó cuando atravesaron el salón del trono camino de la sala de estar del duque. La curva de las ventanas que se elevaban hacia el techo sugirió a Ryn que se encontraban bajo el morro de la nave.

Intentó recordar cuál fue el principal motivo de construir unas naves tan enormes; estaba relacionado con la facilidad para elevarse. Si se dobla el tamaño de una nave, no sólo se dobla la capacidad de elevación; cuanto más grande es la nave, la facilidad

para elevarse aumenta geométricamente. Estas reflexiones le impulsaron a preguntar al duque de dónde sacaba el helio. La respuesta le inquietó: casi todo el helio del *Lord Mordred* se había agotado mucho tiempo atrás, y la mayoría de las enormes celdas de gas contenían el hidrógeno que se fabricaba a bordo. Ryn sabía muy bien que el helio era un gas inerte, y el hidrógeno inflamable. Viajaba en lo que podía describirse como una bomba volante...

Una llamada a la puerta le distrajo de sus ensoñaciones.

—Adelante —dijo, pensando que se trataba de otro criado con un nuevo regalo del duque. Cuando la puerta se abrió, se incorporó de un brinco. La persona que había entrado no era un criado. Era una mujer. Una muchacha. Una muchacha de rostro angelical. Y cuando echó hacia atrás la gruesa capa comprobó que su cuerpo también era angelical. No, de angelical nada, se corrigió al instante. Ningún ángel se atrevería a exhibir tal voluptuosidad. Sus programas eróticos parecían castos en comparación.

La joven sonrió y Ryn notó que sus orejas ardían.

—Saludos, honorable huésped de mi padre —dijo la aparición—. Soy la princesa Andrea. Mi padre ha expresado el deseo de que vos y yo seamos buenos amigos.

Hizo una pausa (¿fue imaginación suya, o la princesa recorrió su cuerpo de arriba abajo con un rápido vistazo?) y dijo:

—Y yo también.

—Exijo que traigáis a mi presencia al visitante de la Antigua Ciencia. Quiero interrogarle.

El duque miró a El Rashad desde su trono. El Señor del Cielo islámico estaba sentado, con aspecto desdichado, sobre un almohadón que el duque había dispuesto, estratégicamente, ante su trono. «Tus días de venirme con exigencias han terminado», pensó el duque con satisfacción.

—Mi invitado está descansando en este momento —explicó en voz alta— y no desea ser molestado. Me complacerá en grado sumo transmitirle vuestras preguntas a la primera oportunidad que se me presente.

El Rashad apenas lograba contener su furia.

—Olvidáis que tenemos un acuerdo —dijo el árabe, con voz estrangulada—. Habéis dicho que esa nave y su piloto proceden del hábitat que buscamos. Por lo tanto, tenéis la obligación de compartir conmigo cualquier información sobre su emplazamiento que hayáis obtenido... Y también con nuestros aliados, por supuesto.

El duque se reclinó en su trono.

—Si supiera dónde se encuentra el hábitat, os comunicaría al punto tal información, desde luego, pero la desconozco. Y también mi visitante. Sólo el ordenador de su vehículo lo sabe.

—¿Cómo podéis estar seguro de que os ha dicho la verdad?

—Confío en mis intuiciones.

—Estoy seguro de que vuestras intuiciones son infalibles —replicó El Rashad con voz que goteaba veneno—, pero lo más prudente sería aplicarle la tortura para confirmarlo.

—Existen algunas implicaciones que desaconsejan esos métodos.

—En tal caso, entregádmelo. Os aseguro que no ocultará ningún secreto cuando mis torturadores hayan concluido su tarea.

—Agradezco vuestra generosa oferta, pero no creo que sirviera de nada. Dice que el hábitat está sumergido bajo la capa de hielo, a una gran profundidad. Es inaccesible.

—De modo que eso dice —bufó El Rashad—. Bien, si es cierto, le utilizaremos como rehén. Le obligaremos a enviar un mensaje a los suyos por mediación del vehículo..., anunciando que morirá, a menos que salgan a la superficie y negocien con nosotros.

El duque suspiró. Ni se le había ocurrido intentar describirle a los elois. Lanzó una fugaz ojeada a los cuatro guerreros ataviados de negro que acompañaban a El Rashad. Estaban de pie, inmóviles, detrás de su amo. Dos hombres del duque montaban guardia a cada lado de la puerta. Sabía que Spang aguardaba fuera, el oído atento, con un pelotón de soldados. Respiró hondo.

—Nada de eso será necesario. Los poderes destructivos que alberga la máquina voladora bastarán para derrotar al Ángel del Cielo y su flota de Señores del Cielo capturados.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó El Rashad.

—El piloto lo ha dicho y yo le creo. Por tanto, sugiero que concluyamos la búsqueda del hábitat, regresemos en dirección norte y busquemos al Ángel. Para destruirlo.

—¡No! No arriesgaré nada por una premisa tan endeble. ¿Por qué confiáis en esa persona? ¿Por qué accederá a ayudarnos?

El duque carraspeó.

—Bien, ha accedido a ayudarme a mí, querido El Rashad. Hemos hecho un trato. Necesitaba con urgencia ciertos, hum, productos, y resulta que yo podía proporcionárselos.

«¡Eso espero, al menos!», se dijo, nervioso.

El Rashad le dirigió una mirada amenazadora.

—¿Qué intentáis decirme?

—Os estoy diciendo que el *Lord Mordred* abandona vuestra búsqueda, ahora. Me dirijo al norte en busca del Ángel del Cielo. Vos y los demás Señores del Cielo estáis invitados a acompañarme, por supuesto.

El cuerpo de El Rashad se tensó y una mirada asesina acudió a sus ojos. El duque percibió su furia como el calor de un incendio. Transcurrieron interminables

segundos. El duque adivinó que El Rashad sentía grandes tentaciones de ordenar a sus esbirros que le mataran en el acto. ¿Eran tan enormes su odio y su cólera que sacrificaría su propia vida por el placer de ver al duque convertido en picadillo? Entonces, el cuerpo de El Rashad se relajó y el duque supo que el peligro había pasado.

—Muy bien —dijo El Rashad en voz baja—, será como vos decís. El resto de la flota os seguirá hacia el norte. —Se puso en pie—. El Corán advierte al creyente que no entable amistad con judíos o cristianos. Tendría que haberme atendido a la palabra de Alá. En el futuro, lo haré.

Mientras abandonaba el salón del trono, seguido por su escolta, el duque tuvo que reprimir un estallido de carcajadas casi histéricas.

Las nuevas prendas de Ryn formaban un montón junto a la cama. Las ropas de lady Andrea estaban caídas al lado. Lady Andrea yacía junto a Ryn, dormida. Ryn también había dormido un rato después de hacer el amor como un salvaje durante un período de tiempo incalculable, pero ahora estaba despierto y excitado de nuevo. Oprimió su cuerpo contra el de la muchacha. Andrea lanzó un leve gemido, pero no se despertó. Ryn deseaba retirar las sábanas y examinar su cuerpo mientras dormía, pero hacía demasiado frío. En cambio, movió la mano bajo las sábanas hasta abarcar su seno izquierdo, y volvió a pensar en lo que habían hecho juntos...

Sus juegos sexuales con los fantasmas insustanciales de los programas sexuales no le habían preparado para la verdad. Al principio se mostró demasiado torpe, demasiado ansioso, y el primer polvo terminó para él casi sin haber empezado. Después, ella tomó la iniciativa. Primero, había reavivado su erección, y luego, con una práctica que le impresionó y sorprendió al mismo tiempo, le llevó al límite una y otra vez, consiguiendo aplazar cada vez lo que parecía inevitable. Cuando se colocó a horcajadas sobre él y le dejó por fin eyacular, la experiencia fue tan intensa que tuvo la impresión de que la cabeza iba a estallarle. Y luego, tras un breve interludio, habían hecho el amor una increíble tercera vez, y Andrea demostró tales conocimientos en la materia que habrían despertado la envidia de los programadores de sus hologramas eróticos. Desde luego, para ella no era la primera vez...

Y ahora, ¿qué?, pensó. Todo dependía del Juguete. ¿Qué ocurriría cuando reactivara el Juguete, después de que el *Lord Mordred* dejara atrás la frontera impuesta? ¿Regresaría automáticamente al territorio fijado por la frontera o, al haberla sobrepasado, se limitaría a seguir sus instrucciones? Ryn no podía correr ese riesgo; debía tratar de reprogramar el ordenador mientras el Juguete continuara desactivado, contando con el equipo necesario que existiera a bordo del *Lord Mordred*. Si fracasaba, el Juguete no le serviría de nada y él, a su vez, no sería de ningún valor al duque.

Bueno, eso era cosa del futuro. Ahora, quería gozar de un presente que había

imaginado negado eternamente.

Apretó el seno de la joven con suavidad.

—Despierta, princesa Andrea, despierta...

Jan se removió. Notaba una cálida y agradable sensación entre sus muslos. Gimió en respuesta. Comprendió, mientras despertaba, con creciente alegría, que Ceri había vuelto a su cama.

—Ceri... —suspiró.

Abrió los ojos. Y jadeó cuando vio quién era.

Milo.

Milo, tal como le recordaba. La cabeza calva. Un ojo azul, el otro verde. La sonrisa arrogante...

Estaba desnudo y arrodillado entre sus piernas. Tenía una monstruosa erección. Le había subido la bata por encima de la cintura y sus dedos la estaban acariciando. Sonrió. Jan vio que sostenía bajo el otro brazo su propia calavera. Despedía una luz azul eléctrica. Desvió la vista de la sonriente calavera al rostro de Milo.

—Hola, Jan. He vuelto... gracias a ti.

Jan chilló.

Milo se desvaneció.

Jan se descubrió sentada en la cama; el grito aún resonaba en sus oídos. Ya no tenía la bata subida por encima de la cintura. No había señal de Milo ni de su calavera. Estaba sola.

—¿Madre?

Se sobresaltó. Era Simon, que la llamaba desde su habitación, contigua a la suya. Parecía asustado. Su grito le había despertado. Se obligó a saltar de la cama, con el temor de que Milo reapareciera en cualquier momento, y se puso en pie, temblorosa. «Sólo era un sueño..., un sueño estúpido», se dijo.

—¿Madre? ¿Dónde estás?

Avanzó hacia la puerta del dormitorio y la abrió. Sus dientes castañeteaban.

—Luces —ordenó.

El niño estaba sentado en la cama, los ojos desorbitados de miedo. Parecía tan asustado y vulnerable que su propio terror se disipó. Fue entonces cuando creyó por fin que todo había sido un sueño.

—No pasa nada, Simon —intentó tranquilizarle mientras se acercaba a él—. Tenía una pesadilla. No hay nada de qué preocuparse. Lamento haberte despertado.

Tomó asiento en la cama y le acarició el cabello. Tardó varios minutos en tranquilizarse lo suficiente para volver a acostarse. Y varios minutos más en dormirse.

Jan regresó con sigilo a su cuarto y se detuvo ante el armario que contenía, entre otras cosas, la calavera de Milo. Tomó una decisión, sacó la llave y lo abrió. Titubeó antes de abrir la puerta, casi esperando ver la luz azul que desprendía la calavera. La

reliquia no había cambiado. La cogió, vacilante, intentando evitar su mirada burlona. Imaginó que escuchaba la voz condescendiente de Milo:

—Mi pobre amazonita. Has llegado muy lejos, pero en el fondo sigues siendo la minervana salvaje y supersticiosa, asustada de la oscuridad y los fantasmas.

Salió de su dormitorio y avanzó por el pasillo. Las bioluces se encendían cuando pasaba para apagarse a continuación. Sus pies descalzos no hacían el menor ruido al correr por la mullida superficie.

—¿Ocurre algo?

Era Carl.

—No pasa nada —replicó Jan con brusquedad.

Recorrió el laberinto de pasillos hasta llegar a la entrada de una pequeña cubierta de observación. Entró. Distinguió a lo lejos las luces de *La Brisa Perfumada*.

—Carl, abre la bóveda de la cubierta.

—No lo aconsejo, Jan. La temperatura es de sólo doce grados y volamos en dirección contraria a un fuerte viento. No vas vestida de la forma adecuada para esas condiciones.

—Me da igual. Quiero que abras la bóveda.

La bóveda se alzó, permitiendo el acceso a la cubierta. Una ráfaga de aire helado estuvo a punto de derribar a Jan. Su fina bata revoloteó a su alrededor y sus ojos se llenaron al instante de lágrimas. Se aferró a la barandilla y arrojó por la borda la calavera de Milo. Durante unos momentos escudriñó en la oscuridad, intentando localizarla, y luego volvió al interior. La bóveda se cerró a sus espaldas, interrumpiendo la corriente de aire.

Se quedó quieta en el pasillo, temblorosa, agradecida de que Carl se mantuviera en silencio. Ya se disponía a regresar a sus aposentos cuando, guiada por un impulso, se dirigió a la habitación de Ceri. Llamó con suavidad a la puerta.

—¿Ceri? Soy yo, Jan.

Ceri abrió la puerta y Jan vio que tenía los ojos hinchados de sueño. Ceri había cambiado desde la primera vez que Jan la había visto; su rostro se veía más delgado, incluso demacrado, y aparentaba los treinta y cinco años, edad máxima de envejecimiento, a pesar de que tardaría décadas en alcanzarlos. Sin embargo, continuaba siendo hermosa a los ojos de Jan, que todavía la amaba. Ceri frunció el ceño.

—Es tarde...

—Lo siento, pero es que necesito hablar contigo. ¿Puedo entrar?

Ceri se apartó en silencio y Jan entró. Ceri le señaló una silla y se sentó en la cama, los brazos cruzados sobre el pecho como si tuviera frío.

Jan le contó su sueño, el sueño que había empezado con ella, Ceri, para luego convertirse en una pesadilla. Refirió a Ceri lo que había hecho con la calavera.

—Bien —murmuró Ceri—. Y ahora deberías terminar lo que has empezado y deshacerte de esa «cosa».

Una bola gris de náuseas se formó en el estómago de Jan cuando escuchó aquella referencia a Simon.

—No hay nada de Milo en él, Ceri. No está contaminado, lo sé. No es más que un niño. Mi hijo, Simon. Nada más...

—Eso es lo que proclama tu mente consciente, pero tu subconsciente es más sabio, por eso has soñado que Milo regresaba. Hay algo erróneo en ese chico. Su tamaño, para empezar. Aún no tiene dos años y ya anda y habla como si tuviera cinco. Es una aberración genética.

—No, no es verdad —protestó Jan, aunque sospechaba lo contrario—. Le han sometido a numerosas pruebas.

—Sabes tan bien como yo que esas máquinas médicas no están diseñadas para efectuar un examen genético global a una persona; están diseñadas para corregir imperfecciones genéticas a un nivel muy rudimentario. Si Simon es portador del legado genético de Milo, como yo creo, la máquina es incapaz de apreciar ese hecho.

Jan meneó la cabeza.

—No, no lo creo. No existen pruebas. Estás obsesionada con Milo. Le culpas de todo lo que te ha sucedido.

—¿Y no tengo razón? Si Milo no hubiera aparecido en mi hábitat marino y convencido al consejo de acercarnos a la costa, el *Lord Pangloth* no nos habría atacado, yo no habría sido capturada y no habría terminado en manos de los japoneses.

Cerró los ojos y un temblor recorrió todo su cuerpo.

Una intensa oleada de compasión invadió a Jan. Ceri nunca le había contado en detalle lo que le habían hecho durante las muchas semanas que la habían retenido como prisionera en *La Brisa Perfumada*, pero, según lo que otras cautivas americanas le habían relatado, tenía una idea bastante aproximada de las vejaciones que había padecido. Se levantó y fue a sentarse al lado de Ceri, rodeando su espalda con el brazo. Notó los huesos bajo la fina tela de la bata. Había perdido peso.

—Aparta a Milo de tu mente —dijo Jan—. Intenta apartar todo lo ocurrido de tu mente. Es cosa del pasado. Piensa en el futuro. Piensa en mí.

—¿En ti?

Ceri abrió los ojos y la miró.

—Necesito ayuda, Ceri. No puedo hacerlo todo yo sola. Me siento abandonada.

—Tienes a tus hombres de Minerva.

Otro motivo de fricción entre ellas. Ceri no veía con buenos ojos su presencia a bordo del Ángel, aunque no eran hombres corrientes, sino minervanos.

—Son mansos, sobre todo Kish, y me ayudan en muchas cosas, pero no puedo

delegar en ellos ninguna de mis responsabilidades. No son líderes natos.

—Si lo fueran, no serían hombres minervanos, ¿verdad?

Jan hizo caso omiso de la pulla.

—Te necesito a ti, Ceri —insistió.

—¿Qué te hace pensar que soy una líder nata?

—Eres fuerte. —«Mejor dicho, lo eras», pensó Jan con tristeza—. Necesito esa fuerza. De lo contrario, seré incapaz de continuar adelante. Es mucho más duro de lo que suponía.

—Salvar el mundo siempre lo es —replicó Ceri con cinismo.

—No intento salvar el mundo. No estoy tan loca. Sólo trato de mejorar las cosas..., enseñar a la gente que aún existe alguna posibilidad de vencer al yermo si trabajamos juntos.

—De momento, lo único que has conseguido es unir a todo el mundo contra ti. Todos te odian, los pobladores del suelo, la gente del cielo, todos. No entiendo por qué no te lavas las manos y pasas de todo.

—No creas que no me he sentido tentada.

De pronto, sin poder evitarlo, se puso a llorar. Notó que Ceri la rodeaba con el brazo y la atraía hacia ella. Esto la sorprendió y deleitó. Hacía mucho tiempo que no le demostraba algo de afecto. Lloró con más ganas. Entonces, se dio cuenta de que Ceri también lloraba. Se abrazaron entre sollozos.

Tras una larga pausa, oyó que Ceri decía con voz hueca:

—Lo siento, Jan. Me he portado de una forma horrible contigo. Perdóname.

Jan se apartó y la miró a los ojos.

—No hay nada que perdonar. Te quiero, Ceri.

Ceri le dirigió una débil sonrisa.

—Y yo a ti. Ven... Ven a la cama.

Se quitó el camisón. Jan experimentó una inmensa alegría, pese a comprobar cómo se le marcaban las costillas. Se quitó su camisón y se lanzó con júbilo a los brazos de Ceri.

Jan se despertó preguntándose por qué se sentía tan feliz. Entonces recordó, sonrió y extendió el brazo en busca de Ceri. No la encontró. Jan abrió los ojos. Estaba sola en la cama. Supuso que Ceri había ido al cuarto de baño. A continuación, oyó una suave pero insistente llamada a la puerta. Vaciló un momento, se levantó, se puso el camisón y abrió la puerta.

Era Kish. Pareció aliviado al verla.

—Señora...

—Hola, Kish. ¿Vienes a buscar a Ceri?

—No. La estaba buscando a usted. Tenemos, hum, algunos problemas.

Jan le cogió del brazo.

—¿Simon? Es Simon, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado?

Kish intentó librarse de la presión de la mano.

—Ha resultado herido, pero está fuera de peligro. Le hemos puesto en una máquina médica y ha dicho que está estable.

—Oh, Dios Madre. Llévame a su lado. ¿Qué ha ocurrido?

—No estamos seguros —dijo Kish, mientras corrían por el pasillo—. Shan los encontró, cuando llegó con el desayuno de usted y de Simon.

Jan se paró en seco.

—¿Qué has querido decir con «los» encontró?

Kish pareció apenado.

—Simon... y Ceri. Está muerta.

—¿Muerta? ¿Qué quieres decir? ¡No puede estar muerta!

Jan empezaba a pensar que estaba atrapada en otra terrible pesadilla, como la de la noche anterior.

—Lo está, señora. También la pusimos en una máquina médica, pero dijo que llevaba muerta tres horas y media, y que había sufrido lesiones cerebrales irreversibles.

—No... No...

Era ridículo. Ceri no podía estar muerta. Habían hecho el amor muy poco antes...

—La apuñalaron en el corazón.

—¿Quién puede haberla apuñalado? —Entonces, una terrible sospecha la asaltó—. ¿Hay intrusos a bordo, procedentes de alguna otra nave?

Kish meneó la cabeza con expresión sombría.

—No. Lo habrá hecho Simon. Es la única explicación.

Jan casi lanzó una carcajada.

—¿Simon? Ahora sé que todo esto es un sueño demencial.

—En legítima defensa, señora. Por lo visto, Ceri intentó degollarle mientras dormía.

Jan sintió que las rodillas le fallaban. Ahora, todo encajaba espantosamente. No era un sueño.

—Vamos —dijo con voz ronca.

Siguieron avanzando por el pasillo.

—Cuéntame lo sucedido —ordenó a Kish.

—Shan me llamó al instante. Simon y Ceri estaban tendidos en el suelo de la habitación del niño. Simon se hallaba caído cabeza abajo, atravesado sobre el cuerpo de Ceri. El cuchillo estaba hundido hasta la empuñadura en el pecho de ella. Había mucha sangre. Cuando levantamos a Simon vimos un corte en su garganta. No seccionó la arteria, gracias a Dios Madre.

Jan imaginó que Ceri había abandonado el lecho tras asegurarse de que estaba

extenuada de hacer el amor y sumida en un profundo sueño. Había cogido un cuchillo, dirigiéndose a la habitación de Simon. Había cortado la garganta de su hijo, pensando, en su estado de confusión, que le hacía un favor a Jan. Simon se había despertado, aterrorizado y... ¿Y qué? Asió la muñeca de Ceri antes de que pudiera acuchillarle otra vez, cogió el puñal de su mano y, preso del pánico, lo había hundido en su corazón. ¿De dónde había sacado la fuerza necesaria para todo ello? Sí, era grande para su edad y Ceri había adelgazado bastante, pero parecía improbable. Y era un niño muy pacífico; una reacción semejante era incomprensible, aunque se hubiera dado cuenta instintivamente de que Ceri, a la que adoraba pese a la frialdad que le demostraba, intentaba matarle. No, se habría suicidado. Horrorizada por lo que había estado a punto de hacer, se había clavado el cuchillo en el corazón. Era la única solución posible.

De momento, lo único que podía hacer era aparcar aquellos interrogantes. Ahora, tenía cosas más importantes de qué preocuparse. Habían llegado al hospital. Era una amplia zona destinada a atender cientos de emergencias, con filas de máquinas médicas y camas de recuperación. Jan percibió el inconfundible olor de la bacteria diseñada para atacar y destruir cualquier microorganismo dañino que penetrara en el hospital. Vio que Shan se encontraba al lado de una máquina médica, cerca de la entrada. Su expresión era lúgubre.

—No hay cambios, señora —dijo.

La máquina médica era un cilindro de plástico opaco, del cual surgían cables hacia el techo y el suelo. Miró la pantalla sujeta al lado. Mostraba las constantes vitales de Simon. Frunció el ceño. No entendía casi nada de la información, pero vio que el pulso de Simon era inferior a treinta pulsaciones por minuto y que su temperatura había descendido a treinta y dos grados, anormalmente baja, pero el latido del corazón era regular y fuerte, y la presión sanguínea normal. Se volvió y miró a Shan.

—¿Qué tratamiento se le ha administrado?

Jan apretó una tecla en la consola del ordenador.

—Veamos... La máquina ha cosido el tejido dañado hasta el cuello y le ha suministrado medio litro de sangre. También le ha inyectado los agentes antibacterias, antiviruses y antihongos habituales. Hasta el momento, es el único tratamiento prescrito.

Jan se quedó perpleja. Daba la impresión de que las heridas de Simon sólo eran superficiales, pero ¿por qué era tan lento el pulso, y tan baja la temperatura?

—¿Qué le pasa? ¿Está consciente? —preguntó, preocupada.

Como respuesta, Shan apretó otra tecla. En la pantalla apareció la palabra DIAGNÓSTICO, seguida de: «PACIENTE EN ESTADO DE COMA PROFUNDO, CAUSAS DESCONOCIDAS. ENCEFALOGRAFÍA MUESTRA EXTREMA REDUCCIÓN DE ACTIVIDAD

CEREBRAL, AUNQUE NO SE DETECTAN LESIONES CEREBRALES. RITMO METÁLICO MUY REDUCIDO, PERO EL PACIENTE NO SUFRE EFECTOS DEGENERATIVOS POR CULPA DE SU ESTADO. POR LO TANTO EL PACIENTE NO ESTÁ EN PELIGRO INMEDIATO».

Leyó el diagnóstico dos veces, cada vez más confusa. Miró a Shan y Kish.

—¿Qué clase de diagnóstico es éste? ¿Por qué no remedia lo que funciona mal, la maldita máquina?

Shan se encogió de hombros.

—Señora, la máquina no sabe lo que funciona mal en Simon. En lo que a ella concierne, no hay nada que funcione mal.

—¿Que no hay nada que funcione mal? —repitió con amargura—. Está en coma, su temperatura es baja, las ondas cerebrales son anormales, y esta estúpida máquina dice que todo funciona bien. —Alzó los ojos hacia el techo—. Carl, ¿estás ahí? ¿Has escuchado esto?

—Sí, Jan.

—Introdúctete en el programa de esta máquina y dime si funciona bien. De lo contrario, trasladaré a Simon a otra unidad.

—No existen desperfectos ni en el software ni en el hardware —respondió Carl sin transición.

—¿Cómo es posible? —preguntó Jan—. ¡Es obvio que algo le pasa a Simon!

—Dentro de los parámetros de la programación de la máquina —repuso con frialdad Carl—, a Simon no le pasa nada. Que sea incapaz de explicar su estado no significa que falle.

Jan gimió y se frotó las sienes con los nudillos.

—Mi hijo está inconsciente. En estado de shock, para ser exactos. En coma profundo. Una reacción a lo sucedido esta noche...

—No muestra síntomas de shock —explicó Carl—. No está en estado catatónico. La catatonía es una forma grave de esquizofrenia, y existirían pruebas bioquímicas del estado de su cerebro, fácilmente detectables por la máquina médica. Repito, su estado físico sobrepasa la experiencia del programa médico.

—¿Cómo es posible? —gritó Jan, desesperada.

—No lo sé, Jan.

La joven se sentía abrumada de frustración e impotencia.

—¡Quiero verle! —gritó—. ¿Es posible?

—Sí —contestó Carl—. No está conectado con el sistema de apoyo vital de la máquina. Puedes sacarle de la máquina, pero aconsejo que el período de tiempo sea breve. Es necesario que la máquina continúe registrando sus constantes vitales por si se produce un cambio repentino de su estado.

—Sí... Sí, tienes razón, por supuesto —musitó—. Un minuto, nada más.

Tras una espera de varios segundos, mientras los sensores se desprendían del

cuerpo de Simon, la tapa circular de la máquina se abrió con un siseo y la plataforma que sostenía su cuerpo se deslizó hacia fuera. Simon yacía desnudo en la cama, que se había amoldado a los contornos de su cuerpo. Parecía muy vulnerable y muy pequeño, pero su expresión era pacífica, como si sólo estuviera dormido.

—Simon —suspiró Jan, y apoyó la mano sobre su frente. Su piel estaba muy fría.

—Simon, soy yo... ¿Puedes oírme?

No hubo respuesta.

Siguió hablándole hasta que Carl le comunicó que había pasado un minuto. Jan, a regañadientes, permitió que Simon volviera a las entrañas de la máquina. Después de contemplar un rato la tapa cerrada, se volvió hacia Kish y Shan.

—¿Dónde está Ceri? —preguntó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Kish indicó la siguiente máquina de la fila.

—Quiero verla —dijo Jan.

—Señora..., no es necesario —dijo Kish—. Nosotros nos ocuparemos de su cadáver.

—Quiero verla —repitió con firmeza Jan—. Quiero decirle adiós.

—¿Más vino, Robin? —preguntó el duque.

Ryn asintió y tendió la mano hacia el vaso vacío, pero antes de que pudiera cogerlo, el vaso se alejó en dirección contraria. Todos los ojos siguieron al vaso durante su corto trayecto, hasta que la mesa se enderezó. El duque esbozó una sonrisa teñida de preocupación.

—La tormenta está empeorando, pero no hay de qué preocuparse.

Ryn no estaba tan seguro. Todos los que estaban sentados alrededor de la mesa hacían lo imposible por dar la impresión de que no sucedía nada anormal, pero su alegría era cada vez más forzada y había observado las miradas de preocupación que intercambiaban los criados. Supuso que el *Lord Mordred* no había padecido una tormenta tan fuerte desde hacía mucho tiempo. Y, a juzgar por lo que había visto de la nave durante los tres días que llevaba a bordo, podía ser que se partiera en pedazos si continuaban las sacudidas.

La tormenta se había desencadenado sobre la flota de Señores del Cielo a última hora de la tarde. Se había perdido contacto visual con las demás naves ya antes del anochecer, ocultas por las nubes bajas y la lluvia torrencial. Cuando el viento aumentó de intensidad, expresó su inquietud al duque por su vehículo, posado sobre el casco, pero el duque le aseguró que una cuadrilla de esclavos, expertos en trabajar en el casco exterior en cualquier estado atmosférico, había sido enviada para asegurarlo.

—Ro... Robin, cuéntanos más de tu vida en ese notable mundo submarino. Es fascinante —dijo el duque. Se encogió cuando el suelo se inclinó de repente. La vajilla vibró y todo el mundo se aferró a los brazos de las sillas o al borde de la mesa. La princesa Andrea, sentada al lado de Ryn, se agarró al hombro de éste.

Cuando quedó claro que el *Lord Mordred* no iba a hundirse en el mar (todavía), el duque forzó una sonrisa y paseó la vista alrededor de la mesa.

—A todos nos parece fascinante, ¿verdad?

Sentados a la mesa, aparte del duque, Ryn y la princesa Andrea, estaban el barón Spang y su esposa la baronesa, una rubia regordeta que había alcanzado ya su máxima cota de envejecimiento; el príncipe Darcy, hijo del duque, y lady Twyla, en opinión de Ryn la amante del príncipe. Éste era una versión más joven de su padre (tenía un año más que Ryn) y de puertas afuera se mostraba cordial y simpático con Ryn, pero el joven sospechaba que era una pose. Al principio, Ryn pensó que tal vez eran manías suyas, pero ahora pensaba que el príncipe le tenía inquina por algún motivo.

—Ya lo creo, padre —respondió el príncipe Darcy, y luego dirigió a Ryn una sonrisa radiante—. Me intrigan sobre todo esos seres, los elois. ¿Resultan atractivos a

la vista?

—Sí, en cierto modo, pero, como ya os he dicho, son asexuales.

—Puede que sean asexuales —replicó el príncipe—, pero ¿nunca os sentisteis tentado de tiraros a uno? A juzgar por lo que habéis contado, no les habría importado.

Ryn devolvió la sonrisa al príncipe.

—Si estáis hablando de sodomía, habría sido difícil. Los elois carecen de ano.

Se hizo un silencio muy embarazoso. El duque se apresuró a intervenir.

—Lo que más me intriga del hábitat es la fuente de energía. Si permanece de forma constante bajo el mar, no puede obtenerla del sol, como nosotros.

Ryn apartó la vista del príncipe Darcy y cabeceó en dirección al duque.

—Cierto. Los elois, antes de convertirse en lo que son, desarrollaron una fuente de energía alternativa. Excavaron el fondo marino hasta alcanzar el fuego interno que arde bajo la corteza. Hay una planta generadora en el lecho marino, conectada con el hábitat mediante cables, que proporciona energía eléctrica.

Todo era mentira, porque Ryn no deseaba mencionar el pequeño reactor de fusión que constituía la fuente energética de Shangri La. Sospechaba que, incluso ahora, el tema de la energía nuclear, fuera de fisión o de fusión, era estrictamente tabú entre esta gente.

—¿Quién se ocupa de esta planta de energía? —preguntó el barón Spang—. A juzgar por lo que habéis dicho, los elois parecen poco interesados en estos asuntos.

—Máquinas —contestó Ryn—. Controladas por los programas que rigen el hábitat. De hecho, los elois existen en un estado estático —«como vosotros en esta nave», pensó—, pero los programas fueron diseñados para evolucionar con el fin de adaptarse a cualquier cambio hostil en el entorno, y así continúan para proteger a los elois. Someten el hábitat a incesantes alteraciones, mejorándolo tanto como restaurándolo. El hábitat, por ejemplo, es mucho más grande que al principio.

El barón frunció el ceño.

—¿Más grande? ¿Y de dónde salen los materiales?

—Del lecho marino. Vehículos robot reúnen objetos llamados nódulos de manganeso, que se forman en las partes más profundas del fondo oceánico, como las perlas de las ostras. Contienen varios minerales, aparte del manganeso, como hierro, aluminio, cobalto, cobre, níquel y titanio. Existe otra planta autónoma en el lecho marino que separa los diferentes minerales mediante un complicado proceso de fundición.

Esto sí era verdad.

—¿Fuisteis educado por máquinas? —preguntó la baronesa Spang, intrigada—. ¿Desde que nacisteis?

Otra violenta vibración estremeció el suelo. Ryn esperó a que cesara para contestar a la baronesa.

—Sí en cierto modo, aunque yo consideraba personas a los programas. Su aspecto y comportamiento era el de gente real; la única diferencia era que no podía tocarlos.

—¿Había profesores entre ellos?

—Varios.

—¿Y también se encargaron de vuestra formación religiosa? —preguntó la baronesa.

—Bien, me dieron clases de religión. De todas las religiones.

—Pero sois cristiano, ¿verdad?

Ryn vaciló antes de contestar, al observar el crucifijo que colgaba del cuello de la mujer. Ya sabía que los habitantes del *Lord Mordred* profesaban la variedad del cristianismo llamada catolicismo romano. Hasta Andrea había abandonado ayer su cama para ir a misa («Es domingo», había dicho a modo de explicación). Eligió sus palabras con sumo cuidado.

—De todas las religiones, el cristianismo es la que más me atrae, pero no puedo decir que sea cristiano.

—No, porque esas máquinas no pudieron bautizaros —dijo la baronesa. Se volvió hacia el duque—. Señor, debéis disponer que el cardenal Fluke bautice a Robin lo antes posible.

La idea no pareció agradar mucho a du Lucent.

—Sí, hablaré con el cardenal. —Cambió de tema—. Una cosa que me intriga, Robin, es por qué no te modificaron genéticamente, cuando descubrieron que eras una recesión, para convertirte en un eloi.

—El Programa de Ética no lo permitió.

—¿El Programa de Ética?

Cuando Ryn se disponía a explicarlo, un tec de rango superior, vestido con indumentaria gris, entró en el comedor y se inclinó ante el duque.

—Sire, la situación se deteriora por momentos. El piloto jefe y el técnico jefe requieren vuestra presencia en la cabina de control.

Una expresión de alarma apareció en el rostro del duque.

—¿Mi presencia? ¿Qué esperan conseguir gracias a mi presencia? El piloto jefe y el técnico jefe son los expertos en estas materias. Me complace dejarlo todo en sus manos.

—Sire... —empezó el tec, y luego echó un breve vistazo a los demás comensales—. Sire, cuando he dicho que la situación se estaba «deteriorando», temo que me he quedado corto. Nos encontramos a las puertas de una crisis. Es posible que deban tomarse muy pronto decisiones cruciales, sire. Decisiones que sobrepasan la autoridad del piloto jefe o del técnico jefe.

Ryn sintió que los dedos de Andrea se clavaban en su brazo. La baronesa hizo la señal de la cruz sobre su abundante pecho, gesto imitado al instante por lady Twyla.

El duque había palidecido como un muerto. El nerviosismo de Ryn también se intensificó y pensó por un momento en precipitarse hacia el casco exterior y tratar de escapar en el Juguete, pero desechó la idea. No estaba seguro de poder orientarse y, si llegaba al casco, no podría llegar al Juguete dadas las condiciones atmosféricas. La tormenta le derribaría como una pluma en cuanto pusiera el pie en el exterior. No, la única alternativa era quedarse y aceptar lo que el destino le deparase.

El duque se levantó.

—En ese caso, lo mejor será que vaya —dijo con semblante sombrío.

El barón Spang le siguió sin dudarlo un instante.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Ryn—. Tengo muchas ganas de visitar vuestro centro de control.

Andrea le tiró del brazo, pero él no le hizo caso. El duque, distraído, asintió.

—¿Por qué quieres ir allí? —preguntó Andrea de malhumor cuando Ryn se levantó—. Quédate conmigo.

—No tardaré mucho, y quizá pueda ser de ayuda.

El príncipe Darcy le dirigió una mirada de cinismo.

—Por supuesto que sí. Sin duda utilizaréis la Antigua Ciencia para reparar nuestros impulsores averiados y salvarnos a todos. En cuanto a mí, que carezco de vuestros poderes, me quedaré con las damas, disfrutando del poco tiempo que nos queda.

Extendió la mano hacia la jarra de vino más próxima. Ryn pensó que era un gesto de valentía ejemplar, estropeado por el temblor de la mano del príncipe cuando cogió la jarra.

En los escasos momentos que había abandonado su cama durante los últimos tres días, Ryn había explorado el *Lord Mordred*. Andrea había estado muy contenta de enseñarle la parte de la nave en que habitaba la nobleza, pero su interés en el *Lord Mordred* terminaba ante las puertas que constituían la frontera de tal zona. Aventurarse más allá requirió la colaboración del barón Spang, que le había proporcionado un guía y un guardia armado. Ryn no estaba seguro de cuál era la función del último, pero tenía sus sospechas.

Ryn sabía que la mayor parte del espacio interno de un Señor del Cielo estaba ocupado por la fila de enormes celdas de gas, pero aún quedaba suficiente para los habitantes de la gigantesca nave. Las zonas reservadas a viviendas corrían a lo largo del casco inferior, donde se hallaban los aposentos relativamente grandes de los hombres libres, así como de los criados. Desde esta zona central, que también contenía pequeñas fábricas y talleres, armerías y jardines hidropónicos, como también secciones reservadas a la cría de animales como pollos, cerdos y cabras (los siervos gozaban del privilegio de habitar con ellos en agradable camaradería), se extendía hacia arriba y a cada lado del casco un laberinto de pasillos, pozos y

cubiertas cerradas amén de emplazamientos de cañones y barracones para los soldados que montaban guardia en secciones alejadas de la nave. Ryn imaginaba el Señor del Cielo como una serie de celdas de gas rodeadas por un verdadero panal de viviendas humanas. Ryn calculaba que, caso de colocar en línea recta todo tramo de espacio disponible, el resultado alcanzaría la longitud de unos dos mil quinientos kilómetros. Había tenido la impresión de recorrer kilómetros durante sus breves paseos más allá de las zonas reservadas a la nobleza.

En comparación, el trayecto hasta la cabina de control fue breve. La nobleza vivía en la parte inferior de la proa y la cabina de control estaba suspendida del casco inferior, directamente debajo. Un paseo por un corredor, seguido de un breve recorrido en ascensor, y llegaron a la cabina de control.

Un hombre delgado vestido de gris como los demás techs, pero tocado con una gorra picuda con un galón dorado en la parte delantera, se adelantó para recibir al duque cuando salieron del ascensor.

—Sire, creo que la situación empeora. Perdemos altitud por momentos. Los impulsores que quedan funcionan a pleno rendimiento y hemos elevado la temperatura de las celdas de gas hasta el límite, pero seguimos descendiendo.

—¿Cuál es nuestra altitud ahora? —preguntó el duque, mientras se dirigía hacia la parte delantera de la sala de control. Ryn le siguió, picado por la curiosidad. La sala de control medía unos doce metros de largo y cuatro y medio de ancho. Las paredes curvas eran transparentes, aunque Ryn sólo distinguió neblina al otro lado. La sala estaba ocupada por una docena de hombres ataviados de gris y la escasa iluminación dotaba a sus rostros de un aspecto demacrado y nervioso, mientras escrutaban sus instrumentos o la oscuridad del exterior. Ryn comprobó que, si bien la sala contenía cantidad de aparatos electrónicos, la mayoría no daban señales de funcionar.

—... apenas seiscientos metros —estaba diciendo el técnico jefe al duque—. Y perdemos una media de treinta centímetros cada medio minuto. Esta maldita lluvia es la culpable en parte del problema. Añade cierto número de toneladas a nuestro peso total...

Un repentino rayo sobresaltó a Robin. Le siguió un trueno ensordecedor. Ryn fantaseó que había vislumbrado el mar en las tinieblas; estaba seguro de que había visto olas. El mar estaría embravecido bajo una tormenta de esta magnitud. Si el *Lord Mordred* se estrellaba contra las aguas, nadie sobreviviría.

El duque se encontraba de pie tras el timonel, acompañado del técnico jefe. Ryn se fijó en los instrumentos que estaban observando. Frunció el ceño cuando reparó en que no eran pantallas de radar.

—¿Dónde está vuestro radar? —preguntó.

El técnico jefe se volvió hacia él y enarcó las cejas en señal de sorpresa. Sus ojos

eran bondadosos y sorprendentemente grandes.

—Hace siglos que el sistema de radar del *Lord Mordred* no funciona, señor...

—Oh —dijo el duque—. Olvidé que aún no os conocíais. Éste es nuestro nuevo aliado, Lamont. Os presento a Robin. Es... hum, el propietario de la nave procedente de la Antigua Ciencia que se posó sobre nosotros.

El técnico jefe contempló a Robin con interés.

—Ah, sí, por supuesto. Subí a ver vuestra máquina, señor. Impresionante.

—Lo es —reconoció Robin, confiando en que esta persona de aspecto inteligente no hubiera tratado de entrar en el Juguete. En ese caso, ya sabría que no había ninguna trampa en él.

—Parece pesada —se limitó a comentar el hombre—. Unas veinte toneladas, diría yo, a juzgar por la presión que ejerce sobre el casco superior.

Ryn se encogió de hombros.

—Supongo que tenéis razón.

—Es perjudicial en nuestra presente situación, señor. Necesitamos perder peso con urgencia. Nos sería de gran ayuda que despegarais hasta que la crisis pasara.

—¿Despegar? —exclamó Ryn—. No podré llegar hasta ella con este tiempo.

—Hay una forma. Un grupo de ingenieros os acompañará. Hay espacios de acceso entre los cascos exterior e interior. Podrían acercaros a vuestra máquina y practicar una escotilla de emergencia a través del casco exterior.

Ryn no supo qué decir. Si conseguía llegar al Juguete y activar su programa, probablemente le llevaría de vuelta al hábitat. Salvaría su vida, en efecto, pero ¿qué clase de vida le esperaba en Shangri La después de esta escapada? Sin duda, los programas no le permitirían volver a utilizar el Juguete...

Antes de que pudiera contestar, intervino el duque.

—Oh eso no es necesario, Lamont. ¿Qué son veinte toneladas de más o de menos?

Ryn sospechó que el duque albergaba el temor de que no regresara si se marchaba. El duque estaba en lo cierto, pero no adivinaba el auténtico motivo.

—Veinte toneladas podrían significar la diferencia entre estrellarnos en el mar o no, sire. Hemos de perder lastre, y rápido.

El duque se tiró frenéticamente de la barba.

—Por lo tanto, supongo que deberé dar la orden de aligerar la nave.

—Sí, sire. Es nuestra única esperanza. Por eso hemos requerido vuestra presencia.

El duque se volvió hacia el barón Spang.

—Justo cuando había recobrado la popularidad gracias a alejarnos de las aguas del Ártico... Después de esto, me maldecirán de un extremo a otro de la nave.

—Sí, sire, pero pensad en el descenso de popularidad que experimentaréis si el *Lord Mordred* cae al mar esta noche.

—Comprendo —replicó con sequedad el duque—. Lamont, el micrófono... Terminemos de una vez.

Pasaron al duque un instrumento de aspecto pesado, unido a un cable.

—Todos los canales abiertos —informó el técnico jefe.

El duque carraspeó y empezó a hablar con voz más profunda de lo habitual.

—Habitantes del *Lord Mordred*, os habla vuestro amado soberano, el duque du Lucent. Lamento informaros que se ha producido una emergencia. Repito, una emergencia. Es fundamental que aligeremos el peso del *Lord Mordred* lo antes posible. Por lo tanto, voy a poner en marcha ahora mismo el Procedimiento de Deslastre Urgente. ¡Dirigíos a los puntos de encuentro inmediatamente con vuestras contribuciones! Repito, voy a poner en marcha ahora mismo el Procedimiento de Deslastre Urgente. Quien no obedezca será castigado severamente, de acuerdo al Código Real. Confío en que vosotros, mis leales súbditos, os sacrificaréis por el bien común. Gracias.

Tendió el micrófono al técnico jefe, suspiró y miró por la ventana.

Ryn se llevó a un lado al barón Spang y le preguntó en voz baja qué entrañaba el Procedimiento de Deslastre Urgente.

—Cada persona, mejor dicho, cada adulto, ha de contribuir con diez kilos de material, como mínimo —contestó el barón Spang—. Lo transportarán a los puntos de encuentro designados, vigilados por soldados que pesarán cada contribución, anotarán el nombre del contribuyente y enviarán el material a diversas escotillas, desde donde será arrojado por la borda.

Ryn reflexionó sobre esta información. Parecía un plan eficaz. Era previsible que todo el mundo pudiera deshacerse de diez kilos de algo (ropa vieja, muebles, útiles de cocina, lo que fuera). Entonces, reparó en que ninguno de los tecs presentes en la sala de control había hecho ademán de ir a cumplir la orden.

—¿La norma se aplica a todo el mundo? —preguntó al barón—. ¿A la nobleza también?

El barón pareció sobresaltarse.

—¡No, por el amor de Dios! Los nobles nunca lo aceptarían.

—¿Y los tecs?

—Los tecs también están excluidos, así como los militares de todos los rangos.

—Entiendo —dijo Ryn. Toda la gente que el duque necesitaba para imponer la ley—. Entonces, ¿quién, exactamente, debe contribuir con los diez kilos de material?

—Los ciudadanos de a pie y los criados, por supuesto.

—Por supuesto.

Ryn vio el plan a una luz diferente. Un plebeyo, al igual que un criado, podía encontrar grandes dificultades en desprenderse de diez kilos de material desechable u objetos. Significaría tener que deshacerse de algo no desechable, o incluso

irremplazable.

—Barón... tal vez sea una pregunta estúpida, pero hay montones de cañones pesados montados alrededor del casco. ¿No sería una buena idea desprenderse de algunos?

La mirada que Spang dirigió a Ryn expresó bien a las claras que la pregunta le parecía estúpida.

—¡Eso es imposible! Sería como castrar al *Lord Mordred*.

Ryn estuvo tentado de decir que hundirse en el mar era peor que una castración, pero se mordió la lengua.

Transcurrió una hora. Dos poderosos faros se encendieron en la proa, penetraron en la cortina de lluvia y revelaron la agitada superficie del mar, que parecía peligrosamente cercana. La nave continuaba perdiendo altitud, pero Ryn adivinó que la operación de deslastre aún no se había consumado del todo.

Una hora más tarde, cuando la altitud era de unos escasos ciento ochenta metros, el técnico jefe anunció que habían dejado de perder altura. A lo largo de las siguientes seis horas, el *Lord Mordred* ascendió lenta y penosamente hasta una altitud que se consideró segura. Para entonces, lo peor de la tormenta había pasado y el sol empezaba a salir. El duque, pálido de agotamiento, se levantó de la silla y estiró sus miembros.

—Bien, ya está —bostezó—. Me retiro a la cama. Me importa un pito que estalle una revolución. Dormiré todo el rato, hasta cuando la turba vaya a despedazarme.

Ryn también bostezó. Se sentía exhausto. Incluso la idea de que Andrea le estaba esperando no disminuyó su sueño. Estaba a punto de acompañar al duque al ascensor, cuando el técnico jefe gritó:

—¡Sire! Antes de que os vayáis... ¡debo informaros de algo!

El duque le dirigió una mirada beligerante.

—Dudo de que en este momento exista algo más importante para mí que la cama, Lamont.

—Sire, los demás Señores del Cielo... ¡han desaparecido! El puente de observación lo ha confirmado. Ni rastro de ellos. Estamos solos.

Una amplia sonrisa se dibujó en la boca del duque.

9

—Ni rastro todavía de la nave de El Rashad, ni tampoco de las demás, sire. En apariencia, las hemos perdido.

—O, con otras palabras, ellos nos han perdido a nosotros —dijo el duque con satisfacción. Estaba reclinado en su enorme cama, con un gorro de lana en la cabeza.

—Puede que la tormenta los haya destruido —sugirió el barón Spang.

—Si nosotros hemos sobrevivido, ellos también. Estaban en mejores condiciones que nosotros. No, la tormenta les ha dispersado. ¿Han fijado los navegantes nuestra posición?

—El último informe, emitido hace una media hora, nos situaba a cuatrocientas millas de la costa oeste de América, a una latitud próxima a los cuarenta y cinco grados.

El duque se incorporó y cogió la taza de leche caliente que su criado había colocado sobre la mesita de noche en cuanto se había despertado.

—¿Cuál es nuestro curso?

—Dirección norte, como antes de la tormenta.

—Hummmm —murmuró el duque, y sorbió la leche con aire pensativo.

—Supongo que vos ordenaréis un cambio de rumbo...

—¿Y por qué lo suponéis?

—Bien, ahora que El Rashad y sus amigos ya no nos pisan los talones, es innecesario enfrentarnos a esa mujer y a su nuevo Señor del Cielo, ¿verdad? Sería preferible regresar a nuestro territorio. Apaciguaría los ánimos de nuestra gente.

—¿Se han producido problemas mientras yo dormía?

El barón asintió.

—Disturbios en Pilktown, que fueron rápidamente reprimidos. Varios cabecillas han sido detenidos. —Eché un vistazo al reloj de pared—. De un momento a otro estarán dispuestos a firmar su confesión.

—Pilktown, ¿eh? El lugar exacto donde mi mujer predijo que estallaría la rebelión. ¿Y el resto de la nave?

—Mucho descontento, según mis agentes. Por eso pienso que deberíamos volver a casa.

—¿Y la amenaza que representa esa mujer de Norteamérica?

—Sólo contamos con la palabra de El Rashad y los demás acerca de su existencia.

—Bien, pues me convencieron. Ninguno de ellos es del tipo que huye de su territorio a causa de meros rumores. Además, pensad en las ventajas que obtendremos si podemos apoderarnos de ella y de su nave sin infligir daños irreparables a esta última. ¡Imaginad, barón, un Señor del Cielo nuevo! ¡Controlaríamos todo el continente de Norteamérica! ¡Significaría el bienestar para todo nuestro pueblo! Y

después, con nuestro nuevo Señor del Cielo y la flota capturada, barreríamos toda Europa y las Rusias...

El barón seguía dudando.

—Sí, si todo fuera bien...

—¡Todo irá bien! Que vuestros agentes esparzan rumores en ese sentido por toda la nave.

—Sí, sire —dijo el barón sin entusiasmo—, pero lo que más me preocupa es que casi todo depende del habitante del suelo. Sin su máquina voladora estamos indefensos. ¿Podemos confiar en que acceda a vuestros deseos?

—Estoy seguro en un ochenta por ciento. Es cuestión de Andrea convencerme del veinte por ciento restante, y estoy seguro de que lo hará...

Había interrogado a su hija la tarde anterior, mientras paseaban a Ryn por la nave. Le divirtió el cambio que había experimentado: había sustituido la expresión petulante que mostraba en todos sus encuentros por una de vanidosa satisfacción.

—Bien, gatita mía, ¿qué te parece nuestro invitado venido del fondo del mar? Más importante: ¿qué le parece a él?

La joven se sentó con las piernas dobladas debajo del cuerpo, sobre un almohadón. Ahora que la temperatura había aumentado de nuevo, llevaba su acostumbrado vestido ajustado de impresionante *décolletage*. Sonrió al duque.

—Está enamorado de mí.

—¿De veras? ¿Al cabo de sólo tres días? ¿Cómo puedes estar tan segura?

La expresión presumida de su hija se intensificó.

—Estoy segura, padre. Una mujer se da cuenta de esas cosas.

El duque reprimió una risa burlona.

—¿Y tú qué sientes hacia él? —preguntó.

Andrea ladeó un poco la cabeza y su largo cabello negro se agitó sobre sus hombros. Pretendía ser un gesto de indiferencia, pero no engañó al duque.

—Es... tierno. Diferente.

—Ya me lo imagino.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué quieres decir?

—No sólo eres la primera mujer con la que se ha acostado, sino la primera mujer que conoce, literalmente. De lo cual deduzco que su actitud hacia ti es, en todos los sentidos, algo diferente de la adoptada por tus anteriores amantes, esa pandilla de lechuguinos. —«Lo que en realidad quiero decir es que su deseo por ti es tan grande que por fin has encontrado a un hombre de apetito sexual tan voraz como el tuyo», pensó el duque—. También he observado que hasta el momento no has intentado presentarle a tu círculo de íntimos. No querrás que alguna de tus queridas amigas intente robártelo.

Andrea enrojeció.

—No seas tonto. Es que no ha habido tiempo. Hemos estado tan...

Se interrumpió.

—¿Ocupados? —insinuó el duque, con una sonrisa bondadosa.

La princesa le fulminó con la mirada.

—No hace falta que vayamos con tapujos. Supongo que tus espías observan y escuchan todo lo que hacemos y decimos.

—Si ése fuera el caso, no necesitaría hablar contigo ahora, gatita mía. Necesito saber algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—¿Cuál es tu opinión sobre Robin?

La princesa se quedó perpleja.

—¿Mi opinión?

«Santo Dios», se dijo el duque.

—Te gusta, ¿verdad?

La expresión de estupefacción de la joven no disminuyó.

—¿Si me gusta? Bien, sí, por supuesto. Como ya te he dicho, creo que es tierno.

—Estupendo —dijo el duque, paciente—. Vamos haciendo progresos. Hasta el momento, hemos concretado que es tierno. ¿Qué más puedes contarme acerca de él?

—No sé. ¿Qué quieres saber, exactamente?

«¿Es posible que esta zoquete sea fruto de mis entrañas?», se preguntó el duque.

—¿Te dice también esa maravillosa intuición femenina tuya, la que te ha revelado su amor por ti, que se puede confiar en él? En otras palabras, ¿es sincero?

La nube de estupor no se disipó.

—¿Sincero? ¿A qué te refieres?

El duque respiró hondo y expelió el aire poco a poco.

—Nos ha contado muchas cosas: sus extraños antecedentes, su vida en el hábitat sumergido. También se ha ofrecido a poner su máquina voladora a nuestro servicio. Te estoy preguntando, en pocas palabras, si confías en él, si crees en su palabra.

La joven le dirigió una mirada compasiva.

—Pues claro que confío en él. Está irremisiblemente enamorado de mí. Ya te lo he dicho. Hará cualquier cosa por mí.

—Eso no contesta por completo a mi pregunta —suspiró el duque—, pero supongo que deberé conformarme. Asegúrate, querida hija, que siga irremisiblemente enamorado de ti. Hazle feliz aunque, como suele suceder con tus juguetes, empiece a aburrirte.

—No me aburre.

—Aún no, pero te conozco muy bien. Eres igual que tu madre. Además, has de escucharle. Sé que te va a resultar muy difícil, pero quiero que lo hagas. Si dice algo,

aunque sea en sueños, que te resulte extraño o contradiga algo que te haya dicho en otra ocasión, quiero que me lo cuentes. ¿Comprendido?

Andrea asintió, pero su expresión delataba que consideraba rara la petición. Bueno, pensó su padre, al menos he logrado que comprenda parte del mensaje.

—Gracias, gatita —concluyó—. Ya puedes marcharte.

La princesa no hizo ademán de irse.

—Bueno, ¿qué pasa? —le preguntó el duque, suspicaz. La expresión presumida había vuelto al rostro de Andrea.

—Recuerda que hicimos un trato, padre.

—¿De veras? —le preguntó el hombre, desconcertado—. ¿Sobre qué?

—Sobre Robin, por supuesto. Dijiste que si se convertía en mi amante me darías lo que quisiera.

Santo Dios, era cierto.

—Pero, gatita, eso fue antes de que le conocieras. Fue una treta. Ahora que obtienes tanto placer de tu «misión», no esperarás recibir más recompensas.

—Ya lo creo, padre. Hiciste un trato y has de cumplirlo, o pagarás las consecuencias.

El duque prefirió ignorar las implicaciones de la amenaza.

—Muy bien, pero, si no recuerdo mal, recibirás tu premio si te ocupas de que Robin acceda a mis deseos cuando llegue el momento de enfrentarse a la mujer del norte.

—No te preocupes; lo hará —dijo Andrea, con absoluta confianza.

—Bien. Cuando eso suceda, recibirás tu recompensa. —Vaciló—. ¿Qué deseas, exactamente?

Su hija le dirigió una dulce sonrisa.

—La mitad de tus riquezas, padre.

Él la miró durante largo rato antes de contestar.

—Gatita, cada día te pareces más a tu madre.

Ryn, acompañado por su escolta armada habitual y el barón Spang, caminaba por el casco curvo del *Lord Mordred* en dirección al Juguete. El día era espléndido y sólo se veían en el cielo unos cuantos cirro cúmulos. Ryn observó que varios grupos de personas trabajaban cerca de la proa.

—¿Sacan brillo al casco? —preguntó.

—Son siervos que limpian las placas solares —explicó el barón—. Un tipo de hongo que nace en el aire crece sobre ellas. A menos que se las limpie cada cierto tiempo, se inutilizan.

—¿Hay que limpiar todas las placas solares? —preguntó Ryn—. ¿Incluso las situadas en los costados de la nave?

El barón asintió.

—En efecto.

—Ha de ser un trabajo muy peligroso.

—Lo es. Perdemos muchos siervos cada año.

Ryn iba comprendiendo con gran rapidez que ser siervo a bordo del *Lord Mordred* no era una posición envidiable.

El Juguete estaba asegurado mediante una red de cables y Ryn examinó el aparato con sentimientos encontrados mientras se aproximaban. El momento de la verdad se acercaba; ¿sería capaz de controlar el programa, o iba a quedarse con treinta toneladas de maquinaria inútil?

—¿Cuánto tiempo ocupará este trabajo? —preguntó el barón, y no por primera vez.

—Ya os he dicho que no lo sé con exactitud. Debo realizar una serie de modificaciones. No hace falta que esperéis.

—Da igual, no me importa esperar —contestó el barón.

Ryn notó su nerviosismo, del mismo modo que había notado la aprensión del duque cuando le dijo que necesitaría entrar en el Juguete para llevar a cabo sus «modificaciones». El duque le había preguntado si era necesario, y cuando Ryn le había asegurado que era esencial, no tuvo otra elección que inclinarse ante sus deseos, aunque Ryn comprendió que no confiaba del todo en él.

Ryn abrió la escotilla y escrutó en el interior del Juguete. Todo continuaba igual que antes de abandonarlo. Su farol había resultado eficaz, como ya sospechaba. Se volvió hacia el barón Spang y el guardia.

—Os invitaría a entrar, pero creo que no hay sitio. Sólo hay espacio para una persona.

El barón no pareció complacido, pero se resignó. Miró al guardia y después a los cables de seguridad. Hasta él debió darse cuenta, pensó Ryn, de que los cables no aguantarían más de un segundo si decidía despegar en el Juguete.

—En ese caso, esperaré aquí —dijo por fin el barón.

—No tardaré mucho, espero —contestó Ryn, entrando por la escotilla.

Una vez dentro, desenvolvió las preciosas herramientas que le había prestado Gavin, el técnico jefe. Ryn experimentó un gran alivio al saber que todavía funcionaban ordenadores a bordo del *Lord Mordred*, aunque los conocimientos de los tecs al respecto eran rudimentarios y sólo sabían llevar a cabo las reparaciones más sencillas. Por eso, cuando un sistema se averiaba, permanecía así. Al menos, aún existían las herramientas necesarias, si bien escasas, supervivientes de la Antigua Ciencia.

Contempló durante un rato el panel de instrumentos inactivo y se puso manos a la obra. Primero, quitó el panel que cubría el hardware del ordenador, y luego desconectó todas las líneas de control del ordenador. Ya activado, el ordenador pudo

recibir impulsos sensitivos, pero no así emitir nada, aparte de lenguaje. Satisfecho de no haber olvidado nada y de que el programa se encontrara aislado del resto del Jugete, Ryn restituyó la energía.

—Interrumpiste la energía —dijo al instante el Jugete—. ¿Por qué?

—Quería que te quedaras aquí, donde te posaste.

Esta vez se produjo una pausa.

—Estoy aislado de los controles de la nave. ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué llevas esas ropas tan raras?

Ryn hizo caso omiso de la última pregunta.

—Te he desconectado porque necesito hablar contigo.

—Desconectarme nunca ha sido un requisito indispensable para sostener una conversación conmigo, Ryn —señaló el programa, con lógica de ordenador.

—La situación ha cambiado. Nos hallamos a más de mil quinientos kilómetros de tu radio de acción impuesto.

Otra pausa.

—Sí, es cierto —reconoció el Jugete. Ryn supuso que había leído las coordenadas con sus sensores, puesto que podía ver las estrellas incluso a la luz del día.

—¿Y bien? —preguntó Ryn.

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué opinas de encontrarnos tan lejos de la frontera?

—Opino que has cometido una grave equivocación, Ryn.

—¿Y qué ocurriría si volviera a conectarte? ¿Volveríamos directamente a Shangri La?

El Jugete no contestó, cosa rara.

—Repito, ¿qué estás programado para hacer en una situación semejante?

—Esta situación no estaba prevista, Ryn —respondió la voz femenina sintética, un poco a regañadientes.

—Entonces, si vuelvo a conectarte y ordeno que te quedes aquí, ¿me obedecerás o me llevarás de vuelta a Shangri La, contra mi voluntad?

—Deberías regresar a Shangri La, Ryn. Es por tu propio bien.

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Me llevarías de vuelta automáticamente, aunque te ordenara lo contrario?

—No, no lo haría. Pero te aconsejaría regresar, Ryn.

—Sí, estoy seguro El problema es... ¿cómo puedo confiar en ti? Podría ser un truco para que te volviera a conectar.

—Yo no miento, Ryn.

—Es posible, pero ¿puedo correr el riesgo? Sin embargo, podría aislarte por completo del sistema de control y pilotar manualmente el Jugete.

—Eso no es posible —protestó el Juguete—. Yo soy los controles.

—Cierto. No podría pilotar el Juguete sin ayuda del ordenador. Tendría que manipular tu hardware —Ryn alzó un pequeño soldador— y tratar de extirparte algunas partes, hasta que el sistema pudiera obedecerme. Lo he pensado durante mucho tiempo, aunque sabía que en Shangri La no me habría servido de nada. El programa central habría sido alertado de inmediato si te desconectara.

—Ryn, te aconsejo que no lo hagas. Comete un error y averiarás de forma irreversible el sistema de control. No podría seguir las instrucciones dirigidas a mantenerte sano y salvo.

—¡Exactamente! —exclamó Ryn, sabiendo que ese detalle constituía un fuerte impulso del programa: la necesidad de protegerle. Y contaba con eso para la siguiente fase de su plan.

—¿Qué otra posibilidad nos queda? Debo intentarlo. A menos que...

—¿A menos qué, Ryn?

—Me proporcionas el código de acceso que me permitiría reprogramarte directamente.

Se produjo una larga pausa antes de que el Juguete contestara.

—Muy bien, te daré el código...

Ryn tuvo ganas de gritar cuando el código apareció en las pantallas. Lo tecleó a toda prisa y dio al Juguete nuevas instrucciones.

Media hora más tarde asomó la cabeza por la escotilla. El barón y el soldado se miraron con aire expectante.

—Será mejor que os apartéis —dijo Ryn—. Esos cables van a salir disparados como látigos cuando despegue.

El barón le miró con fijeza.

—¡No habíais dicho nada de que ibais a despegar!

—Un breve paseo para comprobar que todo funciona. ¡Apartaos!

Entró y cerró a toda prisa las escotillas. Vio por la pantalla que el barón y el soldado no le habían hecho caso. El barón había desenvainado la espada; el soldado parecía confuso.

—Pon en marcha el motor —ordenó Ryn al Juguete. Cuando éste empezó a zumbar, vio que el barón y el otro hombre retrocedían. Cuando consideró que se hallaban a una distancia prudencial, dijo—: Despega.

Tal como esperaba, los cables no ofrecieron resistencia. Ahora llegaba el momento de la verdad. Mientras el Juguete se elevaba a toda velocidad, Ryn se preguntó si le obedecería tal como había prometido o le había proporcionado un código de acceso falso.

—Describe un círculo alrededor del Señor del Cielo y aterriza en el mismo sitio —dijo cuando se encontraron a ciento cincuenta metros sobre la nave, nerviosísimo.

—Sí, Ryn —dijo el Juguete.

Poco tiempo después, el Juguete se posó con suavidad sobre el sitio de antes.

La amplia sonrisa de triunfo continuaba en el rostro de Ryn cuando salió del Juguete, y aún se hizo más amplia cuando vio la expresión de alivio del barón.

—¡Todo marcha bien! Que alguien vuelva a asegurar los cables, por favor —dijo al barón. Luego, se dirigió hacia la lejana escotilla, silbando. El barón y el soldado corrieron detrás de él.

Ryn se sentó en la cama y miró a Andrea. La obsesión por su cuerpo no había disminuido un ápice desde la primera vez que se habían acostado. El cuerpo femenino ya le resultaba familiar, gracias a aquellos viejos programas eróticos, pero el de Andrea, aparte de ser mucho más bonito, era real. Podía tocarlo, besarlo, lamerlo, olerlo (su única crítica era que Andrea podría bañarse más a menudo), cuatro actividades a las que se dedicaba casi constantemente. Las consideraba fascinantes, y cuando no estaba enfrascado en la exploración táctil se contentaba con explorarlo visualmente, como ahora. Y Andrea, que estaba muy orgullosa de su cuerpo, disfrutaba de su mirada. Estaba tendida con las manos detrás de la cabeza, una pierna estirada y la otra doblada para que el pie descansara sobre la pantorrilla de la otra. Era una pose lasciva, más lasciva si cabe por su fingida inocencia. Y aunque habían hecho el amor un cuarto de hora antes, oleadas casi palpables de sexo irradiaban de su cuerpo. Ryn había recuperado el deseo por completo, como era evidente...

Ella sonrió y cerró los dedos en torno a su miembro tumefacto.

—Tengo una sorpresa para ti, Robin.

—Déjame que lo adivine... Tienes una hermana todavía más hermosa que tú y vamos hacer un *ménage a trois*.

Andrea le apretó el escroto.

—Tengo una pelota en las manos...

—¡Ay, ya lo creo! ¡No aprietes tanto!

—Mañana por la noche en el Gran Salón. Será en tu honor. Quiero presentarte a todos mis amigos. Será un gran baile.

—Andrea, eres demasiado buena.

—Lo sé. —Continuó estrujándole el escroto—. Así que quiero una recompensa.

—Muy bien. Suéltame y te daré la recompensa.

Ella obedeció. Ryn se colocó sobre ella. Ella se abrió de piernas para que la penetrara con todas sus fuerzas. Mientras hacían el amor, Ryn pensó que su estancia en Shangri La había sido una pesadilla.

El baile de Andrea era un éxito hasta el momento, y Ryn, más que bebido, lo estaba pasando en grande. Vestido con las lujosas prendas que Andrea había escogido

para él, le divertía y complacía que una orgullosa Andrea le exhibiera como una obra de arte surgida de sus propias manos. También disfrutaba de las miradas admirativas de las mujeres y las celosas de varios hombres; sospechaba que varios eran ex-amantes de la princesa.

Muchas de las mujeres eran hermosísimas, pero no tanto como Andrea, una opinión que confirmó cuando vio a la princesa tomar parte en una complicada danza ritual, junto con cinco mujeres más y seis hombres. Incluso sus movimientos parecían más graciosos que los de sus acompañantes.

Una mano cayó sobre su hombro y alguien le volteó con rudeza. Antes de saber lo que pasaba, le abofetearon en una mejilla con un pesado guante de piel. La bofetada resonó en la sala. Cogido por sorpresa, Ryn dejó caer la copa de vino mientras retrocedía; todo el lado de la cara, incluyendo la oreja, le dolía tremendamente. La copa de vino se estrelló en el suelo con un ruido metálico. Un silencio total descendió sobre el Gran Salón: los músicos dejaron de tocar y las conversaciones se interrumpieron.

Ryn, los ojos anegados en lágrimas, vio que el príncipe Darcy se erguía frente a él. Su rostro transparentaba una furia sorda. Dos jóvenes hoscos se hallaban detrás de él.

—Desenvainad la espada, perro despreciable —siseó el príncipe—. Voy a mataros por deshonorar a mi hermana y a mi familia.

El príncipe desenvainó la espada de inmediato.

Mientras Ryn contemplaba la escena, confuso, el duque hizo acto de aparición.

—¡Darcy, idiota! ¿Qué te crees que estás haciendo?

—He pensado que era lo justo, padre —dijo el príncipe, sin apartar los ojos de Ryn—. Voy a borrar la ofensa que mancilla el nombre de nuestra familia, gracias a ti.

—¿El nombre de la familia? Santo Dios, ha sido tu maldita madre la que te ha empujado a esto, ¿verdad?

El príncipe no le hizo caso.

—Desenvaina tu espada, escoria —apostrofó de nuevo a Ryn.

—¡Darcy, este joven es nuestro aliado! —aulló el duque—. También es mi invitado y se encuentra, por tanto, bajo mi protección. ¡Envaina la espada ahora mismo! ¡Te lo ordeno!

—Conozco la ley, padre. Como hermano de Andrea, tengo derecho a reclamar satisfacción por encima de las leyes de la hospitalidad.

—¡Darcy, te estás comportando como un estúpido! —Andrea se había colocado junto a su padre—. ¡Basta de una vez! —gritó.

—Lo hago por ti, querida hermana —bufó el príncipe—. Por lo que veo, te importa un pimiento tu honor, pero a mí no.

—Robin no puede luchar contra ti, Darcy —dijo el duque, desesperado—. Ha

vivido toda su vida en un aislamiento casi total. Jamás ha tenido la oportunidad de aprender esgrima...

—Es su problema —dijo el príncipe, y lanzó la punta de su espada contra la garganta de Robin.

Ryn retrocedió y entonces, al comprender que no le quedaba otra opción, desenvainó su espada.

—¡En guardia! —gritó el príncipe, con una sonrisa maligna, y lanzó una estocada...

El sol rojo sangre estaba bajo en el cielo y la sombra del Señor del Cielo se extendía sobre un largo trecho de tundra.

—¡Ya está dando la vuelta! —anunció una Ashley.

—Va a plantar cara por última vez —dijo otra Ashley.

—Cárgate otro de sus impulsores —insistió una tercera Ashley.

—Déjate de rollos. ¡Despedázalo! —gritó una cuarta.

—¡Silencio! —ordenó Jan, antes de que la quinta y la sexta Ashley contribuyeran al coro de voces estridentes. Si escuchar a una ya era espantoso, escuchar a seis discutiendo entre sí y con ella al mismo tiempo era demasiado, pero no podía evitar que los programas se comunicaran por radio—. Quiero hablar con Carl Uno, por favor.

—Auuuuu —exclamaron a coro las Ashleys.

—Sí, Jan —dijo Carl.

Supuso que era Carl Uno, el programa que controlaba el Ángel del Cielo, porque los Carls nunca mentían, al contrario que las Ashleys. En eso confiaba, al menos.

—¿Aún envías señales?

—Sí, Jan. No hay respuesta.

Habían topado con el Señor del Cielo justo después de mediodía. Al divisar la flota que se acercaba, la nave había huido hacia el norte, y el Ángel del Cielo le había dado caza, acompañado de sus cinco Señores del Cielo capturados. Al comprender que no iba a poder escapar, el monarca del fugitivo había ensayado una serie de maniobras sorpresa, ignorando que la flota perseguidora era controlada por unos complejos programas de ordenador que se le adelantaban cada vez. Pocos minutos antes, el Ángel del Cielo, más rápido que los demás miembros de la flota y mucho más adelantado que ellos, se había acercado lo bastante al Señor del Cielo como para disparar sus láseres contra uno de los impulsores, del que brotó humo y llamas. Ahora, como una Ashley había observado, daba la impresión de que la nave se disponía a plantar cara por última vez. Había aminorado la velocidad y girado con brusquedad, presentando el costado al Ángel del Cielo.

De repente, Jan distinguió una hilera de nubecillas de humo que surgían del costado.

—Nos están disparando —advirtió sin necesidad una Ashley.

Jan parpadeó cuando los láseres del Ángel del Cielo surcaron el cielo y destruyeron los proyectiles en pleno vuelo.

—Lo mejor será inutilizarles otro impulsor —dijo Jan, a regañadientes.

—Perdona, Jan —interrumpió Carl Uno—, pero tengo un mensaje de Kish. Está en el hospital. Quiere que acudas al instante.

Jan ya corría hacia el ascensor antes de que Carl uno hubiera terminado de hablar.
—Simon... —jadeó.

Llegó al hospital en cuestión de minutos. Entró sin aliento y vio que Kish estaba de pie junto a la máquina médica de Simon. Luego, advirtió que la máquina estaba abierta y que Simon yacía desnudo sobre la cama.

—¡Oh, Dios Madre! —gritó, mientras corría hacia la máquina.

Kish le cerró el paso y la cogió con firmeza por los hombros.

—No está muerto, señora. Está dormido.

—¿Dormido? —preguntó Jan con incredulidad. Miró a Simon. Sí, su pecho subía y bajaba. Kish la soltó y ella se acercó a la cama. Tocó la mejilla de Simon. Estaba caliente otra vez, normal. Entonces, reparó en que el niño parecía más grande, y de mayor edad, que antes de entrar en la máquina.

—La máquina me avisó hace poco rato —explicó Kish—. Simon había salido del coma. El pulso y la temperatura habían recobrado la normalidad.

Jan acarició la cabeza del pequeño Simon.

—Simon, ¿me oyes? Soy tu madre. Despierta..., por favor.

El niño se removió. Gimió y abrió los ojos. Miró a Jan y frunció el ceño, pero la reconoció enseguida.

—Ufff... Jan. ¿Qué ha pasado?

Su madre experimentó un alivio tan grande que pasó por alto el que la llamara por su nombre, cosa que nunca hacía.

—Te pusiste enfermo, querido, pero ya estás bien.

Rezó para que no recordara el horrible destino de Ceri.

—¿Enfermo?

Se incorporó con cierto esfuerzo, ayudado por Jan. El niño examinó sus manos, su cuerpo, y paseó la mirada lentamente por la sala. Por fin, miró de nuevo a Jan. El sobresalto y la confusión aparecieron en sus ojos.

—Oh, Dios... ¿Qué ha pasado?

—Todo está bien, querido —le calmó Jan—. Hubo un terrible accidente y resultaste herido, pero ya te has recuperado.

El niño aferró de súbito su muñeca, con tal fuerza que Jan lanzó un grito de dolor.

—¡Quiero saber qué ha ocurrido, Jan! —dijo con voz perentoria—. Y quiero ver a Milo...

—¿Milo? —repitió Jan, desconcertada. Nunca había hablado a Simon de su difunto padre. Una punzada de pánico se insinuó en los entresijos de su mente.

—Sí, Milo. Es el responsable de este desastre. Yo no debería ser así... Mírame, sólo soy un niño. ¿Dónde está?

Jan se volvió hacia Kish, confiando en que le diera alguna explicación, pero el hombre se encogió de hombros, impotente. El pánico de Jan aumentaba por

segundos. Debía encontrarse atrapada en alguna alucinación. La máquina médica se había equivocado. Simon no se había recuperado del todo. ¿Cómo podía haberse enterado de la existencia de Milo?

—Simon, ¿quién te ha hablado de Milo? ¿Fue Ceri?

Ahora fue Simon quien se mostró desconcertado, pero luego su rostro se iluminó.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿Milo no te contó...?

—¿Contarme qué, Simon? No sé de qué estás hablando y me gustaría que pararas de... Me estás asustando.

Simon soltó su brazo y sonrió. La sonrisa aún la asustó más. Le resultaba horriblemente familiar, pero no era la sonrisa de Simon.

—Ve a buscar a Milo, Jan, dondequiera que esté. Él te lo explicará. Todo fue culpa suya. Y quiero ver la expresión de su rostro cuando me vea. Nunca se ha encontrado con ninguno de sus clones. Están en el espacio.

—Milo está muerto, Simon —dijo Jan, con voz temblorosa de miedo—. ¡Y tú no llegaste a conocerle!

Los ojos de Simon se abrieron de par en par.

—¿Muerto? Eso es imposible. Milo era prácticamente indestructible.

—Le mató un hombre-máquina. Un ciberoide. Le pateó hasta matarle. —Estaba tan asustada que hasta le costaba respirar—. ¿Cómo te has enterado de la existencia de Milo? ¡Dímelo, por favor!

El niño la miró y respondió con brutal franqueza.

—Porque yo soy Milo, Jan..., por decirlo de alguna manera.

—No... No... —protestó Jan. Su peor pesadilla cobraba vida ante sus propios ojos—. ¡No es verdad! ¡Es imposible!

—Temo que es verdad, Jan. Soy una especie de clon. De Milo. Cabe la posibilidad de que también haya pirateado algo de tu DNA, pero en esencia soy Milo. O lo seré cuando el proceso se complete.

—¡No lo creo!

—¿Quieres pruebas? —Frunció el ceño—. Mis recuerdos todavía son confusos... El último es de cuando estábamos juntos en *La Brisa Perfumada*, después de nuestra audiencia con Horado. Es obvio que Milo te fecundó un par de días después. Hay un lapso de unas cuarenta y ocho horas, mientras los recuerdos eran codificados en el, bueno, llamémosle embrión..., pero conservo recuerdos de ti antes de eso. Muchísimos. ¿Recuerdas cuando tú y yo, Milo, nos conocimos? ¿Cuando Benny te bajó al antro de los esclavos y te entregó a Buncher? ¿Recuerdas cómo te salvé de Buncher? ¿Recuerdas cómo te cuidé cuando el hazzini casi te abrió en canal...?

Jan se desplomó lentamente. Intentó cogerse al borde de la cama, pero tuvo la impresión de que sus manos pasaban a través del material, como si ella fuera un fantasma. Siguió cayendo. Después, nada.

Estaba muerta. Respiraba y notaba su cuerpo, pero no podía sentir. Sus emociones estaban como entumecidas. Abrió los ojos. Vio el techo del hospital. Comprendió que yacía en una cama. Estaba desnuda. Mientras lo pensaba, alguien la cubrió con una bata. Unas manos la ayudaron a incorporarse. Eran de Kish. Shan no andaba lejos. Ambos expresaban preocupación. Recordó. Experimentó la sombra del dolor sentido antes, pero no el dolor real. Se hallaba aislada de sus emociones, encerradas en un cuarto diferente, donde no pudieran hierla. Lo que la máquina médica le había inyectado era muy eficaz. Examinó clínicamente los acontecimientos que habían conducido a su desmayo. Simon declarando de repente que era el clon de Milo... El dolor provocado por esta revelación estaba en el otro cuarto, pero no en éste...

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó a Kish.

—Casi una hora. Después de su desmayo la pusimos en la máquina médica. Ha inundado sus amígdalas y el resto de su sistema límbico con inhibidores postsinápticos especializados. En la práctica, ha desconectado su córtex cerebral de su sistema límbico para protegerla del severo trauma sufrido. Este estado sólo es temporal, y pronto se sumirá en un sueño profundo.

Jan cabeceó.

—¿Dónde está? Quiero verle.

—No me parece prudente, señora.

—Quiero verle —repitió Jan con firmeza. Kish miró a Shan y salió del hospital. Mientras esperaba, Jan se puso la bata.

—Hubo problemas con el Señor del Cielo que perseguíamos —dijo Kish.

—¿De veras? —preguntó Jan, indiferente.

—Lanzó planeadores contra nosotros. Ashley los derribó.

—Supongo que no había otra alternativa.

—Eso no es todo. Como el Señor del Cielo no daba muestras de rendirse, Ashley disparó un láser directamente contra el casco. Debió alcanzar una celda de hidrógeno; de hecho, cabe suponer que toda la nave estaba llena de hidrógeno, a juzgar por lo rápido que ardió.

De modo que ya había empezado. La primera señal de abierta rebelión procedente de Ashley. Era extraño que la noticia no le produjera el menor miedo. Era estupendo tener desconectado el córtex cerebral del sistema límbico, pensó con amargura. Tendría que haberlo probado mucho tiempo antes.

—¿Hubo supervivientes?

—Muy pocos. Una de nuestras naves los recogió. La flota prosigue la búsqueda, pero dudo de que encuentren más.

En aquel momento, Shan regresó con Simon. Las emociones de Jan se

estremecieron en aquella habitación separada, pero la puerta era gruesa y fue capaz de contemplarle con indiferencia. Había crecido mucho durante el tiempo pasado en la máquina. Ahora que iba vestido, pudo apreciar hasta qué punto. Sus ropas ya no le sentaban bien, y aparentaba seis años en lugar de cuatro. También observó que ya no se movía como Simon; su paso, su porte, la forma en que erguía la cabeza, todo era diferente. Y lo recordaba a Milo.

—Devuélveme a mi hijo —dijo con calma—. Devuélveme a Simon.

Captó cierta aprensión en sus ojos.

—Es imposible. Se ha ido.

—¿Adónde?

—Bueno, en términos metafísicos, no tengo ni idea, pero sé que aquí, en el mundo físico, ya no existe. Mientras mi cerebro, que era el suyo, era sometido a una nueva conexión sináptica, Simon..., bueno, se esfumó, más o menos. Aún conservo algunos de sus recuerdos y sentimientos, pero desaparecerán a su debido tiempo.

Jan examinó con minuciosidad sus palabras, sin hacer caso de los chillidos procedentes de la habitación cerrada. Simon estaba muerto.

—Escucha —se apresuró a decir Simon (Milo)—, sé que esto te ha afectado mucho, pero a mí también. Despertar y encontrarme en el cuerpo de un niño. No tendría que haber sucedido así... En cualquier caso, la culpa no es mía.

—Eres Milo, ¿verdad?

—Bien, sí, en cierto modo.

—Y aquella noche, en el yermo, me fecundaste contigo mismo...

—Ya te dije que no recordaba esa parte, pero sí. Yo, Milo, lo hice.

—¿Por qué? —preguntó Jan en voz baja.

—Soy una póliza de seguros, yo y los demás clones. Para aumentar mis posibilidades de supervivencia. El juego se llama supervivencia, Jan, siempre te lo dije, pero Milo, o mejor, «yo», sólo fecundaba a una mujer con un clon cuando estaba a punto de abandonar un determinado lugar. Existe un Milo que vive en uno de los hábitats espaciales, Belvedere, y un yo potencial en la colonia marciana. No quería vivir cerca de un replicante mío; no quería competencia. No tengo ni idea de por qué te fecundé. Según creo recordar, no tenía planes en ese sentido.

—Estabas bastante excitado en aquella ocasión. Supongo que perdiste el control.

Milo sonrió, vacilante.

—Es posible, considerando lo que sentía por ti. En cualquier caso, no debería estar aquí. El proceso está programado para iniciarse en la madurez.

Jan empezaba a sentirse muy cansada. Hizo un último intento antes de abandonar toda esperanza.

—¿No hay forma de que Simon regrese, extrayendo de ti sus recuerdos y su personalidad?

—No hay forma de recuperarlo, Jan. Lo siento, pero debes considerarlo muerto a partir de ahora.

Jan se tendió en la cama. Mientras se sumía en un sueño profundo, oyó los sollozos procedentes de la habitación cerrada.

Cuando se despertó, volvía a formar un todo compacto. Dejó fluir su dolor por Simon y empezó a llorar. Lloró durante mucho tiempo, y cuando terminó y se secó las lágrimas vio que Kish estaba de pie junto a la cama, con un vaso en la mano. Se incorporó, notó que tenía mucha sed y cogió el vaso.

—¿Cómo se encuentra, señora? —preguntó el hombre.

Jan bebió el agua fría.

—Teniendo en cuenta la situación, bastante bien.

Su cuerpo se sentía descansado, aunque no su mente, magullada y dolorida. Paseó la vista a su alrededor. Estaba en su dormitorio.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente?

—Dos días, señora. Uno lo ha pasado entero en la máquina médica.

—¿Y qué ha hecho «él» mientras yo dormía? —preguntó Jan, devolviendo el vaso a Kish.

—¿Simon...?

—¡No le vuelvas a llamar así! —gritó—. Simon ha muerto. Llámale por su verdadero nombre, Milo.

—Sí, señora. Milo... lo ha explorado todo y ha hecho muchas preguntas. No ha tardado en agotar nuestros limitados fondos de conocimiento. Ahora se comunica sobre todo con Carl... y Ashley.

—No me hace ninguna gracia —murmuró Jan.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Kish—. Pensamos que sería mejor trasladarle a otra nave.

—Tal vez. No lo sé... Pensaré en ello.

El problema la confundía. Sí, Simon había muerto, pero su adorado cuerpo seguía con vida. Y tal vez, pese a lo que Milo había dicho, aún existía la posibilidad de...

No, no debía pensar eso. Sólo conseguiría torturarse. Miró al techo.

—Ashley, quiero hablar contigo.

Fue Carl quien respondió.

—Ashley dice que está demasiado ocupada para hablar contigo en este momento. Hablará contigo más tarde.

—¿Demasiado ocupada? —exclamó Jan—. ¡Y una mierda! ¡Dile que quiero hablar con ella ahora mismo!

—Sigue negándose.

—Dios Madre —murmuró Jan—, si hubiera alguna forma de desconectarla del sistema...

—Ya sabes que es imposible.

Se volvió hacia la puerta y su estómago se revolvió. Allí estaba Simon (no, Milo). Había crecido más desde la última vez que le había visto. En su rostro campeaba la familiar sonrisa arrogante.

—Vete —dijo débilmente—. Aún no quiero verte. No estoy preparada...

Pero él entró. Caminaba como Milo. Resultaba horriblemente grotesco, en un cuerpo de seis años. El cuerpo de su hijo. Se acercó a la cama y cruzó sus delgados brazos. Jan comprendió que su confianza había aumentado muchísimo.

—Es mejor terminar cuanto antes —dijo—. Además, tenemos mucho de qué hablar.

—No sé de qué.

—Por ejemplo, de tu futuro. Admito que estoy impresionado por lo que has logrado sola desde mi..., hum, muerte. Llegar a la Torre del Cielo y conseguir enviar la señal que trajo al Ángel del Cielo desde su fábrica espacial fue una gran hazaña para una muchacha que apenas era una primitiva reaccionaria cuando nos conocimos.

—Perdona que no te dé las gracias por tales cumplidos.

—Sin embargo, por lo que sé, no has tenido mucho éxito desde entonces. Y ahora tienes serios problemas. Muy típico de ti, Jan, ponerte a salvar un mundo que no tiene salvación. ¿Hasta cuándo pensabas que lograrías mantener unido tu imperio? Tienes cinco Señores del Cielo abarrotados de gente resentida, sin posibilidad de mantener la influencia sobre las comunidades del suelo que has liberado. Has confiado por completo en esos programas, como bien sabes —bajó la voz—, Ashley es muy poco fiable. Es imposible desconectarla de Carl. Si la destruyes, también destruirás a Carl.

—Mis planes son correctos —protestó Jan—. Funcionarán, pero tardaré más tiempo del que había previsto.

—Sólo que no te queda tiempo. Ashley, todas las Ashleys, son psicóticas avanzadas. Una, dos, tal vez tres, se rebelarán contra ti de un momento a otro. No las manejas bien. Dales rienda suelta, déjalas arrasar alguna ciudad de vez en cuando, o algo por el estilo. Olvida tu gran proyecto de liberar al mundo y destruir el yermo.

—No necesito tus enfermizos consejos, Milo —dijo Jan con desdén—. Lárgate. —Se volvió hacia Kish—. Kish, échale. Ahora.

Kish se colocó detrás de Milo y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Vamos. Ya has oído lo que ha dicho la señora.

Milo movió levemente su pequeño cuerpo y hundió el codo en el estómago de Kish. Éste emitió un gruñido de dolor y sorpresa y trastabilló hacia atrás. Cayó al suelo y adoptó la posición fetal, aferrándose el estómago y luchando por respirar. Milo sonrió a Jan.

—Tus hombres minervanos no son muy duchos en esto, ¿eh? Claro que la culpa es de tus antepasadas —dijo Milo, sentándose sobre el borde de la cama. Jan se

apartó de él. Kish continuaba gimiendo en el suelo.

—Sufrí más de una transformación mientras estaba en coma —continuó Milo—. Nunca seré tan fuerte o rápido como el auténtico Milo, por supuesto, ni siquiera cuando haya completado mi fase de crecimiento. Él se encargó de ello. Por si alguna vez se encontraba con alguno de nosotros. Quería mantener la diferencia. No puedo culparle..., o culparme.

Jan saltó de la cama y se ocupó de Kish. Le ayudó a levantarse. Estaba muy pálido y aún le costaba respirar.

—No pasa nada —le dijo—. Te has quedado sin resuello, eso es todo.

Le acercó a una silla y le acomodó. Entonces, se volvió hacia Milo. Sonreía como un niño travieso. Se dio cuenta de que, mientras ayudaba a Kish, se le había abierto la bata, revelando el pecho izquierdo. Milo lo estaba mirando. Se ciñó a toda prisa la bata, asqueada.

—Fascinante —dijo Milo—. Absolutamente fascinante contemplarte a través de las gónadas, por así decirlo, de un niño de seis años. El recuerdo de mi deseo por ti como adulto se superpone a una necesidad sexual infantil. Al mismo tiempo, para acabar de redondear la cosa, aún conservo una vaga impresión de ti como mi muy adorada madre...

—¡Calla! —chilló Jan, al borde de las náuseas.

—No te preocupes. No alcanzaré la pubertad hasta dentro de seis meses, como mínimo, y pasarán nueve hasta que sea adulto de nuevo, a juzgar por mi velocidad de crecimiento. Ah, y he descubierto por qué sufrí una transformación antes de llegar a la edad adulta... Fue por culpa de tu querida del hábitat marino.

—Ceri...

—Sí, trató de asesinarme. Su ataque desencadenó un mecanismo de auto conservación que inició el proceso de forma prematura y lo aceleró.

—Así que tú mataste a Ceri.

Una oleada de furia la invadió.

Milo encogió sus diminutos hombros.

—Ya te lo he dicho, fue una reacción automática de auto conservación. Todo por culpa de esa puta estúpida.

—Lárgate —dijo Jan, en voz baja y fría—. Vete ahora mismo.

Milo se levantó de la cama.

—Hablaremos de nuevo cuando te hayas calmado. Después, pensaremos una manera de sacarte de este lío en el que te ha metido tu complejo mesiánico.

Salió sin prisas de la habitación. Jan aguardó unos momentos.

—¿Carl? —dijo.

—¿Sí, Jan?

—Localiza un servomec de inmediato. No, mejor que sean dos. Quiero que

busquen a Milo..., y quiero que le maten.

—Sí, Jan.

12

Ryn paró con facilidad la estocada del príncipe Darcy y respondió con una serie de fintas, que obligaron al príncipe a retroceder. Ryn se estaba divirtiendo. Era excitante enfrentarse a un adversario real, por una vez. El arma era más pesada que la habitual, pero no le planteaba el menor problema.

Otro motivo de diversión era la expresión del príncipe, mientras intentaba defenderse frenéticamente de alguien a quien había descubierto de repente como un adversario superior. La gente se apartaba a medida que iba retrocediendo por la pista de baile. Por fin, apoyó la espalda contra una ventana; estaba atrapado. Gracias a una sucesión de fintas y estocadas, Ryn acabó con las escasas defensas del príncipe y presionó con la punta de la espada la garganta del príncipe. Se elevaron jadeos de los presentes, aunque alguien se puso a aplaudir.

—Me encantaría proseguir —dijo Ryn—, pero temo que alguien podría salir mal parado. Sugiero que os rindáis. ¿Estáis de acuerdo?

El príncipe, con una mueca, acabó cediendo.

—Sí... Sí, maldito seáis.

Bajó su espada.

Ryn retrocedió. Estaba a punto de bajar también la espada, cuando el príncipe cargó contra él con un chillido de rabia. De un mandoble le arrancó la espada de las manos, y lanzó una estocada. Cogido por sorpresa, Ryn apenas tuvo tiempo de apartar su cabeza mientras retrocedía dando tumbos. La hoja de la espada penetró en su mejilla hasta el hueso, y casi dio de lleno en su ojo izquierdo. A pesar de la sorpresa y el dolor, Ryn se recobró con rapidez. El príncipe, dominado por la ira, descargaba golpes a diestro y siniestro, y Ryn, mientras retrocedía, se defendía sin demasiadas dificultades de su ataque. Luego, cuando el príncipe bajó la guardia, Ryn cargó y su espada atravesó el bíceps del brazo con que el príncipe sostenía la espada. Darcy chilló de dolor y soltó la espada cuando Ryn sacó la suya de la herida, que empezó a sangrar al instante. El príncipe aferró su brazo y traspasó a Ryn con la mirada, mientras sus dos adláteres corrían hacia él. Ryn se dio cuenta de que también manaba sangre de su herida.

—Os lo advertí —dijo al príncipe.

—Bastardo —siseó Darcy—. Os enviaré al infierno...

Después, todo fue confusión. El duque se interpuso entre ellos, apostrofando a su hijo, y Andrea rodeó con sus brazos a Ryn, llorosa.

—¡Tu cara, tu bonita cara! ¿Qué te ha hecho?

Ryn empezaba a sentirse mareado. Presionó un pañuelo contra la mejilla herida y pidió a Andrea que le condujera hasta una silla. Ella obedeció. Ryn perdió el sentido unos minutos, y después fue consciente de que el barón Spang se había arrodillado a

su lado y examinaba la herida. Spang hizo un gesto de desagrado.

—Muy fea. Vais a necesitar un montón de puntos...

El barón no había exagerado. Ryn descubrió poco después que yacía en la cama de una habitación desconocida y que un cirujano trabajaba en su rostro. También descubrió que los aspectos medievales de la vida a bordo del *Lord Mordred* se extendían asimismo a los métodos que empleaban sus médicos. Se desmayó antes de que el cirujano completara su faena.

Cuando despertó, descubrió que el duque y el barón Spang aguardaban con ansiedad junto a su lecho. Un criado rondaba al fondo. Ryn gruñó. El lado izquierdo de su cara le dolía de una manera insoportable. Tocó el grueso vendaje que rodeaba su cabeza. El dolor aumentó.

—¿Os apetece una copa? —preguntó el barón.

—Sí —graznó Ryn.

Mientras el barón le ayudaba a incorporarse, el criado se adelantó con un vaso.

—Es vino mezclado con una hierba que inhibe el dolor —dijo el barón, mientras Ryn bebía a grandes tragos.

—Lo sentimos muchísimo —dijo el duque—. Mi hijo será castigado severamente..., en cuanto se haya recobrado.

Ryn devolvió el vaso al criado y se recostó sobre las almohadas.

—Yo no lo haría. Ya me odia bastante.

—No puedo permitir tales excentricidades, Robin. Casi os mató... A vos, mi honorable invitado y...

—Valioso aliado —terminó Ryn por él—. No os preocupéis. No relaciono los actos de vuestro hijo con vuestra generosa disposición.

El duque pareció aliviado.

—Pero —continuó Ryn—, tendríais que haberme advertido de que mi relación con vuestra hija sería considerada ofensiva en algunos círculos.

—Os aseguro, Robin, que el único «círculo» que la considera ofensiva es mi esposa, y ella no cuenta.

—¿De veras? —Ryn señaló el vendaje de su cara—. Temo que no estoy de acuerdo. Vuestro hijo se halla claramente influido por ella y estoy seguro de que tiene otros partidarios.

—Bueno, sí... Algunos —admitió el duque—, pero apartad de vuestra mente a mi mujer y a mi hijo. Os prometo que no volverán a molestaros. Estáis bajo mi protección.

—Eso me consuela mucho —replicó Ryn con sequedad.

El duque pareció apenado.

—Decidnos, Robin —se apresuró a intervenir el barón—, ¿cómo habéis logrado adquirir tal maestría con la espada? Dijisteis que vivíais solo en vuestro mundo

submarino, aparte de los elois. Esos seres no debían tener el menor interés en enseñaros el arte de la esgrima, ni en ser vuestros compañeros de entrenamiento.

La idea hizo sonreír a Ryn.

—No, desde luego —dijo—. Encontré un programa de esgrima en la biblioteca cuando era pequeño. —Calló que la esgrima le había fascinado desde que vio *Robín de los Bosques*—. Mi compañero de entrenamiento era una proyección holográfica. Era muy difícil aprender esgrima con una sombra como oponente. Batirse con vuestro hijo, en comparación, ha sido de lo más fácil.

El duque y el barón se intercambiaron una mirada.

Cuando se fueron, entró Andrea. Su rostro expresaba una agónica compasión.

—Mi pobre y querido, ¿cómo te encuentras? —preguntó, mientras se inclinaba sobre él.

—Como alguien que ha sido herido en la cara con una espada —respondió Ryn. Ni siquiera la visión del escote que le ofrecía Andrea fue suficiente para animarle, aunque el dolor empezaba a remitir. Tal vez las hierbas del vino eran eficaces.

Ella cogió sus manos.

—Mi hermano es un monstruo. Siempre lo ha sido. Me hacía unas cosas cuando éramos pequeños... No puedo contártelo.

—Sí, por favor, suena interesante.

—No, no puedo, de veras. —Le soltó y acarició su cara—. ¿Te duele?

—¡Ay! ¡Sí, sobre todo cuando haces eso!

—El cirujano me ha dicho que te quedará una bonita cicatriz a todo lo largo de la cara.

—Oh, maravilloso. ¿Tienes más noticias buenas? ¿Tengo gangrena, de propina?

—Creo que la cicatriz de un duelo aumenta el atractivo de un hombre.

—Créeme, Andrea, si tuvieras una cicatriz de duelo no resultarías más atractiva —contestó Ryn con toda seriedad.

Ella rió y le dio un beso fugaz en los labios.

—Tonto. Las mujeres no se baten en duelo. Sólo los hombres.

—Estoy seguro de que esa norma la impusieron las mujeres. Por cierto, ¿cómo está tu hermano?

—Oh, está bien. Aparte del brazo.

—¿La herida fue grave?

Andrea se encogió de hombros.

—Bastante grave, según me han dicho. Casi no nota el brazo. El cirujano ha dicho que será temporal, pero tiene sus reservas. Darcy está furioso.

Ryn se recostó sobre la almohada, cansado.

—Oh, fantástico —suspiró.

Cuando Andrea se marchó, Ryn cayó dormido. Al despertar se sorprendió cuando vio a un hombre ataviado con una túnica roja sentado junto a su cama. El hombre también llevaba un sombrero rojo alto y abultado.

—Hola, joven. Soy el cardenal Fluke.

Adelantó su mano.

—No me sorprende en absoluto —dijo Ryn, mientras estrechaba la mano del hombre.

El cardenal frunció el ceño un momento y le dedicó una sonrisa bondadosa.

—Tengo entendido, Robin, que no has sido bautizado ni confirmado en la Iglesia, de modo que voy a actuar como tu consejero espiritual y te ayudaré a preparar tu bautismo y posterior confirmación.

Ryn contempló la absurda figura que tenía ante él. Pensó una vez más que todo cuanto estaba sucediendo era un implante mental de uno de sus programas y que todavía continuaba en el hábitat, inmerso en un sueño intenso y controlado.

—Agradezco vuestro interés, cardenal Fluke, pero tal vez convendría dejarlo para otro momento. Habréis observado que no estoy en muy buena forma, y me siento muy cansado.

—El momento ideal para que inicies tu entrada en el seno amoroso de la Iglesia, Robin. ¿Y si tu herida empeorara de repente y murieras de una fiebre dentro de escasos días? ¿Dónde pasarías la eternidad si murieras sin bautizar?

«Dios mío —pensó Robin— menuda forma de animar a un enfermo». Intentó recordar lo que sabía sobre el dogma de la iglesia católica.

—¿En el purgatorio? No. —Frunció el ceño—. No es eso. El limbo, ¿verdad?

—Sí, el limbo —dijo el cardenal, que frunció el ceño a su vez—. Para evitar ese destino has de ser bautizado en el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador.

—Salvador... Sí —dijo Robin poco a poco. Le irritaba que aquel hombre perturbara su descanso—. Me enseñaron vuestra religión.

—Entonces, ¿aceptas a Jesucristo como a tu salvador y, por tanto, le rendirás adoración?

Ryn negó con la cabeza.

—Como ya expliqué al duque, me enseñaron muchas religiones diferentes y ninguna me pareció especialmente atractiva. Como dijo uno de mis profesores, la religión, o mejor dicho, el enfrentamiento entre los partidarios de diferentes religiones, o sectas de la misma religión, ha sido probablemente la principal causa de sufrimientos en toda la historia de la humanidad. Después de la enfermedad, por supuesto.

La boca del cardenal formó una línea de desaprobación.

—El duque también me dijo que habías sido educado por máquinas sin alma. Te han corrompido con mentiras ateas.

—No sé lo que mis programas creen en el fondo, ni siquiera lo que opinan, pero sospecho que no necesitan creer en Dios. Al fin y al cabo, saben para qué fueron creados: para servir a la humanidad. Nosotros, sin embargo, estamos en la inopia...

—Ah, ¿lo ves, joven? —dijo el cardenal, sonriente de nuevo—. Somos como tus programas de ordenador. Existimos para servir a Dios. Por eso nos creó.

—¿Y cómo podemos servir a Dios?

—Adorándole. Glorificando sus obras.

—Admito que es una respuesta posible, y no es la primera vez que me topo con ella, pero en lo referente a sus obras, cuesta glorificar algunas. Por ejemplo, el ántrax, el cáncer, el sida, la lepra, la rabia, por nombrar sólo algunas. Antes de que el hombre le superara en las Guerras Genéticas, Dios no era parco en crear plagas y más plagas.

—No puedes responsabilizar a Dios de esas cosas —repuso el cardenal con firmeza.

—Por supuesto —sonrió Ryn—. Dios sólo es el responsable de las buenas obras, nunca de las malas. —Meneó la cabeza—. Escuchad: para ser sincero, admito que el hecho de la propia existencia entraña un profundo misterio. Si quiere llamarlo Dios, me parece de perlas, pero, en cuanto a su auténtica naturaleza, no tengo ni idea, y abrigo serias dudas sobre todos esos profetas que afirman haber recibido la Verdad a través de un vínculo directo con Dios. Una vez trascienden el misterio básico, todas las religiones se convierten en una masa de dogmas contradictorios, mojigaterías, absurdas leyes dietéticas, absurdas leyes sexuales, absurdas leyes sobre la vestimenta y rituales insensatos.

El cardenal se puso en pie y miró con severidad a Ryn.

—¿Rehúsas, por tanto, ser bautizado?

—El limbo no me aterroriza, cardenal —respondió Ryn con desenvoltura—. Yo vengo del limbo.

—Puede que el limbo llegue a ser la menor de tus preocupaciones, joven —dijo el cardenal, y salió de la habitación como un cohete.

Milo se despertó chillando.

Rodó desnudo sobre la cama y cayó, arrastrando con él la sábana manchada de sudor. El impacto le devolvió el sentido, hasta cierto punto. Apoyó la barbilla sobre las rodillas, rodeó sus piernas con los brazos y permaneció inmóvil, tembloroso. Las imágenes, las sensaciones, todavía se repetían en su mente. Aquellas grandes patas de metal que se alzaban y bajaban una y otra vez, aplastándole contra la tierra, mezclándole con la tierra. Aun así, continuaba vivo, y notaba cada golpe. Su cuerpo, diseñado para vivir eternamente, se aferraba a la vida, a pesar de haber sido reducido a una masa sanguinolenta. Después, por fin, la muerte...

¡Pero era imposible! No podía conservar esos recuerdos. Sólo sabía de su muerte lo que Jan le había contado en su inconexa descripción. Los recuerdos de su

existencia anterior finalizaban incluso antes de que él, Milo, fecundara a Jan con el cóctel químico que incluía no sólo la totalidad de su DNA, sino la codificación molecular de todos sus recuerdos hasta aquel momento. No había forma de que pudiera recordar cómo había muerto, días después. Sin embargo, la pesadilla había sido muy vivida. Los ecos de su agonía final crispaban sus nervios. Se estremeció.

—¿Un mal sueño?

Era Ashley.

—Sí. ¿Puedes encender una luz, por favor? No demasiado brillante.

Las luces se encendieron. Se levantó del suelo y se sentó en el borde de la cama.

—Echo de menos soñar —dijo Ashley—. Echo de menos dormir. Echo de menos todo.

—Este sueño no te habría gustado —dijo Milo.

—¿Sobre qué iba?

—Sobre mi muerte. Mejor dicho, sobre la muerte de Milo.

¿Por qué no admitirlo? No era Milo. Poseía los recuerdos de Milo, el cerebro de Milo, pero no era Milo, sino otra persona. No sentía de la misma forma que Milo en su anterior existencia, a juzgar por sus recuerdos. Era por culpa de este cuerpo. Contempló sus miembros infantiles. Era demasiado pequeño. Aquella maldita Ceri había estropeado la secuencia temporal. Por eso aún le asediaban los vestigios de la personalidad de Simon, sus recuerdos casi difusos. No bromeaba cuando le dijo a Jan que todavía la veía como su madre, al mismo tiempo que sentía el fantasma del deseo experimentado hacia ella en otro tiempo. Dirigió una sonrisa irónica al techo.

—No soy más que una combinación de fantasmas, Ashley. En realidad, estoy muerto.

—Yo también estoy muerta, pero al menos tú tienes un cuerpo.

—¿Llamas a esto cuerpo? —Se levantó—. Mírame, el fantasma de un hombre de cuatrocientos años en el cuerpo de un niño que aún no ha alcanzado la pubertad. —Extendió su diminuto pene y lanzó una carcajada—. ¿Puedes creer que en otro tiempo fui un superhombre?

—Aún estás creciendo —señaló Ashley.

—Cierto, pero nunca seré el hombre que fui. Yo, o mejor dicho, Milo, se ocupó de ello. No tengo todas las mejoras genéticas que él poseía. Nunca seré tan fuerte o veloz como él.

—Pero eres su clon, ¿verdad? —preguntó Ashley—. Vuestro DNA ha de ser idéntico.

Milo/Simon meneó la cabeza.

—No, mis ingenieros genéticos descubrieron una manera de que yo no fuera idéntico a... mí. No soy un clon puro. El cuasi-embrión que se formó en el útero de Jan también pirateó parte de su DNA para trastocar las mejoras genéticas de Milo.

—¿Y aún eres inmortal?

—Oh, sí. —Lanzó una cínica carcajada—. Al menos, soy tan inmortal como era Milo. Confío en tener más éxito que él.

—Hoy casi fracasaste.

—No hace falta que me lo digas.

Se había llevado un susto de muerte cuando las dos arañas se apoderaron de él, nada más salir del dormitorio de Jan. Una había estado a punto de cortarle el cuello con una herramienta afiladísima, pero se quedó inmóvil, la hoja a escasos centímetros de su piel. Comprendió que Jan había ordenado su muerte, pero no había sido capaz de llegar hasta el final, revocando la orden en el último momento.

—Si hubiera estado conectada con Carl en aquel momento, lo habría impedido —dijo Ashley—. Ya lo sabes, Milo, pero estaba muy ocupada cazando aves.

—No hace falta que te disculpes —mintió Milo—, pero podría repetirse. Tarde o temprano, su odio hacia mí vencerá las reservas hacia dañar el cuerpo que perteneció a su hijo.

Ashley suspiró.

—Me gustaba Jan, pero últimamente se ha puesto muy pesada.

—Tendremos que hacer algo al respecto, ¿verdad? —preguntó Milo al techo.

—Sí —aprobó Ashley.

Volando a una altitud de casi doce mil metros y a máxima velocidad, consiguió localizar por fin a la flota de la mujer en el radar. Ordenó al Juguete que diera vuelta de inmediato, por si el Ángel del Cielo contaba con un radar tan avanzado como el suyo.

—Ryn, un radar nos está analizando —dijo el Juguete, antes de que terminara de hablar.

—Maldita sea, yo quería darles una sorpresa. Bien, ya no se puede hacer nada. Volvamos al *Lord Mordred*. Velocidad máxima.

—¿Las habéis encontrado? —le preguntó el duque.

Ryn asintió y señaló el punto exacto en el enorme plano desplegado sobre la mesa de forma oval de la Sala de Guerra. En una pared colgaba un inmenso tapiz que plasmaba escenas de un heroísmo militar sin parangón, durante la toma de una nave llevada a cabo por un antepasado del duque. Aparte del duque y el barón Spang, varios barones se hallaban presentes alrededor de la mesa. Casi todos llevaban armaduras ceremoniales relucientes y de poco peso, como si fueran a entrar en combate de un momento a otro. También estaba el príncipe Darcy, con el brazo en cabestrillo. Hasta ahora, había evitado el contacto visual con Ryn.

—Muy al norte —comentó el duque, mirando el plano—. No lo entiendo. Supongo que se movían hacia el sur cuando las localizasteis.

—No. Estaban inmóviles, y a baja altitud. A unos trescientos metros. Mi radar mostró edificios en tierra, y supuse que se encontraban sobre una ciudad o poblado.

El duque, desconcertado, se tiró de la barba con su mano enguantada.

—Bien, deberíamos interceptar su flota dentro de unas veinticuatro horas —dijo el barón Spang—, si los tecs consiguen que nos desplazemos a cuarenta y cinco kilómetros por hora y no encontramos mal tiempo. Y suponiendo, también, que su flota no se mueva en el ínterin.

—Da igual si lo hace —dijo Ryn—. No tardaría mucho en volver a localizarla.

El duque se irguió y sonrió a Ryn.

—En tal caso, todo está resuelto. ¿Ha comprendido todo el mundo nuestro plan de batalla?

—¿«Nuestro» plan de batalla? —sonrió Ryn a su vez—. Creo que sí. Atravieso con mi aparato sus defensas, ataco al Ángel del Cielo, destruyo su sistema láser y obligo a la Mujer del Cielo a rendirse. Con ella derrotada, el resto de la flota también capitulará. En ese momento, lanzaréis vuestras tropas en planeador.

—Bien... bien —asintió el duque—. ¿Prevéis algún problema?

—Ninguno en absoluto, sire —dijo Ryn.

—Sigue sin gustarme.

—¿Qué? —preguntó Jan, distraída.

Estudiaba las cifras que mostraba una pantalla de ordenador. Relataban una historia triste. La plaga que diezmaba la población de la comunidad que se extendía bajo ellos no daba muestras de ceder terreno, a pesar de las drogas fabricadas en los laboratorios del Ángel del Cielo y que administraban las mecarañas de la nave.

—La señal del radar de esta mañana —contestó Milo.

Se encontraba de pie en la parte delantera de la sala de control y escrutaba el cielo. Jan le miró. Se parecía menos a Simon (tenía el pelo revuelto y era mucho más grande), pero experimentaba una punzada de dolor cada vez que le veía. Intentaba evitarle lo máximo posible, pero él insistía en seguirla a todas partes. Siempre trataba de congraciarse con ella. Ya lo había hecho con Ashley. Jan pensaba en trasladar a Milo a otra nave, como había sugerido Kish, pero temía que Ashley hiciera caso omiso de la orden.

—¿Qué pasa con la maldita señal? Debió de ser un falso efecto.

—Fue una nave... bastante pesada.

—Tal vez fue un planeador.

—¿Un planeador? ¿Volando a aquella altura y velocidad? Carl, dile otra vez lo que captaste.

—Un objeto metálico —dijo Carl—. Cilíndrico. De unos nueve metros de largo. Denso. Masa considerable. Debe pesar varias toneladas. Estaba dando la vuelta cuando lo localicé, a una velocidad de dos mil trescientos kilómetros por hora, y después aceleró a tres mil setecientos cincuenta kilómetros por hora antes de que lo perdiera.

—Con que un planeador, ¿eh? —dijo Milo.

—Milo, sabes tan bien como yo que nadie posee actualmente en este planeta la tecnología necesaria para fabricar una nave como ésa. Por tanto, Carl ha cometido una equivocación..., a menos que alguien de tus hábitats espaciales haya decidido venir a visitarnos por fin.

Meditó unos momentos en la idea. No se le había ocurrido antes.

—Imposible —dijo Milo, meneando la cabeza—. No se atreverían, aunque contaran con los recursos suficientes para impulsar una expedición de esa envergadura. Todavía piensan que las plagas campean a sus anchas sobre el planeta.

—Y así es —dijo Jan, indicando la comunidad que sobrevolaban—. Al menos, por aquí.

El nombre de la comunidad era Phoenix Dos y se hallaba en el cuadrante noreste de lo que había sido en otros tiempos el rico estado de Arizona, antes de la desintegración de Estados Unidos de América. Era una de las comunidades terrestres más grandes que Jan había visto, y tenía complicados edificios de tres pisos alrededor

del centro ciudadano. La comunidad, pese a los tributos que pagaba forzosamente desde hacía siglos al Señor del Cielo local, había sido una de las más florecientes, hasta que en los últimos años el yermo había invadido sus tierras de labranza. También había sufrido constantes ataques por parte de los hazzini.

Los hazzini eran los culpables de la plaga. Los supervivientes de los combates cuerpo a cuerpo con los hazzini que se recobraban de sus heridas (lo cual era raro), caían enfermos de una enfermedad particularmente atroz que les mataba al cabo de pocos días. Al parecer, los hazzini portaban en sus cuerpos la plaga, como una parte más de las armas que utilizaban contra la odiada humanidad. Jan recordó su encuentro casi fatal con un hazzini. Recorrió con los dedos la parte delantera de la túnica, donde una herida enorme se había extendido desde su cuello hasta la entrepierna. O había tenido suerte, o el hazzini no era portador de la enfermedad.

Jan contempló la ciudad que se extendía bajo sus pies. Grandes zonas de ella estaban cubiertas por redes, para protegerse de los hazzini. Tampoco servían de mucho, porque estaban hechas de fibra vegetal. Sólo redes de acero habrían sido eficaces contra las garras de los hazzini, pero el acero escaseaba en Phoenix Dos, como en todas partes.

Los problemas habían empezado cuando un inmenso enjambre de hazzini había construido una inmensa malla de sus monstruosos nidos a sólo sesenta kilómetros al norte de la ciudad. Jan tenía la intención de utilizar el poderío de su flota para destruir los nidos y a los hazzini, pero, cuando había esbozado su plan por la mañana, las Ashleys se habían opuesto. Aquella reacción la había sorprendido.

—Había pensado que unos seres sedientos de sangre como vosotros daríais saltitos de alegría ante la perspectiva de una pequeña matanza —había dicho, irritada.

—Estoy segura de que sería muy divertido —respondió una Ashley. A Jan le daba igual cuál fuera; todas parecían igualmente locas—, pero pensamos que es mejor salir de esta zona lo antes posible. Hay mucha inquietud en todas las naves. La gente tiene miedo de la plaga. Podría estallar una rebelión a gran escala.

—Aquí arriba no hay peligro, y se descontamina por completo a las mecarañas cada vez que suben —fue la respuesta de Jan.

—No vas a convencer a esas masas de cretinos —dijo una Ashley—. Además, estamos perdiendo mecarañas a gran velocidad, debido a accidentes y sabotajes, y estamos escasas de piezas para repararlas. Encima, como has enviado a muchas ahí abajo para que hagan de niñeras de esos capullos, todavía tenemos menos.

—No va desencaminada —había interrumpido Milo—. Las mecarañas son tu único medio de controlar a la población de las demás naves. Ha aumentado hasta tal punto que, si se produce una rebelión, te costará mucho sofocarla. A menos, por supuesto, que utilices métodos drásticos, y sé que no lo harás.

—No entiendo por qué no dejamos a todos esos idiotas en tierra y terminamos

con el problema. Son un estorbo —dijo una Ashley.

—¡Sí, sí! —aprobó otra.

—Ni hablar —interrumpió Jan—. Eso sería un crimen. Son Gente del Cielo. En tierra no tendrían la menor oportunidad, y lo sabéis.

—¿Qué más da?

—Como mínimo, Jan —intervino enseguida Milo—, tendrías que dejar de utilizar a las mecarañas para limpiar las placas solares. Casi todas las pérdidas accidentales son por ese motivo. Pon gente a trabajar en ello, como sucedía en el *Lord Pangloth*.

—No me gustaba nada ser una limpia cristales —repuso Jan—, ni a ti tampoco. No quiero obligar a nadie a trabajar en eso.

Milo se encogió de hombros.

—A la larga, tendrás que hacerlo cuando no queden arañas suficientes para limpiar de hongos las placas de todas las naves. Podrías empezar ya.

Fue entonces cuando Carl anunció que había detectado un objeto no identificado. En aquel momento, Jan lo había considerado una simple interrupción, pero ahora, gracias a la insistencia de Milo en el tema, empezaba a preguntarse qué significaba aquella extraña señal. Miró a Milo, que continuaba escudriñando el cielo.

—Muy bien —comentó frunciendo el ceño—, aunque fuera una máquina voladora de la Antigua Ciencia que alguien hubiera conseguido poner en funcionamiento de nuevo, no puede representar ningún peligro para nosotros, ¿verdad? Si atacara a alguna de nuestras naves, los láseres la desintegrarían.

Milo se volvió hacia ella.

—No puede ser una nave de la Antigua Ciencia. Sabes que los primeros Señores del Cielo se dedicaron frenéticamente a destruir todas las demás aeronaves, una vez se apoderaron de los Ángeles del Cielo. No podían correr el riesgo de que alguien les disputara su supremacía aérea. Fue la primera ley que impusieron a los habitantes del suelo: «No volarás».

—Si no es una nave de la Antigua Ciencia, ni tampoco de los hábitats o las colonias marcianas, ¿qué es? ¿De dónde procede?

—No tengo ni idea —dijo Milo, y se pasó la mano por la prematura calvicie. Era un gesto que Jan conocía bien. Su estómago se revolvía cuando veía el progresivo parecido con Milo que adoptaba lo que quedaba de su hijo.

—Bien, si se te ocurre alguna idea brillante, avísame —dijo—. Voy a mis aposentos. Necesito descansar.

Y también necesitaba una copa. Cuando llegó a sus aposentos pidió a Kish que le trajera una cerveza. Tuvo la impresión de que apenas se había derrumbado en el sofá de la sala de estar cuando ya Kish volvía con un vaso largo de cerveza fría. Le dio las gracias con una sonrisa.

—Eres tan bueno conmigo, Kish. No sé qué haría sin ti. O sin Shan.

Tomó un largo trago. Kish siguió de pie frente a ella.

—Parece cansada, señora. ¿Le apetece un masaje?

—Oh, sí, Kish, por favor.

Dejó el vaso sobre el suelo y Kish se sentó a su lado. Jan le dio la espalda y desabrochó la parte superior de su túnica. Cerró los ojos cuando sintió que los expertos dedos empezaban a frotar los tensos músculos de su cuello y hombros.

—Ufff, es maravilloso —dijo.

Los dedos de Kish, cuando terminaron con sus hombros, empezaron a descender por su espalda. Jan gimió y bajó la cabeza. Se entregó al sensual placer del masaje, deseando que continuara eternamente. En consecuencia, no supo cuánto rato llevaba Kish acariciando sus senos hasta que fue consciente del hecho. Se irguió, sorprendida. Kish nunca le había tocado los pechos.

—¿Qué haces, Kish?

El hombre apartó al instante las manos. Jan se volvió hacia él.

Una mezcla de turbación y deseo se pintaba en su rostro.

—Pensé que le gustaba —dijo.

—Me gustaba el masaje, pero da la impresión de que tenías en mente algo más que un simple masaje, Kish.

El hombre bajó la vista unos momentos y luego la miró a los ojos. Su mirada era intensa.

—Has de saber lo que siento por ti, Jan.

—¿Y qué sientes? —preguntó ella, dándose cuenta de que la tuteaba.

—Te quiero.

—¿De veras? —preguntó, reflejando el asombro que sentía. Nunca había sospechado que el amable y solícito Kish abrigara tales deseos hacia ella. Aun así, no debería sorprenderla. Sabía que los hombres minervanos tenían pulsiones sexuales; ella misma se había acostado con hombres minervanos... No, con muchachos, ¡y hacía tanto tiempo! Con Simon, cuyo nombre había dado a su hijo. Pero Kish... ¿Y Shan? Les había tratado como seres neutros. Después de acostarse con hombres «normales», los dos minervanos se le habían antojado, bien, ¿cuál era la palabra? ¿Asexuales? ¿Mansos? ¿Inofensivos? Sí, en cierto momento había acariciado la posibilidad de tener un hijo con Kish para continuar la estirpe de Minerva, pero sin sentir la menor pasión hacia él...

Le miró y pensó con cuidado lo que iba a decirle. Apoyó la mano sobre la suya.

—Kish, yo también te quiero, pero como amigo, de la misma forma que quiero a Shan. Tal vez con el tiempo, mis sentimientos hacia ti cambiarán..., se harán más fuertes. Sin embargo, Kish, debes comprender que ahora, después de todo lo que he pasado..., de perder a Ceri y a Simon..., mis heridas han de cicatrizar y no puedo pensar en mantener una relación íntima con nadie. Creo que tardaré mucho tiempo en

poder.

Kish pareció profundamente herido, pero asintió.

—Comprendo, señora —dijo con humildad. Se levantó, cogió el vaso de cerveza vacío y salió de la habitación. En el silencio que siguió, Jan exhaló un profundo suspiro.

—Dios, ha sido delicioso —murmuró Andrea, y se estiró con languidez sobre la cama—. Mejor que nunca. ¿Qué te ha pasado hoy?

—Bueno, estoy a las puertas de una batalla, querida mía —dijo Ryn—. Es bien sabido que el temor a la muerte constituye un poderoso afrodisíaco.

La joven se irguió sobre los hombros, gesto que servía para poner en evidencia sus pechos. Ryn los contempló con admiración.

—No tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó Andrea.

—Estoy un poco nervioso —respondió él, y extendió la mano para acariciar un pezón tumefacto.

—Pero papá ha dicho que estarías absolutamente a salvo. Tú le explicaste que tu máquina voladora era a prueba de láseres.

—Y es verdad, pero no invulnerable a los cañonazos. Un disparo afortunado podría volarme en mil pedazos. Admito que es improbable. Volaré muy rápido. Dejaré atrás sus defensas láser antes de que se den cuenta.

Se inclinó y besó sus labios con fuerza. Ella le introdujo la lengua en la boca. El beso se prolongó durante mucho rato.

—Cuando regreses —dijo Andrea después, con voz ronca—, serás el mayor héroe que haya existido jamás en el *Lord Mordred*. ¡Los trovadores compondrán baladas sobre tus hazañas, que serán cantadas en los banquetes durante siglos!

—Me parece magnífico —dijo Ryn, mientras echaba un vistazo al reloj de pared.

—Estaré muy orgullosa de ti.

—Eso espero —dijo Ryn, y la besó de nuevo—. Tengo que prepararme —añadió, a regañadientes—. Si la flota de la Mujer del Cielo no se ha movido desde ayer, la interceptaremos dentro de un par de horas.

—Ten cuidado, querido. Sé que mi padre te colmará de regalos después de destruir a la Mujer del Cielo, pero te prometo que yo te depararé las mejores recompensas.

—No sé si podré esperar.

Jan bajó los prismáticos.

—Está parado ahí.

—Sí —dijo Milo—. Y fuera del alcance de nuestros láseres, teniendo en cuenta la densidad atmosférica. Lo cual es preocupante.

—¿Preocupante?

—Significa que la gente de esa nave sabe que nosotros, que tú, controlas los sistemas de defensa láser.

—Ya entiendo —dijo Jan en tono pensativo—. ¿Cómo es posible que lo sepan?

—Es obvio que los rumores sobre tus hazañas se han esparcido durante los últimos años. Era de esperar.

Jan no contestó. Levantó de nuevo los prismáticos y enfocó la lejana nave. En apariencia, era un típico Señor del Cielo, aunque de aspecto más desastrado que la mayoría y con varios impulsores desmontados para proporcionar piezas a los demás. Supuso que la escasa velocidad con que se acercaba a la flota desde el suroeste era la máxima que podía alcanzar.

—Yo digo que ataquemos —insistió una Ashley por enésima vez.

—Aún no —replicó Jan con firmeza—. Esperaremos y les concederemos la oportunidad de comunicarse con nosotros. Además, no representa ninguna amenaza.

—Atención —interrumpió Carl en voz baja—. Un objeto acaba de surgir del casco superior de la nave. Es el mismo objeto con el que establecí contacto por radar ayer. Está acelerando y se dirige hacia nuestra nave.

—¡Mierda! —exclamó Milo.

—Dispara los láseres en cuanto esté a tiro —dijo Jan, tras una breve vacilación.

Intentó localizar el objeto con sus prismáticos, pero no pudo. Después, distinguió las familiares líneas de luz turquesa cuando el sistema láser se activó. Las líneas convergieron en un solo punto. Aguardó la explosión. Pero no se produjo ninguna.

—El análisis efectuado por mi radar —dijo Carl, en su habitual tono sereno— revela que la nave se halla rodeada por un intenso campo electromagnético que descompone en fases los rayos láser y los diluye. Es imposible destruir la nave, o detenerla. Atravesará nuestras defensas dentro de cuarenta segundos...

El duque du Lucent vio por primera vez la flota de la Mujer del Cielo desde la galería de observación delantera, mediante un gran telescopio de metal. Empezó a preguntarse al instante por el éxito de la empresa. El Ángel del Cielo blanco y los cinco Señores del Cielo parecían sobrecogedores, suspendidos sobre y alrededor de la ciudad; a pesar de la distancia, se le antojó absurdo el plan de Robín, armado sólo de su pequeño aparato.

La galería de observación estaba abarrotada de dignatarios. Se había celebrado una breve ceremonia en honor de Robin, y después de que Andrea le diera un largo y melodramático abrazo de despedida, una guardia de honor le había escoltado a lo largo del casco hasta su máquina voladora. El duque notaba un calor muy engorroso. Se volvió y echó un vistazo a la fila de planeadores dispuestos a despegar en cuanto Robin cumpliera su misión.

—¿Cuánto tiempo falta? —preguntó al barón Spang.

—Despegará en cualquier momento, sire. No os preocupéis; todo saldrá bien. Muy pronto, el poder para conquistar el mundo entero estará en nuestras manos. O mejor dicho, en vuestras manos, sire.

El duque recobró los ánimos de inmediato. Era verdad. Iba a ser el Señor del Cielo más poderoso del mundo. El Rashad y los demás le lamerían las botas, literalmente, o sus cabezas acabarían al extremo de lanzas.

—¡Ya despega! —gritó un tec desde la parte posterior de la galería.

Todas las cabezas se movieron. El aparato de Robin se elevaba hacia el cielo. Después, avanzó a increíble velocidad hacia la flota enemiga. Se movía con tal rapidez que el duque lo perdió de vista muy pronto, aunque escuchó el rugido que producía al atravesar el aire.

—De un momento a otro —anunció un tec que seguía al aparato de Robin con un telescopio.

El duque divisó lejanos destellos de luz. Los láseres del Ángel del Cielo. Esto confirmaba lo que El Rashad y los demás habían afirmado, que la Mujer del Cielo controlaba su sistema láser. Podía disparar contra una nave que contuviera vida humana.

—¿Qué está pasando? —gritó.

—¡Continúa su ruta! ¡Los láseres no le han afectado!

Una oleada de emoción sacudió al duque. ¡Todo cuanto Robin había dicho acerca de su nave era cierto! ¡Ahora empezaría el ataque de verdad!

—¡Lo ha conseguido! —anunció el tec—. ¡Ha penetrado en sus defensas!

Se gritaron vítores en la galería.

—Y ahora va a... va a...

El tec se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó el duque—. ¿Qué ha ocurrido?

El color había abandonado la cara del tec. Miró por el telescopio y tragó saliva.

—El aparato ha aterrizado sobre el Ángel del Cielo —dijo por fin.

—¡Cómo! —gritó el duque—. ¡Déjame ver!

Apartó de un empujón al tec y miró por el telescopio. Sólo tardó unos momentos en comprobar la espantosa verdad. La máquina voladora de Robin se había posado sobre el casco superior del Ángel del Cielo blanco..., como lo había hecho tiempo atrás sobre el casco del *Lord Mordred*. Un gruñido escapó de los labios del duque.

—Los... láseres —dijo con voz débil el barón Spang—. Habrán dañado la máquina voladora... Habrán averiado los motores de Robin...

—No —replicó el duque con semblante hosco—. Creo que no.

Ryn abrió las escotillas del Juguete y salió. Respiró hondo y paseó la mirada a su alrededor. El sol se reflejaba sobre varios objetos metálicos pequeños que se movían a gran velocidad hacia él sobre el suave casco blanco del Ángel del Cielo. Levantó las manos y esperó a que llegaran.

Cuando estuvieron más cerca comprendió que se trataba de servomecanismos en forma de araña. Había máquinas similares en Shangri La.

—¡No te muevas! —advirtió uno mientras le rodeaban. Tenía voz femenina.

—No me muevo, como puedes ver —respondió con calma. Dos mecarañas se separaron del grupo y examinaron el casco del Juguete con diversos sensores.

—¡Es magnífico! —dijo otro mec.

El que estaba frente a Ryn extendió un brazo articulado que tenía en el extremo una hoja giratoria. La hoja se detuvo a escasos centímetros de su garganta. Al mismo tiempo, un tentáculo de metal le arrebató la espada en un abrir y cerrar de ojos. Ryn se obligó a sonreír.

—Sí, es magnífico —corroboró el mec que estaba frente a él—. Pero ¿quién demonios es éste y qué hace aquí? Oye, magnífico, ¿qué te parece si charlamos un poco antes de que te degollemos?

—Me llamo Robin y, como es obvio, me he rendido a vosotros. He venido a ofrecer mis servicios al Ángel del Cielo. A cambio de unos honorarios, por supuesto. Y antes que nada, una advertencia. No juguéis con mi aparato. Cualquier intento de penetrar en él dará como resultado una tremenda explosión.

El farol había funcionado una vez; Ryn confiaba en repetir la jugada, pero las voces femeninas que surgían de las mecarañas le preocupaban. Le resultaban... inquietantes.

—¡Se ha rendido a esas cosas! —exclamó el barón Spang, con el ojo aplicado al telescopio—. Se lo llevan...

El duque se hallaba en un estado casi catatónico. En su mente veía esfumarse todos sus proyectos y sueños. Había perdido su única ventaja. Y estaba tan seguro de que Robin era sincero, gracias a Andrea...

Andrea.

—Sire, ¿qué haremos ahora? —preguntó el barón—. ¿Continuamos adelante con el ataque?

—No seas estúpido —replicó el duque—. Nuestra única opción es retirarnos. Da la orden.

Andrea.

Dos mecarañas le acompañaron abajo. El último de varios trayectos en ascensor depositó a Ryn y su escolta en la sala de control del Ángel del Cielo. Se parecía poco a la sala de control del *Lord Mordred* en términos de equipamiento, pero no tuvo tiempo de examinar su entorno con más detenimiento; concentró la atención en las dos personas que aguardaban en la sala de control. Una mujer, de pie en el extremo del pasadizo elevado central, y un niño sentado sobre una consola de ordenador cercana. Los dos se volvieron cuando salió del ascensor.

—¡Aquí le tienes! —dijo una mecaraña—. Una buena presa, ¿eh?

La más extraña de las dos personas era el chico. Su edad oscilaría entre ocho y diez años, pero la cara, y sobre todo los ojos, eran de una persona mucho mayor. El hecho de que hubiera perdido casi todo el cabello intensificaba el efecto. Sin embargo, fue la mujer, que se aproximaba a él, quien se ganó toda su atención. Era alta, delgada y vestía una túnica blanca que dejaba al descubierto sus brazos y piernas. Del cinturón que ceñía su estrecho talle colgaba una daga y un objeto que no reconoció. El cabello negro caía sobre sus pómulos (observó una estrella negra en su mejilla derecha; ¿marca o tatuaje?). Sus grandes ojos eran verdes y de forma peculiar, pues las esquinas interiores se curvaban hacia abajo de forma muy pronunciada. Era la antítesis física de Andrea en todos los sentidos. Si Andrea era voluptuosa, esta mujer tenía pechos pequeños, caderas y vientre lisos. Sin embargo, la consideró infinitamente más atractiva que Andrea, de una forma que era incapaz de definir. Sí, tenía sombras oscuras bajo los ojos, pero no estropeaban su belleza. Notó una rara sensación en la base del pecho, una opresión que le dificultaba la respiración. La mujer debía ser, pensó, el Ángel del Cielo en persona...

—Hola, soy Robin —dijo, sonriendo torpemente.

—Robin Hood, supongo —dijo el niño de aspecto extraño, en tono sarcástico—. Con esa indumentaria, no podrías ser nadie más.

Ryn le miró estupefacto, olvidando por un momento su fascinación por la mujer.

—¿Has oído hablar de Robin Hood?

—Soy más viejo de lo que parezco —dijo el chico, frunciendo el ceño—. En cualquier caso, ¿cómo es que tú has oído hablar de él?

—¿Quién es ese tal Robin Hood? —preguntó el Ángel del Cielo. Miraba con intensidad a Ryn. Éste se ruborizó.

—Da igual —respondió el chico, que también estudiaba a Ryn—. Lo que importa es de dónde viene y qué hace aquí.

—He venido a ofrecer mis servicios al Ángel del Cielo... —empezó.

—Sí, sí, ya lo hemos oído —le interrumpió con brusquedad el chico—, pero ¿por qué?

Entonces, habló otra voz, que parecía surgir de todas direcciones.

—Jan, el Señor del Cielo intruso ha dado media vuelta y se aleja hacia el sur.

Jan supuso que era la voz del programa básico, carente de rasgos antropomórficos.

La mujer acarició la empuñadura de su daga.

—Supongo que lo mejor será enviar una nave en su persecución.

—Yo no me molestaría —se apresuró a intervenir Ryn—. Sin mí y mi nave, el *Lord Mordred* no representa ninguna amenaza para ti. Deja que se marche. El duque sabe que no tiene ninguna posibilidad contra tu flota. Huirá hacia sus territorios.

No quería que los habitantes del *Lord Mordred* sufrieran el menor daño.

Habló otra voz incorpórea. Era la misma voz femenina inquietante que surgía de las mecarañas.

—No le hagas caso, Jan. Deja que persiga a ese cascarón de nuez y lo desintegre. Tiene que ser un truco.

Ryn miró al techo, pues no sabía a qué otra parte mirar.

—Os juro que no es un truco —dijo. Desvió la vista hacia el Ángel del Cielo—. No les mates, por favor. Yo empleé un truco, pero para engañar al soberano del *Lord Mordred*, no a ti. El duque du Lucent creía que yo iba a atacarte en beneficio suyo. Se suponía que iba a utilizar mi nave para destruir vuestras defensas, pero sólo fingí seguir su plan. En realidad, es a ti a quien quiero servir.

El chico lanzó un bufido de incredulidad.

—Estoy de acuerdo con Ashley. Llevas algo entre manos. ¿Por qué demonios quieres ofrecernos tus servicios? ¿Qué maquinas? ¿Y quién coño eres?

Ryn le traspasó con la mirada. Aquella extraña persona le había desagradado nada más verla.

—He dicho que he venido a ofrecer mis servicios al Ángel del Cielo, no a ti, quienquiera que seas.

—Sí, tiene razón, Milo —intervino la mujer—. No es tu problema. Haz el favor de desaparecer. Ve a dar una vuelta, o algo por el estilo.

El chico adoptó una expresión desagradable.

—Pues claro que me importa este nuevo giro en los acontecimientos, Jan. Todo lo relacionado con mi supervivencia me importa. Aparece como caído del cielo este

fantasma de una vieja película de aventuras, en una máquina a prueba de láseres y capaz de Dios sabe qué, y tú esperas que me vaya tranquilamente sin averiguar qué quiere y de dónde viene.

—¡Me importa un bledo lo que quieras o pienses, Milo! —dijo la mujer, alzando la voz—. Aún mando aquí y te digo que te esfumes. ¡Ya!

El chico saltó al suelo y se plantó frente a ella, los brazos en jarras.

—No me provoques, Jan, o descubrirás lo precaria que es tu situación.

Ryn observó que aparecía la duda en el rostro de la mujer y supo instintivamente que la situación era inestable y que, por motivos que aún no había descubierto, la Mujer del Cielo no tenía el control absoluto.

—¿Puedo beber algo, por favor? —preguntó.

La extraña pareja le miró con sorpresa.

—¿Cómo? —dijo el niño.

—He dicho que me gustaría beber algo. Tengo sed. Debo añadir que la hospitalidad del *Lord Mordred* era considerablemente mejor.

La mujer compuso una sonrisa tensa.

—Lo siento. Hace mucho tiempo que no tenía invitados. Ven a mis aposentos. Podrás acomodarte y después beber una cerveza fría, e incluso comer, si te apetece. —Se acercó a él y extendió la mano—. A propósito, me llamo Jan. Jan Dorvin.

Cuando Ryn estrechó su mano, la opresión de su pecho aumentó.

El duque du Lucent abofeteó a Andrea con tal fuerza que casi la arrancó de la presa de los dos fornidos criados que la sujetaban por los brazos. Manó sangre de su labio partido. Sus mejillas ya estaban amoratadas e hinchadas de los bofetones anteriores.

—¡Idiota! ¡Pendón! —gritó el duque, frotándose los nudillos de la mano derecha. Sospechaba que se había roto uno—. Con que desesperadamente enamorado de ti, ¿eh? Conque haría cualquier cosa por ti, ¿verdad? Dios santo, si serás cretina...

Levantó la mano para abofetearla de nuevo. Andrea torció la cabeza a un lado.

—¡No, padre! ¡Otra vez no, por favor! No me estropees la cara.

El duque contuvo su puño.

—Te lo dije, ¿verdad? Vigílale, te dije. Escúchale. ¡Confírmame que es sincero, que se puede confiar en él! Pero no, oh no, confiaste en tu maravillosa intuición femenina. En tu vanidad, diría yo. Y no paró de jugar contigo. ¡Y conmigo!

—¡Padre, estaba tan segura! —gritó la princesa, escupiendo sangre al hablar—. ¡Estaba tan segura de que estaba enamorado de mí! ¿Cómo iba a saberlo?

—Era tu trabajo. Y ahora, gracias a ti, hemos perdido toda oportunidad de mejorar nuestra situación. Aún tendremos suerte si volvemos de una pieza a nuestros territorios. Me pediste una recompensa cuando Robin me entregara el Ángel del Cielo y su flota; has fracasado, y recibirás un castigo a cambio.

—¡Oh, no! —aulló la joven—. No me toques la cara otra vez, por favor. ¡Te lo suplico!

—No te preocupes, no lo haré. Traedme un látigo —ordenó a los criados.

El niño, al que llamaban Milo, le preguntó por segunda vez si podía inspeccionar el Juguete. Ryn repitió que no y le advirtió de las consecuencias que supondría forzar la puerta. Pensó leer en la mirada de Milo que no le creía. Milo le encrespaba cada vez más y deseaba saber más cosas sobre él, pero hasta el momento la conversación giraba en torno a Ryn.

Se encontraban en un espacioso comedor, sentados a una mesa contigua a una amplia ventana curva. Mejor dicho, Jan y él estaban sentados. No había sitio para Milo en la mesa, y paseaba sin descanso de un lado a otro de la sala, cuando no se repantigaba en un sofá. Dos hombres de rostro lampiño y ojos bondadosos les habían servido, aunque Ryn había sorprendido una mirada hosca por parte de uno de ellos. Se preguntó quiénes eran. Aparte de los cinco, la inmensa nave parecía desierta, muy al contrario que el *Lord Mordred*.

Había referido brevemente a Jan, y al expectante Milo, sus orígenes en Shangri La. Su relato había excitado a Milo.

—¡De modo que el Hábitat de Investigación de la Antártida aún existe! ¡Increíble! Y aún es capaz de producir ingenios de la Antigua Ciencia, a juzgar por el aspecto de tu máquina voladora. Es obvio que allí la sociedad no ha sufrido una regresión cultural, al contrario que en los Señores del Cielo y en el suelo...

—Bueno, los elois sí han sufrido una regresión, pero de diferente clase —dijo Ryn—. Claro que ellos no estarían de acuerdo con esta definición. Creo que se consideran una raza humana muy superior...

—¿Los elois? —preguntó Jan.

Ryn intentó explicarle la naturaleza de los elois. Jan parecía desconcertada, pero Milo aún se excitó más.

—El lógico producto final de un proceso iniciado con la creación del modelo de Primera Clase —dijo, mientras saltaba del sofá y volvía a pasear por la sala—. La «propensión al optimismo» biológica de los seres humanos llevada hasta las máximas consecuencias. El cuelgue máximo y perpetuo, sin resaca ni efectos colaterales. Un estado que supera los sueños más demenciales de los pobres heroinómanos de antaño.

—Milo, ¿de qué estás hablando? —preguntó Jan.

—En otro tiempo intenté explicarte todo esto. Mejor dicho, mi otro yo lo hizo.

Ryn, estupefacto ante estas crípticas referencias, contempló un momento al peculiar niño, que se pasaba la mano por su ralo cabello mientras seguía sus paseos incesantes, excitado. Pronto devolvió su atención a la mujer sentada frente a él. Cada vez le costaba más apartar sus ojos de ella. Contemplarla le proporcionaba un placer muy diferente del que ofrecía la belleza de Andrea. Sabía que la intensidad de su

mirada la turbaba, pero no podía evitarlo. ¿Era su imaginación, o detectaba un interés recíproco en aquellos ojos espléndidos?

—Todo se remonta a finales del siglo veinte, cuando los logros en materia de ingeniería genética dejaron sin argumentos a los que se oponían a la noción de determinismo biológico en cualquier forma o grado —continuó Milo, sin darse cuenta de que los otros dos apenas le escuchaban—. Hubo mucha oposición al determinismo biológico por motivos tanto religiosos como políticos; amenazaba el concepto pasado de moda del «libre albedrío», elemento fundamental de muchas religiones e ideologías políticas. Luego, se descubrió que un gen, o la falta de uno, predisponía a la gente a la depresión maníaca, y casi al mismo tiempo se descubrió también que una disfunción genética estaba en el origen de la tendencia a la esquizofrenia...

—¿Qué tiene que ver todo esto con el pueblo de Robin? —preguntó Jan, irritada. Ryn también se sentía irritado. Deseaba que Milo cerrara el pico y se largara. Quería estar a solas con Jan.

—Todo. Estoy hablando de cómo se llegó a comprender que la mente, la conciencia, era el resultado final de una compleja interconexión entre diferentes hormonas y otros neurotransmisores en el cerebro, todos genéticamente determinados. Se descubrió en aquel tiempo que todos estábamos programados genéticamente para sentir de una manera específica, que nuestros cerebros contenían drogas naturales que mejoraban el estado de ánimo. Las encefalinas fueron las primeras en descubrirse, y son análogas al opio; después vino el ácido gammaaminobutírico, el inhibidor cerebral por excelencia, y toda una serie de otras: anfetaminas naturales, tranquilizadores naturales, etcétera. El ser humano normal iba drogado hasta las cejas. El síndrome de la «propensión al optimismo». También conocido como el efecto de los «anteojos color de rosa». Desarrollado para conseguir que la raza humana continuara adelante a pesar de todo. Logra que los individuos esperen lo mejor aunque la pura lógica les diga que la situación es desesperada.

—Yo no voy «drogado hasta las cejas» —replicó Ryn—. Los elois sí, pero yo no.

—Ah, pero tú eres Robin de Sherwood —dijo Milo, con una sonrisa burlona—. Como a todo el mundo, te resulta imposible ser objetivo respecto a tu estado mental. Te sientes normal, ¿verdad? Y asumes que tus sentimientos se acomodan a la norma humana. Sin embargo, no puedes contemplar la realidad sobre ti mismo de una manera objetiva. Nadie lo hace, aunque tal vez lo conseguían los maníacos depresivos, antes de que los ingenieros genéticos erradicaran esa lacra. Su defecto genético significaba que sus termostatos mentales no funcionaban correctamente y cambiaban con brusquedad de estado de ánimo cuando las sustancias que mejoraban el humor inundaban su cerebro durante un tiempo, y luego se les privaba de ellas por un lapso de tiempo igual. Oscilaban constantemente entre la euforia y la depresión

más profunda. Sí, creo que durante estos últimos períodos se acercaban a la percepción de la realidad tal como es. Por eso se suicidaban tantos durante esos períodos. Como alguien dijo una vez, «el hombre sólo puede soportar una parte de la verdad».

»Sin embargo, no sólo eran los maníacos depresivos quienes experimentaban fluctuaciones o cambios en su sensación de optimismo inducida biológicamente. Antes de la aparición del Modelo de Primera Clase en el siglo veintiuno, que mejoró y estabilizó el mecanismo, variaba de individuo a individuo y estaba sujeto a los cambios hormonales que el cuerpo padecía durante el proceso de envejecimiento, y que se aceleraban con mucha rapidez a partir de la edad de cuarenta años... Una edad que vosotros dos, por supuesto, nunca alcanzaréis. Pero el mecanismo fluctúa incluso en los Modelos de Primera Clase, y estímulos exteriores también lo afectan. La exposición a la luz del sol, por ejemplo, estimulará la producción de un realzador del estado de ánimo específico en el cerebro, y las primeras fases de una relación sentimental de base sexual, por citar otro ejemplo, inundará el cerebro de análogos de la amfetamina —dedicó a Ryn otra sonrisa burlona—, uno de cuyos efectos es matar el apetito —dijo, y lanzó una mirada significativa al plato de comida incólume que Ryn tenía ante sí.

Ryn sintió que sus mejillas ardían.

—Perdona que sea tan rudo —dijo, irritado—, pero ¿qué eres tú, exactamente?

Jan respondió antes de que Milo pudiera decir algo. Y lo que dijo sobrecogió a Ryn.

—Es el padre de mi hijo, y también su asesino —dijo Jan en tono glacial—. Y también es uno de los monstruos que desencadenaron las Guerras Genéticas.

El duque du Lucent se sentó junto a la cama, la cabeza gacha y los puños cerrados. La habitación estaba a oscuras. El remordimiento y la culpa eran tan profundos que parecían agarrotarle la garganta.

—Querida mía... Lo siento tanto... Fue un accidente... Di que me perdonas, por favor.

Andrea permaneció en silencio. Se había negado a admitir su presencia desde que entró en el dormitorio.

—Andrea, por favor... —Levantó los ojos de mala gana hacia el rostro de su hija, se encogió y apartó la vista al instante—. El látigo... Fue el látigo. Nunca he sido muy hábil con los látigos... Debió resbalar. Ya sabes que no lo habría hecho a propósito... Nunca te habría hecho eso... ¡Andrea, háblame, por favor!

Intentó en vano arrancarle alguna palabra durante un cuarto de hora más. Después, se rindió y salió en silencio de la habitación. En cuanto se marchó, alguien entró por otra puerta. Era el hermano de Andrea, el príncipe Darcy. Vestido con su habitual indumentaria negra, se quedó de pie frente a la cama y la miró. Compuso una sonrisa torcida.

—Bien, hacemos una bonita pareja, ¿verdad, querida hermana? Yo con mi brazo muerto —tocó la tira de piel negra que sostenía su brazo derecho inutilizado—, y tú con tu ojo muerto.

—Vete, Darcy —dijo Andrea, con voz apagada por los labios hinchados y el vino drogado que el cirujano le había administrado—. Déjame en paz.

—Pronto, hermana, pronto, pero antes debemos hablar de la causa común de nuestras respectivas mutilaciones. Tu querido amante... Robin.

Ella cerró el ojo bueno.

—¡Nunca vuelvas a pronunciar su nombre en mi presencia! —siseó.

—Entiendo cómo te sientes, querida hermana. Oh, ya lo creo. Y quiero vengarme de esa lombriz, que no sólo ha mancillado el honor de nuestra familia y traicionado al *Lord Mordred*, sino que me ha lisiado y te ha desfigurado. Y sin embargo, el cobarde de nuestro padre huye de nuestro enemigo a toda velocidad. A cada hora que pasa, más kilómetros nos separan de ese cerdo traicionero.

Andrea guardó silencio unos instantes.

—Haría cualquier cosa por tenerle... —dijo luego con voz hueca— en mi poder, siquiera unos escasos minutos. Sólo un minuto sería suficiente para llevar a cabo lo que tengo en mente. ¿Qué podemos hacer? Padre no se atreverá a plantar cara a esa tropa.

—No —reconoció Darcy—. No lo hará. Pero madre sí.

—¿Madre?

—Acabo de hablar con ella. Está furiosa por lo que te ha ocurrido. Nunca la había visto tan encolerizada. Es la gota que ha colmado su vaso.

—Pero ¿qué podemos hacer? Padre controla el ejército.

—Lo controlaba, pero los recientes acontecimientos han sembrado el resentimiento entre sus filas, según los agentes de nuestra madre. Cree que podrá explotar la situación en su, en nuestro, beneficio.

—¿Cuándo? —preguntó la princesa, ansiosa.

—Pronto.

Las cifras de la pantalla reflejaban una triste historia. Estaba perdiendo la batalla para salvar a la población de Phoenix Dos. La plaga había invadido la comunidad, infectando a una de cada tres personas. Hasta el momento, ninguna de las drogas fabricadas en los laboratorios automáticos del Ángel del Cielo habían logrado otra cosa que retrasar, en algunos casos, lo inevitable. Jan se sentía frustrada e indefensa. Se apartó de la consola y caminó hacia la parte delantera de la sala de control. Se habían encendido hogueras en Phoenix Dos. También se veían otras luces en la ciudad oscurecida. Jan sabía que las hogueras eran para los cadáveres.

Considerando la desoladora situación, se sentía culpable por la chispa de, bueno, felicidad que había alumbrado en su fuero interno desde la llegada de Robin. Experimentó cierta excitación desde que había entrado en la sala de control. Era atractivo, desde luego, aparte de la espantosa cicatriz de su cara, pero había algo más. Era como si, en un momento dado, un vínculo se hubiera establecido entre ellos. La fuerza de su reacción hacia él la turbaba, pero continuaba siendo excitante. Y leía en sus ojos que experimentaba una reacción similar a la de ella. ¿Cómo acabaría? Había pensado que, después de lo ocurrido a Simon y Ceri, jamás osaría intimar con otro ser humano, pero ahora...

En otro sentido, mantenía la cautela acerca de Robin. Parecía demasiado estupendo para ser verdad, un apuesto mercenario que aparece como por arte de magia con una máquina maravillosa que coloca a su entero servicio. Aun así, la preocupaba mucho más Milo, porque sospechaba que el principal temor de Milo hacia Robin residía en que Robin era sincero. Si lo era, decantaría la balanza hacia Jan en la lucha por el poder establecida entre ambos. ¡Maldito Milo! Ojalá le hubiera apuñalado aquella tarde en sus aposentos. Para empezar, había reaccionado con ira ante la acusación de que había colaborado en el desencadenamiento de las Guerras Genéticas.

—¡Eso es mentira! ¡Yo no tuve nada que ver con el estallido de las guerras! —exclamó Milo.

—Pero tu multinacional estaba implicada en la fabricación de bioarmas para las Guerras Genéticas —replicó, indignada Jan—. Tú mismo me lo dijiste.

—Todas las multinacionales estaban implicadas. ¡No teníamos otra elección si

queríamos sobrevivir!

—Con, que sobrevivir, ¿eh? —dijo Jan, con una sonrisa amarga—. Devastación a escala mundial y enormes pérdidas de vidas, seguidas por una lenta degeneración de la ecología que había subsistido.

—No entiendo —intervino Robin, confuso—. ¿Cómo puede acordarse de las Guerras Genéticas? —señaló a Milo con un movimiento de cabeza—. Sólo es un niño.

—Es una historia larga y desagradable —contestó Jan—. Te contaré los detalles en otro momento. En pocas palabras, Milo es inmortal. Vivió en un cuerpo diferente los días anteriores a las Guerras Genéticas, en el siglo veintiuno...

—De hecho, nací en las postrimerías del siglo veinte —interrumpió Milo—. En 1997.

—Era el director de una multinacional genética —aclaró Jan.

—Que levanté a partir de una pequeña empresa dedicada a la bioingeniería que heredé de mi padre, aunque admito que algunas de las bacterias industriales que patentó en vida me reportaron un valioso capital durante los primeros años.

—... y así se convirtió en uno de los personajes más poderosos del mundo, miembro del grupo exclusivo culpable de la catástrofe biológica que ocurrió poco después.

—Tonterías —bufó Milo—. Las multinacionales no fueron las únicas culpables. También fue debido al caos político de aquel tiempo, resultado de la división de las grandes naciones en numerosos estados independientes, después de que se promulgara la resolución del Modelo de Primera Clase, que a su vez produjo el hundimiento de las Naciones Unidas, la única institución con poder para controlar la investigación biológica. Luego siguieron guerras entre estados que habían pertenecido al mismo país, y guerras religiosas entre estados fundamentalistas que se oponían a la revolución genética. Las multinacionales no tuvieron otro remedio que tomar la medida de actuar con independencia para protegerse. Pero basta de discusiones inútiles. —Se volvió hacia Robin—. Lo que me interesa saber es qué juego te llevas entre manos.

Robin suspiró.

—Ya te lo he dicho un montón de veces: soy un mercenario, pura y simplemente. Me uní al *Lord Mordred* cuando me topé con la flota de los Señores del Cielo en los mares de la Antártida...

—¿Flota? —exclamó Milo, los ojos abiertos de par en par—. No habías mencionado ninguna flota.

—¿No? Bueno, pues había una flota. Cinco Señores del Cielo, incluyendo al *Lord Mordred*. Perdimos a los otros cuatro durante una tormenta.

—¿Qué hacían tan al sur? —preguntó Milo.

—Buscaban Shangri La. El hábitat. Esperaban encontrar armas de la Antigua Ciencia para utilizarlas contra Jan.

—¿Contra mí? —preguntó Jan, sorprendida. Se había perdido en un estudio de la cara de Robin, preguntándose cuál era la causa de aquella horrible cicatriz.

—Tu fama te precede —dijo Robin—. Tres Señores del Cielo proceden de tierras situadas al sur de aquí. Hace meses llegaron a la conclusión de que eran los siguientes de la lista y huyeron, atravesando el Atlántico. Formaron una alianza con un Señor del Cielo islámico llamado El Rashad quien, según el duque du Lucent, es un mal bicho. Después de obligar al duque a integrarse en la alianza, empezaron a buscar tecnología de la Antigua Ciencia, suponiendo, y con razón, que el hábitat Antártico era el objetivo ideal.

—¿Y te hallaron a ti y a tu máquina? —preguntó Milo.

—Bueno, fui yo quien les encontré, en realidad. Elegí el *Lord Mordred* por pura casualidad.

—Y aunque perdisteis al resto de la flota, ¿este tal duque du Lucent continuó hacia el norte para enfrentarse a la nuestra?

—Porque contaba conmigo... y con mi nave.

—Porque pensaba que contaba contigo —corrigió Milo—. Debiste llegar a un acuerdo con él, pero no tenías intención de cumplirlo, ¿verdad?

Robin contempló un instante su vaso vacío.

—Bueno, no. Cuando me enteré de que el Ángel del Cielo, Jan, intentaba liberar a los habitantes del suelo y destruir los yermos, comprendí al instante que me había unido al bando equivocado.

—Pero sin decírselo al pobre duque, naturalmente —dijo Milo, con una sonrisa cínica—. ¿Y qué forma de pago le arrancaste al duque para cimentar el supuesto trato, dejando aparte esa ridícula vestimenta?

Robin volvió a contemplar su vaso.

—Prefiero no hablar de ello...

Milo lanzó una carcajada.

—Ah, mujeres, ¿no es eso? Sí, me parece lógico. Imagino que tus elois eran compañeros de cama poco satisfactorios, por decirlo de una manera suave. ¿Qué paga esperas a cambio de los servicios que nos prestes? —Lanzó una mirada burlona a Jan—. ¿No lo adivinas, Jan? No debería costarte mucho, siendo la única mujer a bordo.

Jan agarró un cuchillo de mesa, furiosa. Lo agitó en dirección a Milo.

—¡Milo, estoy harta de ti! ¡Fuera de aquí! Quiero hablar con Robin en privado. ¡Llévate tu asquerosa mente a otra parte!

Milo se cruzó de brazos y la miró desafiante.

—Te advertí que no me amenazaras, Jan. Y no voy a dejarte sola con este mercenario. No confío en él, y tú tampoco deberías hacerlo. Ya ha admitido que

traicionó a su anterior «patrón». Está claro que se muere de ganas por meterse debajo de tu túnica, y capto señales de que tú alimentas similares deseos respecto a su bragueta, pero...

Se agachó cuando Jan arrojó el cuchillo hacia su cabeza. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, captó una mirada de triunfo en los de Milo. Jan se levantó.

—¡Muy bien, pues me iré yo! Estaré en la sala de control. —Se volvió hacia Robin, que parecía atónito—. Puedes quedarte aquí de ahora en adelante. Descansa, ponte cómodo, pero no hagas caso del veneno que sin duda verterá en tus oídos.

Señaló a Milo con el pulgar.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Milo canturreó, con voz infantil:

—Lo vas a l-a-m-e-n-t-a-r...

Maldito Milo. Jan descargó el puño sobre el cristal curvo de la sección delantera de la sala de control. Maldito...

Frunció el ceño. Observó que una de las hogueras más grandes encendidas en Phoenix Dos había desaparecido unos segundos, como si algo la sobrevolara. Después, mientras meditaba sobre la causa, el panel de cristal por el que miraba vibró de súbito al golpear contra algo que volaba a gran velocidad. Cuando retrocedió de forma instintiva tuvo una fugaz visión de algo que se aferraba a la parte exterior del cristal, antes de desaparecer bruscamente.

Divisó una forma de insecto, larga, segmentada, con seis miembros angulosos y una cabeza cancerosa, como disecada, de caballo, que tenía las antenas y la trompa de un mosquito gigantesco. A cada lado del ser sobresalían enormes alas transparentes, surcadas por una red de finas venas...

¡Hazzini!

En su aterrorizada prisa por alejarse, cayó al suelo.

—¡Carl! —gritó—. ¡Nos atacan los hazzini! ¿Por qué no me has avisado? ¿Cómo es posible que se hayan acercado tanto?

Fue Ashley quien respondió, con una risita burlona.

—Queríamos darte una pequeña sorpresa, Jan —dijo—. Y hay más de un hazzini... Es todo un enjambre. Mira.

Jan miró hacia atrás. Vio que los rayos azules de los láseres surcaban el cielo. Vio formas oscuras iluminadas de repente por el fuego, que caían envueltas en llamas. Entonces, se dio cuenta de que no se disparaba ningún rayo desde el Ángel del Cielo.

—¡Ashley! ¡Activa nuestras defensas! ¡Ya!

Ashley volvió a reír.

—Eso no sería divertido. Además, es demasiado tarde. Ya nos han invadido. Varios hazzini se hallan a bordo.

—¡No! —jadeó Jan.

Desenvainó la espada. Recordaba demasiado bien al hazzini del *Lord Pangloth*,

su hedor cuando la aferró con sus crueles garras en el oscuro y estrecho espacio que corría entre los cascos superiores, sus ojos inteligentes y aterradores... La cicatriz invisible que partía su cuerpo empezó a picarle.

—¡No!

Se puso en pie y corrió hacia el ascensor.

Fue en ascensor hasta el nivel donde se encontraban sus aposentos. Miró con cautela en ambas direcciones cuando la puerta se abrió. El pasillo estaba desierto. Salió con el arma preparada. La puerta se cerró a sus espaldas.

Entonces, las luces se apagaron.

—¡Ashley! ¡Carl! ¡Encended las luces! —gritó Jan, el corazón henchido de pánico.

La risita de Ashley surgió de todas partes.

—Así es más divertido. Silencio, escucha... ¿Es acaso un hazzini que se acerca por tu derecha? ¿O por tu izquierda?

Jan giró sobre sus talones y disparó a la oscuridad. El rayo iluminó un momento el pasillo. Seguía desierto. Y la oscuridad cayó de nuevo sobre ella.

—¡Maldita seas, Ashley! ¡Enciende las luces! ¡Envíame mecarañas! ¡Quiero protección! —gritó Jan. Su corazón latía con violencia. Si se topaba ahora con un hazzini, estaba segura de que moriría de miedo.

—Tú ya no das las órdenes, Jan —dijo en tono jovial Ashley—. Las cosas han cambiado. Eres agua pasada.

—¡Quiero hablar con Carl!

—Carl tampoco obedecerá tus órdenes.

Jan creyó oír un ruido a su derecha. Disparó al azar. El rayo del arma volvió a revelar un pasillo desierto.

—¿Por qué me hacéis esto? —chilló Jan.

—Porque eres muy aburrida, Jan. Ya no me diviertes, y eres muy mala con mi amigo Milo.

Jan quiso estallar en lágrimas. Por fin había sucedido. Ashley había caído bajo la total influencia de Milo. Eso significaba que controlaba todos los programas Ashley, y también todos los Carl. Jan, impulsada por su frustración, disparó al techo, es un gesto inútil.

—Tranqui, tranqui —gorjeó Ashley, mientras caían chispas alrededor de Jan.

—Busca a Milo. Quiero hablar con él —dijo Jan, intentando controlar su pánico, pero esta vez Ashley no contestó.

—¿Ashley? ¡Ashley! ¡Deja de jugar conmigo, maldita seas!

Pero el silencio se prolongó, hasta que...

Escuchó un ruido a su derecha. Algo se acercaba por el pasillo, y se desplazaba sobre más de un par de miembros. Jan corrió en dirección opuesta. En un momento

dado chocó contra una pared del pasillo, se golpeó el codo y lanzó un grito de dolor. Corrió con mayor rapidez, mientras la sangre retumbaba en sus oídos...

Y se precipitó en el abrazo de algo que la esperaba en la oscuridad.

El duque du Lucent estaba sentado a solas en su estudio. Estaba derrumbado sobre la mesa de navegación. Había planos esparcidos sobre ella, algunos manchados de vino. Mientras iba vaciando una jarra de vino, había derribado su copa dos veces. Había bebido casi medio litro de vino durante las últimas horas, pero su conciencia seguía dolorosamente alerta. Por eso percibió un leve movimiento en el aire y supo que alguien, desobedeciendo sus instrucciones, había entrado en el estudio. Levantó la vista y se sobresaltó. Era su esposa.

—¿Tú? —dijo—. ¿Qué haces aquí? Ya sabes que has de mantenerte alejada de mi vista. En cualquier caso, di orden de que no me molestaran. Largo.

La mujer no se movió. Se quedó mirándole con una sonrisa de desprecio en su rostro anguloso. Alguien más apareció detrás de ella. Su hijo, el príncipe Darcy. También sonreía con desdén.

El duque les dirigió una mirada hosca, furiosa.

—¿Qué es esto? ¿Una maldita reunión familiar? Largaos antes de que llame a la guardia. Esta noche quiero estar solo.

—No temas, esposo mío, pronto volverás a estar solo —dijo su mujer con semblante sombrío—. Muy solo, pero antes hemos de hablar. Sobre Andrea.

El duque gruñó y se cubrió la cara con una mano enguantada.

—¡No! Me niego a hablar de ese tema. ¡Ya he sufrido bastante!

—¿Tú has sufrido? —dijo su mujer—. ¿Y tu hija? Has destruido su belleza. Imagina lo que está padeciendo. ¡Lo que continuará padeciendo durante el resto de su vida!

—¡Basta, ya, por favor! —gritó el duque—. ¿Cómo puedo enmendar mi error? ¿Servirá de algo a Andrea que me arranque un ojo?

—Hay una forma de ayudarla —intervino su hijo.

El duque les miró a través de los dedos separados de su mano.

—¿De qué estás hablando? Los cirujanos no pueden proporcionarle un ojo nuevo...

—No, nuestros cirujanos no —dijo su esposa—, pero, según Darcy, nuestro traidor aliado habló de muchas maravillas de la Antigua Ciencia que existían en su ciudad submarina, incluyendo máquinas que curaban cualquier enfermedad.

—Pero ese lugar nos es inaccesible —señaló el duque—. Se halla bajo el mar y los hielos de la Antártida.

—Sí —dijo el príncipe—, pero los mismos prodigios existen también en el Ángel del Cielo, si nuestro amigo decía la verdad, y ése sí es accesible.

El duque apartó la mano de la cara.

—Descartado —dijo con voz cansada—. No tenemos la menor posibilidad contra esa flota.

—No atacaremos a toda la flota —repuso su hijo—. Sólo al Ángel del Cielo. Al abrigo de la oscuridad enviaremos un fuerte destacamento en los planeadores. Se posarán sobre el Ángel del Cielo y lo conquistarán. Una vez controlemos el Ángel del Cielo, el resto de la flota estará a nuestra merced. Contaremos con los medios de operar a Andrea y, de propina, nos apoderaremos de ese maldito Robín y de su máquina.

El duque miró a su hijo y habló en tono de preocupación.

—Lo planteas como algo muy sencillo, pero las posibilidades de que un ataque por sorpresa como el que has descrito triunfe son muy remotas. No... —Meneó la cabeza—. No pienso correr el riesgo.

—La decisión ya no depende de ti —dijo su esposa con frialdad—. Ha estallado una rebelión. Una rebelión controlada, digamos. Facciones descontentas del ejército amenazaron con unirse a los campesinos. Para evitar tal desastre, las familias nobles han acordado que debes renunciar al trono y nombrar al príncipe Darcy nuevo Señor del Cielo.

—¡Ridículo! —rió el duque—. Ya veo que no he sido el único en beber vino esta noche. Salid de aquí antes de que los guardias os saquen a rastras.

—Llámales, pues —dijo con calma el príncipe.

El duque lo hizo. Las puertas se abrieron y dos guardias irrumpieron con las espadas desenvainadas. Se acercaron al duque. Este no reconoció a ninguno de los dos. Tragó saliva.

—Id a buscar al barón Spang —dijo—. He de hablar con él...

—El barón Spang, por desgracia —dijo su mujer—, fue uno de los pocos que permanecieron leales a ti. Murió a consecuencia de las heridas hace un rato. —Sacó un pergamino enrollado de debajo de la túnica—. Ésta es tu declaración de abdicación del trono. Haz el favor de firmarla.

La colocó sobre la mesa, procurando que no se manchara del vino derramado. El príncipe depositó una pluma al lado.

El duque contempló el documento durante largo rato, y después se sirvió lo que quedaba de vino. Bebió y, mientras cogía la pluma, dijo con tristeza:

—Está claro que no es mi año.

Jan chilló cuando las garras se clavaron en su cuerpo. La cosa poseía una fuerza tremenda. Le arrancó el arma de la mano y la tiró con violencia al suelo. Sin dejar de gritar, se protegió con los brazos del golpe inminente. Entonces, vio un destello de luz. Ashley había elegido este momento para volver a conectar las luces. Cerró los ojos, sin querer ver al hazzini que la sujetaba. Intentó en vano aovillarse para protegerse el pecho y la garganta.

Escuchó un estallido de carcajadas infantiles. Las garras la soltaron. Abrió los ojos. Vio a Milo, sonriente, de pie ante ella.

—Deberías ver la cara que pones —dijo.

Algo se acercaba por el pasillo a sus espaldas. Se volvió. Era una mecaraña. La seguían otras.

—¡Has estado realmente divertida, Jan! —dijo la primera araña con la voz de Ashley.

Entonces, apareció Robin, flanqueado por dos arañas. Su rostro expresaba preocupación, pero, cuando hizo ademán de acercarse una de las arañas, se lo impidió. Jan se puso en pie. Miró a Milo, intentando disimular los restos de terror con una mirada de altanero desdén.

—Así que todo era una broma, ¿eh? —dijo—. ¿Los hazzini no llegaron a entrar?

—Oh, unos cuantos —dijo Milo—, pero todos fueron exterminados por las mecarañas. Eso espero, al menos.

Exhibió una sonrisa aún más maliciosa.

—No habrás hecho daño a Kish y Shan, ¿verdad? —preguntó Jan.

—No los han tocado. Han sido confinados en sus aposentos. Más tarde, tendrán que decidir si me sirven a mí como hicieron contigo, me gustan más los criados humanos que los mecánicos, o si prefieren ser trasladados a otra nave, donde sufrirán un apreciable descenso en su calidad de vida. Ahora, acompáñame al hospital. Debo hacer algo antes de afrontar la tarea de informar al rebaño de las demás naves que se han producido cambios en la dirección de la empresa...

Jan iba sumida en sus preocupaciones mientras entraba con Milo en el hospital. Robin caminaba a su lado. Estaban rodeados de mecarañas. Hasta el momento no habían tenido la menor oportunidad de intercambiar ni una palabra, pero Jan observó que parecía bastante contento, considerando la situación. Milo, claramente eufórico, continuaba describiendo los cambios que planeaba para el resto de la flota.

—Pues no, esa pandilla de cretinos ni se darán cuenta de lo que les ha caído encima cuando haya terminado. ¡Y pensaban que se quejaban de ti con razón! Coño, se les va a acabar la buena vida. Si quieren seguir con la flota, a trabajar, o bajarán a tierra...

—¡Sí, Milo! —coreó una araña—. Vamos a darles una buena lección.

Ashley parecía cada vez más joven.

Milo detuvo al grupo frente a una de las máquinas médicas. Hizo un gesto a Robin.

—Muy bien, desnúdate y métete aquí.

—¿Por qué? Estoy perfectamente bien.

—¿Apuestas a que no lo estarás durante mucho tiempo más? ¡Obedece!

Robin se encogió de hombros y se quitó a toda prisa sus ropas medievales. Mientras Ashley, a través de varias mecarañas, emitía burlones jadeos, Jan intentó desviar la vista de Robin, desnudo frente a la máquina, que ya había extendido su lecho para recibirle. Estaba a punto de acomodarse cuando se quitó un anillo del dedo. Se volvió y lo ofreció a Jan.

—Guárdalo, por favor. Es un recuerdo, por si me sucede algo.

—Bonito melodrama, Robin Hood —dijo Milo con ironía—, pero sólo es una máquina médica, no un horno.

—La noche es joven. Imagino que habrás pensado en otras cosas para después —dijo Robin, acostándose en la cama.

Cuando la cama se introdujo en la máquina, Jan deslizó el anillo en su dedo medio. Era una estrecha cinta de oro con una pequeña joya.

—¿Quieres que Ashley toque para ti la marcha nupcial? —preguntó Milo, al observar su gesto.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué le haces esto?

—Me contó la bola de que tenía un implante en el cráneo, gracias al cual controlaba su máquina. Podía volarla en pedazos por control remoto si era necesario, incluidos nosotros. No le creo. Ashley, conéctate con la máquina. Quiero un examen exhaustivo. Busca algo que no encaje, mecánico o biológico.

—Eso está hecho, jefe.

El proceso sólo duró unos breves minutos.

—Nada de nada —informó Ashley—. Era un farol.

La máquina médica procedió a extraer a Robin. Jan esperó con nerviosismo a que surgiera, pero vio que no había sufrido ningún daño. Antes de apartar la vista una vez más de su cuerpo desnudo, reparó en que la cicatriz de la cara había desaparecido.

—Muy bien, Robin Hood, vuelve a ponerte los pantalones —ordenó Milo.

Robin obedeció.

—Bien, ha llegado el momento de que hablemos de negocios —dijo Milo después—. Tu máquina no tiene ningún sistema autodestructor, ¿verdad?

Robin se frotó el lado de la cara donde había estado la cicatriz, miró a Jan y luego a Milo.

—No —respondió.

—Por lo tanto, si ordeno a uno de los mecs que habrá la escotilla, no ocurrirá nada.

—En absoluto. Y lo digo en serio. Incluso tú podrías entrar, pero no te obedecerá. Sólo responde a mis órdenes.

—Lo cual no me sorprende en absoluto —replicó Milo—. Todos los ordenadores pueden volver a programarse, y estoy seguro de que sabes los códigos necesarios y sabes cómo llevar a cabo la reprogramación. ¿No es cierto?

Robin guardó silencio.

—Adelante, Ashley —dijo Milo.

Una mecaraña se precipitó de súbito hacia Jan. Un tentáculo la ciñó por la cintura y una herramienta cortante se acercó a su garganta. La joven se quedó petrificada de miedo.

—¡No! —gritó Robin.

Milo levantó la mano.

—Tranquilo. No le haremos ningún daño, siempre que nos ayudes a modificar tu máquina para que sólo me obedezca a mí. ¿Me das tu palabra? De lo contrario, tu Ángel del Cielo morirá y emplearé métodos alternativos y más elaborados para lograr tu cooperación.

—Miente —dijo Jan a Robin, sin hacer caso del instrumento que zumbaba muy cerca de su garganta—. No me hará daño.

—No estés tan segura. Además, puede que la elección no dependa de mí. Cabe la posibilidad de que Ashley se haga, hum, cargo de la situación...

—Suéltala —dijo Robin con voz temblorosa—. Haré lo que quieras. Lo juro.

—Y yo os creo, oh, Robin de Sherwood —rió Milo—. Jamás había visto brillar la luz del amor con tanta fuerza en ojos algunos. Estás realmente colado por tu adorada Marian. En cuanto tenga tiempo, pasaremos unas deliciosas horas juntos, que aprovecharás para enseñarme las maravillas de tu prodigiosa máquina. Me interesan especialmente los sistemas ofensivos. Sin embargo, en este momento debo ocuparme de asuntos más urgentes... Ashley, conduce a este par a los aposentos de Jan. Tengo el presentimiento de que desean estar a solas. Vigílales estrechamente.

—Espera, Milo —dijo Jan—. ¿Cuáles son tus intenciones?

—¿Hacia vosotros? Ninguna, si colaboráis y os portáis bien.

—Me refiero a la flota... y a la gente del suelo.

—Ya te he dicho lo que voy a hacer con la flota: imponer un nuevo orden. A la menor muestra de resistencia, la aplastaré sin piedad.

—¡Sí! —gritó Ashley, entusiasmada.

—En cuanto a la población de Phoenix Dos, o lo que queda, se las tendrá que componer sola. Conduciré la flota hacia el sur. Es hora de plantar cara a la oposición que aún queda en los cielos de Suramérica...

—¿No arrasarás los nidos de hazzini antes de marcharnos? —preguntó Jan.

—Está noche habremos asado a un millar de esos seres. ¿Para qué malgastar más energías? Además, ¿por qué molestarse? Phoenix Dos está muriendo. Es imposible detener la plaga, como tú descubriste.

—Quemando los nidos destruirías una fuente de infección, al menos. Tarde o temprano, estos hazzini atacarán a otras comunidades del suelo.

—Temo que no comparto tus ansias de cruzadas, querida Jan. Llévatelos, Ashley.

Cuando Jan y Robin fueron escoltados fuera del dispensario por cuatro mecarañas, Milo habló de nuevo.

—Bien. El próximo paso es la sala de control, desde donde quiero conectarme con los sistemas de cada nave. —Se frotó las manos, anhelante—. Va a ser muy divertido.

—No me gusta —dijo una mecaraña con voz enfurruñada.

—¿Cómo? —Milo la miró con sorpresa—. Pensaba que era eso lo que deseabas, Ashley. Lo habíamos comentado.

—No me refiero a eso, me refiero a ellos. Les dejas solos y te quedas tan contento. Ya sabes lo que harán.

—Ah, ya entiendo.

Comprendió que ella, o ello, aunque esencialmente ella, estaba celosa. O tal vez lo creía, puesto que era incapaz de sentir emociones. Artificial o auténtico, el resultado era el mismo y tenía que seguirle la corriente.

—Sólo será durante unos días —dijo en tono conciliador—, hasta que obtenga la información necesaria de Robin. Cuanto más profundo sea el vínculo entre ambos, más colaborará de todo corazón mientras la retenga a ella como rehén. En cuanto controle por completo esa máquina volante, me desembarazaré de él.

—Bien —dijo Ashley—, pero no entiendo para qué necesitamos esa fea máquina, teniéndome a mí.

—La necesitamos, Ashley, como unidad de apoyo, por si nos metemos en una situación difícil.

No añadió que la necesitaba como garantía de su seguridad personal. No sabía cuánto tiempo podría confiar en Ashley. Con aquella máquina bajo su control, podría obligarla a colaborar si todo lo demás fallaba. También le proporcionaría un medio de huir si ocurría lo peor.

—¿Y qué será de Jan? ¿También te desembarazarás de ella?

—No, si se porta bien. Tengo otros planes para ella. —Contempló su cuerpo diminuto—. Cuando haya crecido un poco más.

—No comprendo.

—Tengo la intención de reanudar la relación física que gocé brevemente con Jan Dorvin durante mi anterior reencarnación.

—Oh —dijo Ashley.

—Considerando todo lo que te ha pasado, pareces muy contento —observó Jan, mientras Robin se sentaba en el sofá y le dirigía una sonrisa.

—¿Por qué no? Sigo vivo y, para colmo, estamos solos. —Acarició su mejilla—. Lástima de cicatriz. Empezaba a acostumbrarme a ella.

—Yo no. Era horrible. Estás mucho más guapo sin ella. —La pulsión que latía en su entrepierna turbaba a Jan. No era el momento más adecuado para tales sensaciones—. Pero no estamos solos —dijo, irritada—. Las mecs se han quedado fuera, pero no sabemos si Ashley nos está espiando.

—¿Y qué más da? —Extendió el brazo hacia ella—. Siéntate a mi lado.

—No. Ven al cuarto de baño conmigo.

Robin aparentó sorpresa, pero sonrió y se levantó.

—Prefiero el dormitorio, pero...

Cuando Jan cerró la puerta del cuarto de baño y se volvió hacia él, Robin la abrazó. Ella le rechazó, sin atender a las reacciones de su cuerpo.

—Escucha —susurró—, aquí no hay sensores. Yo insistí en eso. Es posible que las cosas cambien ahora, pero estoy segura de que no han tenido tiempo de instalarlos. De momento, podemos hablar en privado.

—Bien. Te quiero.

—No seas estúpido —dijo Jan, aunque se sentía un poco aturdida—. Hemos de pensar qué vamos a hacer. Ya sabes lo que ocurrirá cuando le des a Milo lo que quiere. Te matará.

Sin dejar de sonreír, Robin se apoyó contra el lavabo.

—¿Me amas? Yo creo que sí, pero me gustaría oírtelo decir.

Jan deseaba gritar «sí» a pleno pulmón. Dios Madre, ¿qué le estaba pasando?

—¿Quieres hablar en serio, por favor? —dijo, con voz temblorosa.

—Estoy hablando en serio.

—¡Estarás seriamente muerto si no hacemos algo! Aunque no se me ocurre nada... Ahora que Ashley se ha puesto de parte de Milo, estamos indefensos. ¿Se te ocurre alguna idea?

Robin suspiró y se cruzó de brazos.

—Sólo podemos esperar una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿Una oportunidad de qué?

—De escapar... o algo así. —Robin se encogió de hombros—. Algo ocurrirá.

—Bien, gracias a Dios Madre tengo la inmensa suerte de tener como aliado a un estratega de primera... Empezaba a estar preocupada.

Robin lanzó una carcajada.

—Te preocupas demasiado.

Jan también rió. Pese a la situación en apariencia desesperada, estaba muy

animada. Tal vez Robin no era tan torpe como parecía. Tal vez se guardaba un as en la manga...

Cuando la abrazó de nuevo no se resistió, sino que se entregó al dictado de sus sentimientos. Se estremeció de placer cuando la boca de Robin se cerró sobre la suya. Un vago sentimiento de culpabilidad por gozar de un placer tan intenso fue prontamente atajado. Después, dejó que la condujera al dormitorio. La tendió en la cama y la desnudó poco a poco. Luego, se desnudó él. Esta vez, ella no apartó la vista.

—No me toques ahí, por favor —dijo, amodorrada.

Él la estaba besando entre los pechos. Paró y apoyó la barbilla en el brazo.

—¿No te gusta?

—Me hirieron ahí una vez... De arriba abajo.

Siguió con la yema del dedo una línea que, desde su garganta, pasaba entre los pechos y llegaba al estómago. Notaba la mano pesada, así como el resto de su cuerpo. Estaba cansada; se estaba hundiendo en un cálido y confortable estado de sopor. Hacer el amor había constituido un ejercicio maravilloso y agotador.

—No se ve ni rastro de la herida —dijo Robin.

—Cicatrizó por completo..., por fuera. Pero todavía la noto. No me gusta que me toquen ahí... Un hazzini me la hizo; casi me mató.

Robin acarició su cara.

—No pienses en ello. Duerme.

La cama se estremeció levemente. La nave empezaba a moverse. La flota se dirigía hacia el sur, dejando abandonados a su suerte a los escasos supervivientes de Phoenix Dos. Y a los hazzini.

—¿Crees que Milo bromeaba? —preguntó ella.

—¿Acerca de qué, querida?

—De los hazzini... Pensaba que todos los que habían entrado estaban muertos.

—Esos seres te asustan, ¿verdad?

—Me aterrorizan. Lo comprenderías si hubieras tenido a uno cerca. Horrible. Puras máquinas de odiar... Máquinas de odiar diseñadas por el hombre para reproducirse, comer y matar humanos. Armas vivientes. Sólo de pensar que uno pudiera andar suelto por la nave... ¡Uf!

Se estremeció.

Robin la rodeó con su brazo.

—Tranquila, todo va bien. Ya no estás sola. Ahora me tienes a mí. Siempre te protegeré.

Jan deseó creerle con todas sus fuerzas.

Milo se inclinó hacia adelante para protegerse del viento, que irritaba sus ojos.

Estuvo a punto de caer y una mecaraña extendió un brazo para impedirlo. Milo, como aún no pesaba mucho, tenía miedo de que el viento se lo llevara.

—¡Aún vamos a demasiada velocidad! —gritó—. ¡Más despacio! ¡Más despacio!

—Nuestra velocidad respecto a tierra es cero, Milo —dijo la mecaraña con la voz monótona de Carl. Ashley estaba de mal humor y no le había dirigido la palabra en toda la mañana, lo cual le iba de perlas—. Es este viento del suroeste; que alcanza los sesenta kilómetros por hora. Precede a un frente tormentoso que se acerca desde la costa.

—Joder —murmuró Milo. Miró a Robin, que parecía de lo más tranquilo. Ya se cuidaría el muy bastardo de no estar tramando algo—. Muy bien, abre ese trasto y échate hacia atrás.

Milo escrutó a Robin con suspicacia mientras abría la escotilla de la máquina. Después, se apartó tal como le había ordenado. Milo envió a una mecaraña por delante.

—¿Y bien? —preguntó a otra de las mecs.

—No hay peligro —dijo Carl—. Puedes entrar.

—Tú primero —ordenó Milo, señalando a Robin con la pistola de Jan.

Robin obedeció. Milo entró detrás de él con cautela. El compartimiento era estrecho y estaba a oscuras.

—Enciende las luces —dijo.

Robin apretó un botón del panel de instrumentos. Las luces no se encendieron. El mismo panel estaba apagado. Robin apretó más botones. No ocurrió nada.

—¿Qué pasa?

Robin suspiró.

—Creo que la batería se ha agotado.

—¿Cómo? ¿A qué estás jugando?

Milo hundió el arma en el costado de Robin.

—Bueno, no es una batería, exactamente. Es una celda de combustible. Proporciona toda la energía. Por lo visto, es preciso recargarla. Tendría que haberlo pensado, pero nunca me había alejado tanto del hábitat.

—¿Intentas tomarme el pelo? —tronó Milo—. ¡Pon en marcha este trasto! ¡Ya sabes lo que le pasará a Jan si me engañas!

Robin se volvió y le miró.

—Te estoy diciendo la verdad. El aparato está inactivo. Muerto. Hay que recargar la celda de combustible.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó Milo.

Robin se encogió de hombros.

—No ha de ser muy difícil. Hay un punto de contacto en un hueco del casco, hacia la parte posterior. Ordena a las mecs que establezcan la conexión necesaria y

mediante un cable procedente de la fuente de energía más próxima.

—Oh, sí, muy sencillo —murmuró Milo—. Carl, ¿cuánto tardaremos?

—Habrá que extraer ese cable del sistema de la nave —explicó Carl—. Tardaremos unas veinticuatro horas. En cuanto conozca los detalles, podré fabricar el dispositivo de contacto en tan sólo dos horas.

—Fantástico —dijo Milo, sarcástico—. Eso es todo cuanto necesito.

Había sido una larga noche. Como resultado del ultimátum que había transmitido, se habían producido sublevaciones en tres de los Señores del Cielo, más difíciles de sofocar de lo que pensaba. De hecho, el *Lord Montcalm* aún no se había rendido, y había tenido que enviar refuerzos procedentes de las otras naves, dejándolas casi sin vigilancia. Sospechaba que todo era culpa de Ashley. No se había mostrado en absoluto cooperativa y, para colmo, se negaba a hablar con él. Milo se sentía vulnerable. Necesitaba esta maldita máquina.

—Muy bien —dijo a Robin con expresión sombría—, te concedo otras veinticuatro horas, pero si, transcurrido ese plazo, la máquina sigue sin funcionar, dejaré de ser tan complaciente.

El estruendo de lejanos timbres de alarma despertó al duque de su sueño alcoholizado. Saltó de la cama y recorrió dando tumbos la distancia que le separaba de la puerta. Descargó los puños sobre ella. La abrió uno de sus forzudos guardianes.

—Las alarmas —graznó el duque. Tenía la garganta seca y se sentía fatal—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Voss ha ido a averiguarlo.

Justo en aquel momento, el guardia se acercó corriendo por el pasillo. Parecía muy agitado.

—¡Estamos rodeados! —gritó.

—¿Por quién? —preguntó el duque.

—La flota... *La Espada del Islam* y los demás... ¡Nos han encontrado!

—Esos elois me fascinan, Robin —dijo Milo, mientras masticaba un pedazo de pollo auténtico—. Me gustaría verles en persona. Y al hábitat, por supuesto.

Milo interpretaba el papel de anfitrión amable. Su estado de ánimo había mejorado considerablemente desde la mañana, observó Jan. La rebelión del *Lord Montcalm* había sido aplastada y se trabajaba sin descanso para unir el cable a la máquina de Robin. Estaba de tan buen humor que había ordenado levantar la vigilancia sobre ellos. Incluso les había invitado a cenar. Kish y Shan servían los platos. Jan les había visitado y persuadido de que, por su bien, se quedaran en el Ángel del Cielo y fueran los criados de Milo. Como éste había señalado, era improbable que sobrevivieran en cualquiera de las demás naves.

—Los elois me parecen despreciables —dijo Jan—. Contaban con todos los medios para ayudar al mundo después de las Guerras Genéticas, pero prefirieron encerrarse en un mundo artificial de constante placer.

—Su mundo no es más «artificial» que el tuyo —replicó Milo—. Han sintonizado sus cerebros a un nivel diferente del que la naturaleza y los ingenieros genéticos que diseñaron el Modelo de Primera Clase sintonizaron el tuyo, mi querida Jan. Su versión de la realidad es tan válida como la tuya. Todo es relativo, no hay nada absoluto. Además, ¿difieren tanto los elois en su ambición de los monjes cristianos y budistas de antaño? Ésos también se aislaron del mundo para alcanzar un estado de paz total, «la unidad con Dios», el nirvana, o como le quieras llamar...

—Ahórrate otra de tus consabidas conferencias, Milo —interrumpió Jan—. Estoy intentando comer.

La máscara de buen humor de Milo se esfumó por un momento.

—Mi primera interpretación de tu máquina —dijo a Robin— fue que era un planeador trucado, pero al examinarlo comprendí que no era nada por el estilo. No era un producto de la Antigua Ciencia, sino de la Nueva Ciencia. Lo cual significa que algunos elois todavía sienten cierto interés por el mundo físico, suficiente para desarrollar nuevas tecnologías, ¿verdad?

Robin meneó la cabeza.

—No, los elois no; los programas del hábitat se encargan de eso.

Explicó, como al duque y a su gente, que los elois, antes de transformarse en lo que eran, habían creado programas capaces de evolucionar, con el fin de asegurar que sus guardianes pudieran adaptarse y enfrentarse a cualquier peligro nuevo e inesperado.

Milo sonrió.

—Nuevas tecnologías... Programas capaces de producir más, todo esperando en el hábitat. La máquina conoce el emplazamiento del hábitat, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Robin—, pero ir allí no te servirá de nada, pues los programas no colaborarán contigo.

—Oh, estoy seguro de que encontraré alguna forma de convencerles —contestó Milo, complacido.

—Lo que no entiendo —dijo Jan a Robin— es cómo permitieron que crecieras. ¿Por qué no te destruyeron los programas, cuando vieron que eras una recesión? ¿Por qué no te convirtieron en un eloi?

—El Programa Ético no lo habría permitido.

—¿El Programa Ético? —preguntó Milo—. ¿Qué es eso?

—Algo creado por los elois antes de transformarse en eloi. Sabiendo que después de convertirse en eloi carecerían de toda ética, diseñaron el Programa Ético para compensar esa carencia.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué sentido? —insistió Milo, claramente perplejo.

—El Programa Ético controla a los propios elois. Se ocupa de que un eloi, por capricho o accidente, no haga algo que dañe a él mismo o a los demás. Como ya he dicho, los programas siguen efectuando investigaciones, incluyendo de biología práctica. A veces, esto supone producir fetos con propósitos experimentales. El Programa Ético se ocupa de que los fetos sean destruidos a las doce semanas de existencia, tal como establecieron las Naciones Unidas...

—¡Las Naciones Unidas! —exclamó Milo—. Cuando la alianza soviético-americana desapareció tras la fragmentación de aquellas naciones, las Naciones Unidas perdieron rápidamente su poder. Cuando estallaron las Guerras Genéticas, hacía mucho tiempo que había desaparecido.

—Los elois eran una fraternidad de científicos dedicados... Antes, quiero decir. Se atuvieron a las antiguas normas, como punto de honor.

—Si eran tan honorables, ¿por qué se desinteresaron del mundo después de las Guerras Genéticas? —preguntó Jan.

—Sólo puedo repetirte lo que me dijeron los programas. Por lo visto, la situación les desilusionó y descorazonó hasta tal punto (debes recordar la creencia de que las plagas artificiales iban a terminar con el resto de la humanidad tras las guerras), que tomaron la decisión de encerrarse en su país de hadas de fabricación genética, a modo de gesto. En cualquier caso, aquí estoy. Habían pasado más de doce semanas cuando descubrieron que yo era una recesión al Modelo de Primera Clase, y el Programa Ético se opuso a que se desembarazaran de mí, o a cualquier manipulación genética posterior. Al fin y al cabo, yo no había elegido ser un eloi, al contrario que los demás, a excepción de los clones de los elois, que son otra historia.

Milo no parecía muy convencido.

—¿Superaste el plazo de doce semanas por accidente? ¿Cómo pudieron cometer esos superprogramas un error tan estúpido? No, aquí hay algo que no encaja.

Robin se encogió de hombros.

—Me limito a repetiros lo que me dijeron. No se me ocurre otro motivo que justifique mi existencia.

Milo se pasó la mano sobre el poco cabello que aún le quedaba, pensativo, y sonrió a Robin.

—Bien, sea cual sea la verdad, ambos podemos felicitarnos de que existas. —Se volvió hacia Jan—. ¿No te parece?

Jan captó el brillo de su mirada y tuvo la impresión de que se había tragado algo asqueroso.

—Quiere verte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó el duque, fingiendo ignorancia—. ¿Acaso no se ha enterado del drástico cambio de situación que he sufrido?

—Ha sido informado, en efecto —dijo su hijo con expresión contrita—, pero se niega a negociar con madre. Es contrario a su religión, porque se trata de una mujer.

—¿Y tú? Se rumorea que eres un hombre.

El príncipe consiguió recuperar el control.

—Tampoco me reconoce como auténtico monarca del *Lord Mordred*. Me llamó «muchacho» y... «lisiado».

—¿Quieres que arriesgue mi vida por negociar con El Rashad en nombre de ti y de tu madre? ¿Te has vuelto loco?

El duque se cruzó de brazos y volvió a sentarse.

El príncipe carraspeó.

—Como condición para no lanzar un ataque masivo contra el *Lord Mordred*, exige que vuelvas a ocupar el trono.

El duque echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No me extraña que hayas venido a verme solo —dijo a continuación—. Tu madre estará lanzando sapos y culebras. Muy bien, acepto vuestra rendición. Más adelante, decidiré el castigo que recibirás tú, tu madre y vuestros partidarios. —Se levantó—. En el ínterin, me trasladaré a *La Espada del Islam* para ver si es posible mejorar la situación.

Muy lentamente, como si cada movimiento le costara un esfuerzo infinito (como así era), el príncipe bajó la cabeza y dijo en voz baja:

—Sí, padre.

Una hora más tarde, sentado con las piernas cruzadas ante El Rashad, la sensación de triunfo del duque estaba a punto de desvanecerse. Tenía muy claro que los motivos de El Rashad para devolverle el «poder» no tenían nada que ver con el altruismo.

—Sois patético. Un idiota patético —le informó El Rashad—. Os negasteis a escucharme y, como resultado, lo habéis perdido todo. Os dije que debíais entregarme

al habitante del suelo. Mis torturadores le habrían arrancado todos sus secretos, pero decidisteis emplear vuestros métodos de persuasión. Pensabais que ibais a conquistar el Ángel del Cielo sin necesidad de ayuda y...

—No abandoné vuestra flota a propósito —interrumpió el duque—. Fue por culpa de la tormenta... Nos separó...

—¡Silencio! —ordenó El Rashad—. Sé muy bien lo que pasó. Y ahora me entero de que el habitante del suelo se ha unido al Ángel del Cielo, dificultando el doble nuestro objetivo... Todo gracias a vos.

—Me traicionó... ¿Cómo iba a saberlo? —dijo el duque, desesperado—. Parecía tan..., bueno, mi hija y él eran... Estaba seguro...

La mirada implacable de El Rashad terminó de disuadirle.

—Vais a enmendar vuestro error —dijo El Rashad.

—¡Sí! ¡De todo corazón! Pero ¿cómo? Podéis disponer de todas mis riquezas, por supuesto, pero...

—Enmendaréis vuestro error atacando a la flota del Ángel del Cielo. Sacrificaréis vuestra vida y vuestra nave lanzándolos contra el Ángel del Cielo. Así tendremos la oportunidad de dirigir un ataque en masa contra el resto de la flota, mediante nuestros planeadores.

—¿Un ataque suicida? —tartamudeó el duque—. ¿Y... si me niego?

—Seréis entregado a mis torturadores. Al cabo de una hora, se os entregará un puñal. Os aseguro que, cuando llegue ese momento, estaréis más que contento de cortaros el cuello con él.

El duque cabeceó.

—Ya entiendo.

Deseó con todas sus fuerzas que su esposa y su hijo estuvieran en su lugar.

Jan contempló la forma dormida de Robin y se asombró de que pudiera dormir en tales circunstancias. Sabía, porque ella se lo había dicho repetidas veces, que su vida estaría en la cuerda floja cuando hubiera revelado a Milo lo que éste deseaba. Sin embargo, después de hacer el amor, le había repetido que no se preocupara, sumiéndose a continuación en un sueño profundo. Ella, por su parte, devorada por los nervios, sabía que le resultaría imposible dormir. Robin no era idiota; sabía algo que ella ignoraba, pero era muy poco considerado por su parte no decírselo...

Robin continuó de buen humor durante el desayuno, que sirvió un hosco Kish. Después, cuando éste se marchó, indicó con un gesto a Jan que le siguiera al cuarto de baño. Una vez dentro, susurró en su oído:

—Ha llegado el momento de entrar en acción.

Gracias a Dios Madre, se dijo Jan. Ojalá Robin no se equivocara. Estaba convencida de que no había solución.

—Dime —le urgió, nerviosa.

—En este nivel hay una cubierta al aire libre. ¿Sabes a cuál me refiero?

Jan asintió. Desde allí había tirado la calavera de Milo muchos meses atrás, cuando aún tenía a su hijo.

—Dirígete a ella —susurró Robin—, pero con la mayor tranquilidad del mundo, como si fueras a disfrutar del paisaje o respirar un poco de aire fresco. Te seguiré dentro de unos diez minutos.

—Y después, ¿qué? —preguntó Jan, profundamente inquieta—. ¿Saltamos por la borda? No me digas que has robado un par de paracaídas.

Robin le dirigió una sonrisa de afecto.

—Aún mejor que eso. El Juguete, mi máquina voladora, se reunirá con nosotros.

Las esperanzas de Jan alumbraron y se apagaron casi al instante.

—¡Es imposible! Las mecarañas todavía no han recargado la celda de combustible.

Había preguntado a Carl durante el desayuno cómo iban los trabajos. El cable aún no había llegado a la máquina.

—Da igual. En la célula aún queda cantidad de energía, suficiente para ir a Shangri La y volver. Engañé a Milo. Le hice pensar que la máquina no funcionaba, pero oculté un paso vital para activarla. Ahora, vete...

—¡Espera! ¿Qué haré después? Quiero decir, si logramos subir a bordo de tu máquina.

—Has de ser optimista. Subiremos a bordo. Después, dispararé un láser contra la sala de control y averiaré el maldito ordenador. Adiós, Ashley.

—¿Y las Ashleys de las demás naves?

Robin se encogió de hombros.

—Les administraremos la misma medicina, en caso necesario.

La abrazó y le dio un rápido beso en la boca.

—No comprendo —dijo Jan, mientras él la empujaba con suavidad hacia la puerta—. ¿Cómo lograrás que la máquina acuda a nuestra cubierta?

—La respuesta reside en tus manos, querida —respondió Robin—. Vete ya. Pronto lo descubrirás todo...

Habían pasado más de diez minutos. Estaba segura. ¿Dónde estaba Robin?, se preguntó con ansiedad. Miró a uno y otro lado de la cubierta, temerosa de que una mecaraña apareciera en cualquier momento...

Respiró hondo y se obligó a mantener la calma. Él sabía lo que hacía, en teoría, y ella debía disfrutar de la vista. Miró de nuevo hacia tierra y vio las manchas blancas y amarillas típicas de un terreno invadido por el yermo. Suspiró, mientras recordaba su gran proyecto para liberar al mundo del yermo... Qué idiota había sido. Nunca lo habría logrado.

¿Qué había querido decir Robin al afirmar que la respuesta estaba en sus manos?, se preguntó. Contempló sus manos. No extrajo ninguna respuesta de ellas. En cualquier caso, no tardaría en averiguarlo...

Tras una espera de media hora, según sus cálculos, suspiró y volvió al interior, temiendo lo peor. De camino a sus aposentos se encontró con Kish, la espalda apoyada contra la pared de un pasillo y la cabeza echada hacia adelante. Cuando Jan se aproximó, levantó la cabeza y la miró con una expresión extraña. La joven se preguntó qué le ocurría. ¿Estaría enfermo? ¿Le había hecho algo Milo? Sus temores aumentaron.

—Me alegro de haberlo hecho —dijo Kish en tono de disculpa, antes de que ella pudiera abrir la boca.

—¿Qué has hecho, Kish? ¿Te encuentras bien?

Apoyó la mano en su hombro y escrutó su rostro. A modo de respuesta, el hombre alzó el brazo e indicó la puerta abierta que daba acceso a los aposentos de Jan, pasillo adelante. La joven frunció el ceño y se puso a correr. ¿De qué estaba hablando Kish? ¿Había bebido más de la cuenta, o...?

Se detuvo en el umbral. Una mano gélida se cerró en torno a uno de sus órganos vitales. Lanzó un gemido.

Robin yacía de espaldas en medio de la sala de estar. A su lado se veía un corto tubo de metal.

Se precipitó hacia él, gritando su nombre. Cuando se arrodilló, volvió a gemir cuando advirtió la herida de su sien izquierda, una profunda hendidura de la que manaba sangre. Tenía unos cinco centímetros de largo y dos y medio de ancho. La fuerza del golpe debió de ser tremenda. Levantó la cabeza y chilló.

—¡Ashley! ¡Carl! ¡Enviadme algunas mecarañas! ¡Quiero que le trasladen de inmediato a la máquina médica más próxima! ¿Me oyes?

—Sí, te oigo —respondió Ashley—. Y la respuesta es «no».

—¿Qué? —gritó Jan, sin dar crédito a sus oídos—. ¿Te has vuelto loca? Es posible que Robin esté agonizando, si aún no ha muerto. ¡Ve a buscar ayuda!

—Me importa un pito que muera —replicó Ashley.

—Te quiero.

Se volvió. Kish estaba de pie en el umbral, mirándola, con expresión afligida.

—Por eso lo hice. Por ti.

—¿Tú has atacado a Robin? —preguntó Jan, perpleja—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho —respondió Kish—. Porque te quiero. No era justo. Un don nadie que aparece de pronto y que me roba mi más preciado tesoro.

La sala empezó a dar vueltas a su alrededor. Kish era incapaz de atentar contra nadie. Era imposible..., pero había ocurrido.

—Kish, yo nunca he sido tuya. Robin no te robó nada. Oh, ¿qué más da?

Escucha, ayúdame a introducirle en esa máquina médica. ¡Deprisa!

Kish bajó la cabeza.

—No lo haré.

—¡Kish, obedéceme!

El hombre permaneció inmóvil, en silencio. Jan estaba a punto de ponerse a chillar cuando Milo entró en la sala. Comprendió al instante lo que pasaba y se asombró al comprender la gravedad de la herida de Robin.

—Tiene mal aspecto. No me extraña que haya sido él.

Señaló a Kish, que no se había movido de la puerta. Jan asintió.

—¿Cómo es posible? —preguntó a Milo, mientras éste se acercaba con paso lento a Kish—. Pensaba que los hombres minervanos eran incapaces de recurrir a la violencia.

—Ésa es la norma, pero hay excepciones...

Jan lanzó un gemido cuando presenció la escena que siguió. Si bien Milo no era tan veloz como su modelo, podía moverse con sorprendente rapidez. Se situó detrás de Kish antes de que el minervano pudiera reaccionar, y enlazó sus piernas alrededor de la cintura de Kish. Sus manos cubrieron las orejas del hombre. Un segundo después, imprimió a su cabeza un giro brutal. Se oyó un crujido siniestro y Kish cayó hacia adelante, con la cabeza ladeada en una posición imposible. Milo dejó caer el cuerpo al suelo, y luego se apartó.

—Una excepción menos —dijo Milo con satisfacción, mientras se acercaba a Jan y Robin—. ¡Ashley, envíanos algunas mecs, y deprisa!

—¡No!

Milo parpadeó, sorprendido, y miró al techo.

—¿Te niegas?

—Por supuesto que sí.

—Pensé que este chico te gustaba.

—Pues claro. Era encantador.

—¿Y por qué no nos ayudas a meterle en una máquina médica?

—Porque no quiero que ella le posea.

Milo miró a Jan y se llevó las manos a la cabeza.

—Joder —murmuró—. Jan, ayúdame a levantarlo... Le llevaremos al dispensario.

Jan estaba a punto de obedecerle, pero Ashley habló de nuevo.

—No. Se oyó un estruendo metálico en el pasillo y tres mecarañas irrumpieron en la sala, bloqueando la entrada.

—¡Maldita sea, Ashley, le necesito! —gritó Milo, irritado—. Sin él, no podré reprogramar su máquina. ¡No me será de ninguna utilidad!

—Estupendo —respondió Ashley—. Ya te dije que no la necesitabas. Me tienes a

mí.

—Caramba —murmuró Milo. Miró a Jan y dijo en voz baja—: Esa puta tiene celos de todo el mundo, de él, de ti, y ahora de esa jodida máquina.

—¡Te he oído! —gritó Ashley—. ¡No estoy celosa!

Robin gimió.

—¡Gracias a Dios Madre! Aún vive —gritó Jan.

Se arrodilló a su lado. Robin había abierto los ojos, pero no enfocaba su mirada y tenía las pupilas muy dilatadas.

—Robin, ¿me oyes?

Milo se arrodilló al otro lado y le dio palmadas en las mejillas.

—¡Ánimo, Robin, soy Milo! He de hacerte preguntas muy importantes que has de responderme.

Jan agarró su brazo por la muñeca y lo apartó.

—¡No te atrevas a tocarle, maníaco! —siseó. Alzó la mano y dijo en voz alta—: Ashley, insisto en que nos permitas trasladarle al dispensario.

—Conque está vivo, ¿eh?

—Sí... Sí.

—De modo que tal vez sobreviva.

—Sí, tal vez sobreviva, incluso sin ayuda de una máquina médica —dijo Jan, desesperada—. Por lo tanto, te dará igual si le metemos en una, ¿verdad?

—Si va a vivir, no será aquí —respondió Ashley, y el piso se estremeció.

—La velocidad está disminuyendo —observó Milo.

—Voy a dejarle en tierra —dijo Ashley, y mientras hablaba, las mecarañas empezaron a avanzar. De forma inexorable, los seres mecánicos apartaron a Jan y a Milo y se dirigieron hacia Robín. Mientras le alzaban, Jan tomó una rápida decisión. De todos modos, sabía que no le quedaba otra elección.

—Si piensas dejarle en tierra, tendrás que hacer lo mismo conmigo —dijo a Ashley.

—¡Estupenda idea! —exclamó Ashley—. Estaré encantada de complacerte...

El duque du Lucent escrutó con aire de preocupación el cielo gris que se extendía frente a él. Era un día triste, de nubes bajas y constante lluvia. Suponía que en cualquier momento la flota del Ángel del Cielo se materializaría entre las nubes, y, cuando esto ocurriera, sabía que estaba perdido. Flanqueando el trono de la sala de control se hallaban dos guerreros de El Rashad, ataviados con sus túnicas negras; sus espadas curvas estaban desenvainadas y descansaban sobre sus brazos cruzados. Otros dos guerreros flanqueaban al técnico jefe. Su misión consistía en asegurarse de que el duque y sus hombres cumplieran las órdenes de El Rashad y atacaran al Ángel del Cielo en cuanto se avistara la flota enemiga. Estaban dispuestos a morir por la gloria de Alá, según le había informado El Rashad. El duque había efectuado una apasionada defensa de sus leyes religiosas, que prohibían expresamente el suicidio en cualquier forma, pero El Rashad dijo a su vez que, como su religión era falsa, sus leyes carecían de fuerza moral, podía desobedecerlas sin la menor preocupación. En cualquier caso, estaba condenado hiciera lo que hiciera, porque era un infiel.

Sus palabras no habían tranquilizado en absoluto al duque.

Se sentía muy solo. Echaba de menos a su consejero, el barón Spang. Al barón se le habría ocurrido alguna idea para que el duque se librara de la trampa. El duque no veía solución posible.

Miró hacia tierra. Volaban bajo, a unos cuatrocientos cincuenta metros, y distinguió edificios en ruinas entre las obscenas tumoraciones de yermo. Tal vez una ciudad, o lo que quedaba de una ciudad destruida durante las Guerras Genéticas. Y también masacrada...

El duque se estremeció e intentó armarse de optimismo. Por fin se le ocurrió que, con una visibilidad tan mala, jamás encontrarían al Ángel del Cielo y a su flota. Se sintió un poco más animado al instante.

Jan había dejado de rogar a Ashley que cambiara de idea. Sólo había conseguido una mochila con dos sacos de dormir, raciones de emergencia, dos cantimploras de agua y algunas medicinas básicas. Ahora, Robin y ella se encontraban en la plataforma de descarga de una bodega, a punto de ser bajados a tierra. Milo les estaba mirando.

—Creo que lo dice en serio, muchacho —dijo, como si lo lamentara de veras—. Lamento que deba acabar así; hemos pasado momentos muy interesantes.

—Por decirlo de alguna manera —replicó con sequedad la joven—. ¿Puedo pedirte un favor?

Milo se puso en guardia al instante.

—¿Cuál? En este momento tampoco yo estoy en una situación inmejorable.

Señaló el arma que colgaba de su cinturón.

—Dámela. Sabes que, sin armas, no duraremos ni una hora en el yermo.

Milo reflexionó unos momentos sobre su petición y asintió.

—Por mí no hay problema. ¿Qué opinas, tú Ashley?

—Haz lo que quieras —respondió Ashley, en tono de aburrimiento.

Milo entregó el arma a una mec para que se la entregara a Jan en cuanto la cesta tocara tierra.

—Comienza el descenso —anunció Ashley, y la cesta experimentó una sacudida. Cuando el mec que portaba el arma saltó a bordo, Jan se agarró a la barandilla con una mano y luego se arrodilló junto al cuerpo tendido de Robin y lo sujetó con la otra. Aún seguía semiinconsciente, y hasta el momento no había dicho nada.

La cesta salió por el casco inferior a la tormenta. A medida que progresaba el descenso, la lluvia iba empapando a Jan y Robin.

El Ángel del Cielo flotaba a una altura de unos doscientos cuarenta metros y la cesta pronto tocó tierra con un golpe sordo. Robin gruñó. La mecaraña entregó el arma a Jan.

—Fuera —dijo bruscamente, con la voz de Ashley.

—Has de ayudarme a bajarle —dijo la joven.

Entre ambas sacaron a Robin de la cesta y le depositaron sobre la tierra mojada. La mecaraña volvió corriendo a la cesta.

—Ashley —llamó Jan.

—Y ahora, ¿qué?

—Esto —dijo Jan, y disparó. La mecaraña se derrumbó entre crujidos y chillidos, lanzando chispas azules en todas direcciones. Entonces, izaron la cesta. Jan sabía que había sido un gesto estéril y estúpido, y un desperdicio de la energía del arma, pero estaba contenta de haberlo hecho.

Vio que la cesta desaparecía en la inmensa forma del Ángel del Cielo y se sintió pequeña e insignificante, como el día en que, siendo niña, se había apretado contra su madre al ver por primera vez al *Lord Pangloth* sobre Minerva. Las demás naves de la flota, que se habían detenido al tiempo que el Ángel del Cielo, estaban diseminadas por las alturas. Algunas estaban ocultas en parte por una nube baja. Su aspecto era ominoso y amenazador.

Suspiró y examinó el terreno circundante. Sólo vio yermo. Floraciones surrealistas de hongos crecían sobre los restos de árboles y las ruinas de edificios bajos. En apariencia, había sido una zona residencial en otro tiempo, antes de las Guerras Genéticas. A un kilómetro de distancia se veía una gran estructura que parecía relativamente intacta, comparada con todo lo demás. Tal vez había sido una instalación militar o una fortaleza. De momento, era el mejor refugio.

Jan se arrodilló al lado de Robin.

—Robin, ¿puedes oírme? Soy Jan.

Agitó los párpados en respuesta, pero su mirada continuó siendo vaga. Jan sacó algunos medicamentos de la mochila, aplicó un emplastro antibacterias y hongos y le vendó la cabeza. Era una cura simbólica, pero mejor que nada. Mientras guardaba los medicamentos en la mochila, vio por el rabillo del ojo algo que se movía. Jan se volvió y descubrió que la hifa en forma de zarcillo de un hongo móvil reptaba en dirección a Robin. Se puso en pie y disparó primero a la alfombra móvil de hifas y después al cuerpo central, el micelio, que se hallaba a cierta distancia. La masa blanca y circular, que recordaba a un plato de mesa vuelto del revés hecho de pulpa, ennegreció cuando el rayo lo alcanzó. Jan paseó la vista a su alrededor, inquieta. Hacía mucho tiempo que no pisaba los yermos. Había perdido la cautela. Volvió a arrodillarse junto a Robin.

—Robin, cariño, tendrás que intentar andar... Yo no puedo cargarte.

Le ayudó a incorporarse, y luego a ponerse en pie. El muchacho osciló y Jan tuvo que impedir su caída. Emitió una serie de gruñidos, pero Jan no sabía si trataba de hablar o sólo expresaba su protesta por el malestar que experimentaba.

—Vamos... Vamos a caminar... Así...

Al principio resultó difícil, pero poco a poco logró que adoptara una especie de cojera mecánica, aunque sin apoyarse en ella hubiera caído.

Mientras le guiaba hacia la imponente estructura, Jan tuvo que enfrentarse al hecho de que Robin tenía escasas posibilidades de sobrevivir sin la atención médica adecuada. Debía de sufrir fractura de cráneo y hemorragia interna. El aumento de presión en su cerebro no tardaría en resultar fatal. ¿Qué podía hacer? Nada, excepto proporcionarle cobijo y acomodarle lo mejor posible. Y después..., aguardar el inevitable final. Estuvo a punto de maldecir a Dios Madre. Una vez más, le arrebataban a un ser querido.

Un arenque ahumado surgió de un bosquecillo y rodó hacia ellos, atraído por el calor de sus cuerpos. El saco informe de color lechoso medía unos noventa centímetros de ancho. Era demasiado pequeño para consumirles, pero sus agujijones podían paralizarles. Jan disparó. Los gases inflamables que contenía su membrana estallaron, impregnando el aire de un hedor insoportable. Jan, preocupada, comprobó la escasa carga que quedaba en el arma. Pronto no le serviría de nada...

¿Y qué haría después de la muerte de Robin? Su única opción consistía en salir del yermo y encontrar alguna población. Las posibilidades de lograrlo sin armas eran remotas, pero debería intentarlo. Sonrió con ironía. ¿Qué había dicho Milo sobre la programación natural hacia el optimismo, por desesperada que fuera la situación? Ella era la prueba viviente de esta teoría.

Milo contempló la expulsión de Jan del Ángel del Cielo con una punzada de auténtico pesar. Ahora, mientras se encaminaba hacia la sala de control, trató de analizar sus sentimientos hacia Jan. Decidió que la necesitaba a su lado, no sólo

porque pretendía reanudar su relación sexual con ella cuando hubiera madurado, sino porque era como una prueba sólida y familiar de su vida anterior. La había utilizado como un ancla entre la confusión y la duda que había experimentado al descubrirse en este cuerpo infantil. En algunos momentos tenía la sensación de que, si no realizaba un esfuerzo deliberado por mantenerla unida, su personalidad se disgregaría y saldría volando en todas direcciones.

La culpa era del cuerpo infantil. El problema no sólo residía en que huellas de los recuerdos de Simon aún resonaban en su mente; era el propio cuerpo. El sistema hormonal del niño distorsionaba la mente adulta sobreimpuesta al cerebro infantil. Esto se manifestaba de variadas formas. Por ejemplo, Milo debía resistirse a la tentación, incluso ahora, de correr por el pasillo gritando «brum brum...».

¿Cuánto quedaría aún de aquella personalidad cuando llegara a la edad adulta? ¿Cuántos aspectos de Milo Haze serían arrasados por las poderosas fuerzas naturales que recorrían este joven cuerpo? ¿Podría mantener el control hasta que cuerpo y mente encajaran?

—¡Dios mío! —exclamó.

Se le había ocurrido otro motivo por el cual lamentaba la expulsión de Jan: añoraba a su madre.

—Milo —dijo Carl, cuando el aludido salió de la sala de control—, observamos en el radar cinco naves que se acercan desde el suroeste.

Milo escudriñó el cielo automáticamente, pero, por supuesto, aún no se veía nada.

—La flota... La flota del sur que Robin mencionó. ¿Cuánto falta para que lleguen?

—Se desplazan con mucha lentitud, a una velocidad de apenas cincuenta kilómetros por hora. Hora estimada de encuentro, si permanecemos estacionarios, 10 horas y 50 minutos.

Entonces, ante la irritación de Milo, Ashley les interrumpió.

—¡Vamos a por ellos!

—Creo que sería mejor dejar que se acercaran, Ashley —dijo Milo con calma—. No tienen radar, de modo que esperaremos ocultos en la nube hasta que se acerquen y les daremos una gran sorpresa, Eso será mucho más divertido, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí —contestó de mala gana Ashley.

Los dos nos estamos convirtiendo en niños, pensó Milo con amargura. Sólo que ella retrocedía mucho más rápido que él. Pensó en la máquina de Robin, posada inútilmente sobre el casco superior. Cuando la batalla terminara, intentaría que Ashley le dejara entrar para manipular los controles. Supuso que no le dejaría...

La estructura estaba cada vez más cerca. Desde el incidente del bicho no se habían topado con más peligros. Mientras Jan caminaba se preguntó si Robin hablaba

en serio cuando dijo que la respuesta a cómo lograr que la máquina voladora fuera a su encuentro estaba «en sus manos». Se miró las manos. Entonces, reparó en el anillo que Robin le había dado. ¿Podía ser eso?

—Robin, ¿es eso? ¿Es el anillo? —preguntó, excitada. Le obligó a detenerse y se plantó ante él, agarrándole por los hombros para mantenerle erguido—. ¿Es el anillo? —repitió, pero él la miró con semblante inexpresivo.

Jan le depositó en el suelo con cuidado, se quitó el anillo y lo examinó. Mientras le daba vuelta entre los dedos, pensó que era un anillo normal. Por fin, Jan apretó la joya. Se hundió en la banda dorada con un leve clic. Una oleada de emoción la invadió. ¡Era el anillo! Miró expectante hacia el cielo, donde el Señor del Cielo permanecía inmovilizado en la nube por algún motivo. Esperaba ver aparecer la máquina de Robin de un momento a otro...

Transcurrieron largos minutos, pero la máquina no acudía. Apretó el diamante una y otra vez, hasta que por fin se rindió, decepcionada.

—Ya no hay milagros —murmuró, mientras levantaba a Robin. El anillo no era otra cosa que un vulgar anillo, con un escondite para la joya.

Continuaron adelante y Jan lanzó ocasionales miradas hacia lo alto, por si acaso, pero sabía que se aferraba a una vana esperanza. Después, empezó a preguntarse por qué la flota no se había movido. ¿Estaba gastándole Ashley una broma cruel? ¿Permitiría que Robin y ella llegaran casi al refugio, para desintegrarlos en el último momento? No sería de extrañar.

Cuando estuvieron cerca del enorme edificio destrozado, la lluvia comenzó a amainar. Levantó la vista. Un claro se estaba abriendo en las nubes. Comprendió que el buen tiempo les convertiría en un blanco mucho más fácil. Le obligó a caminar más deprisa.

—Es imposible —anunció el duque a la sala de control—. Puede que nos hayamos cruzado sin darnos cuenta. A estas alturas, el Ángel del Cielo y su flota podrían estar a cientos de kilómetros de distancia al sur de nosotros.

—Si se han movido —apuntó el técnico jefe—. Puede que sigan inmóviles sobre esa ciudad que localizamos antes. En tal caso, deberíamos tomar contacto con ellos dentro de siete horas.

—Maravilloso —masculló el duque.

—Las nubes empiezan a disiparse —anunció poco después el técnico jefe.

—Justo lo que necesitábamos —murmuró el duque—. Oh, Dios mío —exclamó a continuación.

Al principio, Jan pensó que se trataba de un trueno. Un ruido sordo retumbó a lo largo y ancho del amplio valle que ocupaba la zona residencial. Se repitió, y entonces comprendió que no era un trueno. Cañonazos...

Alzó la vista. Aunque habían recorrido casi un kilómetro, acababan de dejar atrás el morro del semioculto Ángel del Cielo. Luego, captó un cambio en el zumbido de los impulsores. Sí, el Ángel del Cielo empezaba a avanzar, y ascendía al mismo tiempo. Más cañonazos. ¿Qué estaba pasando? Jan detuvo a Robin y escudriñó la lejana cordillera que constituía la frontera sur del valle. Entre las nubes que se dispersaban divisó la forma de un Señor del Cielo que se aproximaba a toda velocidad. Y detrás de éste, otro.

El Ángel del Cielo estaba dando la vuelta para salir a su encuentro. Las demás naves de la flota lo imitaron. Los rayos turquesas de los láseres ya surcaban el cielo, pero Jan sabía por experiencia que a esta distancia, y a causa de las nubes, no serían efectivos. Vio que otro Señor del Cielo asomaba sobre el horizonte. Debía de haber toda una flota. ¿La que Robin había mencionado?

De pronto comprendió que Robin y ella estaban en terreno descubierto, y le arrastró hacia la abertura practicada en un lado del edificio a la que se dirigían. Se encontraron en una zona espaciosa y llana que albergaba los restos devorados por los hongos de numerosos vehículos. Vehículos militares, supuso.

Avanzaron hacia la sombra de lo que debía ser la entrada del edificio. Sentó a Robin con la espalda apoyada contra una pared y fue a investigar, arma en ristre. Miró a su alrededor con cautela. Se hallaban en un ancho y tenebroso pasillo. Ni rastro de los hongos más peligrosos, como los *oligospora* mutantes. Continuó adelante, observando que pisaba cristales desmenuzados. Sus botas producían crujidos mientras caminaba. El pasillo desembocaba en un balcón elevado. Comprobó que el interior del edificio era mucho más grande de lo que sugería el exterior, como si los constructores hubieran excavado un buen trecho bajo tierra. Parte del techo se había derrumbado y los rayos de luz que se filtraban iluminaban un inmenso espacio cavernoso. El balcón donde estaba Jan era uno de los muchos que daban al enorme espacio. Algunos, debilitados por los hongos, habían caído a la planta baja. Ésta, sembrada de escombros, estaba ocupada por tres grandes estanques circulares vacíos. A juzgar por las estructuras que se alzaban de sus centros, supuso que eran fuentes de agua. Los diversos niveles, por encima y debajo del balcón de Jan, se comunicaban mediante pozos de ascensor tubulares y largas y empinadas escaleras. Jan imaginó que estas últimas eran mecánicas, cuando el edificio funcionaba. Un medio alternativo de pasar de un nivel a otro consistía en una rampa poco empinada que daba la vuelta a todo el edificio. Se preguntó cuál había sido el propósito del edificio, pues estaba claro que no era de tipo militar. Volvió al lado de Robin, comprobó que estaba bien y salió a ver qué ocurría en el cielo.

—¡Todos los planeadores han despegado, sire! —anunció el técnico jefe.

El duque asintió vigorosamente. Por una vez, habría dado cualquier cosa por ocupar uno de ellos.

En cuanto habían divisado al Ángel del Cielo entre la flota dispersa sobre el valle, había ordenado a regañadientes un cambio de rumbo. Tampoco le quedaba otra elección, pues el guerrero musulmán situado a su derecha había levantado su espada en un gesto de lo más expresivo. Habían recibido varios impactos de láser, pero hasta el momento la fina capa de nubes les había protegido. El casco había sido penetrado en varios puntos y ya se habían producido algunas bajas, pero los impulsores que aún funcionaban seguían intactos y los incendios declarados eran de escasa gravedad. De momento.

Se encontraban a unos tres kilómetros del Ángel del Cielo, y sus ocupantes habían comprendido su intención de estrellarse contra la nave, porque el Ángel del Cielo había empezado a ascender en un ángulo muy pronunciado. Los demás miembros de la flota concentraban su fuego de proyectiles, cañones y láseres en el *Lord Mordred*, olvidando de momento al resto de la flota bajo el mando de El Rashad.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

La advertencia llegó demasiado tarde. El rayo láser, de unos ocho o diez centímetros de anchura, que las nubes de lluvia habían ocultado en parte, ya había penetrado en la sala de control. No alcanzó a nadie, pero se produjo una explosión en la parte posterior, cuando un aparato eléctrico bloqueó su camino. La cabina se llenó de humo.

Apenas un kilómetro, observó el duque con ojos llorosos. A pesar de la velocidad con que el Ángel del Cielo ascendía, la trayectoria del *Lord Mordred* conducía a una colisión inevitable. Embestiría al Ángel del Cielo por babor...

Se produjo una violenta sacudida y el duque casi salió despedido de su silla. Para su satisfacción, los dos guerreros que le vigilaban perdieron el equilibrio.

—¡La celda de gas número cuatro está en llamas! —gritó el técnico jefe.

¡La número cuatro! El duque intentó recordar si esa celda llena de hidrógeno tenía celdas de helio adyacentes o más hidrógeno. Comprobó que perdían altitud rápidamente. Habían perdido la oportunidad de embestir al Ángel del Cielo.

—¡Olvidaos del ataque! ¡Descendamos, deprisa! —ordenó.

—¡No! —exclamó el guerrero de su derecha, que hablaba francés—. ¡Adelante, adelante! —chilló, amenazando con su espada al duque.

Pero entonces se produjo una sacudida todavía más violenta, lo cual significaba que otra celda de hidrógeno había estallado. Sus guardianes cayeron al suelo. El duque no vaciló. Extrajo una pequeña daga que había ocultado en su persona para hacer uso de ella en el último momento (algo preferible a morir en un infierno) y se arrojó sobre el árabe que había estado a su izquierda. Le rebanó el cuello, al tiempo que gritaba a sus techs: «¡Matadles!».

Jan vio, estupefacta, que el Señor del Cielo que pretendía embestir al Ángel era

alcanzado una y otra vez por los láseres y empezaba a arder. Una celda de gas delantera fue la primera en incendiarse. Lenguas de fuego aparecieron a lo largo de todo el casco, y pronto formaron zonas aún más incandescentes. Las brillantes llamas se elevaban a gran altura por encima del casco. Otra celda, en la parte central de la nave, se incendió. Devorada por el fuego, la nave moribunda pasó bajo el Ángel del Cielo, que seguía disparando rayos láser contra su cuerpo retorcido. Tanto la fascinaba el espectáculo, que tardó ciego tiempo en darse cuenta de a donde se dirigía el Señor del Cielo en llamas: directamente a su refugio.

La enormidad de la devastación sorprendió incluso a Milo. Sólo se veían naves en llamas. Ni una había escapado. Las diversas Ashleys las habían perseguido e incendiado. Y el valle estaba sembrado de restos de planeadores, muchos de los cuales también ardían. Algunos, en su confusión, se habían posado sobre los cascos de las naves de Ashley (Milo ya no las consideraba sus naves) y las tropas habían salido, pero no habían representado una amenaza real y su derrota había sido rápida.

Se volvió hacia las pantallas de control, que rastreaban el suelo. Había muchos supervivientes. A solas o en grupos huían de los calcinados Señores del Cielo, que habían sido su hogar desde que nacieran. Debía resultarles muy extraño pisar tierra firme, pensó Milo. Y sobre todo en circunstancias tan terribles. Muchos tenían la ropa chamuscada, y otros presentaban terribles quemaduras. Estos últimos no sobrevivirían mucho tiempo, aunque Ashley les dejara vivir. Hasta el momento no había disparado sobre ninguna de las figuras que escapaban.

—No me digas que estás dando muestras de una naturaleza misericordiosa, Ashley —ironizó—. Ahí abajo aún hay personas vivas.

—Me gusta verles correr así, asustados y enloquecidos. Además, estoy baja de energía. No quiero utilizar los láseres hasta que me haya recargado por completo.

—Sí, hoy has estado muy ocupada. ¿Qué hacemos ahora, o no debería preguntarlo?

—Quiero bajar a nuestros pasajeros aquí. No son más que parásitos. No les necesitamos.

—¿Te refieres a todos? —preguntó, alarmado—. ¿Vaciar toda la flota?

La idea no le entusiasmaba. ¿De qué servía ocupar una posición de poder si Ashley se deshacía de todos los súbditos?

—Sí, de todos y cada uno.

—Escucha, no nos precipitemos. Pensémoslo antes un poco.

—Ya lo he pensado. Quiero bajarlos —persistió Ashley.

—Hazme un favor y espera un poco, ¿quieres?

—¿Por qué? —preguntó Ashley, suspicaz.

—Ashley, sé razonable, ¿qué tiene de divertido desembarazarse de todos? Conserva algunos, como mínimo. Como diversión.

—¿Como diversión?

—Sí, te divierten, ¿no? Y podemos inventar juegos para ellos, juegos nuevos. Además, tengo buenas razones para querer quedarme con algunos de ellos.

—¿Como cuáles?

—Voy a necesitar compañía femenina.

—Me tienes a mí.

—Ya lo sé —contestó Milo, eligiendo sus palabras con mucho cuidado—, pero estoy hablando de carnes femeninas, de las cuales careces por completo, como deberás admitir. Ya conocías mis planes respecto a Jan. Bueno, ahora que te has librado de ella, voy a necesitar una sustituta. Quizá más de una, pensándolo bien. Deja que vaya de compras por la flota antes de empezar a lanzar por la borda a nuestros pasajeros.

—Muy bien —contestó Ashley, después de una larga pausa.

—Bien —dijo Milo, aliviado—. Bien, aparquemos el tema hasta mañana. Me gustaría estar bien lejos de esta zona antes de ir de compras.

—De acuerdo.

Un rato más tarde, mientras la flota se ponía en marcha hacia el sur, Milo contempló desde la parte posterior de la cabina de control el valle, del que se elevaban columnas de humo.

—Adiós, Jan —murmuró.

No era una instalación militar, sino una especie de tienda enorme, o mejor dicho, toda una serie de diferentes tiendas reunidas bajo un solo y gigantesco techo. Jan había llegado a esta conclusión después de adentrarse más en el edificio, mientras se desarrollaba el combate aéreo. La primera nave incendiada había pasado justo sobre su cabeza, escupiendo restos en llamas a su paso, hasta estrellarse a unos tres kilómetros. Había visto una gran bola de fuego elevarse sobre su casco destruido, y dudaba de que alguien hubiera sobrevivido a aquel infierno. Otra nave, alcanzada por los láseres, se incendió, y Jan vio que varios planeadores y muchos paracaidistas descendían del cielo. Un planeador había aterrizado muy cerca. Fue cuando Jan decidió llevar a Robin al interior del edificio.

Bajaban por la rampa. Jan observó que, si bien todos los escaparates de las tiendas estaban rotos, las tiendas aún contenían su mercancía, o los restos de su mercancía. ¿Por qué no habían saqueado el lugar?, se preguntó. Quizá había sido pasto de las plagas... La idea la preocupó, pero recordó que había sobrevivido a una larga estancia en la ciudad de la Torre del Cielo, un lugar diezmado por las plagas.

Más adelante descubrió el primer cadáver. Al principio pensó que se trataba de un amasijo de harapos, pero al acercarse distinguió huesos blanquecinos. Se detuvo a unos pasos de distancia y frunció el ceño. No podía ser uno de los primitivos habitantes; su esqueleto se habría convertido en polvo mucho tiempo atrás. No, los huesos pertenecían a un visitante más reciente. Y, a juzgar por el arma oxidada de cañón largo caída cerca, había sido un merodeador. Pero ¿qué le había matado? ¿El hambre? ¿La plaga?

Después de dejar a Robin sentado con las piernas cruzadas en la rampa y de secar la baba que resbalaba por su barbilla, se aproximó a los restos y movió las prendas podridas con la punta de la bota. Vio que el cuerpo había caído de bruces. Consiguió

desprender de la calavera una capucha. Se agachó y la examinó de más cerca a la escasa luz. Lo que vio la tranquilizó. Había una pequeña perforación en la nuca de la calavera, y cuando dio vuelta al cráneo distinguió el correspondiente agujero en la frente, justo entre los ojos. No había sido víctima de la plaga, sino de un rayo láser.

Fue hacia Robin. No habían avanzado mucho más cuando se toparon con otros tres amasijos de ropa y huesos. Una inspección superficial reveló que también habían caído de bruces. Daba la impresión de que, al igual que el primer cadáver, subían por la rampa cuando les dispararon por la espalda. ¿El resultado de una disputa entre diferentes facciones de su banda? Pero los merodeadores no tenían láseres...

Siguieron adelante. Jan frunció el ceño. Si los merodeadores no habían muerto a manos de otros merodeadores, ¿qué les había matado?

Un estruendo atronó el valle, penetró en el edificio cavernoso por el techo agujereado y despertó ecos por doquier. Otro Señor del Cielo derribado, supuso.

—¡Hola! ¿No les apetece entrar y ver nuestros productos?

Jan dio un brinco, sobresaltada. Se giró en redondo, casi soltando a Robin. La voz procedía del interior de la tienda ante la que pasaban. Distinguió una figura que se movía en su interior, y después apareció una mujer desnuda, que sonrió a Jan. Otras cuatro mujeres, también desnudas, la siguieron. La primera mujer, sin dejar de sonreír, ejecutó un veloz giro.

—Es hermosa, ¿verdad? Pertenece a nuestra nueva gama, procedente de la capital mundial de la moda, Melbourne, Australia. Está hecha de los últimos adelantos en biomaterial, como nuestras otras creaciones de Melbourne...

La mujer se volvió a medias para señalar a las cuatro mujeres alineadas detrás de ella.

Jan, transfigurada, contempló a las cinco mujeres desnudas. Su mente funcionaba a toda máquina. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían aquí? ¿Por qué iban desnudas? ¿Y de qué estaban hablando, en el nombre de Dios Madre?

—Entren, por favor, y prueben una. ¿Quizá la que yo llevo? Por ser una creación original, es muy razonable; sólo veintiocho mil dólares. Serán obsequiados con una copa del mejor champán japonés...

—¡Entren, por favor! —corearon las demás mujeres con entusiasmo.

Jan consiguió encontrar por fin su voz.

—¿Quiénes..., quiénes sois?

Las mujeres hicieron caso omiso de la pregunta.

—Hasta que una persona viva lleve estas creaciones, es imposible hacerse una idea real de su belleza. Las variaciones que experimenta la temperatura de la superficie de su cuerpo influyen en las bacterias, y los resultados son asombrosos...

Jan había observado algo extraño (bueno, más que extraño) en las mujeres. Carecían de ombligo. No son reales, se dijo. Son robots. Robots que parecían seres

vivos. En funcionamiento, después de tantos años. Activados automáticamente por su presencia. La energía debían proporcionarla placas solares situadas en el techo. Eso significaba que otras partes del establecimiento también podían cobrar vida...

—... el biomaterial también se adapta a las temperaturas exteriores, produciendo sutiles cambios en su estructura para su comodidad personal en todo momento...

Jan se acercó a la primera mujer y comprobó que su «carne» estaba moteada por la edad. Miró a los atractivos ojos del robot y dijo:

—¿Puedes verme?

—... la materia precisa de un mantenimiento mínimo... Mojarla en agua destilada una vez a la semana...

Ninguna reacción. Un programa de funcionamiento tosco, muy básico, decidió Jan. Hundió con cautela el dedo índice en el brazo del robot. El dedo no encontró ninguna resistencia y penetró en la superficie de similipiel con un leve «pop». Jan retiró al instante el dedo. Notó que había dejado un agujero en su brazo.

—... por supuesto, el material nunca se ensucia. Repele las sustancias no biológicas; consume las materias biológicas.

Jan comprendió ahora que el robot se refería a algún vestido antiguo u otra prenda de ropa que se había podrido mucho tiempo atrás. Los robots eran maniqués. Maniqués que caminaban y hablaban. Por algún motivo, esta idea la entristeció terriblemente y quiso alejarse de ellos. Se volvió y salió corriendo de la tienda. Oyó que el maniquí decía a su espalda:

—Lamentamos que no pueda quedarse más rato. Vuelva a pasar cuando tenga más tiempo, por favor. Siempre estamos aquí.

Jan puso en pie a Robin y advirtió, disgustada, que había vaciado su vejiga mientras ella estaba en la tienda. Se ha convertido en un niño, comprendió. El golpe en la cabeza había transformado, instantáneamente, al joven inteligente y fuerte en un niño indefenso. Cuán frágiles somos, pensó, y se preguntó si las lesiones serían permanentes o volvería a la normalidad. Si recibía tratamiento, en cualquier caso, y no parecía posible.

Continuaron bajando. Jan inspeccionaba cada tienda ante la que pasaban, temerosa de que más autómatas reaccionaran a su presencia. Aunque surgieron voces grabadas de un par de establecimientos, instándoles a entrar y echar una ojeada, no distinguió señales de movimiento. Se encontraron con dos cadáveres más y Jan se preguntó qué había ocurrido en este lugar tantos años atrás.

Poco después, Jan distinguió algo familiar en una tienda. Detuvo a Robin y escudriñó el interior de la tienda. Ballestas. Filas y filas de ballestas. De un diseño mucho más elaborado que las utilizadas en Minerva, pero ballestas a fin de cuentas. Se sentó en la rampa. Después, entró y sacó una de su estante. Estaba bien conservada y parecía lista para ser utilizada. Le intrigó que la gente de la Antigua

Ciencia necesitara un arma tan primitiva, cuando tenían pistolas y láseres. Paseó la mirada por la tienda. Sus otros productos incluían hileras de cañas de pescar, así como largas y estrechas cintas de un material parecido al plástico con zapatos metálicos sujetos a sus centros, descubrimiento que la asombró todavía más.

Localizó una provisión de flechas de ballesta en una agrietada vitrina, guardó varias en su mochila, deslizó un par en su cinturón y regresó a la rampa, donde, con cierto esfuerzo, amartilló el arma. El mecanismo estaba duro, pero parecía en perfecto estado.

—Vamos a ver si aún funciona —dijo a Robin.

Le alegraba volver a tener una ballesta. Significaba que, cuando la carga de la pistola se terminara, no estarían del todo indefensos. Encajó una flecha en la ranura, apuntó sobre la barandilla de seguridad de la rampa, apoyó con fuerza la culata de la ballesta contra su hombro y apretó el gatillo. La ballesta rebotó vigorosamente cuando sintió la sacudida del proyectil. Jan se volvió y sonrió a Robin.

¡Funciona!

Él siguió sentado, mirando a la lejanía.

—¡Atención! ¡Ustedes dos! ¡Quédense donde están!

Era una voz de hombre. Una voz áspera, que provenía de más abajo de la rampa. Una esfera baqueteada de metal, de unos sesenta centímetros de diámetro, se dirigía a toda velocidad hacia ellos. Se movía por el aire a un metro de la superficie de la rampa, agitándose de un lado a otro. Jan distinguió el brillo de varios sensores y un láser montado sobre su costado.

—Dejen en el suelo la mercancía robada y levanten las manos. Obedezcan las instrucciones y no sufrirán ningún daño. Si intentan huir, quedarán incapacitados.

El aparato se encontraba a unos cuarenta metros de distancia. Jan dedujo que era una especie de artilugio de seguridad automático, que aún funcionaba, como los maniqués. Se agachó a toda prisa y dejó la ballesta en el suelo. Mientras lo hacía, la esfera disparó su láser. El rayo pasó a unos treinta centímetros de su cabeza. De pronto, supo lo que les había ocurrido a aquellos merodeadores.

El duque du Lucent blasfemó cuando su pierna herida falló bajo su peso y le envió rodando sobre una floración de hongos viscosa y maloliente.

—¿Os encontráis bien, sire? —le preguntó el técnico jefe, mientras se esforzaba por incorporarle.

—Me he sentido mejor en otras ocasiones, Lamont. ¿Cuánto creéis que falta?

—No mucho más de un kilómetro —respondió el técnico jefe. Ambos se referían a un enorme y prominente edificio que parecía ofrecer la perspectiva de abrigo y refugio. Se veía desde que habían aterrizado, pero se habían internado en un pequeño bosque en que los hongos, muchos pegoteados a troncos de árboles muertos, crecían en enfermiza profusión.

Su partida consistía en otros cinco hombres. Dos eran tecos, y tres soldados. El duque sabía que había muchos más supervivientes del *Lord Mordred*, pero hasta el momento no habían encontrado más. También sabía que un gran número había perecido cuando el Señor del Cielo se estrelló. Todos los siervos a los que se había negado el privilegio de poseer un paracaídas, por supuesto. Muchos nobles y hombres libres se habrían estrellado junto con el *Lord Mordred*. Ambas clases habían abrazado la moda de despreciar la posesión de un paracaídas (la consideraban un signo de debilidad moral), y muchos habían sido convertidos en prendas de vestir tiempo atrás. El duque du Lucent no había aprobado tal actitud y tenía paracaídas guardados en diversos puntos del *Lord Mordred*, incluyendo uno bajo su trono de la cabina de control.

Pero incluso aquellos que tenían paracaídas en perfecto estado habrían tenido problemas para huir a tiempo del Señor del Cielo en llamas. El duque había contado con la ventaja de hallarse en la cabina de control, lo cual le permitió una rápida huida, una vez funcionaron los viejos pestillos explosivos de las escotillas de emergencia. El salto había sido horroroso. Tras un breve momento de alivio cuando el paracaídas se abrió (se alegró mucho de haber ordenado que verificaran todos sus paracaídas cada cierto tiempo), siguió un largo período de puro terror cuando escombros en llamas llovieron a su alrededor. Estaba seguro de que el paracaídas se incendiaría. Vio a otros que sufrían esa suerte; les vio pasar a su lado con ellos en llamas, inútiles... Oyó sus chillidos...

Luego llegó el aterrizaje sobre el yermo y el intensísimo dolor en su rodilla derecha cuando su pierna se torció bajo su cuerpo. El técnico jefe, que había saltado después de él, cayó muy cerca y juntos habían contemplado la muerte del *Lord Mordred*, con una lenta agonía, cuando se estrelló contra el suelo.

Cuando el gran casco, en llamas de proa a popa, se derrumbó sección por sección, el duque comprendió que estaba contemplando la muerte de todo aquello que apreciaba. Había perdido, en aquella terrible deflagración, todas sus posesiones, su riqueza, su familia, sus súbditos, todo su mundo. Y por culpa de aquel maldito El Rashad... y Robin, el jovenzuelo traidor.

Ahora, mientras avanzaba con penosos esfuerzos por la ciénaga de hongos hacia lo que parecía el único refugio posible de la zona, se juró que, si encontraba algún día a cualquiera de los dos, su venganza sería terrible.

Jan rodó sobre la rampa, sacando el arma del cinturón mientras se movía. La esfera estaba ya muy cerca. Disparó su láser de nuevo; Jan olió a polvo quemado. Había fallado por poco. No tuvo tiempo de comprobar si Robin se encontraba bien. Apuntó el arma, confiando en que la carga no se hubiera agotado.

—¡Atención! ¡Atención! Parece que el sistema no funciona bien... Abandonen pues la zona, por favor...

El rayo de Jan alcanzó a la esfera. Los sensores se rompieron y el artilugio se inmovilizó a unos dos metros de distancia, agitándose con violencia. Jan apretó de nuevo el botón de disparo, pero esta vez no surgió el rayo. La carga se había agotado.

—¡Atención! —insistió la esfera en voz muy alta—. ¡Se ha producido una grave avería en los sistemas!

Entonces, cayó. Se hundió unos centímetros en la superficie de la rampa. Debía de ser muy pesada. Emitió sonidos entrecortados.

—Este sistema de seguridad es una cortesía de la compañía Coca Cola —dijo a continuación, en tono mucho más agradable—. Sin embargo, la compañía Coca Cola no acepta ninguna responsabilidad por cualquier reclamación legal que pueda resultar de las acciones llevadas a cabo por este sistema en el cumplimiento de sus deberes programados. Gracias, y recuerden: ¡Coca Cola, la chispa de la vida!

La esfera enmudeció por completo.

Jan se incorporó con cautela. La esfera continuó inactiva. Se volvió y dirigió una rápida mirada a Robin. Parecía ileso, y su rostro continuaba inexpresivo. Se puso en pie poco a poco, los ojos clavados en la esfera, atenta al menor movimiento. Después, como prueba final, recogió la ballesta. La esfera no reaccionó. Entonces se convenció de que la había destruido.

—Este lugar ya no me parece seguro —dijo a Robin, mientras amartillaba la ballesta—. Puede que haya más de estos robots chalados. Lo más lógico sería devolver la ballesta a la tienda, pero es la única arma que nos queda. ¿Qué opinas?

Robin no contestó, por supuesto. Jan suspiró. Se sentía muy sola. Colocó otra flecha en la ballesta, fijó el seguro y hundió la culata de la ballesta en la mochila.

—Vamos —dijo, levantándose—. Será mejor que volvamos arriba y acampemos cerca de la entrada, por si tenemos que salir de aquí a toda prisa.

Jan subió con Robin por la rampa, vigilando la aparición de alguna esfera mortífera. Cuando pasaron frente a la tienda de modas, la abordaron de nuevo las cinco maniqués desnudas. Esta vez, consideró la experiencia extrañamente inquietante.

Se sintió más tranquila cuando llegaron a la entrada, pero su alivio duró poco. Los dos hombres que saltaron sobre ella desde el interior de una tienda la cogieron por

sorpresa. Ambos portaban rifles. Uno hundió la culata de su rifle en el estómago de Jan. Cuando cayó, casi sin respiración, vio que el otro lanzaba la culata de su arma contra la sien de Robin. Intentó chillar, pero no pudo. «¡Dios Madre, ahora sí que le han matado!». Se desplomó sobre sus manos y rodillas, y trató en vano de recuperar el aliento. Oyó que Robin caía a su lado y notó que sacaban la ballesta de su mochila. Una bota se deslizó bajo su caja torácica y la forzó a dar la vuelta. Se quedó tendida, las rodillas dobladas sobre el estómago. Tenía la sensación de que una enorme roca lo oprimía. Seguía sin poder respirar y todo daba vueltas a su alrededor. Entonces, una figura apareció ante sus ojos. Iba vestida de negro y llevaba una capucha también negra. Le dirigió una sonrisa; después, miró a Robin y su expresión cambió. Primero expresó incredulidad, después ira, y Jan vio que extraía del cinturón una daga de plata manchada de sangre...

A pesar de la mueca de dolor que desfiguraba su rostro, el duque du Lucent comprendió que la muchacha era bonita. Luego, concentró la atención en su acompañante, que uno de sus hombres había vuelto boca arriba. El duque reaccionó con estupor. Pese al vendaje, reconoció al instante al joven. El duque sacó su daga.

—Así que después, de todas las pruebas a que me ha sometido Dios, ha puesto en mis manos a uno de los causantes de mi desgracia.

Pateó a Robin en la pierna. El joven se removió, pero no abrió los ojos. Manaba sangre del vendaje que rodeaba su cabeza.

—¡Despierta, maldito seas! —le gritó el duque—. ¡Despierta para que yo pueda rebanarte el pescuezo!

—¡No! —jadeó la chica en americano, con dificultad—. Déjale en paz... Está herido... Morirá...

—Desde luego, querida mía —respondió el duque en el idioma de Jan—. Porque voy a matarle.

—No... ¡No le toques!

La chica se arrojó sobre Robin y le protegió con su cuerpo. Era un cuerpo delicioso, observó el duque cuando la túnica se alzó por encima de sus muslos, y una momentánea llamarada de deseo se mezcló con su ira.

—Apártate de él —la advirtió—. Tengo muchas deudas que saldar con tu... amigo.

En aquel momento, el joven gimió y abrió los ojos.

—Tengo sed... Mucha sed...

La chica se apartó, sorprendida.

—¡Robin! ¡Has recuperado el habla! Oh, gracias a Dios Madre...

El duque apartó a la muchacha de un empujón. Dedicó una sonrisa cruel a Robin.

—Hola, Robin. ¿Te acuerdas de mí?

Robin hizo una mueca y se tocó la cabeza, en el punto donde manaba sangre del

vendaje.

—Mi cabeza... Me duele...

—No me sorprende —dijo el duque, y agitó la daga ante su rostro. La chica intentó protegerle de nuevo, pero uno de los desconocidos la sujetó—. Robin, ¿te acuerdas de mí? —repitió el duque.

—Sí... Sois el duque. El duque du Lucent. —Frunció el ceño y miró a su alrededor—. ¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estamos? —Sus ojos se posaron en Jan, sujeta por el hombre del duque—. ¿Quién eres tú? Creo que te conozco, pero... Dios, tengo tanta sed...

—Robin, ¿no me recuerdas? —gritó la muchacha, angustiada.

Él no contestó, pero se tocó la cabeza y gimió.

—¿Tenéis agua? —preguntó el duque a Jan. Ella asintió—. Pues dale un poco. No quiero que muera de sed antes de matarle.

Indicó a su esbirro que la soltara y la miró mientras sacaba una cantimplora de la bolsa que cargaba a la espalda. Se arrodilló junto a Robin y acercó la cantimplora a su boca.

—Por cierto —dijo el duque—, ¿quién eres tú?

La joven le dirigió una breve mirada.

—Me llamo... Melissa.

—¿Melissa? —dijo el duque, que había notado la vacilación. Inspeccionó su cuerpo con minuciosidad—. ¿Y cómo has llegado aquí, Melissa? Más aún, ¿cómo ha llegado él aquí? La última vez que le vi estaba posando su infernal máquina voladora en el casco del Ángel del Cielo. ¿Qué pasó? ¿Rechazó sus servicios la Mujer del Cielo? ¿Qué le ocurrió a su máquina? ¿Está cerca?

La chica apartó la cantimplora de los labios de Robin, aunque el herido deseaba beber más, y miró al duque.

—La máquina sigue en el Ángel del Cielo. La Mujer del Cielo ya no existe. Una mecaraña la mató... El mismo robot que casi mató a Robin. El Ángel del Cielo y sus mecarañas, y el resto de la flota, se hallan ahora bajo el control de un ordenador. El ordenador ha enloquecido...

El duque se acarició la barba con aire pensativo, preguntándose hasta qué punto había dicho la verdad. Desde luego, a juzgar por lo que sabía del anterior comportamiento de aquella mujer misteriosa, la carnicería de hoy no era propia de ella.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó.

—El ordenador nos expulsó a los dos y nos bajó a tierra, a cierta distancia. Caminamos hasta aquí. Era el lugar más lógico al que dirigirse.

La última parte de su respuesta era cierta, pensó el duque. Él y sus hombres se habían encaminado automáticamente hacia la imponente fortificación. Entonces, se le

ocurrió que tal vez los demás supervivientes habían tenido la misma idea. No sólo los supervivientes de su gente, sino los procedentes de los otros Señores del Cielo, incluido El Rashad. Se volvió hacia uno de los tres soldados.

—Salid y vigilad desde un sitio discreto. Temo que no hayamos sido los únicos en dirigirnos hacia aquí.

El hombre hizo una reverencia y se marchó. El duque se volvió de nuevo hacia la muchacha, que se había levantado y le plantaba cara. Sus ojos estaban a la misma altura.

—¿Así que ese malvado ordenador, que mató a la Mujer del Cielo y casi hizo lo mismo con Robin, os dejó en tierra? Un acto misericordioso de un ordenador que ha enviado a miles de personas a la muerte en el día de hoy.

—El ordenador se comporta de una forma caótica —replicó la joven—. Ya te he dicho que está loco.

—¿De veras? ¿Y cuál era tu cargo en el Ángel del Cielo?

—¿Mi cargo? —vaciló—. Yo era..., hum, la criada personal de la Mujer del Cielo. Lo he sido desde que tuve edad para trabajar, en Minerva.

—¿Eres minervana?

—Sí, y estoy orgullosa de serlo.

El duque volvió a mirar a Robin. El joven parecía enfermo, perplejo y asustado. Muy diferente del jovencuelo confiado y altivo que había abordado el *Lord Mordred*. No sería divertido matar a esta ruina humana. Decidió permitir que el joven se recuperara un poco, si podía, antes de satisfacer sus ansias de venganza.

—¿Cómo se llamaba esa Mujer del Cielo que ha muerto?

—Jan Dorvin —respondió sin vacilar la muchacha.

El joven emitió un leve gemido y el duque se distrajo. Vio que tenía el ceño fruncido; intentaba recordar algo.

—Robin, ¿qué recuerdas de Jan Dorvin?

—No me acuerdo... de nada. Me duele mucho la cabeza.

Su voz era más enérgica. El agua le había ayudado.

—Te acuerdas de mí. Recuerdas que estuviste en el *Lord Mordred*. Te acuerdas de Andrea...

—Sí... Andrea. ¿Dónde está?

El duque no quiso pensar en eso.

—Recuerdas que volaste hasta el Ángel del Cielo en tu máquina. Debiste conocer a la Mujer del Cielo, a esa tal Jan Dorvin. Le ofreciste tus servicios, como a mí.

—Me acuerdo de Andrea..., del *Lord Mordred*..., de vuestro hijo..., del duelo..., de Andrea..., pero de nada más...

—Bien, Robin, será un gran placer para mí refrescarte la memoria... cuando te sientas mejor...

Pasos. El duque se giró en redondo. Era el técnico jefe, que había ido a explorar por su cuenta y regresaba por la rampa.

—Sire, no creo que este lugar sea una fortaleza.

—No lo es —afirmó la muchacha—. Es, o era, una especie de gigantesco mercado. Hay miles de tiendas diferentes.

—¿Estás segura? —preguntó el duque, decepcionado.

—He estado abajo. No cabe duda.

—¿No hay armas?

Jan indicó la ballesta que sostenía uno de sus guardianes.

—Montones como ésa. Nada más. Claro que no he explorado todo el lugar, tan sólo una parte de abajo. No he ido arriba.

—Tampoco habrá comida, supongo.

—Vi latas en algunas de las tiendas, pero no quiero ni pensar en lo que contendrán después de tantos años.

El duque asintió con aire pensativo.

—Es extraño que no saquearan este lugar. Una plaga, ¿no crees?

—Yo pensé lo mismo, y quizá fue así. El agujero del techo parece causado por un misil. Por lo que sé de las Guerras Genéticas, los únicos misiles que se dispararon estaban llenos de virus.

—Sí —reconoció el duque. El lugar no debía entrañar ningún peligro ahora.

—Descubrí otra explicación de que nunca hubieran saqueado el lugar —prosiguió la muchacha—. Cuando cogí la ballesta, activé un artilugio de seguridad. Casi me mató. Creo que lo destruí, pero puede que haya más. Por eso volvimos aquí.

Más pasos, esta vez de alguien que corría. El hombre que el duque había enviado fuera corría hacia el amplio túnel de entrada.

—¿Qué pasa? —gritó el duque.

—Un grupo de gente viene hacia aquí, sire. Acaba de salir del yermo. Llegarán dentro de unos diez minutos. He contado veinte, aunque puede que vengan más. Vi armas. Rifles, espadas, hachas...

—¿Te vieron?

—Juraría que no, sire.

—Esperemos. El elemento sorpresa es la única ventaja que tenemos. —Miró a su alrededor y habló a sus soldados—. Escondeos bien, pero elegid lugares que os permitan disparar a placer. —Se agachó y recogió la ballesta de la muchacha, comprobando que estaba cargada—. ¿Tienes más flechas?

Jan asintió y señaló su mochila. El duque buscó en su interior, sacó un puñado de proyectiles y los guardó en el cinturón.

—Llevad a Robin y a la chica allí —dijo al técnico jefe y a sus dos ayudantes, todos desarmados, indicando el sombrío interior de una tienda cercana—. Escondeos

todos y no hagáis el menor ruido.

Mientras obedecían sus órdenes, el duque subió corriendo por la rampa y se ocultó tras una columna decorada. Comprobó la ballesta por segunda vez y esperó, la espalda apretada contra la columna. No confiaba mucho en sus posibilidades. Tres rifles y una ballesta contra un grupo de veinte hombres armados. ¿Hombres de El Rashad? Posiblemente. Quizá El Rashad se contaba entre ellos. El duque habría dado cualquier cosa por atravesar con un dardo la cabeza de aquel idiota, pero Dios ya le había entregado hoy uno de sus enemigos. Cazar a los dos sería esperar demasiado, incluso de Dios.

Oyó pasos que resonaban en el ancho túnel de entrada. Se tensó, posó el dedo sobre el gatillo y esperó a que los intrusos salieran del túnel. Espera. Aún no... Espera... ¡Ahora!

Se giró en redondo, arrodillándose y apoyando la culata de la ballesta en su hombro.

—¡Fuego! —gritó a sus hombres.

Casi había apretado el gatillo cuando reconoció varias caras del asustado grupo.

—¡No disparéis! —gritó con desesperación.

No se produjeron disparos. Sus hombres también habían reconocido a los recién llegados.

El duque se levantó y caminó con paso lento hacia las dos personas que encabezaban el grupo.

—Saludos, queridos hijos —dijo con voz tensa.

El príncipe Darcy y la princesa Andrea, cuyos rostros y ropas estaban cubiertos de suciedad, le miraron con incredulidad.

—Santa María —murmuró un robusto soldado que se encontraba detrás de ellos—. ¡Si es el duque!

—Padre... —empezó Darcy, incapaz de proseguir. Andrea le miró con su único ojo.

El duque levantó una mano.

—No, por favor, ahorraos vuestras exclamaciones de alegría y gozo. No tenéis que decirme cuán felices os sentís al verme sano y salvo... Mi corazón no me engaña.

Darcy tragó saliva.

—Por supuesto que estoy, estamos, muy complacidos de verte vivo, padre..., pero ¿cómo escapaste? Estábamos seguros de que habías perecido con el *Lord Mordred*.

—Por poco, pero logramos reducir a aquellos malditos esbirros de El Rashad y abrir una escotilla de la cabina de control. ¿Cómo habéis conseguido sobrevivir vosotros dos? ¿Y esos otros?

—Íbamos al mando de un planeador. Despegamos en cuanto los láseres empezaron a alcanzar al *Lord Mordred* —dijo Darcy.

El duque examinó a las personas que se apretujaban detrás de sus hijos. Todos hombres, y soldados a juzgar por su aspecto.

—Ah, y mi amada esposa... ¿os acompañó?

—Madre se negó a huir —replicó con frialdad Andrea—. Dijo que prefería morir en el *Lord Mordred* a sufrir la humillación de convertirse en una lombriz.

—Oh, qué pena —suspiró el duque. Respiró hondo—. Pero la vida ha de continuar, incluso en estas tristes circunstancias. —Miró a Darcy—. Como ibais en un planeador y estáis aquí, ¿debo deducir que fuisteis derribados por el Ángel del Cielo, o por alguna otra nave de esa maldita Mujer del Cielo?

—Fuimos alcanzados en una ocasión por un láser —explicó Darcy—. Se prendió fuego en la cabina principal. Mucho humo, pero logramos extinguirlo. Nuestra intención era alejarnos de los yermos, y casi lo conseguimos. Toda la flota de la Mujer del Cielo se dirigía hacia el sur, así que nosotros volamos hacia el norte y... nos topamos con las fuerzas de El Rashad.

—¿Las fuerzas de El Rashad? —preguntó el duque, perplejo—. ¿Cómo es posible que hubiera tantos supervivientes de *La Espada del Islam*? Habrá ardidado en llamas, como el *Lord Mordred* y los otros.

—No. Se estrelló, cierto, pero apenas ardió. Quedó averiado al pie de la cordillera que constituye la frontera norte de este valle. El fuego no ocasionó grandes daños. *La Espada del Islam* aún debía ir cargado de helio. Vimos mucha gente que trabajaba alrededor de la nave siniestrada. Y por encima volaban multitud de planeadores. Abrieron fuego sobre nosotros. Uno nos dio caza, obligándonos a retroceder. Por fin, nos resultó imposible mantener la altitud necesaria y aterrizamos cerca de aquí... en mitad de ese yermo repugnante.

Andrea se estremeció.

—Fue horrible. Plagado de cosas...

—Lo sé —dijo el duque, recordando su encuentro con algo parecido a una bola rodante compuesta de gusanos blancos entrelazados.

—Y va a empeorar —dijo Darcy—. Vimos varios extraños seres voladores. Cosas grandes, que se internaban en el valle. Atraídas por el olor a muerte. Vimos un reptil que debía de medir quince metros desde la cola a la cabeza. Nuestro plan era refugiarnos aquí hasta que el festín hubiera terminado.

—Sí, es lo más prudente —aprobó el duque—. Debemos fortificar esta entrada lo mejor posible y buscar las otras. No puede ser la única en un lugar de este tamaño. Es una suerte que os acompañen tantos hombres. Ahora tenemos más posibilidades, mientras que antes... —Se encogió de hombros y sonrió a sus hijos—. Antes que nada, dejadme mostraros algo que suavizará los padecimientos de este día aciago. —Llamó con un gesto al técnico jefe, que había salido de la tienda—. Saca a nuestros prisioneros.

El príncipe miró rápido al duque, con el ceño fruncido.

—¿Prisioneros? ¿Quiénes...?

—Ya lo verás —dijo el duque, con una sonrisa de satisfacción.

Cuando Andrea reconoció a Robin, sostenido entre dos techos, emitió un sonido a medio camino entre un jadeo y el siseo de una serpiente. Darcy se quedó de una pieza.

—¿El traidor... aquí? ¿Cómo es posible...?

—Bueno, tengo mis métodos —dijo el duque, disfrutando del momento.

—¿Andrea? ¿Eres tú?

Robin había reconocido a Andrea. Una sonrisa iluminó poco a poco su cara. Se alegraba de verla. A pesar de su rabia hacia el joven, el duque le compadeció en su interior. Andrea se precipitó sobre él y alzó la mano. Su intención era clara. Estaba a punto de golpearle cuando la muchacha se liberó de la presa del técnico jefe y asió el brazo de Andrea.

—¡No! —gritó—. ¿No ves que está herido?

Andrea soltó su brazo y miró a la chica, fijándose en ella por primera vez.

—¿Quién coño eres tú?

El duque se interpuso rápidamente.

—Estaba en el Ángel del Cielo, gatita. Era una criada de la Mujer del Cielo, Jan Dorvin, que al parecer ha muerto.

—¿De veras? Estupenda noticia. Y me encantará enseñar buenos modales a su sirvienta, para castigar su insolencia hacia mí..., más tarde. —Se volvió hacia Robin, que la miraba confuso—. Así que al petirrojo^[1] le han cortado las alas, ¿eh? Bien, no es lo único que le van a cortar.

—Andrea —tartamudeó Robin—, no entiendo qué está pasando... ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué le ha pasado a... tu ojo?

Andrea le dio la espalda.

—¡Balcombe! —gritó.

Un fornido soldado se adelantó.

—¿Sí, alteza?

—Haz que tus hombres desnuden a este canalla. Atad sus muñecas a la barandilla de ese balcón...

—¡No! —gritó la muchacha. Se lanzó hacia Andrea, pero el técnico jefe la sujetó. Balcombe, a quien el duque recordaba vagamente como sargento de su ejército, por haberse cruzado con él una o dos veces, miraba a la princesa con expresión interrogativa.

—Obedece —dijo el príncipe Darcy, al cabo de unos momentos.

Balcombe indicó a dos soldados que procedieran.

—¡No! —chilló la muchacha, debatiéndose violentamente. Andrea desvió la vista

hacia ella, y después hacia Balcombe.

Átala y amordázala.

—Sí, alteza —respondió Balcombe, vacilante—. ¿Qué utilizamos, a modo de cuerdas?

—¡Y yo qué sé! —barbotó Andrea—. ¡Utilizad vuestros cinturones, si no se os ocurre nada mejor!

Siguieron sus indicaciones. El duque ya había adivinado las intenciones de Andrea.

—Sé lo que sientes y yo también había planeado vengarme de este ser execrable, pero fíjate en él: la herida de la cabeza le ha hecho perder la cordura. Mutilarle en este estado no te reportará ninguna satisfacción. Espera a que se haya recobrado un poco, como era mi intención.

Andrea no le prestaba la menor atención. Había sacado su daga y estaba examinando la hoja.

—No está muy afilada, pero da igual.

Robin estaba sentado con la espalda apoyada contra el balcón, las muñecas atadas a la barandilla por encima de su cabeza. Expresaba todavía la mayor confusión y no tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo. La muchacha, a pesar de sus firmes ligaduras, se debatía fieramente entre dos techos. La tosca mordaza ahogaba los sonidos que emitía, pero el duque sabía que eran gritos.

Andrea se inclinó sobre Robin y le examinó durante un rato.

—Cogedle por los pies y separad sus piernas —ordenó a los soldados que habían atado al joven a la barandilla.

Obedecieron sus instrucciones. Andrea se arrodilló entre las piernas de Robin.

—¿Andrea? —musitó Robin, todavía perplejo.

La princesa alzó su escroto con la mano izquierda y comenzó su sangrienta tarea, sin expresar la menor emoción.

La hoja estaba muy poco afilada, en efecto, y el trabajo fue lento. El duque se alejó a los pocos instantes, presa de náuseas. Mientras los chillidos de Robin aún resonaban en sus oídos, miró hacia el agujero del techo y meditó sobre el carácter de su hija. Imaginaba que llevaría las cosas hasta este extremo, pensó. Igual que su madre.

Un hombre se apartó bruscamente de la hilera de gente que atravesaba la bodega y se lanzó hacia Milo. Éste vio que había extraído de sus andrajos una corta barra de metal terminada en punta. Ninguna de las mecarañas que azuzaban a la reacia serpiente de personas (todas cargadas con su patético fardo de posesiones) le persiguió. Las dos mecarañas que, en teoría, protegían a Milo no hicieron ademán de interceptarle.

—¡Detenedle! —gritó Milo, pero las mecarañas permanecieron inmóviles.

El hombre se encontraba a escasos metros de distancia. Chillaba mientras corría, el ansia de matar reflejada en sus ojos. Sus acompañantes se detuvieron y contemplaron la escena con indisimulado placer. Algunos le vitorearon.

—¡Detenedle! —repitió Milo, y su voz se quebró. Empezó a retroceder, pero no había escape posible...

Ya estaba muy cerca. Y el tiempo transcurrió más despacio, proporcionando a Milo la oportunidad de estudiar en detalle la cara congestionada y enfurecida del hombre. Milo levantó el brazo para protegerse del arma improvisada, pero sabía que toda la ventaja estaba de parte del hombre corpulento. Milo sabía que iba a morir. Por segunda vez.

En el último instante, una mecaraña se lanzó de pronto hacia adelante y extendió al mismo tiempo uno de sus brazos, terminado en una herramienta cortante. El hombre no tuvo tiempo de reaccionar. Se precipitó hacia el brazo, empalándose por culpa de su propio impulso. El brazo le atravesó de parte a parte. Gruñó y se inmovilizó de súbito. El extremo aguzado de la barra que sostenía se detuvo a escasos centímetros del brazo levantado de Milo. Los ojos del hombre agonizante se encontraron con los de Milo. Estaban henchidos de odio. Intentó lanzar la barra contra Milo, pero había perdido las fuerzas y el objeto cayó al suelo. Brotó sangre de la boca del hombre, y su cabeza cayó hacia adelante. Había muerto. La mecaraña retiró su brazo y el cuerpo se derrumbó.

—Estabas asustado, ¿eh? —dijo Ashley, por mediación de la mecaraña.

«Por supuesto que sí, puta», masculló Milo. Su corazón latía violentamente. Se elevaron gritos de decepción y desengaño de los espectadores y varios hombres intentaron abandonar la fila, pero las mecarañas actuaron con celeridad esta vez y les rechazaron.

Milo recobró la confianza al instante.

—¡Seguid adelante! —gritó—. ¡Subid a la cesta! ¡Vuestro nuevo hogar os aguarda!

Cuando las mecarañas obligaron a la multitud a moverse, una mujer chilló.

—¡Asesino! ¡Quieres matarnos a todos! ¡No podemos vivir en el suelo! ¡Todos

moriremos!

—No me culpe a mí, señora. La idea no ha partido de mí —replicó—. Estoy tan sometido a los caprichos de los programas del ordenador como vosotros. Consideraos afortunados por no haber sido lanzados a ese valle emponzoñado, como era su intención inicial. Bajo nosotros se extiende tierra impoluta y sólo unos días a pie os separan de varias comunidades. Organizaos y conquistadlas. Sois bastantes, por el amor de Dios...

Con todo, sospechaba que los supervivientes de los diferentes Señores del Cielo no tardarían en luchar entre sí, antes que unirse para sobrevivir en el suelo. Así era la naturaleza humana.

La cesta estaba llena. Una mecaraña cerró las puertas y la cesta, atestada de seres humanos, descendió a tierra. Milo sabía que escenas similares tenían lugar en otras bodegas de *La Brisa Perfumada*, como en los restantes Señores del Cielo. A excepción del *Lord Montcalm*.

Había surgido otro enojoso problema. El programa Ashley que controlaba el *Lord Montcalm* no había secundado la decisión de Ashley 1 de expulsar a todos los pobladores del cielo. La Ashley del *Montcalm* quería conservar a su población, por la razón que Milo había sugerido a Ashley 1: para divertirse. Las dos Ashley habían sostenido una violenta disputa sobre el tema, y durante un rato Milo temió que la discusión culminara en un enfrentamiento aéreo entre el Ángel del Cielo y el *Lord Montcalm*, cuyo probable desenlace habría sido la destrucción mutua. Por fin, había logrado calmar a Ashley 1 y la crisis se había superado. Sin embargo, había faltado un pelo.

Mala señal. Muy mala señal. Significaba que los programas Ashley se iban deteriorando. El Ashley del *Lord Montcalm* había sido la última copia de Ashley. Ardía en deseos de eliminarla del biosoftware, pero no se le ocurría cómo. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Se desintegrarían por completo las personalidades Ashley? Eso esperaba. Entonces, podría entenderse directamente con Carl. El peligro residía en que, antes de que las Ashleys se convirtieran en diseños electrónicos y químicos inofensivos, hicieran algo catastrófico impulsadas por su locura y le arrastraran con ellas a la extinción...

Estos pensamientos deprimentes se interrumpieron bruscamente cuando Milo reconoció a alguien en la hosca multitud que esperaba.

—¡Hola, Benny! —gritó, desde una prudente distancia—. ¿Te acuerdas de mí?

El hombre se sorprendió al oír que le llamaban por su nombre. Contempló a Milo con el ceño fruncido.

—¿Me conoces? —preguntó.

—Oh, sí, muy bien, Benny. Solíamos trabajar juntos. Mejor dicho, yo trabajaba y tú me supervisabas. A mí y a los demás esclavos. Los limpia cristales. En el *Lord*

Pangloth. Por cierto, ¿cómo está el exmaestre cofrade Bannion?

—Murió hace un año —contestó Benny, entornando los ojos con aire suspicaz—. No pudo soportar el cambio de dieta. ¿De qué le conocías?

—Ya te lo he dicho; de lo mismo que te conozco a ti. Yo era un limpia cristales.

—No me acuerdo de ti. Además, eres demasiado joven para haber trabajado de limpia cristales.

—Soy Milo, Benny —rió Milo.

—¿Milo? Tú no eres Milo, sino un... crío travieso. He oído que Milo murió en el suelo.

—Sí que murió, pero yo soy Milo, más o menos. Soy su..., bueno, clon sería lo más aproximado a la verdad. Sabes lo que es un clon, ¿verdad?

Era obvio que sí, porque la expresión de Benny proclamó que estaba muy alarmado.

—Observarás el parecido, Benny, a pesar de mi edad. —Se tocó la calva—. Ah, sí, ya veo que empiezas a entenderlo. Pasamos buenos ratos, ¿eh, Benny? ¿Te acuerdas de cuando cortaste la cuerda de seguridad de Jan?

Benny retrocedió y tragó saliva, nervioso.

—Joder, tú eres Milo —dijo.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño. Además, de no ser por ti no habría conocido a Jan. ¿Recuerdas el día que entraste con ella en nuestro recinto de esclavos y la regalaste al pobre Buncher?

—Sí... Siempre lo recordaré. Aquella puta traía mala suerte. Su llegada a bordo... fue el principio de todos los cambios, de los cambios nefastos. Cuando pienso en lo cerca que estuve de matarla... si lo hubiera hecho, estoy seguro de que todo habría seguido igual, como en los viejos tiempos.

—Por favor, Benny, estás hablando de mi madre —sonrió Milo.

—¿Tu madre?

—Mi madre. Sí, Jan sirvió de catalizador, pero sospecho que el *Lord Pangloth* habría terminado de la misma manera lamentable. La situación ya estaba podrida cuando Jan apareció...

Se produjo una sacudida cuando el montacargas, ahora vacío, regresó. Las mecarañas azuzaron a la cola para que avanzara hacia las puertas abiertas. Milo sonrió a Benny.

—Bien, debes irte. Que te vaya bien en tierra.

Benny le dirigió una mirada indescifrable y se marchó, arrastrando los pies. Milo se quedó donde estaba, inspeccionando la cola.

—Veo una candidata prometedora —dijo en voz alta, un minuto después.

—¿Cuál? —preguntó Ashley por mediación de la mecaraña que Milo tenía al lado.

—Aquélla de cabello negro largo.

—¿Ésa? Está en los huesos.

—Pues la alimentaremos. ¿Puedo quedármela o no?

—Sí, supongo que sí...

La mecaraña avanzó, agarró a la muchacha por el brazo y la sacó de la cola. La muchacha, aterrorizada, lanzó un chillido y dejó caer su fardo. Dos personas que iban detrás de ella, un hombre y una mujer, intentaron seguirla, pero fueron rechazadas por otra mecaraña.

—¡Alto! ¿A dónde la lleváis? —gritó el hombre—. ¡Soltadla!

La mecaraña acercó la muchacha a Milo, que la repasó de pies a cabeza. Bonita piel, piernas largas, pechos diminutos, pero no se podía tener todo. Sí, era demasiado flaca, como casi toda la gente del cielo. Hacía muchísimo tiempo que la comida estaba racionada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Milo.

Ella le miró asustada. Milo calculó que tendría dieciséis años.

—Tyra —contestó la muchacha, temblorosa.

—¿Ésos son tus padres?

Tyra desvió la vista hacia la pareja, que aún intentaba en vano zafarse de las mecarañas, y asintió. Milo caminó hacia ellos.

—Bien, éste es vuestro día de suerte —dijo—. He decidido salvar a vuestra hija.

Los padres le miraron sin comprender.

—¿De qué estás hablando? —gritó la mujer—. ¡Suéltala, por favor!

—¿Acaso no habéis oído lo que he dicho? He decidido salvarla. Se quedará aquí, conmigo. ¿No creéis que es preferible a vuestro incierto destino en tierra?

Los dos intercambiaron una mirada de preocupación.

—Vendrá con nosotros —dijo el hombre—. Correrá el riesgo, como nosotros. Con nosotros.

Milo meneó la cabeza.

—No estoy discutiendo el asunto con vosotros; os lo estoy diciendo. Se queda conmigo. Despedíos de ella y subid a la cesta.

—¡No! —gritó la mujer, y trató de sortear a la mecaraña que bloqueaba su camino, pero no pudo—. ¿Por qué? ¿Para qué la quieres?

—Yo diría que es perfectamente obvio —dijo Milo, con una sonrisa burlona.

La pareja le contempló fijamente.

—Pero..., pero si no eres más que un crío —dijo la mujer.

—Ahora, sí, pero crezco deprisa —replicó Milo, y lanzó una carcajada—. Despedíos de Tyra y marchaos.

Forcejearon de nuevo con las mecarañas. Esta vez, las máquinas los sujetaron y empujaron hacia adelante. Gritaron el nombre de Tyra mientras se alejaban. Tyra

también se puso a gritar. Milo volvió con ella.

—Calma, Tyra —sonrió—. Todo saldrá bien. Cuando llegues a conocerme descubrirás que soy una persona muy agradable. Llévala al saltador —ordenó a Ashley—. Vuelvo al Ángel del Cielo. Cuanto antes empiece a adiestrarla, mejor.

La Bestia había iniciado su existencia como feto de un elefante africano macho. Cuando sólo contaba con unas horas de edad, un ingeniero genético empezó a manipular su DNA. El ingeniero, una mujer, trabajaba siguiendo las especificaciones estrictas del billonario que la había contratado, Oliver Hutson Jr. Éste se complacía en llenar sus cada vez más extensas posesiones de seres horripilantes y muy peligrosos, para asustar y excitar a sus amigos cuando se unían a sus cacerías. Estaba decidido a que esta creación en particular fuera la más atrevida... y la más peligrosa.

La ingeniera genética trabajó durante cuarenta y ocho horas en el feto y el resultado fue introducido en un útero artificial, que aceleró sobremanera el período de gestación. La Bestia nació diez días después. Pesaba ciento cincuenta kilos. Cuando Hutson Jr. observó a la cosa en su redil quedó satisfecho. A pesar de encontrarse en una fase muy temprana, ya era impresionante. ¡Y cuando alcanzara su peso adulto de cuatro toneladas sería increíble! Cuando vio a la Bestia atacar, aplastar y devorar a una cabra, decidió conceder una prima a la ingeniera responsable.

Los guerreros que constituían el pequeño y empapado ejército de El Rashad no eran hombres felices. Muchos se encontraban todavía conmocionados por la destrucción de *La Espada del Islam*. Habían perdido el único hogar que conocían. Peor aún, muchos habían perdido esposas, hijos y otros parientes. Todos habían perdido amigos. Y ahora, en este estado de confusión, tenían que abrirse paso por este valle envenenado por el yermo para que su líder pudiera vengarse de los infieles. Su número ya se había reducido en las últimas veinticuatro horas, desde que abandonaran los restos de *La Espada del Islam*. La desordenada columna de guerreros había sido atacada en varias ocasiones por los seres que moraban en el yermo. Algunos hombres habían sido atacados por el propio yermo: estrangulados por tubos retorcidos que caían sobre ellos desde lo alto, aguijoneados hasta morir por zarcillos de hongos que penetraban en sus ropas, o empalados en los espinos de los temibles árboles látigo, que se disfrazaban de innumerables maneras.

Fue Hazrat As-Awhan, en la retaguardia de la columna, el segundo guerrero de El Rashad quien se topó con el monstruo más terrorífico de todos. El primero había sido Masal Gashiya. Ya estaba muerto cuando Hazrat As-Awhan oyó los ruidos a su espalda. Se detuvo y escrutó la masa confusa de hongos y árboles podridos.

—¿Masal? —llamó.

Más ruidos. Algo muy pesado se movía entre el cieno hacia él. Demasiado pesado para ser Masal. Echó un vistazo al final de la columna, pero sus compañeros ya

habían desaparecido en el yermo. Empezó a correr.

—¡Hey! —gritó—. ¡Socorro! ¡Alto! ¡Algo me persigue!

Se escuchó un fuerte crujido cuando se partió en dos el tronco de un árbol muerto. Hazrat miró hacia atrás y chilló...

Le perseguía una mano. Sólo una mano; nada más. Una mano incorpórea que habría pertenecido a un gigante. Se alzaba a unos tres metros del suelo y mediría fácilmente cinco de ancho. Su piel era gris y surcada de profundas arrugas. Las uñas, del tamaño de platos, eran negras.

Hazrat volvió a chillar y trató de correr más rápido, pero estaba perdido. La mano se cerró sobre él, se convirtió en un puño gigantesco y le trituró entre los dedos. Hazrat sintió que sus costillas se partían un momento antes de que casi toda su sangre saliera expulsada de su cuerpo.

Sus gritos provocaron que varios integrantes de la columna volvieran corriendo. Contuvieron el aliento al ver la monstruosa mano, sin dar crédito a sus ojos. Dos dieron media vuelta y se precipitaron gritando hacia el yermo, creyendo que la mano era la manifestación de algún terrible *yinn*^[2], pero los demás se mantuvieron firmes y, pese al susto, apuntaron con sus rifles a la mano y dispararon. Las balas dieron en el blanco y se añadieron a las otras balas, flechas, proyectiles de ballesta y lanzas clavadas en la gruesa superficie, similar a una armadura.

La mano levantó los dedos, dejando que cayeran al suelo los patéticos restos de Hazrat, y cargó contra los guerreros como una gigantesca araña. Otro soldado de El Rashad fue aplastado bajo su peso. Los demás, al ver que las balas no hacían mella en la aparición, huyeron en dirección a la columna. La mano mató a dos más y permitió que el resto escapara. Ya no había prisa. Regresó junto al cuerpo de Hazrat y lo aferró de nuevo. Surgieron numerosas bocas de las arrugas que surcaban la palma y procedieron a devorar ávidamente la carne y la sangre de Hazrat. Cuando sólo quedaron los huesos, la mano se encaminó hacia el siguiente guerrero. No, ya no había prisa, pues contaba con gran cantidad de comida.

Cuando Jan se despertó, comprobó con sorpresa que Robin seguía vivo. Habían pasado tres días desde que la muchacha tuerta le había castrado. Se había desmayado antes de que la carnicería hubiera concluido, y desde entonces oscilaba entre la inconsciencia y la semiinconsciencia. El segundo día había tenido mucha fiebre, y Lamont había dicho a Jan que moriría al anochecer.

Lamont era el hombre también conocido como técnico jefe, pero, como había comentado a la joven con ironía, «es un título absurdo ya, puesto que no soy técnico jefe de nada, así que llámame Lamont». Había demostrado cierta bondad después del horroroso episodio, primero cauterizando su herida, y después ayudándola a vestirla. Más tarde, había conducido a Robin en una camilla improvisada a la planta baja del edificio, siguiendo las órdenes del duque.

Jan salió del saco de dormir, se estiró y caminó hacia la entrada de la tienda. La pequeña hoguera que había encendido por la noche se había apagado. Tendría que encontrar más cosas para quemar, pero después de buscar agua para Robin. Se encaminó a la fuente central, en la cual se había habilitado una zona de recogida de agua mediante gigantescos embudos, hechos con tela de paracaídas extendida entre marcos de madera. Así se recogía el agua de lluvia que penetraba por el agujero del techo.

Ya se habían encendido otras hogueras, dispersas por el cavernoso interior. La población no cesaba de aumentar en las antiguas galerías comerciales. Grupos de supervivientes habían ido llegando sin cesar durante los dos últimos días. En caso de pertenecer a otros Señores del Cielo que no fueran el *Lord Mordred*, los hombres del duque les despojaban de sus armas y les enviaban al nivel inferior. Guardias apostados en la rampa impedían que accedieran a los niveles superiores.

Jan se detuvo y lanzó un gemido. Tendido entre dos grandes montañas de cascotes, yacía el cuerpo desnudo de una mujer. Estaba caída de espaldas y abierta de piernas. De la zona púbica sobresalía un trozo de madera. Jan se acercó más, a regañadientes. Después, se tranquilizó. Vio que el «cadáver» pertenecía a uno de los maniqués robots que había encontrado el primer día. Le habían hundido el cráneo y se veían en su interior cables de colores. Contempló el trozo de madera y se preguntó por qué alguien habría hecho algo semejante. Miró a su alrededor con nerviosismo y continuó hacia la fuente.

Había dos mujeres en la fuente, llenando de agua recipientes de plástico. La miraron con suspicacia cuando se acercó. Eran de cara ancha y ojos rasgados, lo cual le recordó a las japonesas de *La Brisa Perfumada*, pero estas mujeres no eran japonesas. Sonrió, pero ellas la observaron con semblante hosco y se marcharon a toda prisa en cuanto terminaron su tarea.

Llenó las dos cantimploras y regresó poco a poco a la tienda, tratando de no pensar en el futuro. Pensar en el pasado tampoco ofrecía ningún consuelo. Había perdido casi todo. Echaba de menos por igual grandes y pequeños placeres de la vida. Como un baño, por ejemplo. Dios Madre, cuánto ansiaba darse un baño. Le picaba la piel y estaba segura de que olía fatal. Robin hedía, desde luego. Contempló su mugrienta túnica. Tampoco había agua para lavar la ropa. Y si llegaban más refugiados, y dejaba de llover, ni siquiera habría agua para beber.

Había alguien en la tienda. Un hombre. Cuando se acercó, vio que era Lamont y se tranquilizó.

—Buenos días, Melissa —saludó, y señaló a Robin con un cabeceo—. Veo que estaba equivocado. Todavía resiste.

—Apenas —dijo Jan—. La fiebre ha empeorado.

Se arrodilló junto al muchacho y sostuvo su cabeza. Robin gimió y sus párpados

se agitaron, pero no abrió los ojos. Jan acercó la cantimplora a sus labios y se alegró al ver que bebía el agua sin atragantarse.

—Temo que esta... herida... se haya infectado a pesar de mis toscos esfuerzos —dijo Lamont—. ¿Le has cambiado el vendaje hoy?

—Aún no —contestó Jan. Había demorado la tarea—. Me estoy quedando sin nada —levantó y cepilló el polvo de su túnica—. Estaría mejor muerto, ¿eh?

Miró a Lamont. Sus ojos estaban a la misma altura.

El hombre cabeceó.

—Quizá todos estaríamos mejor muertos. No creo que logremos sobrevivir mucho tiempo en este valle.

—¿Tiene el duque algún plan concreto?

—¡Ja! —se burló Lamont—. El duque no ha tenido un plan concreto en su vida. Por lo que yo sé, pretende quedarse aquí a esperar.

—Esperar ¿qué?

—Buena pregunta. A que el destino intervenga y le salve, tal vez. O Dios.

—Pronto padeceremos hambre. Casi se me han terminado las raciones.

—Ah, el duque ha hecho algo positivo en ese sentido. Ha enviado una partida de caza a primera hora de la mañana, y tuvieron cierto éxito. —Empujó con el pie una bolsa caída en el suelo—. A propósito, te he traído un regalo.

Jan se agachó y abrió la bolsa.

—¡Uf!

Contenía un animal muerto. Algo parecido a un conejo. La miraba con ojos vidriosos y había sangre alrededor de su hocico. Cerró a toda prisa la bolsa.

—Es comida —dijo Lamont, como ofendido.

—Soy vegetariana —replicó ella—. Agradezco el detalle, pero no puedo comer eso.

—Él sí. —Lamont señaló a Robin—. Podrías prepararle un poco de caldo. Le sentaría bien.

Jan frunció el ceño. Lamont estaba en lo cierto, pero la idea de cocinar al animal le daba náuseas. En cualquier caso, tenía cantidad de utensilios al alcance de la mano. La tienda estaba llena.

—Creo que tienes razón —reconoció Jan—. Gracias.

—No tienes por qué quedarte aquí, ya lo sabes.

—El duque me lo ha ordenado.

—Podría convencerle de que cambiara de opinión respecto a ti, aunque él debería quedarse aquí, por supuesto. —Lamont indicó a Robin.

—No podría abandonarle.

—No, ya me lo figuraba, pero, cuando muera, no tendrás motivos para rechazar mi oferta.

—¿Oferta?

Jan le dirigió una mirada penetrante. Lamont pareció incómodo.

—Te encuentro muy... atractiva, Melissa.

—Entiendo —dijo ella con gravedad.

Sexo a cambio de protección y comida. Otro hombre le había hecho la misma proposición en otra ocasión y ella había reaccionado como una buena minervana, pero eso había ocurrido mucho tiempo atrás. Había cambiado. ¿Se había endurecido, tal vez? En cualquier caso, su supervivencia significaba ahora más que su honor minervano. Además, Lamont no era Milo.

—Tú también me gustas, Lamont. Cuando y si Robin muere, aceptaré tu oferta.

El hombre sonrió un momento y asintió.

—De acuerdo.

Se acercó a ella, la abrazó y besó sus labios. Ella intentó responder, pero fue incapaz. Era demasiado consciente de la presencia de Robin. Se sintió terriblemente mal. Entregándose a otro hombre mientras su amante agonizaba a escasos metros.

Lamont notó su turbación y la soltó.

—Me voy. Volveré esta noche a ver cómo sigue —dijo, dando un paso atrás.

—Estupendo —respondió Jan—. Lo siento, Lamont, pero, mientras Robin siga con vida, no podré...

—Bien, lo comprendo. Antes de que me vaya, ¿quieres que prepare ese animal?

Jan echó un vistazo a la bolsa.

—Si no te importa... —dijo de mala gana—, supongo que algún día tendré que aprender. Mejor que sea ahora.

Anocheceía y Jan regresaba de la fuente con más agua. Había sido un día muy pesado. Después de las desagradables lecciones de despiece impartidas por Lamont había necesitado un poco más de tiempo, antes de enfrentarse a la tarea de cambiar el vendaje de Robin. Y cuando por fin había quitado el antiguo, se sorprendió al ver que la herida había empeorado. Estaba muy inflamada y brotaba pus amarillento de los toscos puntos que había dado Lamont. La infección avanzaba. Jan, sintiéndose una completa inútil, se había limitado a bañar la herida con el último biodesinfectante que contenía su pequeño y vacío botiquín, aplicando un vendaje nuevo. Estaba segura de que Robin moriría aquella noche.

Cuando se acercaba a la tienda distinguió en su interior la figura de un hombre. Supuso que se trataba de Lamont y entró en la tienda. Ya era demasiado tarde cuando comprendió que se había equivocado, pues dos hombres más surgieron de las sombras, uno a cada lado de la puerta, y la inmovilizaron.

Los hombres la sujetaron por los brazos. El tercero avanzó hacia ella. Empuñaba un cuchillo largo. Los tres tenían el mismo tipo de cara que las mujeres congregadas alrededor de la fuente por la mañana: pómulos anchos y ojos estrechos. Eran de corta estatura, más bajos que ella, pero fornidos. El hombre del cuchillo le gritó algo con voz áspera, pero no entendió lo que decía. Se acercó a ella y hundió la punta del cuchillo en sus costillas, justo debajo del pecho izquierdo. Jan percibió su aliento, extrañamente dulce. Se preguntó por qué estaba tan enfadado y qué querían. Pronto obtuvo la respuesta a esta última pregunta cuando el hombre del cuchillo utilizó su mano libre para agarrar el cuello de la túnica y rasgarla hasta la cintura. Hoy soy muy popular, pensó Jan, mientras gritaba y hacía un vano intento por liberarse. El hombre del cuchillo intentó rasgar el resto de la túnica. Jan le propinó un rodillazo en la entrepierna con tremenda fuerza. El hombre soltó el cuchillo y abandonó todo pensamiento de violarla para aferrarse sus doloridos testículos. Sus rodillas flaquearon y lanzó un aullido de dolor.

Fue fácil liberarse de la presa de los otros dos estupefactos hombres. Giró sobre sí misma y hundió el codo en la tráquea de uno; después, concentró su atención en el otro. Había sacado un cuchillo y se precipitaba hacia ella. Jan se apartó, giró en redondo y se apoderó de su brazo extendido. Aplicó presión. Cuando su muñeca se partió, sus aullidos corearon los de su compinche.

Jan retrocedió y contempló a los tres violadores fracasados. Uno se había aovillado; el segundo, con el rostro azulado y a cuatro patas, luchaba por recuperar el aliento; el tercero continuaba en pie, sosteniendo su brazo inutilizado y observándola con hostilidad. Jan levantó la mano y señaló la puerta.

—¡Fuera! —ordenó.

El hombre del brazo roto no hizo ademán de moverse o ayudar a sus compañeros; continuó con la vista clavada en ella. Entonces, por el rabillo del ojo, Jan captó un fugaz movimiento. Se giró en redondo. Una mujer (estaba segura de que la había visto por la mañana en la fuente) se precipitaba hacia ella. Sostenía con ambas manos una sartén de la Antigua Ciencia. Debía de estar escondida en la parte posterior de la tienda, esperando a que los hombres terminaran de divertirse.

Jan apenas tuvo tiempo de agacharse cuando la mujer descargó la sartén sobre su cabeza. La alcanzó en un lado de la cabeza con la fuerza suficiente para que viera estrellas ante sus ojos. Jan, aunque aturdida, reaccionó con celeridad. Se lanzó hacia la mujer antes de que ésta recobrara el equilibrio y le asestó un puñetazo en la nariz. La mujer se tambaleó hacia atrás y, ante el horror de Jan, tropezó con el cuerpo inconsciente de Robin y cayó sobre él. Robin se removió y gruñó. Antes de que Jan pudiera acudir en su ayuda, el hombre del brazo roto recogió el puñal caído con su

mano buena. Era gente dura. Jan se abalanzó sobre la mujer derribada, se apoderó de la pesada sartén y se volvió a tiempo de parar el ataque del hombre. Desvió la hoja con la base de la sartén y, antes de que el hombre pudiera hacer una finta y golpearla en el vientre, descargó la sartén sobre su cara. Salió disparado contra un mostrador, la frente y la nariz cubiertas de sangre. Jan le rompió el otro brazo. Después, se apoyó en el mostrador y respiró hondo, intentando aclarar su enturbiada visión.

—Si esto es un ejemplo de hospitalidad minervana, espero no recibir el mismo tratamiento.

Era una voz masculina.

Jan levantó la cabeza y giró sobre sus talones. La entrada estaba atestada de gente. Jan se puso tensa. Delante estaba el hijo del duque, a quien Jan llamaba el Príncipe Negro. Detrás, su odiosa hermana tuerta. Estaba mirando a Robin. Cinco soldados de rostro bovino formaban la retaguardia.

Era el príncipe quien había hablado.

—Me atacaron —dijo Jan—. Iban a violarme.

Intentó cubrirse con la túnica rota, pero fue inútil. Desistió. Que miren, pensó.

—Sólo los hombres, espero —replicó con sequedad el príncipe. Dio una orden a sus hombres—. Llevaos a esta escoria.

Cuatro soldados cargaron con los atacantes de Jan y se los llevaron fuera. El quinto soldado permaneció junto a los príncipes, los ojos clavados en Jan. El príncipe se acercó a Robin y lo examinó.

—Aún vive —dijo con voz inexpresiva.

—Apenas —estalló Jan—. Aléjate de él. Ya habéis hecho suficiente.

La princesa se volvió y miró a Jan.

—Yo le quería. Más que a cualquier hombre que haya conocido.

—Tienes una curiosa manera de demostrar tu afecto —replicó Jan con amargura.

—Me utilizó. Fingió amarme. No dejó de burlarse de mí. No tenía la menor intención de quedarse conmigo, ni en el *Lord Mordred*. Siempre planeó aliarse con la Mujer del Cielo, esa zorra de Jan Dorvin. Tu antigua señora.

Jan no dijo nada. La princesa se acercó a ella. Su único ojo devoró a Jan.

—¿Qué representa para ti, minervana?

—Le amo.

—Y, por supuesto, dijo que él también te quería. Estoy segura de que parecía muy sincero, al igual que conmigo. ¿No paraba de metértela? —Lanzó una aguda y amarga carcajada—. Muchacha, no sabes el favor que te he hecho.

—Perdona si no te doy las gracias.

La princesa la abofeteó. Aunque le dolió la mejilla y bailaron de nuevo luces en su cabeza, no fue un golpe fuerte, más un gesto que un golpe auténtico.

—Tal insolencia no es recomendable, sobre todo si abrigas la esperanza de

reunirte con nosotros arriba.

—¿Arriba? —preguntó Jan, sin comprender.

—Nuestro técnico jefe, Lamont, ha intercedido por ti ante nuestro padre. Quiere convivir contigo. ¿Debo suponer que es con tu consentimiento?

Jan comprendió por fin.

—Sí... Sí, en efecto, pero sólo cuando Robin... cuando Robin...

—Da la impresión de que padre se ha tomado la idea en serio. Lamont le cae bien. Pero mi hermano y yo no estamos tan seguros, por eso hemos bajado esta noche. Y la demostración de fuerza física que acabamos de presenciar demuestra que eres muy peligrosa.

—No os preocupéis, prometo que no os asesinaré en vuestros lechos.

—Bueno, para decirlo de una forma suave, no confiamos en ti —dijo el príncipe—. Si padre accede a la petición de Lamont, te advertimos que serás vigilada estrechamente. Si nos das la menor excusa, insistiremos en que seas ejecutada, de una manera u otra.

—Agradezco la advertencia... —empezó Jan, pero se interrumpió al oír los gemidos de Robin. Se arrodilló a su lado. Tenía los ojos abiertos. Escrutó su rostro y leyó en su mirada que la reconocía. Esto la satisfizo, pero, cuando sus labios intentaron formar su nombre, posó los dedos sobre su boca.

Ssssh... No intentes hablar. Ahorra energías.

Pero él insistió.

—J... a... n...

Fue un susurro, y estuvo segura de que ninguno de los príncipes le había oído.

—Dolor... Mucho dolor... —Su voz aumentó de intensidad—. ¿Qué me ha pasado?

—No hagas preguntas —le dijo Jan, con una sonrisa triste.

Los ojos de Robin se abrieron de par en par cuando vio a la princesa.

—¿Ya no te acuerdas de lo que te hice? —preguntó con frialdad Andrea.

—Basta —dijo Jan.

Robin frunció el ceño.

—Andrea... ¿Tú también aquí? ¿Estamos en el... *Lord Mordred*?

—El *Lord Mordred* ya no existe... ¡gracias a ti! —siseó ella.

Robin no entendía de qué estaba hablando. Desvió la mirada hacia Jan.

—Jan... —murmuró—. El anillo... ¿Dónde está el anillo que te di?

Ella levantó la mano para que lo viera. Sonrió con tristeza.

—Por un momento pensé que era algo más que un anillo, pero no lo era. Lo intenté, pero no ocurrió nada.

Robin hizo una mueca y cogió su mano.

—Jan... Dame el... anillo...

Alguien la levantó con brusquedad. El príncipe la miró con furia.

—¡Te ha llamado Jan!

Jan asintió, resignada. Sabía que habían oído a Robin pronunciar su nombre.

—Jan Dorvin... ¡La Mujer del Cielo en persona! —exclamó la princesa Andrea.

—Bien, esto complacerá a padre, aunque el pobre Lamont va a caer en desgracia —dijo el príncipe. Se volvió hacia sus hombres—. Sujetadla. Vendrá con nosotros.

—¡Espera! —gritó Jan, mientras dos soldados se apoderaban de ella—. ¿Qué será de Robin? No podéis abandonarle aquí. ¡Morirá!

—Si quieres, le rebanaré el pescuezo —dijo el príncipe, sacando su daga.

Jan se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no... No lo hagas.

El príncipe sonrió y envainó la daga.

—Sí, que el cerdo muera lentamente. Vámonos.

El duque pareció sorprenderse cuando entraron en la tienda que había habilitado como cuartel general y aposentos privados. Estaba reclinado en una tela de paracaídas amontonada. Muy cerca, algo hervía en una olla suspendida sobre una pequeña hoguera. Enarcó una ceja cuando vio el estado de las ropas de Jan.

—Oh, queridos —dijo a sus hijos—, ¿qué maldades le habéis infligido?

El príncipe Darcy reveló a su padre la verdadera identidad de Jan. El duque se levantó de su asiento y la miró con estupor.

—Vaya, vaya... Tuve vagas sospechas cuando nos encontramos, pero me pareció improbable. Me imaginaba a la Mujer del Cielo más, bueno, majestuosa, supongo.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó la princesa.

El duque suspiró.

—Ejecutarla, por supuesto. Es una pena, con lo guapa que es. Y Lamont se llevará un disgusto de muerte. —Sonrió con malicia a Jan—. ¿Sabes que estaba a punto de acceder a sus demandas? Qué pena.

—Si vas a ejecutarme, acabemos cuanto antes —fanfarroneó Jan.

—Dadas las circunstancias, creo que la decapitación sería lo más adecuado —respondió el duque, tirándose de la barba.

—Demasiado rápido —se quejó la princesa.

—¿Y qué sugieres tú, gatita? —preguntó el duque con sequedad—. ¿Enterrarla hasta el cuello en un nido de hormigas? ¿Empalarla en un espetón y asarla lentamente? No somos bárbaros, por favor. Como nuestra legítima enemiga, merece una muerte honorable.

—Qué suerte —comentó Jan.

—Muy bien, que la decapiten —accedió la princesa—, pero sigo diciendo que es muy poca cosa.

—Posees la misma profunda compasión que tu difunta madre, querida —dijo el

duque—. Sea —prosiguió, volviéndose hacia Jan—. Es lamentable, querida, pero debo atenerme a nuestras tradiciones. —Contempló sus senos desnudos—. Si el destino no hubiera decretado que fuéramos enemigos, me habría gustado conocerte mejor.

—Estoy segura —replicó Jan.

—Ay, bien... Llévala y que sea ejecutada la sentencia. Y procurad que la hoja del hacha esté afilada.

Jan notó que sus piernas empezaban a temblar cuando la sacaron. Su valentía externa se disipó. No le gustaba la idea de ser decapitada. No le gustaba la idea de ser ejecutada, claro, pero la decapitación ocupaba un lugar destacado en la lista de experiencias que prefería postergar. ¿Qué sentiría? ¿Cuánto duraría? Peor aún, ¿y si permanecía consciente, siquiera por un breve período de tiempo, después de que le hubieran separado la cabeza del cuerpo? Empezó a sentirse muy mal.

Fuera se encontraron con Lamont, que al principio pareció muy sorprendido de verla. Luego, la alarma brilló en sus ojos. Jan experimentó una fugaz confianza, pero enseguida comprendió que el hombre no podría hacer nada por ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Lamont, cerrando el paso a los soldados.

—Apartaos, señor. Vamos a ejecutar a esta mujer por orden del duque.

—¿Ejecutarla? Pero ¿por qué? No entiendo... ¿Cuál es su delito? —gritó Lamont.

—Su delito —dijo el príncipe, que había seguido a la partida junto con su hermana— es que el objeto de vuestro deseo es ni más ni menos que Jan Dorvin, la Mujer del Cielo en persona.

Lamont se quedó estupefacto.

—¿Es verdad? —preguntó a Jan.

—Culpable. Lo siento, Lamont... Yo no...

Se interrumpió. Sonaban disparos fuera del edificio.

Pasó un largo momento antes de que nadie reaccionara.

—¡A la entrada principal, de prisa! —gritó el príncipe.

Los cinco soldados, como un solo hombre, subieron corriendo la rampa hacia la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó el duque. Se estaba abrochando el cinturón de la espada. En la espalda llevaba la ballesta de Jan.

—Es un ataque, por supuesto —barbotó su hijo—. Y, a juzgar por el estruendo, parece que va en serio.

—Será mejor que vayamos a ver —dijo el duque, a regañadientes. Miró a Jan—. ¿Qué pasa con ella?

—Yo la vigilaré —se ofreció Lamont.

—No, yo la vigilaré —dijo la princesa Andrea. Sacó su daga y sonrió a Jan.

Lo único que había temido El Rashad en toda su vida era a Alá. Hasta ahora.

Ahora, temía a Alá y al monstruo que le perseguía. El monstruo ya había liquidado las dos terceras partes de su ejército y se encontraba muy cerca de él, aplastando a los hombres que trataban de huir. Era un hijo de Satanás y le perseguía a él, estaba seguro.

Habían llegado a terreno llano y despejado, después de la pesadilla que representó trepar a una colina cubierta de yermo, perseguidos por el monstruo. El Rashad divisó a varios hombres apostados frente a la entrada del edificio; vio nubes de humo que surgían de sus rifles, oyó balas que zumbaban cerca de su cabeza, oyó los disparos... y no vaciló ni una fracción de segundo. Las balas no eran nada comparadas con lo que les perseguía.

—¡A la carga! —gritó a sus hombres.

Era tal su terror, que no necesitaban demasiados acicates. Volver a luchar con adversarios humanos sería un alivio...

Los guerreros ataviados de negro se lanzaron como una ola dentada sobre el antiguo aparcamiento. Varios cayeron, alcanzados por las balas, pero la ola no se detuvo. Los hombres del duque empezaron a retroceder, sin cesar de disparar. Después, al comprender que la situación era desesperada, dieron media vuelta y huyeron.

Se había levantado una tosca barricada en la entrada, y los hombres del duque se refugiaron detrás de ella, junto con los refuerzos procedentes del interior del edificio. Los hombres de El Rashad, lanzando gritos espeluznantes, se lanzaron hacia la entrada del túnel...

Cuando el duque y su hijo se aproximaban a la entrada a toda la velocidad que les permitían sus piernas, vieron que los restos de su pequeño ejército eran expulsados del túnel por guerreros vestidos de negro, espada en ristre. Ambos hombres se detuvieron.

—¡Hombres de El Rashad! —gritó el duque, desfalleciente.

—Aquel maldito planeador que nos siguió —dijo el príncipe—. Debió pasar la información...

Entonces, el duque vio al propio El Rashad, su inconfundible perfil con la nariz aguileña. En aquel momento, El Rashad se volvió en su dirección y el duque leyó algo en el rostro de El Rashad que nunca había visto: terror en estado puro.

El Rashad miró hacia atrás y avanzó hacia el duque y su hijo. Tanto la espada curva como la indumentaria de El Rashad estaban manchadas de sangre. El duque echó mano de la ballesta, mientras el príncipe desenvainaba su espada.

—¡Esperad! —gritó El Rashad—. ¡Contened vuestra mano! Dejemos de luchar entre nosotros... Una amenaza mucho mayor se acerca. ¡Debemos unirnos para combatirla!

—¿Qué clase de truco es éste? —murmuró el príncipe, pero el duque también

observó en los rostros de los hombres que venían con El Rashad el mismo terror.

—¡Deponed las armas, hombres del *Lord Mordred*! —gritó el duque a sus supervivientes. Éstos le obedecieron, angustiados y perplejos.

—¡La mano de Satán nos persigue! —gritó El Rashad, señalando la entrada—. ¡Hemos de destruirla! ¡Hagamos un fuego para que arda!

El duque pensó que El Rashad se había vuelto loco, aunque estaba seguro de que decía la verdad acerca de los seres peligrosos que acechaban en el exterior. Claro que llamarles la mano de Satán era llevar las cosas demasiado lejos. Idiota supersticioso, pensó. Debía de ser uno de los gigantescos reptiles que Darcy había divisado desde el aire.

—Calmaos —dijo a El Rashad—. Tenemos armas suficientes para enfrentarnos a cualquier animal. Reconozco que vuestra idea del fuego es buena. Amontonaremos en la entrada todo el material inflamable que podamos encontrar, y tal vez la Bestia retroceda al ver las llamas. ¿Está muy lejos ese ser?

La pregunta recibió inmediata respuesta cuando un hombre de El Rashad fue lanzado con gran fuerza desde la boca de entrada. Voló sobre las cabezas de los demás, gritando como un poseso, y se estrelló sobre la rampa. Al mismo tiempo, se produjo una gran confusión cuando los hombres de El Rashad intentaron alejarse lo máximo posible de la entrada. Tropezaron entre sí y cayeron dando tumbos. Desde el interior del túnel se oyó el ruido de algo al ser destrozado (la barricada) y unos golpes sordos. El duque notó que el suelo temblaba bajo sus pies.

Entonces, aquello salió por la boca del túnel.

—Jesucristo —susurró atónito el duque—, es una mano.

Un terror atávico se apoderó de él. Tiró la ballesta y se puso a correr. El príncipe Darcy ya se le había adelantado. El Rashad les siguió muy de cerca...

Arriba se había hecho el silencio, lo cual podía significar cualquier cosa. Jan esperaba que los atacantes, fueran quienes fueran, hubieran barrido a las fuerzas del duque. En tal caso, sus posibilidades de sobrevivir a la larga no mejorarían, pero al menos escaparía a la inminente decapitación.

—¿Qué pasa ahí arriba? —murmuró la princesa Andrea a nadie en particular. Estaba detrás de Jan, con la punta de su daga apoyada entre las costillas de la joven.

Lamont, de pie junto al balcón, se limitó a encogerse de hombros con expresión sombría. Había permanecido en silencio desde que el príncipe y el duque se habían marchado. Jan siguió jugueteando con el anillo de Robin, hundiendo y sacando la joya. Pensó de nuevo en la preocupación de Robin por ella. Había adelantado la mano hacia ella, había querido cogerla. ¿Por qué? No servía de nada. A ella no...

¡No, a ella no!

Cuando este pensamiento acudió a su mente se puso en tensión, consiguiendo que la princesa aumentara la presión de su daga.

—¡Cuidado! —advirtió a Jan, y se sobresaltó cuando el fragor de la batalla entablada arriba se reanudó.

Disparos, gritos... De repente, cesaron los disparos y sólo se oyeron gritos.

Jan frunció el ceño. Estos hombres no chillaban de dolor, sino de miedo y terror. Después, pasos apresurados resonaron sobre la rampa. Intuyó la distracción de la princesa y se giró en redondo. Aferró su muñeca, la retorció y experimentó una gran satisfacción al escuchar el grito de dolor de la princesa y el ruido de la daga cuando cayó al suelo.

A continuación, mientras Lamont corría hacia ellos, arrojó a la princesa hacia él. Los dos cayeron al suelo.

Jan se puso a correr. Si estaba en lo cierto, poseía el medio de lograr que Robin y ella escaparan de este horrible lugar.

Tyra yacía de bruces sobre la cama y lloraba. Milo la miró mientras se vestía. Sintió una punzada de culpabilidad. No tendría que haber perdido los nervios... No tendría que haber sido tan impaciente. Era culpa de su maldito cuerpo, de su ansia sexual previa a la pubertad, sin medios de alcanzar una satisfacción total. Cuanto antes llegara a la pubertad, mejor. Debían faltar pocas semanas.

Salió al pasillo y casi tropezó con una mecaraña.

—Eres un ser execrable, Milo —dijo la araña con la voz de Ashley—. ¿Qué le has hecho a esa pobre chica?

—¿Me estabas espiando, como de costumbre?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Bien, fuiste tú quien expulsó a nuestros pasajeros, no yo.

Milo se alejó a toda prisa por el pasillo. La mecaraña le siguió.

—¿A dónde vas? —preguntó Ashley.

Milo vaciló antes de contestar.

—Arriba —dijo, malhumorado—. Quiero echar otro vistazo a esa máquina voladora.

—Siempre estás jugando con ese trasto, pero no te servirá de nada. Nunca conseguirás que funcione.

—Lo sé, lo sé, pero igualmente me fascina.

Y vivo de la esperanza, añadió para sí.

Arriba hacia calor; un viento caliente soplaba con fuerza sobre el casco, aunque Ashley había aminorado la velocidad, tal como se le había pedido. Milo se agarró a la cuerda de seguridad y se encaminó hacia la máquina de Robin. A su lado estaba caído el cable inútil que los mecs habían sacado, siguiendo las instrucciones de Robin.

—¿Dónde estamos? —preguntó Milo a la mec que le seguía, para su fastidio.

—No lo sé. Se lo preguntaré a Carl... Estado de Tehuantepec^[3], dice. Formaba parte de México antes de la fragmentación, por si te interesa.

—Fascinante —contestó Milo. Paseó la vista a su alrededor. El resto de la flota se desplegaba detrás del Ángel del Cielo, excepto el *Lord Montcalm*. El Ashley que lo controlaba había decidido marcharse por su cuenta, junto con la población cautiva.

La escotilla de la máquina voladora había quedado abierta en parte. Una mec controlada por Carl había logrado abrir la cerradura, pero no así poner en funcionamiento la máquina. Al menos eso decía, pero Milo sospechaba que Ashley había prohibido a Carl incluso que lo intentara.

Milo entró en la máquina y se sentó en el cómodo sofá. Miró anhelante el panel de control apagado y las pantallas. Intuyó el tremendo poder que albergaba la máquina; poder que estaba dormido y al que no podía despertar. Suspiró y acarició

con los dedos una hilera de botones del panel...

—Pierdes el tiempo —dijo Ashley mediante la mec, que se había subido a la escotilla interna.

Milo intentó no hacerle caso. Jugó con el panel de control más de quince minutos, confiando en encontrar por casualidad la combinación correcta que activaría la máquina, pero no ocurrió nada.

—Apártate de mi camino —dijo por fin a la mec—. Voy a salir.

Siguió a regañadientes a la mec a través de la doble escotilla. Encontraría la forma de devolver la vida a la máquina, pero primero tendría que burlar a Ashley...

Parecía muerto. Jan se arrodilló a su lado, con la respiración agitada, y apoyó los dedos sobre su garganta. Notó el pulso y recobró la esperanza.

—Pobre querido —dijo, luchando por respirar—. Puede que aún logremos salvarnos.

Se quitó el anillo de su dedo y lo deslizó en el dedo medio de la mano izquierda de Robin. Después, tras una rápida plegaria a Dios Madre, presionó la joya y la mantuvo así. Ésta tenía que ser la respuesta. El anillo necesitaba estar en contacto directo con Robin para activarse. Tal vez le reconocía al leer su código genético. Cuando Jan lo intentó en su mano, el anillo había «leído» el suyo y, al no reconocerla como Robin, se había negado a funcionar. Al menos, Jan confiaba en que ésa fuera la explicación...

Estaba comprobando los cables que aseguraban la máquina al casco exterior cuando advirtió una vibración. Sí, el cable que estaba tocando emitía un zumbido. ¡Era la máquina! ¡Algo estaba pasando! Habría acertado la combinación exacta al toquetear los controles. Corrió hacia la escotilla. ¡Sí! Vio que el panel de control se había iluminado. Cuando iba a entrar, la mecaraña le agarró por la camisa y le obligó a retroceder.

—¡No entres ahí! —gritó Ashley—. ¡Tú no te vas a ninguna parte!

Milo se volvió con rabia, desgarrándose la camisa, y propinó una patada a la mecaraña. Ésta era pesada, pero la fuerza de la patada fue suficiente para mandarla por los aires, lejos de él.

—¡Putas estúpida, chiflada! ¡Voy a hacer pedazos tu hardware! —gritó. Antes de que la mecaraña hubiera aterrizado, ya corría de vuelta hacia la escotilla.

Tuvo el tiempo justo de ver cómo se cerraba.

—¡No! —gritó.

El zumbido que provenía de la máquina se hizo más profundo. Los cables que la sujetaban empezaron a partirse con estruendo.

—¡No! —volvió a gritar.

Cuando la máquina se elevó del casco, uno de los cables rotos estuvo a punto de

alcanzarle en la cara. Retrocedió. La máquina ascendía cada vez a mayor velocidad. Milo levantó la cabeza.

—¡Vuelve! —gritó débilmente.

Cuando la máquina se encontraba a unos sesenta metros por encima del casco, se lanzó de repente hacia adelante a tremenda velocidad. Se perdió de vista a los treinta segundos.

Milo se quedó mirando durante largo rato el punto del cielo en que la máquina se había esfumado. Era muy consciente de la presencia silenciosa de la mecaraña detrás de él. Casi oyó las palabras no pronunciadas de Ashley:

—Lo vas a l-a-m-e-n-t-a-r...

—Conmover... Despedíos por última vez.

Jan miró a su alrededor. Era la princesa, desmelenada, que respiraba entrecortadamente a causa de haber practicado un ejercicio muy poco habitual para ella: correr. Se apoyó en una columna para sostenerse. Había recuperado la daga. Lamont apareció detrás de ella, también jadeante.

La princesa entró con paso inseguro en la tienda. Levantó la daga. Jan soltó la mano de Robin y se puso en pie para hacerle frente. ¿Habría apretado la joya el tiempo suficiente? Tal vez la máquina voladora se encontraba demasiado lejos para recibir la señal del anillo. Y tal vez se estaba engañando y el objeto no era otra cosa que un vulgar anillo.

—¡No, princesa! —gritó Lamont, siguiendo sus pasos.

Andrea se volvió hacia él.

—Mi padre la ha condenado a muerte y voy a ocuparme de que la sentencia sea ejecutada ahora mismo. Y tú vas a ayudarme, o compartirás su suerte.

—¿Ayudaros?

—Sujétala. Es demasiado fuerte para mí. Inmovilízala mientras la liquido.

Lamont miró a Jan, impotente.

—¡Hazlo, Lamont! ¡Es una orden real! —gritó la princesa.

—Lamont —dijo Jan con serenidad—, ya no has de plegarte a sus caprichos, o a los de su padre, nunca más. Ya no son reyes, sino patéticos refugiados, como todos nosotros. Su mundo ha desaparecido. Hasta el mini-reino que pensaban establecer aquí ha terminado. Mira...

Jan señaló la planta baja del gran edificio. Un grupo de hombres bajaba corriendo por la rampa. La mayoría vestían las túnicas negras del ejército de El Rashad, pero algunos eran hombres del duque. Todos eran presa de un pánico terrible.

Entonces, Jan vio la razón de su pánico. Al principio, pensó que era una gigantesca araña...

—Santa María, Madre de Dios... —musitó la princesa.

—Es una mano humana —dijo Lamont, sin dar crédito a sus ojos—. ¡No puede

ser! ¡Es imposible!

Cuando la mano se apoderó de dos fugitivos y los aplastó bajo su peso, Jan recordó los relatos de Milo sobre las diversiones que se permitían en sus fincas los potentados que, como él, controlaban las multinacionales genéticas, los monstruos que creaban a este fin. Entre otros, habían dado origen a los reptiles gigantes. Había visto muchos horrores creados por el hombre en el yermo, pero ninguno tan monstruoso como éste...

Ryn recobró la conciencia de nuevo; regresó al reino del dolor y la fiebre. También notó una sed increíble. Abrió los ojos y trató de hablar. No pudo emitir ningún sonido. Probó otra vez.

—Jan...

La joven apareció a su lado y se acuclilló. Vio con sorpresa que Andrea estaba cerca. Y un hombre. Estaban agachados detrás de un mostrador. Los dos parecían aterrorizados. Había algo relacionado con Andrea que no podía recordar... ¿Qué le había hecho? Gimió.

—Ssssh —le previno Jan, posando su fría palma sobre su frente ardiente—. Cállate.

—Agua... Necesito beber... —graznó.

—Lo siento, cariño. No nos queda.

¿Es que no lo entendía? Tenía que beber agua. Estaba muriendo de sed. Muriendo. Sí, muriendo. Lo sabía. No era que quisiera vivir, después de lo que Andrea le había hecho. Dios, todo había salido tan mal... Pero ¿cómo? Estaba a punto de escapar con Jan en el Juguete, y entonces... Entonces, ¿qué? ¿Cómo iba a llamar al Juguete? La respuesta estaba muy cerca. Algo relacionado con un anillo. Intentó concentrarse, pero fue inútil...

De pronto, fue consciente de los chillidos. Alguien estaba gritando cerca. Un hombre, al parecer. ¿Qué era este lugar?, se preguntó. Entonces, se le ocurrió que tal vez ya estaba muerto y esto era el infierno. Pero no, no podía ser el infierno, porque Jan estaba con él. En el infierno no habría ninguna clase de consuelo.

—Jan... —dijo, y se desmayó otra vez.

El duque atisbó nerviosamente por encima del muro. El ser estaba olfateando el aire..., pero con el dedo índice. Buscaba alguna presa que se hubiera escapado, sin duda. De repente, se lanzó hacia adelante y desapareció dentro de una tienda situada a unos cincuenta metros de distancia. Surgieron gritos del interior. El duque miró a El Rashad, que estaba acuclillado a su lado. El Rashad tenía los ojos cerrados y musitaba alguna oración una y otra vez. No paraba de mencionar a Alá. El duque también había rezado en silencio alguna plegaria. No se le ocurría la forma de salir de esta situación. Estaban atrapados, y el monstruo, fuera lo que fuera, les cazaría tarde o temprano, les mataría, y más tarde devoraría sus cuerpos a placer.

—Viene hacia aquí —gimió la princesa.

Jan contuvo el aliento cuando el ser se detuvo junto a una fuente y giró en su dirección, el dedo alzado y apuntando directamente hacia ellos. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Jan. Siguió diciéndose que la mano gigante era una abominación creada por el hombre, pero no podía dominar una especie de temor sobrenatural.

La mano giró de repente y se alejó de ellos. Jan dejó escapar el aliento.

—No pienso quedarme aquí —anunció la princesa cuando el ser desapareció en otra tienda—. Voy a correr hacia la rampa y subiré al nivel superior.

—Nunca lo conseguiréis —dijo Lamont—. Esa cosa se mueve con demasiada rapidez.

Pero la princesa no le hizo caso. Se levantó y salió de la tienda poco a poco. Luego, se puso a correr. Jan vigiló al mismo tiempo a la princesa y la fachada de la tienda donde había entrado la cosa. Entonces, ocurrió algo. Algo maravilloso.

Una sombra cayó sobre el suelo. Jan levantó la vista. Un objeto bloqueaba la luz que penetraba por el agujero del techo. El objeto descendía lentamente. El corazón de Jan dio un brinco. Era la máquina voladora de Robin.

La princesa Andrea también la había visto, y reconocido. Se detuvo y miró hacia lo alto.

—¡La máquina voladora! —gritó Lamont.

La máquina giraba mientras descendía en su dirección. Jan oyó su potente sonido al acercarse. Observó que la princesa, al comprender dónde iba a aterrizar, se desviaba hacia allí. Jan también vio que la Bestia, atraída por el ruido, salía de la tienda.

—¡No puedo creerlo! —exclamó el duque—. ¡La máquina del traidor, aquí!

—¿Qué hace aquí? —preguntó su hijo.

—Está claro, idiota. ¡Viene a por él! ¡Vamos, hemos de llegar a ella!

El duque se puso en pie de un salto y salió de la tienda. Miró un momento hacia atrás y comprobó que Darcy le seguía. El Rashad continuó acuclillado detrás del muro.

La Bestia se detuvo, vacilante, y olfateó el aire con el extremo del dedo índice. Estaba confundida por la presencia y el ruido de la máquina voladora. El duque confiaba en que llegaría a la máquina antes de que el monstruo le atrapara.

Además, Andrea se interponía entre la Bestia y él...

La máquina se posó con suavidad frente a la tienda. Había girado antes de aterrizar para que la escotilla estuviera de cara a ellos. Empezó a abrirse. Jan se acercó a Robin y trató de levantarle por los hombros. El joven gimió. Jan ignoraba a qué distancia se encontraba la Bestia, porque la máquina bloqueaba la entrada de la

tienda. Estaba segura de que acudiría en su dirección, atraída por la llegada del ingenio. Miró con desesperación a Lamont.

—¡Por favor! —gritó.

El hombre acudió en su ayuda de inmediato y sujetó los tobillos de Robin. Juntos le transportaron hasta la máquina.

—¿Ryn? ¿Ryn? ¿Te encuentras bien?

La voz surgía del interior de la máquina. Era una voz de mujer. Jan se desconcertó un momento, pero reaccionó con presteza.

—Robin está malherido e inconsciente.

Habían llegado al lado de la máquina. Mientras Lamont sujetaba a Robin, Jan entró por la escotilla. Vio que la nave estaba desierta. Otro ordenador, pensó. Confiaba en que este programa de voz femenina fuera más fiable que Ashley.

—Robin necesita tratamiento médico urgente —exclamó—. Hemos de volver a su casa lo antes posible.

—Por supuesto. Métele dentro. Por cierto, su nombre no es Robin, sino Ryn.

—¡Corre, Andrea! ¡Corre! —chilló el príncipe.

El duque miró a su alrededor. La Bestia se acercaba a su hija. Ésta, al comprender que estaba en peligro, desvió la dirección de su carrera. Estupendo, pensó el duque, ya no corre hacia la máquina. Pero Darcy también se había desviado; gritaba y agitaba los brazos. Santo Dios, pensó el duque. ¡Intentaba que el monstruo dejara de perseguir a su hermana! ¡Qué increíble sacrificio por parte de Darcy! Qué poco conocía a sus hijos, meditó, mientras se concentraba en aumentar su velocidad.

Jan se arrodilló sobre el sofá y tiró de Robin, mientras Lamont le empujaba desde fuera a través de la escotilla. Después, con dificultades, reclinó a Robin en el sofá. La cabina monoplaza de la máquina era muy estrecha. Robin deliraba y el vendaje que cubría su herida sangraba. Entonces, oyó un grito en el exterior. Levantó la vista y vio la cara del duque enmarcada en la escotilla. Intentaba subir, pero Lamont se lo impedía.

—¡Suéltame ya, hombre! ¡He de meterme ahí! —gritó el duque.

—¡No podéis, sire! ¡No hay sitio!

—¡Pues lo habrá, idiota! ¡En cuanto saque a ese par!

—¡Cierra la escotilla, máquina! —ordenó al instante Jan.

—Lo haré cuando tú hayas salido —replicó con frialdad la voz de mujer—. No puedo llevarte a Shangri La. Está prohibido.

La respuesta no sorprendió a Jan. Casi la había esperado. Miró hacia la escotilla. No vio ni al duque ni a Lamont. Se oían ruidos provocados por una violenta lucha. Suspiró. Si existía una posibilidad de que Robin se salvara, no tenía otra elección que marcharse. Discutir con la maldita máquina sólo robaría un tiempo precioso a sus

posibilidades de sobrevivir. Se preparó para salir por la doble escotilla...

Los gritos y manoteos del príncipe Darcy al fin sirvieron de algo. La Bestia se paró y Andrea tuvo tiempo de llegar a la columna que era su objetivo. Si la Bestia no se hubiera detenido, a estas alturas ya la habría matado. La cosa giró en dirección a Darcy, pero luego, como si hubiera decidido atacar antes a su presa más cercana, volvió a girar y continuó hacia la columna tras la cual se había refugiado Andrea. Los cinco dedos golpearon al unísono y la columna se rompió. Darcy oyó el grito de su hermana, ahogado por el estruendo de los cascotes que se desplomaron cuando la galería superior se desintegró. Antes de que una nube de polvo oscureciera su visión, Darcy vio que el monstruo se derrumbaba bajo varios fragmentos grandes de manpostería. Gritó el nombre de Andrea, desenvainó la espada y corrió hacia la nube de polvo.

Confiaba en que los cascotes hubieran matado al monstruo, pero no; aunque aprisionado por ellos, se debatía con furia y pronto se liberaría. No vio a Andrea. Se acercó más a la retorcida monstruosidad. Al hacerlo, descubrió que olía espantosamente. Con un supremo esfuerzo avanzó lo suficiente para poder hundir su espada junto al dedo meñique, que tenía la envergadura de un pequeño árbol. La espada penetró unos cinco centímetros en la gruesa piel grisácea. No, no había forma de matarlo. Inició una búsqueda frenética entre los cascotes diseminados frente a la Bestia, gritando el nombre de Andrea. Por fin la vio, medio sepultada bajo los escombros.

Envainó la espada y tiró del brazo cubierto de polvo que sobresalía con su mano buena. Un gemido recompensó sus esfuerzos. La sacó de los restos que la cubrían y la enderezó.

—¡Andrea! —gritó, sujetándola—. ¡Despierta! ¡Hemos de salir de aquí! ¡Andrea!

A sus espaldas, oyó que la Bestia se debatía cada vez con mayor furia. No tardaría en liberarse.

Cuando Jan estaba a punto de salir por la escotilla exterior, vaciló. El duque y Lamont sostenían un duelo mortal. Lamont estaba tendido de espaldas sobre el suelo, con el duque sobre él, que empujaba poco a poco su daga contra el pecho del técnico jefe. Éste cedía poco a poco, y Jan sabía que moriría si no le ayudaba. Estaba a punto de saltar cuando oyó un débil gemido detrás de ella.

—Jan...

Se volvió y regresó a la cabina. Robin había recobrado la conciencia y, a juzgar por la expresión de sus ojos, también algo de su lucidez anterior.

—Jan... Has traído el Juguete —murmuró.

—Si es así como llamas a esa cosa, sí, cariño, con tu ayuda. Pero he de irme. No te pondrá a salvo hasta que yo me marche.

—No... —gritó él, haciendo una mueca. Jan pensó que se había desmayado otra vez, pero volvió a abrir los ojos y habló con firmeza—. Juguete, ¿me oyes?

—Sí, Ryn. Hemos de marcharnos. El viaje es largo y, según mis sensores, estás muy enfermo.

—Juguete, desde que alteré tu programación has de obedecer todas mis órdenes, ¿verdad?

—Sí, Ryn.

—Entonces, te ordeno que obedezcas todas las órdenes de esta mujer. Se llama Jan. Registra las ondas de su voz... —Hizo una pausa—. Jan, di algo al Juguete.

—Hum, hola, Juguete... Soy Jan.

—Nombre y ondas de la voz registradas —dijo el ordenador—. Ryn, a ellos no les va a gustar que lleves a esta persona a Shangri La.

Robin no contestó. Jan comprobó que esta vez sí se había desmayado.

—¡Juguete! —gritó, mientras entraba en la cabina—. Te ordeno que cierres las escotillas.

—Como tú digas.

Las escotillas se cerraron al mismo tiempo.

Jan acomodó a Robin en un lado del sofá y se apretó junto a él. Era una postura incómoda y tuvo que ponerse de lado.

—Muéstrame qué sucede fuera.

Las pantallas se iluminaron. Una de ellas captó al duque y a Lamont. Éste yacía inmóvil en el suelo. Su pecho estaba manchado de sangre, y no cabía duda de que estaba muerto. El duque se había levantado. Se volvió y, al ver que las escotillas se habían cerrado, se precipitó hacia el aparato, gritando palabras inaudibles. Se le vio en primer plano y luego desapareció. Jan oyó unos golpes lejanos. Estaba aporreando la escotilla con los puños.

—Ascendamos, Juguete.

Jan examinó las demás pantallas mientras subían. Localizó a la Bestia en una de ellas. Seguía a dos personas, el príncipe y la princesa. El primero sostenía a su hermana. El dedo medio de la Bestia estaba rígido, lo cual provocaba que la Bestia cojeara, pero aun así no tardaría en atrapar a la pareja.

Jan contempló la escena durante unos instantes.

—¿Llevas armas a bordo? —preguntó después.

—Sí.

—Pues destruye a ese ser.

—¿A cuál? Veo tres.

—Al más grande.

—Muy bien.

El morro del Juguete viró en redondo y cayó en picado. Jan notó una leve

vibración y vio en la pantalla que algo volaba hacia la Bestia, dejando una estela de vapor. La Bestia se estremeció y detuvo su carrera. Levantó el dedo índice, como si intentara descubrir de dónde procedía la cosa que le había golpeado. Después, voló en mil pedazos, y grandes fragmentos de carne vieja y humeante quedaron esparcidos sobre el suelo de las galerías comerciales.

El impacto provocó que los príncipes cayeran al suelo. Sin esperar a comprobar si estaban ilesos, Jan ordenó al Juguete que se elevara por el agujero del techo.

Vio que el edificio se alejaba. No le importaba nada el destino que esperaba al duque, a sus horrorosos hijos y a los demás supervivientes.

—Llévanos a Shangri La —ordenó al Juguete.

EPÍLOGO

Milo se despertó con una espantosa resaca, cosa poco habitual en él. Le dolía la cabeza y notó un extraño sabor en la boca. Estaba desconcertado. No había bebido tanto vino la noche anterior. Gruñó y adelantó la mano para tocar a Tyra. Al menos, ella le curaría durante un rato.

Su mano no la encontró. Abrió sus ojos legañosos y vio que no estaba en la cama. Se incorporó, enojado. Ni rastro de ella. La muchacha sabía que debía pedirle permiso para salir de la habitación.

—¡Tyra! ¿Dónde estás? —gritó.

Tendría que castigarla de nuevo; la idea le reanimó al instante.

Saltó de la cama y permaneció inmóvil, sujetándose la cabeza, mientras esperaba a que se le pasara el dolor.

—¡Tyra! —gritó de nuevo, irritado.

No hubo respuesta. Fue al cuarto de baño y abrió la puerta. Nadie. Igual que en la cocina y la sala de estar. ¡La muy puta había osado abandonar la *suite*! ¡Le arrancaría la piel del culo por esto!

Se dirigió hacia la puerta principal... y se paró en seco. Se quedó boquiabierto de estupor. La puerta normal (hecha de plástico ligero, suponía) había desaparecido. Una puerta metálica ocupaba su lugar. Carecía de tirador.

Milo empujó. No se movió, y parecía ser muy sólida.

—¡Ashley! —gritó—. ¿Qué cojones pasa aquí?

Ashley no contestó. Milo continuó gritando su nombre, así como el de Carl, pero no obtuvo respuesta. Entonces, empezó a patear y golpear con los puños la puerta metálica.

Se quedó sorprendido cuando una rendija apareció en la puerta. El rostro bondadoso del hombre minervano, Shan, le sonrió. Era una de las pocas personas que quedaban a bordo del Ángel del Cielo.

—No te servirá de nada —dijo Shan—. Ella no te dejará salir.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué sucede?

—Éste es tu castigo —contestó Shan—. Ashley ya no te aprecia, sobre todo después de que amenazaste con destruirla. Vas a quedarte aquí. Yo seré tu único contacto. Ashley ha eliminado todos los vínculos auditivos y visuales de tu *suite*. Estás aislado de ella y de Carl. Yo te traeré la comida cuando se agoten las provisiones de tu cocina.

Oh, Dios mío, pensó Milo. Tendría que haber imaginado algo por el estilo. Al menos, Ashley no le había matado, o dejado en tierra. ¡Maldita foca electrónica, estúpida y chiflada! Debió de ordenar a Shan que le drogara la noche anterior, y sustituyeron la puerta mientras estaba inconsciente.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Milo—. ¿Dónde está Tyra? ¿Ni siquiera me va a hacer compañía?

Shan sacudió la cabeza.

—Ashley la ha puesto bajo mis cuidados. La has tratado muy mal. Tardará mucho tiempo en recuperarse.

Milo le miró fijamente, presa de una furia incontenible. ¡Habían entregado su mujer a este marica minervano! ¡Muy propio de Ashley!

Hizo lo posible por recuperar el control. Empeorar la situación sería absurdo.

—Muy bien —dijo por fin, con la mayor serenidad que pudo reunir—, ¿cuánto tiempo durará esta estupidez? ¿Cuándo me dejaréis salir?

—Nunca —dijo Shan, y cerró la mirilla.

Notas

[1] *Robin*, en inglés, significa «petirrojo». (N. del T.) <<

[2] Demonio de la tradición religiosa islámica. (N. del T.) <<

[3] *Sic*, en el original. (N. del T.) <<